

The background of the cover is a textured, grey stone wall. At the top, a dark, irregularly shaped plaque with a rough, stone-like border contains the title 'LA ESPADA DE LA VERDAD' in a stylized, golden, serif font. To the right of this plaque, the text 'VOLUMEN 15' is written in a smaller, golden, sans-serif font. The central illustration depicts a dark, hooded figure standing with their back to the viewer, looking out over a vast, golden-yellow landscape. The figure is wearing a long, dark robe with a hood that completely obscures their face. Their hands are visible, holding a dark, gnarled staff or branch. The landscape is a flat, golden-yellow expanse, possibly a desert or a field of dry grass, with several large, dark, winged creatures (bats or dragons) flying in the sky. The overall mood is mysterious and somber.

LA ESPADA DE
LA VERDAD

VOLUMEN 15

EL LADRÓN
DE ALMAS

TERRY GOODKIND

timunmas

El ladrón de almas

LA ESPADA DE LA VERDAD, 15

Terry Goodkind

1

— ¿Sabías que estaban ahí, verdad? —preguntó Kahlan en voz muy baja a la vez que se inclinaba más.

Recortadas en el cielo cada vez más oscuro, apenas se podían vislumbrar las formas de tres criaturas negras alzando el vuelo, iniciando su cacería nocturna. Ése era el motivo de que él se hubiese detenido. Eso era lo que había estado observando mientras los demás aguardaban en inquieto silencio.

—Sí —dijo Richard, e indicó por encima del hombro, sin volverse—. Hay dos más, ahí atrás.

Kahlan escudriñó brevemente el oscuro revoltijo de rocas, pero no vio a ninguna más.

Cogiendo suavemente el pomo de plata con dos dedos, Richard alzó la espada unos centímetros, comprobando que salía con facilidad de la vaina. Un último y fugaz resquicio de luz ambarina jugueteó sobre la esclavina dorada que llevaba mientras dejaba caer de nuevo la espada en la funda. En la creciente penumbra del anochecer, su familiar perfil, alto y poderoso, daba la impresión de ser una aparición hecha de sombras.

Justo entonces, dos de las enormes aves pasaron volando sobre sus cabezas. Una, con las alas totalmente extendidas, soltó un penetrante chillido mientras se inclinaba para planear describiendo una curva cerrada y dar una única vuelta, para examinar a las cinco personas del suelo, antes de batir las poderosas alas y alcanzar a sus cantaradas, que se alejaban en su veloz viaje al oeste.

Aquella noche encontrarían alimento en abundancia.

Kahlan imaginó que, mientras las observaba, Richard estaba pensando en el hermanastro que hasta hacía muy poco no había sabido que tenía. Aquel hermano yacía ahora a un buen día de viaje hacia el oeste, en un lugar tan expuesto al ardiente sol que pocas personas se aventuraban jamás por allí. Menos aún regresaban. No obstante, el calor sofocante no había sido lo peor.

Más allá de aquellas desoladas tierras bajas, la luz moribunda perfilaba un remoto contorno de montañas, que tenían el aspecto de haber sido carbonizadas por la caldera del inframundo. Tan oscura como aquellas montañas, tan implacable, tan peligrosa, la bandada de cinco aves perseguía la luz que desaparecía.

Jennsen, de pie al otro lado de Richard, observaba atónita.

—¿Por todos los...?

—Criaturas de puntas negras —dijo Richard.

Jennsen reflexionó sobre aquel nombre desconocido.

—A menudo he observado a halcones y cernícalos —indicó por fin—, pero jamás he visto ningún ave de presa que cace de noche, aparte de las lechuzas... y esas no son lechuzas.

Mientras contemplaba a las criaturas, Richard recogía inadvertidamente guijarros del desmoronado saliente de roca que tenía al lado, haciéndolos tintinear en el puño entrecerrado.

—Yo tampoco las había visto nunca, hasta que vine aquí abajo. Personas con las que hemos hablado dicen que empezaron a aparecer sólo hace un año o dos, dependiendo de quién cuente la historia. Aunque todo el mundo está de acuerdo en que no las habían visto antes.

—El último par de años... —se extrañó Jennsen en voz alta.

Casi en contra de su voluntad, Kahlan se encontró rememorando los relatos que habían oído, los rumores, las aseveraciones cuchicheadas.

Richard volvió a arrojar los guijarros al duro suelo del sendero.

—Creo que están emparentadas con los halcones.

Jennsen acabó por acuclillarse para reconfortar a su cabra color castaño, *Betty*, apretándola contra sus faldas.

—No pueden ser halcones.

Los cabritillos blancos de *Betty*, que por lo general estaban corriendo y brincando, amamantándose o durmiendo, permanecían en aquellos momentos acurrucados en silencio bajo el rechoncho vientre de su madre.

—Son demasiado grandes para ser falcónidos... son más grandes, incluso más grandes que las águilas doradas. Ningún falcónido es tan grande.

Richard apartó finalmente la mirada de las aves y se inclinó para ayudar a consolar a los temblorosos gemelos. Uno de ellos, ansioso por verse reconfortado, alzó los ojos con ansiedad para mirarlo, sacando la pequeña lengua rosada para lamerle antes de decidirse a posar una pezuña diminuta en la palma de su mano. Con el pulgar, Richard acarició la larguirucha pata blanca del cabrito.

Una sonrisa le suavizó las facciones, así como la voz.

—¿Estás diciendo que prefieres no ver lo que acabas de ver?

Jennsen alisó las orejas de *Betty*.

—Supongo que los pelos de punta de mi cogote deben de creer lo que vi.

Richard apoyó el antebrazo sobre la rodilla mientras echaba una ojeada en dirección al sombrío horizonte.

—Esas criaturas tienen cuerpos lustrosos con cabezas redondas y alas largas y puntiagudas, similares a las de todos los falcónidos que he visto. Las colas a menudo se abren en abanico cuando planean, pero aparte de eso son alargadas cuando vuelan.

Jennsen asintió. Para Kahlan, un pájaro sólo era un pájaro. A éstos, no obstante, con listas rojas en los pechos y de color carmesí en la base de las remeras, había acabado por reconocerlos.

—Son veloces, poderosos y agresivos —añadió Richard—. Vi que uno perseguía a un halcón de las praderas y lo agarraba en pleno vuelo con las garras.

Jennsen pareció quedarse sin habla.

Richard había crecido en los extensos bosques de la Tierra Occidental y había llegado a ser guía forestal. Sabía mucho sobre la vida al aire libre y sobre animales. Tal educación le resultaba muy intrigante a Kahlan, que había crecido en un palacio en la Tierra Central. Le encantaba aprender cosas sobre la naturaleza de Richard, le encantaba compartir su entusiasmo por las maravillas del mundo, de la vida. Ni que decir tiene que hacía tiempo que él se había convertido en más que un guía forestal. Parecía haber transcurrido una eternidad desde que ella lo había conocido en aquellos bosques suyos, pero en realidad apenas habían sido algo más de dos años y medio.

En la actualidad se encontraban muy lejos del sencillo hogar de la niñez de Richard o de los esplendidos lugares en los que Kahlan había pasado la infancia. De tener la posibilidad de hacerlo, habrían elegido estar en cualquiera de esos sitios, o simplemente en cualquier otro lugar, cualquiera menos donde se encontraban. Pero al menos estaban juntos.

Después de todo por lo que Richard y ella habían pasado —los peligros, la angustia, la pena de perder amigos y seres queridos—. Kahlan saboreaba celosamente cada momento con él, incluso aunque fuese en el corazón mismo de territorio enemigo.

Además de acabar de descubrir que él tenía un hermanastro, también habían averiguado que Richard tenía una hermanastra: Jennsen. Por lo que habían deducido desde que la habían conocido el día anterior, también ella había crecido en el bosque y era un placer ver su sencilla y sincera alegría al haber descubierto un pariente cercano con quien tenía tanto en común. Esta fascinación que sentía por su hermano mayor sólo se veía superada por la atónita curiosidad que Kahlan, y su misteriosa educación en el Palacio de las Confesoras, en la lejana ciudad de Aydindril, despertaban en Jennsen.

Jennsen había tenido una madre distinta de la de Richard, pero el mismo tirano brutal. Rahl el Oscuro, los había engendrado a ambos, Jennsen era más joven, tenía apenas algo más de veinte años, los ojos del color del cielo y unos rizos rojos que le caían sobre los hombros. Había heredado algunos de los rasgos cruelmente perfectos de Rahl el Oscuro, pero su herencia materna, desprovista de malicia, los alteraban conviniéndolos en una cautivadora feminidad. Mientras que la mirada rapaz de Richard daba fe de la paternidad de Rahl, su semblante y porte, eran excepcionalmente suyos.

—He visto a halcones desgarrar a animales pequeños —dijo Jennsen—. No creo que me guste mucho pensar en un halcón tan grande, mucho menos en cinco de ellos juntos.

Su cabra, *Betty*, pareció compartir tal sentimiento.

—Vamos a turnarnos para montar guardia durante la noche —indicó Kahlan, respondiendo al temor no expresado de Jennsen.

Si bien aquél no era precisamente el único motivo, todos se mostraron de acuerdo.

En el pavoroso silencio, agostadoras oleadas de calor se alzaban de las rocas inertes que los rodeaban por todas partes. Había sido un arduo día de viaje para salir del centro del erial que era el valle y cruzar la llanura, pero ninguno de ellos se quejó del brutal ritmo de marcha. No obstante, el atormentador calor había dejado a Kahlan con un terrible dolor de cabeza. Con todo, aunque estaba exhausta, la Madre Confesora sabía que en los últimos días Richard había dormido aún menos que cualquiera de ellos. Podía ver el agotamiento en sus ojos, aunque no lo viera en su zancada.

Kahlan reparó entonces en qué la inquietaba tanto: el silencio. No había gañidos de coyotes, ni aullidos de lobos lejanos, ni el aleteo de murciélagos, ni el rumor de un mapache en busca de comida, ni el suave corretear de un ratón de campo... ni siquiera el zumbido de los insectos. Cuando todas aquellas criaturas estaban en silencio eso significaba un peligro potencial. Aquí, reinaba un silencio sepulcral porque no vivía nada en ese lugar, ni

coyotes, ni lobos, ni murciélagos, ni ratones, ni siquiera insectos. Pocas cosas vivas penetraban jamás en esa tierra estéril. Allí, la noche era tan silenciosa como las estrellas.

A pesar del calor, el opresivo silencio hizo que un helado escalofrío recorriera la espalda de Kahlan.

Volvió a mirar con detenimiento en dirección a las criaturas aún visibles, recortadas en el arrebol violeta del cielo occidental. Tampoco ellas permanecerían mucho tiempo en este erial al que no pertenecían.

—Resulta más bien amedrentador tropezarse con una criatura tan amenazadora cuando uno ni siquiera sabía que existía —dijo Jennsen, y se secó con la manga el sudor de la frente—. He oído decir que un ave de presa describiendo círculos por encima de uno al inicio de un viaje es una señal de advertencia.

Cara, que hasta entonces había permanecido callada, se inclinó hacia ella.

—Sólo deja que me acerque lo suficiente y les arrancaré las malditas plumas. —Una larga melena rubia, recogida hacia atrás en la tradicional trenza propia de su profesión, enmarcaba la expresión acalorada de Cara—. Veremos hasta qué punto son un presagio entonces.

La mirada iracunda de la mord-sith se tornaba tan sombría como aquellas criaturas negras siempre que las veía. El hecho de estar envuelta de la cabeza a los pies en una capa protectora de tela negra parecida a gasa, como lo estaban todos ellos, excepto Richard, no hacía más que aumentar su intimidante presencia. Al heredar Richard inesperadamente el gobierno, éste se había sentido aún más sorprendido al descubrir que Cara y sus compañeras mord-sith formaban parte del legado.

Richard devolvió el pequeño cabrito blanco a su vigilante madre y se puso en pie, introduciendo los pulgares en su cinturón de cuero. Sus amplias muñequeras de plata con aros entrelazados y símbolos parecieron recoger y reflejar la poca luz que quedaba.

—En una ocasión un halcón describió círculos sobre mí al inicio de un viaje.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Jennsen, con gran ansiedad, como si lo que él dictaminara pudiera decidir de una vez por todas la cuestión.

Richard sonrió de oreja a oreja.

—Acabé casándome con Kahlan.

Cara cruzó los brazos.

—Eso sólo prueba que era una advertencia para la Madre Confesora, no para vos, lord Rahl.

El brazo de Richard rodeó con suavidad la cintura de Kahlan, y ella sonrió mientras se recostaba en su abrazo. Que aquel viaje hubiese acabado por convertirlos en marido y mujer le parecía más increíble que el más loco de sus sueños. Las mujeres como ella —las Confesoras— no osaban soñar con el amor. Gracias a Richard, ella se había atrevido y lo había obtenido.

Kahlan se estremeció al pensar en las ocasiones terribles en que había temido que él estuviese muerto, o algo peor. Había habido tantos momentos en los que había ansiado estar con él, sentir simplemente su cálido tacto o que se le concediera siquiera la merced de saber que estaba a salvo...

Jennsen echó una mirada a Richard y a Kahlan, encontrándose con que ninguno de ellos tomaba la amonestación de Cara como otra cosa que una cariñosa provocación. Kahlan supuso que para un desconocido, en especial uno procedente de D'Hara, como lo era Jennsen, las burlas de Cara a Richard irían en contra de toda lógica. Los soldados no lanzaban pullas a sus señores, en especial cuando su señor era el lord Rahl, el señor de D'Hara.

Proteger al lord Rahl con sus vidas había sido siempre el deber ciego de las mord-sith.

Pero la falta de respeto de Cara hacia Richard era una celebración de la libertad de ésta, ofrecida en homenaje a aquel que la había concedido.

Por libre elección, las mord-sith habían decidido ser las protectoras más celosas de Richard, y no habían permitido que Richard tuviera ni voz ni voto en el asunto. A menudo prestaban poca atención a sus órdenes, excepto cuando las consideraban de suficiente importancia; de hecho ellas eran libres de dedicarse a lo que creyesen que era importante, y lo que las mord-sith consideraban importante, por encima de todo, era mantener a Richard a salvo.

Con el paso del tiempo, Cara, el omnipresente guardaespaldas de ambos, se había ido conviniendo en alguien de la familia. Ahora aquella familia había aumentado de un modo inesperado.

Jennsen, por su parte, se sentía pasmada al verse bien recibida. Por lo que ellos habían averiguado hasta el momento, Jennsen había crecido escondiéndose, temerosa siempre de que el anterior lord Rahl, su padre, acabara por encontrarla y asesinarla como asesinaba a cualquier otro vástago sin el don que encontraba.

Richard hizo una seña a Tom y a Friedrich que estaban atrás, con el carro y los caballos, para indicar que se detendrían a pasar la noche. Tom alzó un brazo para indicar su asentimiento y luego se puso a desenganchar el tiro.

Incapaz de poder ver ya a las criaturas en el oscuro vacío del cielo occidental, Jennsen se volvió hacia Richard.

—Debo entender entonces que sus plumas tienen las puntas negras. Antes de que Richard tuviera oportunidad de contestar. Cara habló con una voz sedosa que era pura amenaza.

—Parece como si la muerte misma goteara de las puntas de sus alas, como si el Custodio del inframundo hubiese estado usando los perversos cañones de sus plumas para escribir sentencias de muerte.

Cara odiaba ver aquellas aves cerca de Richard o Kahlan. Kahlan compartía el sentimiento.

La mirada de Jennsen abandonó la expresión acalorada de Cara. La muchacha volvió a plantear su sospecha a Richard.

—¿Te están causando... alguna clase de problema?

Kahlan presionó un puño contra el abdomen, para contener el doloroso temor que despertaba la pregunta.

Richard evaluó los ojos preocupados de Jennsen.

—Esas criaturas nos están siguiendo la pista.

2

Jennsen frunció el entrecejo.

—¿Qué?

—Esas criaturas nos están siguiendo a nosotros —dijo Richard.

—¿Te refieres a que os han seguido hasta este páramo y que se dedican a observaros, esperando para ver si os morís de sed o algo para así poder dejar luego vuestros huesos bien pelados?

Richard negó con la cabera.

—No, me refiero a que nos están siguiendo para estar al tanto de dónde estamos.

—No comprendo cómo es posible que podáis saber...

—Lo sabemos —replicó con brusquedad Cara.

Su bien proporcionado cuerpo era de líneas tan elegantes, con un aspecto tan agresivo como las criaturas mismas y, envuelta en la negra vestimenta del pueblo nómada, que en ocasiones recorría los bordes exteriores del extenso desierto, resultaba igual de siniestra.

Con el dorso de la mano contra el hombro de la mujer, Richard apartó ligeramente a Cara mientras proseguía:

—Lo estábamos investigando cuando Friedrich nos encontró y nos habló de ti.

Jennsen echó una ojeada a los dos hombres que estaban con el carromato. La nítida esquirra de luna que iluminaba la negra noche proporcionaba justo la luz suficiente para que Jennsen viera que Tom estaba ocupado retirando las guarniciones de sus enormes caballos de tiro mientras Friedrich desensillaba los otros.

La mirada de Jennsen regresó para escudriñar los ojos de Richard.

—¿Qué habéis podido descubrir hasta el momento?

—Nunca tuvimos una posibilidad de descubrir gran cosa. Oba, nuestro hermanastro, que yace muerto ahí atrás, digamos que distrajo nuestra atención cuando intentó matarnos. —Richard descolgó un odre de agua de su cinturón—. Pero las criaturas siguen vigilándonos.

Pasó a Kahlan el odre, ya que ella había dejado el suyo colgado de su silla de montar. Hacía horas que se habían detenido por última vez. La mujer estaba cansada de cabalgar y agotada de andar.

Kahlan se llevó el odre a los labios, lo que sólo sirvió para que volviera a familiarizarse con lo mal que sabía el agua caliente. Pero al menos tenían agua. Sin agua, la muerte llegaba veloz bajo el calor implacable de la aparentemente interminable extensión de terreno estéril que rodeaba el desolado lugar llamado los Pilares de la Creación. Jennsen se quitó la correa de su odre del hombro antes de volver a empezar en tono vacilante:

—Sé que es fácil malinterpretar cosas. Fíjate en cómo se me engañó para que pensara que querías matarme. Realmente lo creí, y había muchas cosas que a mí me parecía que lo demostraban. Pero estaba totalmente equivocada. Supongo que temía tanto que fuese verdad que lo creí.

Tanto Richard como Kahlan sabían que no había sido cosa de Jennsen —ella simplemente había sido un medio para que ellos llegaran hasta Richard—, pero había hecho que se malgastara un tiempo precioso.

Jennsen tomó un largo trago. Haciendo todavía muecas ante el sabor del agua, alzó el odre en dirección al vacío desierto que tenían detrás.

—Quiero decir que podría ser que esas criaturas estén hambrientas y simplemente aguarden para ver si morís aquí y, debido a que no hacen más que observar y aguardar, vosotros habéis empezado a sospechar cosas que no son. —Dedicó a Richard una mirada recatada, reforzada por una sonrisa, como si esperara disfrazar el reproche como una sugerencia—. Quizá no hay más.

—No están esperando para ver si nos morimos aquí —dijo Kahlan, deseando poner fin a la discusión de modo que pudieran comer y Richard consiguiera dormir un poco—. Nos estaban vigilando antes de que viniéramos aquí. Nos han estado vigilando desde que estábamos en los bosques del nordeste. Ahora, cenemos algo y...

—Pero ¿por qué? Ése no es el modo en que se comportan las aves. ¿Por qué tendrían que hacer eso?

—Creo que nos están siguiendo para alguien —respondió Richard—. Más exactamente, creo que alguien las está usando para darnos caza.

Kahlan había conocido a distintas personas en la Tierra Central, desde gentes sencillas que vivían en regiones remotas a nobles que residían en ciudades grandes, que cazaban con halcones. Esto, no obstante, era diferente. Incluso aunque no comprendiera del todo lo que quería decir Richard, mucho menos las razones de su convencimiento, sabía que no lo había querido decir en el sentido tradicional.

Comprendiendo bruscamente, Jennsen se detuvo en mitad de otro trago.

—Por eso has empezado a esparcir guijarros por las zonas azotadas por el viento.

Richard sonrió a modo de confirmación. Tomó su odre cuando Kahlan se lo devolvió. Cara lo miró con expresión adusta mientras él tomaba un largo trago.

—¿Habéis estado arrojando guijarros a lo largo del sendero? ¿Por qué?

Jennsen respondió con entusiasmo en su lugar:

—Se ha estado asegurando de que si alguien intenta acercarse sigilosamente a nosotros en la oscuridad, los guijarros esparcidos crucen bajo sus pies y nos avisen de su presencia.

Cara frunció el entrecejo en una expresión interrogante dirigida a Richard.

—¿De veras?

Él se encogió de hombros y le pasó el odre para que no tuviera que sacar el suyo de debajo de su atuendo.

—Simplemente un poco de precaución extra por si hay alguien cerca, y es poco cuidadoso. En ocasiones las personas no esperan las cosas sencillas y así se las atrapa.

—Pero no tú —dijo Jennsen, volviendo a colocarse la correa del odre al hombro—. Tú piensas incluso en las cosas sencillas.

Richard rió por lo bajo.

—Si crees que no cometo errores, Jennsen, te equivocas. Aunque es peligroso asumir que aquellos que desean hacerte daño son estúpidos, no puede hacer ningún daño esparcir unos guijarros por si alguien cree que puede acercarse sigilosamente en la oscuridad sin que lo oigan.

Cualquier nota de buen humor desapareció mientras Richard dirigía la vista a lo lejos en dirección al horizonte occidental donde las estrellas aún tenían que aparecer.

—Pero me temo que unos guijarros esparcidos por el suelo no servirán de nada si unos ojos nos observan desde el cielo. —Volvió a girar en dirección a Jennsen, animándose, como si recordara que había estado hablando con ella—. Pero todo el mundo comete errores.

Cara se secó unas gotitas de agua de su maliciosa sonrisa mientras devolvía a Richard el odre.

—Lord Rahl se pasa el tiempo cometiendo errores, en especial errores simples. Por eso me necesita a su lado.

—¿Eso es cierto, doña perfecta? —la regañó Richard mientras le arrebatava el odre de la mano—. Quizá si no me estuvieses «ayudando» a mantenerme alejado de problemas, no tendríamos a las criaturas de puntas negras siguiéndonos de cerca.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —le espetó Cara—. Intentaba ayudar... protegeros a ambos. —Su sonrisa se había marchitado—. Lo siento, lord Rahl.

Richard suspiró.

—Lo sé —admitió a la vez, que le apretaba el hombro de modo tranquilizador—. Lo resolveremos.

Richard volvió a girar la cabeza hacia Jennsen.

—Todo el mundo comete errores. El modo en que una persona se ocupa de sus errores es una muestra de su carácter.

Jennsen asintió mientras lo meditaba.

—Mi madre siempre temía cometer un error que hiciese que nos mataran. Acostumbraba a hacer cosas como las que haces tú, por si los hombres de mi padre intentaban acercarse a hurtadillas. Siempre vivimos en bosques, así que eran ramitas secas, en lugar de guijarros, lo que a menudo esparcía a nuestro alrededor.

Jennsen tiró de un rizo de su cabello, su mente revivía sombríos recuerdos.

—Llovía la noche que ellos vinieron. Aunque aquellos hombres pisaran algunas ramitas, ella no lo pudo oír.

—Pasó unos dedos temblorosos sobre la empuñadura de plata del cuchillo que llevaba en el cinturón—. Eran grandes, y la sorprendieron, pero con todo, acabó con uno antes de que...

Rahl el Oscuro había querido ver muerta a Jennsen porque esta había nacido sin el don. Richard y Kahlan creían que la vida de una persona era propiedad de esta, y que la cuna de la que uno procediera no modificaba ese derecho.

Los ojos atormentados de Jennsen alzaron hacia Richard.

—Mató a uno antes de que ellos la mataran.

Richard pasó un brazo por los hombros de Jennsen. Todos comprendían su terrible pérdida. Al hombre que había criado con todo su amor a Richard lo había matado Rahl el Oscuro en persona. Rahl el Oscuro había ordenado el asesinato de todas las compañeras Confesoras de Kahlan. Los hombres que habían matado a la madre de Jennsen, no obstante, eran hombres, de la Orden Imperial, enviados para engañarla, para que ella creyera que era Richard quien iba tras ella.

Kahlan sintió una desesperada oleada de impotencia ante todo a lo que se enfrentaban. Sabía lo que era estar sola, asustada y abrumada por hombres fuertes embargados por una fe ciega y el ansia de sangre, hombres que creían devotamente que la salvación de la humanidad requería una carnicería.

—Daría cualquier cosa porque ella supiera que no fuiste tú quien envió a aquellos hombres —La voz queda de Jennsen contenía la abatida suma de lo que era haber sufrido tal pérdida y no tener solución a la aplastante soledad que ésta dejó tras ella—. Ojalá mi madre pudiera haber sabido la verdad.

—Está con los buenos espíritus y finalmente en paz —susurró Kahlan, solidarizándose con ella, incluso aunque en la actualidad tuviera motivos para cuestionar la validez de tales cosas.

Jennsen asintió a la vez que se acariciaba la barbilla.

—¿Qué equivocación cometiste, Cara? —preguntó por fin.

En lugar de enojarse por la pregunta, y tal vez porque había sido hecha con inocente empatía, Cara respondió con calma y franqueza:

—Tiene que ver con ese problemilla que mencionamos antes.

—¿Te refieres a que está relacionado con esa cosa que queréis que toque?

A la luz de la estrecha media luna, Kahlan vio que Cara volvía a fruncir el ceño.

—Y cuanto antes mejor.

Richard se frotó la frente con las yemas de los dedos.

—No estoy seguro sobre eso.

También Kahlan pensó que la idea de Cara era demasiado simplista.

Cara alzó los brazos al cielo.

—Pero, lord Rahl, no podemos dejarlo simplemente...

—Montemos el campamento antes de que haya oscurecido por completo —dijo Richard con sosegada autoridad—. Lo que ahora necesitamos es comer y dormir.

Por una vez, Cara vio lo sensato de sus órdenes y no puso objeciones. Cuando horas antes él había salido solo a explorar, la mord-sith había confiado a Kahlan que le preocupaba lo cansado que se veía Richard y había sugerido que, puesto que había suficientes personas, no deberían despertarlo para que hiciera un turno de guardia esa noche.

—Comprobare la zona —indicó Cara— y me asegure de que no hay ninguna más de esas aves sentada en una roca contemplándonos con esos ojos negros que tienen.

Jennsen atisbo a su alrededor como si temiera que una criatura de puntas negras descendiera en picado desde la oscuridad.

Richard rechazó los planes de Cara con un displicente movimiento de cabeza.

—Se han ido por ahora,

—Dijiste que os estaban rastreando. —Jennsen acarició el cuello de *Betty* cuando la cabra la empujó suavemente, en busca de consuelo; los gemelos seguían ocultándose bajo el redondo vientre de su madre—. Yo jamás los vi antes de ahora. No estaban por aquí ayer, ni hoy. No aparecieron hasta esta tarde. Si realmente os estuvieran siguiendo la pista, no habrían estado ausentes durante un espacio de tiempo tan largo. Tendrían que haberse mantenido cerca de vosotros siempre.

—Pueden abandonarnos durante un tiempo para cazar... o para hacernos dudar de nuestras sospechas, Ésa es la ventaja que poseen las criaturas de puntas negras: no necesitan vigilarnos en todo momento.

Jennsen se puso en jarras.

—Entonces, ¿cómo es posible que estés seguro de que os siguen? —Agitó una mano en dirección a la oscuridad—. Uno a menudo ve la misma clase de pájaros... cuervos, gorriones, pinzones, colibríes, palomas... ¿cómo sabes que esos no te están siguiendo y que las criaturas de puntas negras sí?

—Lo sé —replicó Richard mientras daba la vuelta e iniciaba el regreso hacia el carro—. Ahora, saquemos nuestras cosas y acampemos.

Kahlan agarró el brazo de Jennsen cuando ésta iba tras él, para insistir en sus objeciones.

—Déjalo estar por esta noche, ¿quieres Jennsen? —Kahlan enarcó una ceja—. Por favor...

Kahlan estaba convencida de que las criaturas de puntas negras realmente los seguían, pero no era una certeza suya. Más bien, confiaba en Richard en cuestiones como aquella. Kahlan tenía experiencia en asuntos de Estado, protocolo, ceremonial y realeza; estaba familiarizada con varias culturas, con los orígenes de antiguas disputas entre territorios y con la historia de tratados; y conocía un buen número de idiomas, además de la artera jerga de la diplomacia. En tales áreas, Richard confiaba en su palabra.

En cuestiones referentes a algo tan curioso como aves desconocidas que los seguían, ella sabía bien que no debía poner en duda la palabra de Richard.

Kahlan sabía, también, que este todavía no tenía todas las respuestas. Ya lo había visto de aquel modo antes, distante y retraído, mientras se esforzaba por comprender las conexiones y pautas que había en detalles relevantes que únicamente él percibía. Sabía que necesitaba que lo dejaran tranquilo. Acosarlo en busca de respuestas antes de que las tuviera sólo servía para distraerlo.

Observando la espalda de Richard mientras se alejaba, Jennsen finalmente se obligó a sonreír mostrando su acuerdo. Luego, como si se le hubiera ocurrido otra idea, sus ojos se abrieron como platos. Se inclinó hacia Kahlan y musitó:

—¿Tiene esto que ver con la magia?

—No sabemos con qué tiene que ver.

Jennsen asintió.

—Ayudaré. Haré lo que haga falta, quiero ayudar.

Por el momento, Kahlan se guardó sus preocupaciones mientras rodeaba los hombros de la joven con un brazo y la llevaba de vuelta en dirección al carro.

3

En el inmenso vacío silencioso de la noche, Kahlan podía oír con claridad a Friedrich, un poco alejado, hablando dulcemente a los caballos. Les palmeaba los lomos o les pasaba una mano por los flancos mientras se ocupaba de cepillarlos. Con la oscuridad cubriendo la vacía extensión de terreno situada más allá, la familiar tarea de cuidar de los animales hacía que el desconocido entorno resultara menos intimidante.

Friedrich era un hombre de más edad, discreto y de estatura media, que, no obstante sus años, había emprendido un viaje largo y difícil al Viejo Mundo para ir en busca de Richard. Friedrich había iniciado aquel viaje, llevando con él importante información, poco después de la muerte de su esposa. La terrible tristeza de aquella pérdida todavía rondaba por sus facciones bondadosas y Kahlan supuso que siempre lo haría.

En la tenue luz, la Madre Confesora, vio que Jennsen sonreía cuando Tom miraba en su dirección. Una amplia sonrisa juvenil se adueñó momentáneamente del fornido d'haraniano cuando la vio. pero rápidamente volvió a concentrarse en su tarea y extrajo unos sacos de dormir de debajo del pescante. Pasó por encima de las provisiones que llevaba en su carro y le dio una parte a Richard.

—No hay madera para una fogata, lord Rahl. —Tom colocó un pie en la barandilla, apoyando un antebrazo en su muslo—. Pero si queréis, tengo un poco de carbón que se puede usar para cocinar.

—Lo que realmente querría es que dejaras de llamarme “lord Rahl”. Si nos encontramos en las proximidades de las personas equivocadas y se te escapa, vamos a tener serios problemas.

Tom sonrió de oreja a oreja y palmeó la ornamentada “R” del mango de plata del cuchillo que llevaba al cinto.

—No os preocupéis, lord Rahl. Acero contra acero.

Richard suspiró ante la muy repetida máxima del pueblo d'haraniano relativa a su lord Rahl. Tom y Friedrich habían prometido que no usarían los títulos de Richard y Kahlan cuando hubiese otras personas cerca. No obstante, los hábitos de toda una vida resultaban difíciles de cambiar y Kahlan sabía que se sentían incómodos no usando los títulos cuando se encontraban a solas.

—Así pues —dijo Tom a la vez que entregaba el último saco de dormir—, ¿os gustaría un pequeño fuego para cocinar?

—Con el calor que ya hace, me parece que podríamos pasar sin más calor. —Richard depositó los sacos de dormir encima de un saco de avena que ya habían descargado—. Además, preferiría no perder ese tiempo. Me gustaría que nos pusiéramos en camino al despuntar el día y necesitamos un buen descanso.

—No puedo discutir con vos respecto a eso —repuso Tom, irguiendo su enorme corpachón—. No me gusta que estemos tan al descubierto, aquí se nos puede descubrir con facilidad.

Richard movió la mano abarcando toda la oscura bóveda celeste.

Tom dirigió una mirada cautelosa hacia el cielo y asintió de mala gana antes de volver a extraer herramientas para reparar la retranca y cubos de madera para dar agua a los caballos. Richard colocó una bota en un radio de una rueda del carro y trepó a él para ayudar.

Tom, una persona tímida pero jovial que había aparecido el día antes, justo después de que se encontraran con Jennsen, daba la impresión de ser un mercader que transportaba mercancías. El transportar mercancías en su carro, había averiguado Kahlan y Richard, le proporcionaba una excusa para viajar a donde y cuando era necesario, pues era miembro de un grupo cuya auténtica profesión era proteger al lord Rahl de conspiraciones y amenazas ocultas.

Hablando en voz baja, Jennsen se inclinó más cerca de Kahlan.

—Los buitres pueden indicarte desde una gran distancia dónde yace una presa... por el modo en que describen círculos y se reúnen, quiero decir. Imagino que alguien podría divisar a esas aves desde lejos, de modo que sabría si están sobre algo.

Kahlan no dijo nada. Le dolía la cabeza, estaba hambrienta, y simplemente quería echarse a dormir, no discutir cosas que no podía responder. Se preguntó cuántas veces había visto Richard sus propias preguntas del mismo modo en que ella veía las de Jennsen. Kahlan juró en silencio intentar ser al menos la mitad de paciente de lo que Richard lo era siempre.

—Lo importante es —prosiguió Jennsen con total naturalidad—, ¿como conseguiría alguien que las aves... bueno, ya sabes, describieran círculos a vuestro alrededor como buitres sobre el cuerpo de un animal muerto para que pudiera saber dónde estabais? —Jennsen se volvió a inclinar hacia ella y susurró para asegurarse de que Richard no la oiría—: A lo mejor las envían mediante la magia para seguir a personas concretas.

Cara clavó una mirada asesina en Jennsen. Kahlan se preguntó si la mord-sith le daría una zorra a la hermana de Richard o si sería indulgente porque era de la familia. Las discusiones sobre magia, en especial si esta implicaba cierto peligro para Richard o Kahlan, volvían irritable a Cara. Las mord-sith no sentían ningún miedo ante la muerte, pero no les gustaba la magia y no tenían reparos en dejar bien claro su aversión.

En cierto modo, tal hostilidad hacia la magia definía la naturaleza de las mord-sith; éstas eran capaces de apoderarse del poder de los que portaban el don y usarlo para destruirlos. A las mord-sith se las había adiestrado despiadadamente para que fuesen implacables en su tarea. Richard las había liberado de los aspectos enfermizos de esa obligación.

A Kahlan le parecía obvio, no obstante, que si las criaturas realmente los estaban siguiendo, había magia implicada. Eran las preguntas que suscitaban tal suposición lo que tanto la preocupaba. Al ver que Kahlan no discutía, Jennsen preguntó:

—¿Por qué crees que alguien está usando criaturas para seguirlos el rastro?

Kahlan enarcó una ceja.

—Jennsen, estamos en mitad del Viejo Mundo. Ser perseguido en territorio enemigo no es una sorpresa precisamente.

—Imagino que tienes razón —admitió ella—. Simplemente parece que tendría que haber algo más. —No obstante el calor, se frotó los brazos como si un escalofrío acabara de recorrerlos—. No tienes ni idea de hasta qué punto quiere atraparos el emperador Jagang.

Kahlan sonrió para sí.

—Bueno, creo que sí lo sé.

Jennsen observó a Richard un instante mientras éste llenaba los cubos con agua de los barriles que transportaba el carro. Richard se inclinó y entregó uno a Friedrich. Con las orejas en alto los caballos observaron, ansiosos por beber. *Betty*, que también observaba mientras sus cabritos se amamantaban, baló su ansioso deseo de beber. Tras llenar los cubos, Richard sumergió su odre para llenarlo.

Jennsen meneó la cabeza y volvió a mirar a Kahlan a los ojos.

—El emperador Jagang me engañó para que pensara que Richard me quería muerta. —Echó una breve mirada a los hombres ocupados en su trabajo antes de proseguir—: Yo estaba allí con Jagang cuando atacó Aydindril.

Kahlan sintió un nudo en la garganta al oír una confirmación de primera mano de que aquella bestia había invadido el lugar en el que había crecido. No pensaba que fuese capaz de soportar la respuesta, pero tenía que preguntar.

—¿Destruyó la ciudad?

Después de que capturaran a Richard y se lo llevaran lejos de ella, Kahlan, con Cara a su lado, había conducido al ejército d'haraniano contra la enorme hueste invasora de Jagang. Mes tras mes, ella y el ejército lucharon en una situación de total inferioridad, retirándose todo el tiempo a través de la Tierra Central.

Cuando perdieron la batalla por la Tierra Central, había transcurrido más de un año desde la última vez que Kahlan había visto a Richard; aparentemente, éste había sido enviado al olvido. Cuando por fin averiguó dónde lo retenían, Kahlan y Cara habían viajado a toda prisa al sur, al Viejo Mundo, llegando justo Cuando Richard encendía una revolución en el corazón de la tierra natal de Jagang.

Antes de partir, Kahlan había evacuado Aydindril y dejado el Palacio de las Confesoras vacío de todos aquellos que lo llamaban su hogar. La vida, no un lugar, era lo que importaba.

—No tuvo ni una posibilidad de destruir la ciudad —dijo Jennsen—. Cuando llegamos al Palacio de las Confesoras, el emperador Jagang pensó que os tenía a ti y a Richard acorralados. Pero en la entrada aguardaba una lanza que sostenía la cabeza del venerado líder espiritual del emperador, el hermano Narev. —Bajó la voz significativamente—: Jagang encontró el mensaje dejado en la cabeza.

Kahlan recordaba bien el día en que Richard había enviado la cabeza de aquel hombre malvado, junto con un mensaje para Jagang, a realizar el largo viaje al norte.

—«Saludos de Richard Rahl.»

—Eso es —repuso Jennsen—. No puedes imaginar la cólera de Jagang, —Calló para asegurarse de que Kahlan prestaba atención a su advertencia—. Hará cualquier cosa para poneros las manos encima a ti y a Richard.

Kahlan no necesitaba precisamente que Jennsen le contara lo mucho que Jagang quería cogerlos.

—Más motivo para huir... para ocultarse en alguna parte —dijo Cara.

—¿Y las criaturas? —le recordó Kahlan.

Cara dirigió una sugestiva mirada a Jennsen antes de hablar en voz baja a Kahlan.

—Si hacemos algo respecto a todo lo demás, a lo mejor ese problema desaparecerá.

El objetivo de Cara era proteger a Richard, y no tendría el menor inconveniente en meterle en un agujero y taparlo con tablas si creyera que eso evitaría que le hicieran daño.

Jennsen aguardó, observando a las dos mujeres. Kahlan no estaba muy convencida de que hubiese algo que Jennsen pudiera hacer. Richard había reflexionado sobre ello y había llegado a tener serias dudas. Kahlan ya se había sentido más que escéptica sin las dudas de Richard. Con todo...

—Es posible —fue todo lo que dijo.

—Si hay algo que pueda hacer, quiero intentarlo. —Jennsen jugueteó con un botón de la parte delantera de su vestido—. Richard no cree que pueda ayudar. Si tiene que ver con magia, ¿no lo sabría él? Richard es un mago, tiene que saber sobre magia.

Kahlan suspiró. Había tantas cosas más en todo aquello.

—Richard se crió en la Tierra Occidental... lejos de la Tierra Central y aún más lejos de D'Hara. Creció aislada del resto del Nuevo Mundo, sin saber nada en absoluto sobre el don. No obstante, todo lo que ha aprendido hasta ahora y algunas de las cosas extraordinarias que ha conseguido, todavía sabe muy poco sobre su herencia.

Ya le habían contado a la joven aquello, pero ella parecía escéptica, como si sospechara que había cierta exageración en lo que le contaban sobre el desconocimiento que tenía Richard de su propio don. Al fin y al cabo, su hermano mayor la había rescatado en un solo día de toda una vida de terror. Un despertar tan profundo sin duda debía tener que ver con la magia.—Bueno, si Richard desconoce tanto la magia como decís —insistió Jennsen con la voz cargada de intención, llegando por fin al meollo de lo que pretendía—, entonces a lo mejor no deberíamos preocuparnos tanto por lo que piensa. Quizá simplemente no deberíamos decirle nada y seguir adelante y hacer lo que sea que Cara quiere que yo haga para solucionarlo vuestro problema.

A poca distancia, *Betty* limpiaba tranquilamente a lengüetazos a sus dos crías blancas. La sofocante oscuridad y el enorme peso del silencio circundante parecían tan eternos como la misma muerte.

Kahlan agarró con suavidad el cuello del vestido de Jennsen.

—Yo crecí recorriendo los pasillos del Alcázar del Hechicero y del Palacio de las Confesoras. Sé mucho sobre magia.

Tiró de la joven para acercarla más.

—Puedo decirte que ideas tan ingenuas, cuando se aplican a cuestiones tan ominosas como ésta, pueden hacer que muera gente. Siempre existe la posibilidad de que sea tan sencillo como imaginas, pero lo más probable es que sea de una complejidad que va más allá de lo que puedas imaginar y cualquier intento precipitado de ponerle remedio podría iniciar una conflagración que nos consumiría a todos. Añadido a todo eso está el grave peligro de no saber cómo alguien, alguien tan inmaculadamente desprovisto del don como para que se advierta de su existencia en ese antiguo libro que tiene Richard, podría afectar a la ecuación.

»Hay momentos en los que no hay otra elección que actuar inmediatamente; pero incluso entonces debe actuarse con el mejor criterio, usando toda la experiencia y todo lo que uno sabe realmente. Mientras exista una elección, no obstante, uno no se enfrenta a la magia hasta que pueda estar seguro de las consecuencias. Uno no se limita a dar palos de ciego.

Kahlan conocía muy bien lo terriblemente cierta que era tal advertencia. Jennsen no pareció convencida.

—Pero si él en realidad no sabe mucho sobre magia, sus temores podrían ser únicamente...

—He atravesado ciudades muertas, andado entre los cuerpos mutilados de hombres, mujeres y niños que la Orden Imperial ha dejado tras ella. He visto a muchachas más jóvenes que tú cometer errores irreflexivos e inocentes y acabar encadenadas a una estaca para el disfrute de cuadrillas de soldados durante días, antes de ser torturadas hasta morir, simplemente para que se diviertan hombres que obtienen un placer malsano en violar a una mujer cuando ésta agoniza.

Kahlan apretó los dientes mientras por su mente pasaban, raudos y despiadados, los recuerdos. Cerró las manos con más fuerza sobre el cuello del vestido de Jennsen.

—Todas mis hermanas Confesoras murieron de ese modo, y ellas conocían bien su propio poder y cómo usarlo. Los hombres que las capturaron también lo sabían, y usaron ese conocimiento contra ellas. Mi amiga más íntima de la infancia murió en mis brazos después de que tales hombres acabaran con ella.

»La vida no significa nada para gente como ésa. Veneran la muerte.

»Ésa es la clase de gente que asesinó a tu madre. Esa es la clase de gente que nos capturará, también, si cometemos un error. Ésa es la clase de gente que coloca trampas para atraparnos..., incluidas trampas construidas mediante magia.

»En cuanto a que Richard no tiene conocimientos sobre magia, hay veces en las que se muestra tan ignorante respecto a las cosas más simples que apenas puedo creerlo y debo recordarme que creció sin que le enseñaran nada en absoluto sobre su don. En esas cosas, intento ser paciente y guiarle lo mejor que puedo. Él toma muy en serio lo que le digo.

»Hay otros momentos en los que sospecho que realmente capta complejidades de la magia que ni yo ni nadie vivo ha comprendido jamás o imaginado siquiera. En esas cosas él debe ser su propio guía.

»Las vidas de muchas personas dependen de que nosotros no cometamos errores debido a negligencias, en especial errores relacionados con la magia. Como Madre Confesora no permitiré que caprichos irresponsables hagan peligrar todas esas vidas. ¿Me comprendes ahora?

Kahlan tenía pesadillas sobre las cosas que había visto, sobre aquellos que habían sido capturados, sobre aquellos que habían cometido un simple error y pagado el precio con la vida. No era muchos años mayor que Jennsen, pero en aquellos momentos aquel abismo era mucho mayor que un simple puñado de años.

Kahlan dio al cuello del vestido de Jennsen un violento tirón.

—¿Me comprendes?

Con los ojos abiertos como platos, Jennsen tragó saliva.

—Sí, Madre Confesora, —Finalmente, desvió su mirada hacia el suelo.

Sólo entonces la soltó Kahlan.

4

—Alguien tiene hambre? —gritó Tom a las tres mujeres.

Richard sacó un farol del carro y, tras conseguir encenderlo con acero y pedernal, lo colocó sobre una repisa de roca. Pascó una mirada suspicaz por las tres mujeres mientras estas se acercaban, pero al parecer se lo pensó mejor antes de decir nada.

Mientras Kahlan se sentaba pegada a Richard, Tom ofreció a éste la primera tajada que acababa de cortar de un salchichón. Cuando Richard lo rechazó, Kahlan lo aceptó. Tom cortó otro pedazo y se lo pasó a Cara y luego entregó otro a Friedrich.

Jennsen había ido al carro a rebuscar en su mochila. Kahlan pensó que a lo mejor simplemente quería estar a solas por un momento para serenarse. Kahlan sabía lo duras que habían sonado sus palabras, pero no podía engañar a la muchacha con mentiras agradables.

Con Jennsen tranquilizadamente cerca, *Betty* se tumbó junto a *Robín*, la yegua de Jennsen. El caballo y la cabra eran grandes amigos. Los demás caballos también parecían complacidos con la visitante y sentían un gran interés por sus dos crías, dedicándoles un buen olisqueo cuando se acercaban lo suficiente.

Cuando Jennsen se acercó exhibiendo un trozo de zanahoria, *Betty* se puso en pie de golpe y empezó a mover la cola. Los caballos relincharon y agitaron las cabezas, pidiendo su parte. Cada uno, por turno, recibió un pequeño obsequio y una caricia tras las orejas.

De haber dispuesto de un fuego, podrían haber cocinado un estofado, arroz o judías, o tal vez haber preparado una buena sopa. A pesar de lo hambrienta que estaba, Kahlan no creía que hubiese tenido las energías suficientes para cocinar, así que se dio por satisfecha con lo que había a mano. Jennsen sacó unas tajadas de cecina de su mochila y ofreció a todos. Richard también las declinó, en su lugar comió unas duras galletas, nueces y fruta seca.

—Pero ¿no quieres nada de carne? —preguntó Jennsen a la vez que se sentaba en su saco de dormir, frente a él—. Necesitas comer algo más que eso. Necesitas algo sustancioso.

—No puedo comer carne desde que el don despertó en mí.

Jennsen arrugó la nariz con una expresión de desconcierto.

—¿Por qué no iba a permitirte comer carne tu don?

Richard se recostó a un lado, descansando todo el peso en un codo mientras contemplaba por un momento la enorme extensión estrellada, buscando las palabras.

—El equilibrio, en la naturaleza —dijo por fin—, resulta de la interacción de todas las cosas que hay en la existencia. Mira cómo los depredadores y la presa están en equilibrio. Si hubiese demasiados depredadores, y se devoraran todas las presas, entonces los depredadores acabarían muriendo de hambre y extinguiéndose.

»La falta de equilibrio sería mortal tanto para la presa como para el depredador; el mundo, para ambos, finalizarla. Existen en equilibrio, porque si actúan de acuerdo con su naturaleza, hay equilibrio, aunque el equilibrio no sea su propósito consciente.

»Las personas son distintas. Sin nuestro propósito consciente, no alcanzamos necesariamente el equilibrio que nuestra supervivencia a menudo requiere.

»Debemos aprenderá usar nuestras mentes, a pensar, si hemos de sobrevivir. Plantamos cosechas, cazamos para conseguir pieles que nos mantengan abrigados, o criamos ovejas y recogemos su lana y aprendemos a tejlarla. Tenemos que aprender a construimos refugios. Sopesamos el valor de una cosa con otra y comerciamos para intercambiar lo que hemos hecho por lo que necesitamos y que otros han hecho, construido, tejido o cazado.

»Sopesamos lo que necesitamos y lo que sabemos de la realidad del mundo. Sopesamos lo que queremos racionalmente, sin dejarnos llevar por un impulso momentáneo, porque sabemos que nuestra supervivencia a largo plazo lo requiere. Usamos madera para encender un fuego y no congelarnos en una noche de invierno, pero, no obstante el frío que podamos sentir cuando encendemos el fuego, no hacemos que sea demasiado grande, pues sabemos que, de hacerlo así, correríamos el riesgo de quemar nuestro alojamiento.

—Pero las personas también actúan guiadas por un egoísmo corto de miras, por codicia y por ansia de poder. Destruyen vidas. —Jennsen alzó el brazo en dirección a la oscuridad—. Mira lo que la Orden Imperial hace... y con éxito. A ellos no les interesa tejer lana, construir cosas o comerciar. Asesinan personas por simple afán de conquista. Toman lo que quieren.

—Y nosotros nos oponemos a ellos. Hemos aprendido a comprender el valor de la vida, así que combatimos para restablecer la razón. Nosotros somos el equilibrio.

Jennsen se sujetó un mechón tras una oreja.

—¿Qué tiene todo eso que ver con no comer carne?

—Se me dijo que también los magos deben mantener un equilibrio con su don... su poder... en las cosas que hacen. Yo peleo contra aquellos, como la Orden Imperial, que querrían destruir la vida porque carece de valor para ellos, pero eso requiere que yo haga esa misma cosa terrible destruyendo lo que considero de más valor... la vida. Puesto que mi don tiene que ver con ser un guerrero, se considera que la abstinencia en el consumo de carne es lo que actúa como contrapeso a las muertes que me veo obligado a infligir.

—¿Qué sucede si comes carne?

Kahlan sabía que Richard tenía motivos, ya desde el día anterior, para necesitar el equilibrio que le daba no comer carne.

—Incluso la idea de comer carne me produce náuseas. Lo he hecho cuando me he visto obligado a hacerlo, pero es algo que evito si es posible. La magia, privada de equilibrio, tiene graves consecuencias, igual que encender una hoguera.

A Kahlan se le pasó por la mente que Richard llevaba la *Espada de la Verdad*, y que tal vez aquella arma también imponía su propio equilibrio. A Richard lo había bautizado con toda justicia el Buscador de la Verdad el Primer Mago en persona, Zeddicus Zu'l Zorander; Zedd, el abuelo de Richard, el hombre que había ayudado a criarlo y de quien Richard había heredado el don. A Richard el don se lo había transmitido no tan sólo el linaje de los Rahl, sino el de los Zorander. Todo un equilibrio. Los justamente llamados Buscadores habían llevado aquella misma espada durante casi tres mil años. Quizá la comprensión de Richard de la necesidad de equilibrio lo había ayudado a sobrevivir a las cosas a las que se había enfrentado.

Con los dientes, Jennsen arrancó una tira de cecina mientras meditaba sobre ello.

—Así pues, ¿debido a que tienes que combatir y en ocasiones matar a gente, no puedes comer carne como compensación a esa acción terrible?

Richard asintió mientras masticaba un orejón.

—Debe de ser espantoso poseer el don —dijo Jennsen en voz queda—. Poseer algo tan destructivo que exige que lo equilibres de algún modo.

Apartó la mirada de los ojos grises de Richard. Kahlan sabía lo difícil que era en ocasiones encontrarse con su mirada, directa e incisiva.

—Yo sentí lo mismo —repuso él— cuando me nombraron Buscador y me dieron la espada, y aún más al cabo de un tiempo, cuando averigüé que poseía el don. No quería tener el don, no quería las cosas que el don podía hacer, del mismo modo que no había querido la espada, debido a las cosas de mi interior que pensaba que no deberían salir jamás al exterior.

—Pero ¿ahora qué importa más?, ¿poseer la espada o el don?

—Tú tienes un cuchillo y lo has usado. —Richard se inclinó hacia ella, extendiendo las manos—. Tienes manos. ¿Odias tu cuchillo o tus manos?

—Claro que no. Pero ¿qué tiene eso que ver con poseer el don?

—Nací con el don simplemente, igual que uno nace varón o hembra, o con los ojos azules, castaños o verdes..., o con dos manos. No odio mis manos porque potencialmente pueda estrangular a alguien con ellas. Es mi mente la que dirige mis manos. Mis manos no actúan de *motu proprio*; pensar eso es no ser consciente de lo que cada cosa es, de su auténtica naturaleza. Es necesario reconocer la verdad de las cosas si quieres mantener el equilibrio... o llegar a comprender realmente algo, en realidad.

Kahlan se preguntó por qué ella no necesitaba ese equilibrio como Richard. ¿Por qué era tan vital para él, pero no para ella? No obstante lo mucho que quería tumbarse a dormir, no pudo guardar silencio.

—A menudo uso mi poder como Confesora para el mismo fin... para matar... y no necesito mantener un equilibrio no comiendo carne.

—Las Hermanas de la Luz afirman que a través de la magia se mantiene el velo que separa el mundo de los vivos del mundo de los muertos. Más exactamente, afirman que el velo está aquí —dijo Richard, golpeándose la sien—, en aquellos de nosotros que poseemos el don; magos y en menor grado hechiceras. Afirman que el equilibrio para aquellos de nosotros que tenemos el don es esencial porque en nosotros, en nuestro don, reside el velo, lo que nos convierte, en esencia, en los guardianes del velo, en el equilibrio entre los mundos.

»Quizá tienen razón. Yo poseo los dos lados del don: Magia de Suma y de Resta. Tal vez eso lo hace diferente para mí. Tal vez tener ambas magias hace que sea más importante de lo normal para mí que mantenga mi don en equilibrio.

Kahlan se preguntó cuánto de aquello podría ser cierto. Temía pensar en lo que sus propias acciones habían alterado el equilibrio de la magia.

El mundo se estaba desenmarañando, en más de un modo. Pero no había habido elección.

Cara agitó displicentemente un pedazo de cecina ante ellos.

—Toda esta cuestión del equilibrio es simplemente un mensaje de los buenos espíritus... de ese otro mundo... que le dicen a lord Rahl que nos deje tal combate a nosotras. Si lo hiciese, entonces no tendría que preocuparse por el equilibrio, ni sobre lo que puede y no puede comer. Si dejara de arriesgar su vida, su equilibrio sería excelente y se podría comer una cabra entera.

Jennsen enarcó las cejas.

—Ya sabéis a lo que me refiero —refunfuñó Cara.

Tom se inclinó hacia delante.

—Tal vez el ama Cara tiene razón, lord Rahl. Tenéis gente para que os proteja. Deberíais permitir que lo hicieran y podríais dedicar todas vuestras habilidades a la tarea de ser el lord Rahl.

Richard cerró los ojos y se frotó las sienes con las yemas de los dedos.

—Si tuviera que esperar a que Cara me salvara todo el tiempo, me temo que tendría que apañármelas sin la cabeza.

Cara puso los ojos en blanco al ver el atisbo de sonrisa en el rostro de él y regresó a su comida.

Estudiando el rostro de Richard en la tenue luz mientras éste comía una galleta seca, Kahlan se dijo que su esposo no tenía buen aspecto, y que eso se debía a algo más que al simple agotamiento. El suave resplandor del farol le iluminaba un lado del rostro, dejando el resto a oscuras, como si sólo estuviera allí a medias, medio en este mundo y medio en el mundo de la oscuridad, como si él fuera el velo entre ambos.

Se inclinó hacia él, le apartó los cabellos que le habían caído sobre la frente y aprovechó para palparle la frente. Daba la sensación de estar caliente, pero todos estaban acalorados y sudorosos, de modo que no podía saber realmente tenía fiebre, aunque no le pareció que así fuera.

La mano resbaló para sujetarle el rostro, haciéndole sonreír. Kahlan se dijo que podía ensimismarse en el placer de mirarlo a los ojos. El corazón le dolía de felicidad con sólo verle sonreír. Le devolvió la sonrisa, una sonrisa que no dedicaba a nadie que no fuese él.

Kahlan sintió también una necesidad imperiosa de besarlo, pero siempre parecía haber gente alrededor y el beso que quería darle en realidad no era de esos que uno da en presencia de terceros.

—Parece tan difícil de imaginar —dijo Friedrich a Richard—. Quiero decir, que el mismísimo lord Rahl no supiera nada del don mientras crecía. —Friedrich sacudió la cabeza—. Parece tan difícil de creer.

—Mi abuelo, Zedd, posee el don —repuso Richard mientras se recostaba—. Él quiso ayudar a criarme lejos de la magia, de un modo muy parecido a Jennsen; escondido allí donde Rahl el Oscuro no pudiera encontrarme. Por eso quiso que me criara en la Tierra Occidental, al otro lado de la frontera.

—¿E incluso vuestro abuelo, un mago, jamás reveló que poseía el don? —preguntó Tom.

—No, no hasta que Kahlan vino a la Tierra Occidental. Al rememorallo, comprendo que hubo una barbaridad de cosas insignificantes que me indicaban que era más de lo que parecía, pero mientras crecía jamás lo supe. Simplemente me parecía alguien mágico en el sentido de que parecía saber y comprender todo lo que había en el mundo que nos rodeaba. Abrió ese mundo para mí, haciendo que quisiera en todo momento saber más, pero el don no fue la mayor magia que me mostró: fue la vida.

—Es realmente cierto, entonces —dijo Friedrich—, que la Tierra Occidental fue separada para ser un lugar sin magia.

Richard sonrió ante la mención de su hogar en la Tierra Occidental.

Lo es. Crecí en el bosque del Corzo, justo al lado del límite, y jamás vi magia. Con la excepción tal vez de Chase.

—¿Chase? —preguntó Tom.

—Un amigo mío, un guardián del límite. Un tipo de tu estatura, Tom. En tanto que tú sirves como protector del lord Rahl, la responsabilidad de Chase era el límite, o más bien mantener a la gente lejos de él. Me contó que su trabajo era mantener alejada a la presa, a la gente, de modo que las cosas que salían del límite no se hicieran más fuertes. Trabajaba para mantener el equilibrio. —Richard sonrió para sí—. No tenía el don, pero a menudo pensé que las cosas que aquel hombre podía conseguir tenían que ser mágicas.

También Friedrich sonreía ante el relato de Richard.

—Yo viví en D'Hara toda mi vida. Cuando era joven aquellos hombres que custodiaban el límite eran mis héroes y quería unirme a ellos.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó Richard.

—Cuando se alzó el límite yo era demasiado joven. —La mirada de Friedrich se perdió en sus recuerdos, luego éste buscó cambiar de tema—. ¿Cuánto tiempo falta aún para que salgamos de este páramo, lord Rahl?

Richard miró al este, como si pudiera ver en la negrura de la noche.

—Si mantenemos nuestra velocidad, unos pocos días más y habremos dejado atrás la peor parte, diría yo. Se vuelve más pedregoso a medida que el terreno sigue elevándose en dirección a las lejanas montañas. El viaje será más difícil, pero a medida que ascendamos el calor debería ser menor.

—¿Cuánto falta para esa cosa que... que Cara cree que yo debería tocar? —preguntó Jennsen.

Richard estudió su rostro por un momento.

—No estoy seguro de que eso sea una buena idea.

—Pero ¿vamos ahí?

—Sí.

Jennsen mordió la tira de cecina.

—¿Que es esa cosa que Cara tocó, de todos modos? Cara y Kahlan no parecen querer decírmelo.

—Les pedí que no te lo dijeran —repuso Richard.

—Pero ¿por qué? Si vamos a verla, ¿por qué no ibas a querer que me dijeran lo que es?

—Porque tú no posees el don —dijo Richard—. No quiero influenciarte en lo que veas.

—¿Qué importaría eso? —inquirió ella, pestañeando.

—No he tenido tiempo de traducir gran parte de él aún, pero por lo que deduzco del libro que Friedrich me trajo, incluso aquellos que no poseen el don, en el sentido corriente, tienen al menos alguna diminuta chispa de él. De ese modo son capaces de interactuar con la magia del mundo; de un modo muy parecido, hay que tener ojos para ver los colores. Al nacer con ojos, puedes ver y comprender una pintura magnífica, incluso aunque puedas no poseer la capacidad de crear una pintura así tú mismo.

»El lord Rahl, poseedor del don, engendra únicamente un heredero con el don. Puede tener otros hijos, pero raras veces poseen también el don. Con todo, sí que poseen una chispa infinitesimal, como la poseen todas las demás personas. Incluso ellos, por así decirlo, pueden ver el color.

»El libro dice, no obstante, que existen vástagos excepcionales de un lord Rahl con el don, como tú, que nacen sin la menor traza en absoluto del don. El libro los llama Pilares de la Creación. De un modo muy parecido a como aquellos que nacen sin ojos no pueden percibir el color, aquellos que son como tú no pueden percibir la magia.

»Pero incluso eso es impreciso, porque con vosotros es más complicado. Para alguien que nace ciego, el color existe, ellos sencillamente no pueden verlo. Para vosotros, no obstante, no se trata de que simplemente no podéis percibir la magia: para vosotros la magia no existe... no es una realidad.

—¿Cómo es posible tal cosa? —preguntó Jennsen.

—No lo sé —respondió Richard—. Cuando nuestros antepasados crearon el vínculo del lord Rahl con el pueblo d'haraniano, éste conllevaba la capacidad excepcional de engendrar un heredero con el don. La magia necesita equilibrio. Quizá tuvieron que hacer que funcionase así, tener el contrapeso de los que nacen como tú, para que la magia que crearon funcionara: quizá no se dieron cuenta de lo que sucedería y sin querer crearon el equilibrio.

Jennsen carraspeó.

—¿Qué sucedería si... ya sabes, si yo tuviera hijos?

Richard estudió los ojos de la muchacha durante lo que pareció un tiempo dolorosamente largo.

—Darías a luz hijos como tú.

Jennsen se irguió más, las manos reflejando su súplica.

—¿Incluso si me caso con alguien que tenga esa chispa del don? ¿Con alguien capaz de percibir los colores, como tú has dicho? ¿Incluso en ese caso mis hijos serían como yo?

—Incluso entonces y en cada ocasión —repuso Richard con sosegada certeza—. Eres un eslabón roto en la cadena del don. Según el libro, una vez que el linaje de todos aquellos nacidos con la chispa del don, incluidos aquellos con el don tal y como lo poseo yo, remontándonos miles de años en el tiempo, remontándonos eternamente, queda roto, queda roto para siempre. No se puede restablecer. Una vez así perdido, ningún descendiente de ese linaje puede restablecer jamás el vínculo con el don. Cuando esas criaturas se casen, también ellas romperán, como tú, la cadena del linaje cuando se casen. Sus hijos serán igual que ellas, y así sucesivamente.

»Por eso el lord Rahl siempre daba caza a los vástagos sin el don y los eliminaba. Vosotros seríais el origen de algo que el mundo no ha tenido nunca antes: aquellos que no están tocados por el don. Cada vástago de cada descendiente pondría fin al linaje de la chispa del don en todos aquellos con los que se casasen. El mundo, la humanidad, quedarían alterados para siempre.

»Este es el motivo de que el libro llame a los que son como tú Pilares de la Creación.

—Y así es como se llama también aquel lugar —dijo Tom a la vez que señalaba con un pulgar hacia atrás, que pareció tener la necesidad de decir algo en medio del silencio que se había hecho—, los Pilares de la Creación. —Contempló los rostros que rodeaban la débil luz del farol—. Parece una coincidencia extraña que tanto los que son como Jennsen como ese lugar reciban el mismo nombre.

Richard clavó la mirada a lo lejos, en la oscuridad, en dirección a aquel lugar terrible en el que Kahlan habría muerto de haber cometido él un error con la magia.

—No creo que sea una coincidencia. Están conectados, de algún modo.

El libro —*Los Pilares de la Creación*— que describía a aquellos que habían nacido como Jennsen estaba escrito en d'haraniano culto. Pocas personas vivas comprendían el d'haraniano culto, y Richard había empezado a aprenderlo para poder desentrañar información importante en otros libros que habían encontrado que databan de la época de la gran guerra.

Aquella guerra, acabada tres mil años antes, había vuelto encenderse de algún modo, y ardía sin control por todo el mundo. Kahlan temía pensar en el papel central —aunque involuntario— que Richard y ella habían desempeñado en ello.

Jennsen se inclinó adelante, como en busca de algún hilillo de esperanza.

—¿Cómo crees que podrían estar conectadas las dos cosas?

Richard lanzó un suspiro cansado.

—No lo sé, todavía.

Con un dedo, Jennsen hizo rodar un guijarro, dejando un surco sobre el polvo.

—Todas esas cosas sobre que soy un Pilar de la Creación, que soy una ruptura en el vínculo con el don, me hace sentir de algún modo... sucia.

—¿Sucia? —preguntó Tom, dando la impresión de sentirse dolido al oírla decir eso—. Jennsen, ¿por qué tendrías que sentirte de ese modo?

—A los que son como yo también se les llama «agujeros en el mundo». Ahora puedo ver el motivo.

Richard se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Sé lo que es sentir pesar por haber nacido... por lo que se tiene o no se tiene. Yo odiaba haber nacido... con el don. Pero acabe comprendiendo lo necios que son tales sentimientos, lo totalmente equivocada que estaba.

—Pero es distinto conmigo —dijo ella mientras empujaba la arena con un dedo, borrando los pequeños surcos que había hecho con el guijarro—. Hay otros como tú... magos o hechiceras con el don. Todos los demás al menos pueden ver colores, como tú has dicho. Yo soy la única que es de este modo.

Richard contempló largamente a su hermanastra, una hermosa, inteligente hermanastra sin el don, que cualquier lord Rahl anterior habría asesinado allí mismo, y no pudo contener una sonrisa.

—Jennsen, pienso en ti como en alguien que ha nacido puro. Eres como un copo de nieve recién caído, diferente de cualquier otro, y sorprendentemente hermoso.

Alzando los ojos hacia él, Jennsen tampoco pudo contener una sonrisa.

—Jamás lo consideré de ese modo. —La sonrisa se desvaneció mientras pensaba en sus palabras—. Pero de todos modos, estaría destruyendo...

—Estarías creando, no destruyendo —dijo Richard—. Pensar así sería hacer caso omiso de la auténtica naturaleza, de la realidad, de las cosas. Las personas, si no acaban con las vidas de otros, tienen el derecho a vivir su vida. No puedes decir que por el hecho de haber nacido con cabellos rojos has suplantado el «derecho» de los cabellos castaños a crecer en tu cabeza.

Jennsen lanzó una risita divertida ante tal idea. Fue agradable ver que la sonrisa se afianzaba más. Por la expresión en el rostro de Tom, éste estaba de acuerdo.

—Así pues —preguntó finalmente Jennsen—, ¿qué hay de esa cosa que vamos a ver?

—Si la cosa que Cara tocó ha sido alterada por alguien que posea el don, entonces puesto que tú no puedes ver la magia, podrías ver algo que nosotros no podemos ver: lo que yace bajo la magia.

Jennsen frotó el tacón de su bola.

—¿Y tú crees que eso te dirá algo importante?

—No lo sé. Puede ser útil o puede no serlo, pero quiero saber lo que ves... con tu visión especial... sin ninguna sugestión por nuestra parte.

—Si tanto te preocupa esa cosa, ¿por qué la dejaste? ¿No temes que alguien pueda encontrarla y cogerla?

—Me preocupan muchas cosas... —repuso Richard.

—Incluso si realmente es algo alterado por la magia y ella lo ve tal y como es en verdad —dijo Cara—, no significa que no sea de todos modos lo que nos parece a nosotros, o que no sea igual de peligroso.

Richard asintió.

—Al menos sabremos eso más sobre ello. Cualquier cosa que averigüemos podría ayudarnos.

Cara frunció el entrecejo.

—Yo simplemente quiero que vuelva a darle la vuelta.

Richard le dirigió una mirada para impedirle que dijese nada más. Cara lanzó un bufido, se inclinó hacia delante, y tomó uno de los orejones de Richard. Lo miró con severidad mientras se lo introducía en la boca.

En cuanto acabaron de cenar, Jennsen sugirió que volvieran a empaquetar toda la comida y la pusieran a buen recaudo en el carro, para que *Betty* no se diera un atracón por la noche. *Betty* estaba siempre hambrienta. Al menos, con sus dos crías, ahora ella sabía lo que era que te estén dando siempre la lata para conseguir comida.

Kahlan pensó que debería tenerse cierta consideración con Friedrich, debido a su edad, así que le preguntó si le gustaría hacer la primera guardia. La primera guardia era más agradable que ser despertado en plena noche para hacer un relevo. Éste mostró su agradecimiento con una sonrisa mientras asentía con la cabeza.

Tras abrir el saco de dormir de Kahlan y el suyo. Richard apagó el farol. La noche era bochornosa pero muy clara, de modo que, una vez que los ojos de Kahlan se adaptaron, el manto de estrellas era suficiente para ver, aunque no fuera con gran nitidez. Uno de los blancos corderitos consideró que los recién desenvueltos sacos de dormir serían un lugar perfecto para retozar, así que Kahlan tuvo que apartarlo y devolvérselo a su madre que meneaba la cola ansiosamente.

Mientras se tumbaba junto Richard, Kahlan vio la oscura forma de Jennsen enroscarse junto a *Betty* y reunir a las crías en el tierno lecho de sus brazos, donde se acomodaron rápidamente.

Richard se inclinó sobre Kahlan y le besó los labios con dulzura.

—Te quiero, ya lo sabes.

—Si alguna vez estamos a solas, lord Rahl —le respondió ella con un susurro—, me gustaría tener más que un beso rápido.

Él lanzó una queda carcajada y le besó en la frente antes de tumbarse de costado, dándole la espalda. Ella había estado esperando una promesa íntima, o al menos un comentario desenfadado.

Kahlan se acurrucó detrás de él y apoyó una mano en su hombro.

—Richard —musitó—, ¿te encuentras bien?

Tardó más en responder de lo que a ella le habría gustado.

—Tengo un dolor de cabeza terrible.

Quiso preguntarle qué clase de dolor de cabeza tenía, pero no quiso que la diminuta chispa de temor que albergaba se encendiera aún más al expresarla en voz alta.

—Es diferente de los dolores de cabeza que he tenido antes —dijo Richard, como si respondiera a su pregunta no formulada—. Supongo que es este calor infame, añadido al no haber dormido durante tanto tiempo.

—Supongo. —Kahlan arrugó la manta que usaba como almohada para crear un bulto que presionara contra la zona dolorida que notaba en la base del cráneo—. El calor cambien hace que me martillee la cabeza. —Le frotó el hombro—. Duerme bien, pues.

Estaba agotada y le dolía todo el cuerpo, y era una sensación deliciosa estar tumbada. También notaba mejor la cabeza, con el blando bulto de la manta presionando contra la parte posterior del cuello. Con la mano apoyada en el hombro de Richard, percibiendo su lenta respiración, Kahlan se durmió profundamente.

5

Cansada como estaba, fue una sensación maravillosa estar junto a Richard y dejar que las inquietudes y preocupaciones desaparecieran por el momento, y sumirse en el sueño con tanta suavidad.

Pero le parecía que apenas acababa de dormirse cuando despertó y se encontró con Cara, que le zarandeaba el hombro.

Kahlan pestañeó al ver la familiar silueta que la contemplaba inclinada sobre ella. Anheló volverse a dormir, que la dejaran tranquila para volver a su sueño reparador.

—¿Mi guardia? —preguntó.

Cara asintió.

—Yo la haré si lo deseáis.

Kahlan echó una mirada de reojo mientras se sentaba en el suelo, viendo que Richard seguía profundamente dormido.

—No —musitó—. Duerme un poco. También tú necesitas descanso.

Kahlan bostezó y estiró la espalda, luego sujetó el codo de Cara y la condujo un poco más allá, donde no pudieran oírlas, y se inclinó hacia ella.

—Creo que tienes razón. Hay más que suficientes para montar guardia y que todos descansemos lo suficiente. Dejemos que Richard duerma hasta que sea de día.

Cara mostró su acuerdo con una sonrisa antes de irse hacia su saco de dormir. Las conspiraciones concebidas para proteger a Richard agradaban a la mord-sith.

Kahlan bostezó y volvió a desperezarse, a la vez que se obligaba a desprenderse de la persistente neblina del sueño que ocupaba su mente. Apartándose los cabellos del rostro y echándoselos por encima del hombro, escudriñó el páramo a su alrededor, buscando cualquier cosa fuera de lo común. Más allá del campamento todo estaba silencioso como la muerte. Las montañas ocultaban la centelleante curva de las estrellas a lo largo del horizonte.

Kahlan se aseguró de que todos estaban allí. Cara parecía ya bien instalada. Tom dormía no lejos de los caballos. Friedrich estaba dormido al otro lado de los animales. Jennsen se encontraba enroscada junto a *Betty*, pero por sus movimientos no parecía estar dormida. Sus crías se habían movido y yacían ahora despatarradas con las cabezas bien pegadas contra su madre.

Kahlan siempre se mostraba especialmente vigilante justo en el momento del cambio de guardia. El cambio de guardia era el mejor momento para un ataque; lo sabía, pues a menudo había iniciado incursiones durante un cambio de guardia. Los que abandonaban la guardia en aquel momento a menudo estaban cansados y pensaban ya en otras cosas, considerando que la guardia era el deber del siguiente centinela, y aquellos que se incorporaban a menudo no estaban preparados mentalmente para un ataque repentino. La gente acostumbraba a pensar que el enemigo no aparecería hasta que estuvieran adecuadamente instalados y ojo avizor. La victoria favorecía a aquellos que estaban preparados. La derrota acechaba a los desprevenidos.

Se encaminó a una formación rocosa no muy lejos de Richard. Volvió a escudriñar el terreno, sentándose en un punto elevado para tener una mejor visión de los desiertos alrededores. Incluso en plena noche, la áspera roca todavía emitía el feroz calor del día anterior.

Kahlan se apartó una guedeja de cabellos húmedos del cuello, deseando que soplara algo de brisa. Había habido momentos, en invierno, en los que casi había muerto congelada, pero, por mucho que lo intentara, no parecía ser capaz de recordar qué se sentía cuando uno tenía auténtico frío.

Kahlan no llevaba mucho tiempo de guardia cuando vio que Jennsen se levantaba y cruzaba en silencio el campamento, intentando no despertar a los demás.

—¿Te importa si me siento contigo? —preguntó cuándo llegó junto a Kahlan.

—Claro que no.

Jennsen se acomodó en la roca junto a Kahlan, alzó las rodillas, y luego las rodeó con los brazos, abrazándolas contra el cuerpo. Durante un rato, la joven se limitó a contemplar la noche.

—Kahlan, siento... lo de antes. —No obstante la oscuridad, a Kahlan le pareció ver que la muchacha estaba abatida—. No era mi intención parecer una estúpida que haría cualquier cosa sin pensar. Jamás haría nada que lastimara a cualquiera de vosotros.

—Sé que no harías tal cosa de un modo deliberado. Son las cosas que podrías hacer sin darte cuenta lo que me preocupa.

Jennsen asintió.

—Creo que comprendo un poco mejor, ahora, lo complicado que es todo y las muchas cosas que no sé en realidad. No haré nada a menos que tú o Richard me digáis que lo haga, lo prometo.

Kahlan sonrió y pasó una mano a lo largo de la cabeza de Jennsen, dejando que fuera a descansar sobre el hombro de la joven.

—Únicamente te dije esas cosas porque me importas, Jennsen. —Le dio en el hombro un apretón cariñoso—. Imagino que me preocupo por ti del mismo modo que *Betty* se preocupa por sus corderitos, sabiendo los peligros que hay por todas partes, peligros que ellos raras veces conocen.

»Es necesario que comprendas que si te colocas sobre una capa de hielo delgado, no importa si el lago lo congeló una ola de frío o un hechizo. Si no sabes dónde pisas, por así decirlo, podrías caer a los fríos brazos de la muerte. No importa qué creó el hielo: la muerte es la muerte. Lo que quiero decir es que uno no se pone a andar sobre hielo delgado a menos que tenga una poderosa razón para hacerlo, porque muy bien puede costarte la vida.

—Pero yo no estoy tocada por la magia. Como dijo Richard, soy como alguien que ha nacido sin ojos y no puede ver los colores. Soy un eslabón roto en la cadena de la magia. ¿No querría decir eso que no puedo meterme en líos accidentalmente con ella?

—¿Y si alguien empuja un peñasco por un precipicio y éste te aplasta, importa si el peñasco lo hizo rodar un hombre con una palanca o una hechicera haciendo uso del don?

La voz de Jennsen adoptó un tono preocupado.

—Ya veo a qué te refieres. Supongo que nunca lo mire de ese modo.

—Sólo estoy intentando ayudarte porque se lo fácil que es cometer un error.

Ella contempló a Kahlan en la oscuridad durante un momento.

—Tú conoces la magia. ¿Qué clase de error podrías cometer?

—Muchos.

—¿Cómo qué?

Kahlan se sumió en sus recuerdos.

—En una ocasión me retrase medio segundo en matar a alguien.

—Pero pensaba que dijiste que estaba mal ser demasiado impetuoso.

—En ocasiones lo más imprudente que puedes hacer es demorar algo. Ella era una hechicera. Para cuando actué ya era demasiado tarde. Debido a mi error ella capturó a Richard y se lo llevó. Durante un año, no supe qué le había sucedido. Pensaba que jamás lo volvería a ver, que moriría de pena.

Jennsen la contempló fijamente, atónita.

—¿Cuándo volviste a encontrarlo?

—No hace mucho. Por eso estamos aquí abajo en el Viejo Mundo. Ella lo trajo aquí. Al menos lo encontré. He cometido otros errores, y también ellos han tenido como resultado un sinnúmero de problemas. Lo mismo ha hecho Richard. Como dijo, todos cometemos errores. Si puedo quiero ahorrarte el que cometas un error innecesario.

Jennsen desvió la mirada.

—Como creer en aquel hombre con el que estaba ayer... Sebastián. Debido a él, asesinaron a mi madre y casi conseguí que te mataran. Me siento tan estúpida...

—No cometiste ese error debido a una negligencia, Jennsen. Ellos te engañaron, utilizaron. Pero lo más importante es que, al final, usaste tu cabeza y estuviste dispuesta a enfrentarte a la verdad.

Jennsen asintió.

—¿Que nombre deberíamos dar a los corderitos? —preguntó por fin.

Kahlan no creía que ponerles nombre fuese una buena idea, al menos aún, pero se sintió reacia a decirlo.

—No lo sé. ¿En qué nombres pensabas?

Jennsen soltó un profundo suspiro.

—Fue toda una impresión tener a *Betty* de repente de vuelta conmigo, y aun fue una sorpresa mayor ver que tenía sus propios bebés. Jamás lo había considerado. Ni siquiera he tenido tiempo de pensar en nombres.

—Lo harás.

Jennsen sonrió ante la idea, y la sonrisa creció, como si pensara en algo más.

—¿Sabes? —dijo—. Creo que comprendo lo que Richard quiso decir cuando dijo que su abuelo era mágico, incluso a pesar de que nunca le vio hacer magia.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, yo no puedo ver la magia, por así decirlo, y Richard no hizo nada de magia esta noche, al menos ninguna que yo sepa.

Rió con voz queda, una risa muy agradable que Kahlan no había oído nunca, llena de vida y alegría. Había una cualidad en ella que se parecía mucho a la risa de Richard, era como el contrapeso femenino de la carcajada masculina de Richard, dos facetas del mismo deleite.

—Y sin embargo —prosiguió Jennsen—, las cosas que dijo me hicieron pensar en él en ese modo, como alguien mágico. Cuando lo estaba diciendo, supe exactamente lo que quería decir, exactamente cómo se había sentido, porque Richard ha abierto el mundo para mí, pero el regalo no fue la magia que me mostró. Fue el que me mostrara, que mi vida es mía, y que vale la pena vivirla.

Kahlan sonrió para sí, ante lo mucho que aquello describía su propia sensación de lo que Richard había hecho por ella, el modo en que había hecho que valorara la vida y creyera en ella, en su propia vida, y no en función de los otros.

Durante un tiempo permanecieron juntas, contemplando en silencio el páramo vacío. Kahlan no perdía de vista a Richard mientras éste se agitaba en su sueño.

También Jennsen observaba a Richard con creciente preocupación.

—Parece como si le pasara algo —musitó, inclinándose hacia ella.

—Tiene una pesadilla.

Kahlan observó, como había hecho muchas veces antes, que Richard cerraba los puños mientras dormía, en su silencioso forcejeo con algún terror personal.

—Da miedo verlo así —dijo Jennsen—. Parece tan diferente. Cuando está despierto siempre parece tan... razonable.

—No se puede razonar con una pesadilla —respondió Kahlan con quedo pesar.

6

Richard despenó sobresaltado. Habían regresado.

Había estado teniendo una pesadilla. Como le ocurría con todos sus sueños, no la recordaba. Únicamente sabía que era una pesadilla porque dejaba tras ella la enorme sensación de un terror indefinido y frenético que hacía que el corazón se le desbocara. Se deshizo del persistente manto de la pesadilla como haría con una manta enredada. Incluso a pesar de que parecía como si los siniestros recuerdos del sueño que persistían en su mente siguieron intentando arañarlo, intentando arrastrarlo de vuelta a su mundo, sabía que los sueños eran incorpóreos, así que descartó la idea. Ahora que estaba despierto, la sensación de temor empezó a desvanecerse con rapidez, como niebla consumiéndose bajo una ardiente luz solar.

Con todo, tuvo que hacer un esfuerzo para tranquilizar su respiración.

Lo importante era que habían regresado. No siempre sabía cuándo regresaban, pero en esta ocasión estaba seguro.

En algún momento de la noche, además, el viento había empezado a soplar. Lo abofeteaba, agitándole la ropa y tirándole de los cabellos. Allí, en el sofocante páramo, las abrasadoras ráfagas no ofrecían alivio al calor. En lugar de resultar refrescante, el viento era tan caliente que parecía como si se hubiese abierto la puerta de unos altos hornos y el calor le achicharrara la carne.

Buscando a tientas su odre de agua, no lo encontró de inmediato. Intentó recordar exactamente dónde lo había dejado, pero, con otros pensamientos pidiendo a gritos su atención, no podía recordarlo. Tendría que preocuparse sobre lo de beber más tarde.

Kahlan yacía a poca distancia, girada hacia él, y había recogido su larga melena en un puño que mantenía apretado bajo la barbilla. El viento hacía que algunos mechones sueltos le azotaran la mejilla. A Richard le encantaba el simple hecho de sentarse y contemplar su rostro; en esta ocasión, no obstante, le dedicó apenas un momento bajo la tenue luz de las estrellas, para advertir su regular respiración. Estaba profundamente dormida.

Mientras escudriñaba el campamento, distinguió un leve rubor en el cielo oriental. Aún faltaba bastante para el amanecer.

Reparó en que había dormido durante su período de guardia. Cara y Kahlan habían decidido sin duda que él necesitaba dormir y habían conspirado para no despertarlo. Probablemente tenían razón. Había estado tan agotado que había dormido de un tirón. En aquellos momentos, no obstante, estaba totalmente despierto.

También el dolor de cabeza había desaparecido.

En silencio, con cuidado, Richard se aparcó de Kahlan para no despertarla. Instintivamente, alargó la mano para coger la espada que yacía al otro lado. El metal resultó cálido bajo su contacto cuando sus dedos se cerraron alrededor de la familiar vaina forjada en plata y oro. Siempre resultaba tranquilizador encontrar la espada lista, pero aún más en aquel momento. Mientras se ponía en pie sin hacer ruido, se pasó el tahalí por encima de la cabeza, colocando el familiar cuero flexible sobre el hombro derecho. Cuando se irguió, la espada colgaba ya junto a la cadera, lista para cumplir sus órdenes.

No obstante lo reconfortante que era tener el arma a su lado, tras la carnicería que había tenido lugar allá, en el lugar llamado los Pilares de la Creación, la idea de desenvainarla lo ponía enfermo. Retrocedió ante la imagen mental de las cosas que había hecho. Aunque, de no haberlas hecho, Kahlan no estaría durmiendo tranquilamente. Estaría muerta, o algo peor.

Otra cosa buena había salido de ello. Se había apartado a Jennsen del abismo. La vio enroscada junto a su amada cabra, abrazando a las dos crías dormidas de *Betty*. Era maravilloso tener una hermana, sonrió ante lo lista que era y todas las alegrías de la vida que tenía por delante. Le hacía sentir feliz el que le entusiasmara estar cerca de él, pero el que estuviera cerca de él también hacía que se preocupase por su seguridad. Aunque, en realidad no existía ningún lugar seguro, a menos que a las fuerzas desatadas de la Orden se las pudiese derrocar o al menos contener.

Una potente ráfaga barrió el campamento, levantando nubes de tierra. Richard pestañeó, intentando mantener la arena arrastrada por el viento fuera de los ojos. El sonido del viento en sus oídos era incordiante porque enmascaraba otros sonidos. Aunque escuchaba con atención, no podía oír más que al viento.

Entrecerrando los ojos para protegerlos de la arena, vio que Tom estaba sentado encima de su carromato, mirando a un lado y a otro, montando guardia. Friedrich dormía al otro lado de los caballos, Cara estaba no muy lejos de Kahlan, bajo la tenue luz de las estrellas. Tom no había descubierto a Richard. Cuando Tom escudriñó la noche en la dirección opuesta, Richard se alejó del campamento, dejando que Tom velara por los demás.

Richard se sentía a gusto bajo el manto de la oscuridad. Años de práctica le habían enseñado a escabullirse entre las sombras, a moverse en silencio en la noche. Eso fue lo que hizo ahora, alejándose del campamento mientras se concentraba en lo que lo había despertado.

A diferencia de Tom, a las criaturas no se les escaparon los movimientos de Richard. Describieron círculos en lo más alto mientras lo observan, siguiéndolo mientras se alejaba por el escarpado terreno. Resultaban casi invisibles en el oscuro ciclo, pero Richard podía distinguirlos cuando oscurecían las estrellas, como sombras deladoras recortadas en la centelleante cortina negra de la noche; sombras que sentía tan bien como las podía ver.

La desaparición del intenso dolor de cabeza era un gran alivio, pero que hubiese desaparecido de la manera en que lo había hecho era también motivo de preocupación. El tormento a menudo desaparecía cuando lo distraía algo importante. Algo peligroso. Al mismo tiempo, incluso a pesar de que el dolor había desaparecido, parecía como si simplemente se estuviera ocultando en las sombras de su mente, aguardando a que se relajara para poder abalanzarse sobre él.

Cuando los dolores de cabeza se apoderaban de él, el dolor era tan intenso que hacía que se sintiera mareado en cada una de las fibras de su ser. Incluso a pesar de que el abrumador dolor en ocasiones hacía que le resultase difícil mantenerse en pie, poner un pie delante del otro, había sabido que quedarse tras, donde estaban, habría significado la muerte. A Richard no le preocupaba tanto la intensidad del dolor como su naturaleza, su causa.

No eran iguales que los dolores de cabeza que había tenido antes —provocados por el don—, pero tampoco eran normales. A lo largo de toda su vida había padecido terribles dolores de cabeza alguna que otra vez, los mismos que su madre acostumbraba a padecer de un modo más regular. Ella los había llamado «mis nefastos dolores de cabeza». Richard comprendía perfectamente lo que quería decir.

Los actuales, no obstante lo fuertes que eran, no eran como aquellos. Le preocupaba que los pudiera causar el don.

Había padecido dolores de cabeza provocados por el don con anterioridad. Le habían dicho que, a medida que creciera, a medida que su habilidad aumentara, a medida que fuera comprendiendo más cosas, se vería acometido por dolores de cabeza provocados por el don. El remedio era supuestamente sencillo. No tenía más que buscar la ayuda de otro mago y hacer que este lo ayudara con el siguiente nivel de conciencia y comprensión de la naturaleza del don. La conciencia y la comprensión le permitirían controlar y por lo tanto eliminar el dolor... sofocar la llamarada. Al menos, eso era lo que le habían dicho.

Desde luego, en ausencia de otro mago que lo ayudara, las Hermanas de la Luz estarían encantadas de colocarle un collar alrededor del cuello para controlar el poder desbocado del don.

Le habían dicho que tales dolores de cabeza, de no ser tratados convenientemente, eran letales. Y sabía que eso era cierto. No podía permitirse tener aquel problema en aquellas circunstancias, además de todos los otros que tenía, y justo en aquel momento no había nadie en las cercanías que pudiera ayudarlo: ningún mago, ni, incluso a pesar de que jamás lo permitiría, ninguna Hermana de la Luz para colocarle un collar otra vez.

Volvió a recordarse que no era el mismo dolor que la última vez, dolor que había provocado el don. Se recordó a sí mismo que no debía inventarse problemas que no tenía.

Ya tenía suficientes con los reales.

Oyó el zumbido cuando uno de los enormes pájaros pasó a toda velocidad, muy bajo, sobre su cabeza. La criatura se retorció en pleno vuelo, elevándose en una ráfaga de aire, para echar una mirada atrás, en dirección a él.

Otra siguió su estela, y luego una tercera, una cuarta y una quinta. Se deslizaron en silencio, atravesando el terreno despejado, siguiéndose unas a otras en una tosca fila. Sus alas se balancearon mientras maniobraban para estabilizarse en el viento racheado. Alcanzada cierta distancia, se alzaron en un planeo, ascendiendo para girar otra vez, en dirección a él.

Antes de regresar, las criaturas describieron en su vuelo un apretado círculo. Cuando batían las enormes alas, Richard por lo general oía el susurrar de las plumas a través del aire, aunque en aquellos instantes, con el sonido del viento, no podía. Los negros ojos de las aves observaban cómo las miraba. Quiso que supieran que era consciente de su presencia.

De no estar tan preocupado por el significado de las criaturas, podría haberlas considerado hermosas, con sus elegantes formas oscuras recortadas majestuosamente en el arrebol carmesí que empezaba a aparecer en el firmamento.

Mientras observaba, no obstante. Richard no conseguía imaginar qué era lo que hacían. Las había visto mostrar aquel comportamiento antes y tampoco lo había comprendido entonces. Advirtió, de improviso, que en aquellas otras ocasiones en que habían regresado para describir círculos de aquel modo tan curioso, él también había sido consciente de su presencia. No siempre era consciente de su presencia. Aunque, si tenía dolor de cabeza, éste se había desvanecido ya cuando ellas regresaban.

El viento caliente alborotó los cabellos de Richard mientras éste contemplaba el páramo oscurecido. No le gustaba aquel yermo sin vida. El amanecer allí no ofrecería la promesa de un mundo que renacía. Deseó que Kahlan y él estuvieran de vuelta en los bosques, y no pudo evitar sonreír al recordar el lugar en las montañas

donde el año anterior habían pasado el verano. Era tan maravilloso que había conseguido incluso ablandar a Cara.

En la tenue pero creciente luz del amanecer, las criaturas de puntas negras trazaron círculos, como siempre hacían cuando llevaban a cabo la curiosa maniobra, no sobre él, sino a cierta distancia, sobre el llano. Las otras veces había sido sobre colinas arboladas o praderas. En esta ocasión, mientras observaba a las criaturas, tuvo que entrecerrar los ojos para impedir que la arena levantada por el viento se le metiera en ellos.

Inclinando bruscamente las amplias alas, las criaturas estrecharon el círculo a medida que descendían más cerca del suelo del desierto. Él sabía que harían aquello durante un corto período de tiempo antes de romper la formación para reanudar su vuelo normal. En ocasiones volaban en parejas y llevaban a cabo espectaculares acrobacias aéreas, cada una imitando con elegancia cada movimiento de la otra, como hacían a veces los cuervos.

Y entonces, mientras las negras formas daban vueltas en un apretado vórtice. Richard reparó en que la arena flotante no se limitaba a serpentear y retorcerse sin ton ni son, sino que fluía sobre algo.

El vello de los brazos se le erizó.

Richard pestañeó, bizqueando, en un intento de ver mejor en la aullante tormenta de arena arremolinada por el viento. Aún más polvo y tierra se alzaron por el impacto de otra violenta ráfaga, y, a medida que los retorcidos torbellinos corrían sobre el llano terreno y pasaban por debajo de las criaturas, estos se arremolinaron alrededor y por encima de algo situado abajo, dando nitidez a una figura.

Parecía ser la figura de una persona.

El polvo se arremolinaba alrededor de ella, perfilándola. Cada vez que el viento arreciaba y transportaba con él un cargamento de arena, la figura, definida por la arena arremolinada, parecía el contorno de un hombre envuelto en un hábito con capucha.

La mano derecha de Richard asió la empuñadura de su espada.

No había nada en la figura excepto la arena que fluía sobre unos contornos de algo que no estaba allí, como el agua embarrada discurre sobre una botella de cristal transparente revelando la forma de esta. La figura parecía estar de pie inmóvil, observándolo.

No había ojos en esa forma de arena arremolinada, pero Richard pudo percibirlos fijos en él.

—¿Qué es? —Preguntó Jennsen en un preocupado susurro a la vez que corría a colocarse junto a él—. ¿Qué sucede? ¿Ves algo?

Con la mano izquierda, Richard la empujó atrás. Tan apremiante fue la precipitada oleada de necesidad que le sobrevino que tuvo que hacer un gran esfuerzo para hacerlo con suavidad, aferraba la empuñadura de la espada con tanta fuerza que percibía las letras en relieve de la palabra VERDAD tejidas en hilo de oro.

Richard invocaba desde el interior de la espada el propósito de ser de ésta, el núcleo mismo de su creación. En respuesta, la energía del poder de la espada se inflamó.

No obstante, más allá del velo de cólera en las sombras de su mente, incluso mientras la rabia de la espada tronaba a través de él. Richard percibió vagamente una oposición inesperada por parte del flujo de la magia para acudir a la llamada.

Era como salir por una puerta e inclinar todo el peso de uno para resistir el empuje de un vendaval.

Antes de que Richard pudiera analizar esa sensación, la oleada de cólera fluyó a través de él, embargándolo con la fría furia del frenesí que era el poder de la espada.

A medida que las criaturas daban vueltas, su círculo empezó a acercarse más. También esto lo habían hecho antes, pero en esta ocasión el remolino de arena delataba la figura que avanzaba con ellas. Daba la impresión de que las criaturas de puntas negras se iban acercando al intangible hombre encapuchado.

El característico tañido del acero anunció la llegada de la *Espada de la verdad*.

Jennsen lanzó un chillido ante el repentino movimiento de su hermanastro y dio un salto atrás.

Las criaturas respondieron con taladrantes gritos burlones.

El sonido inconfundible de la espada de Richard al ser desenvainada trajo a Kahlan y a Cara a la carrera. Cara habría sallado frente a él para protegerlo, pero la mord-sith sabía bien que no debía colocarse delante de él cuando había sacado la espada. Con el agiel aferrado en el puño, frenó con un patinazo a un lado, lista para el ataque, un poderoso felino preparado para saltar.

—¿Qué es? —preguntó Kahlan mientras detenía su carrera justo detrás de él, contemplando boquiabierta los dibujos que formaba el viento.

—Son las criaturas —respondió la voz preocupada de Jennsen—. Han regresado.

Kahlan la contempló con incredulidad.

—Las criaturas no parecen ser lo peor aquí.

Espada en mano, Richard vigilaba la cosa situada debajo de las criaturas. Notando la espada en la mano, con su poder chisporroteando a través de los huesos, sintió una punzada de indecisión, de duda. Sin tiempo que perder, se volvió hacia Tom, que justo se alejaba una vez aseguradas las trabillas de los caballos. Richard imitó la acción de disparar una flecha. Captando lo que Richard quería decide, Tom se detuvo en seco y giró en redondo, de vuelta al carro. Friedrich asió a toda prisa las correas de los otros caballo!, tratando de mantenerlos tranquilos. Inclínándose al interior del carro, Tom apartó unos bártulos a un lado mientras buscaba el arco de Richard y la aljaba.

Jennsen pasó su escrutadora mirada de un rostro sombrío a otro.

—¿A qué te refieres con que las criaturas no son lo peor?

Cara señaló con el agiel.

—Esa... esa figura. Ese hombre.

Frunciendo el entrecejo con desconcierto, Jennsen paseó la mirada entre Cara y la arena levantada por el viento.

—¿Qué ves? —preguntó Richard.

Jennsen alzó las manos al ciclo en un gesto de contrariedad.

—Criaturas de puntas negras. Cinco de ellas. Eso, y la cegadora arena que vuela por el aire es todo lo que veo. ¿Hay alguien ahí? ¿Veis gente que se acerca?

Ella no lo veía.

Tom sacó el arco y la aljaba del carro y corrió hacia ellos. Dos de las criaturas, como advirtiéndolo que Tom se acercaba corriendo con el arco, elevaron el vuelo y efectuaron círculos más amplios. Giraron a su alrededor una vez antes de desaparecer en la oscuridad. Las otras tres, no obstante, siguieron sobrevolando en círculo, como si sostuvieran la figura flotante en la arremolinada arena bajo ellas.

Las criaturas se acercaron más, y la figura con ellas. Richard no concebía qué podía ser, pero la sensación de temor que engendraba rivalizaba con cualquier pesadilla. El poder procedente de la espada que circulaba por él no tenía tal temor ni duda. Entonces, ¿por qué él sí? Tempestades mágicas en su interior, ajenas a cualquier cosa que bramara en el páramo, giraban en espiral a través de él, luchando por ser liberadas. Con un penoso esfuerzo, Richard contenía aquella necesidad, la concentraba en la tarea de obedecer su voluntad en el caso de que eligiera liberarla. Él era el amo de la espada y en todo momento tenía que ejercer de modo consciente aquel dominio. Por la reacción de la espada, Richard no tenía ninguna duda en cuanto a la naturaleza de lo que tenía ante sí. Entonces, ¿qué era lo que percibía procedente de la espada?

Desde el carro situado, un caballo relinchó. Una veloz, mirada de reojo le permitió ver a Friedrich intentando calmarlos. Los tres caballos se encabritaron, forcejeando para liberarse de la cuerda que él sujetaba con fuerza, luego se calmaron un poco, pateando el suelo con los cascos y resoplando. Por el rabillo del ojo, Richard vio que dos relámpagos negros salían disparados de la oscuridad, justo a ras del sucio. *Betty* profirió un terrible lamento.

Y luego, tan rápido como habían aparecido, se marcharon, desapareciendo de nuevo en la espesa penumbra.

—¡No! —chilló Jennsen mientras corría hacia los animales.

Ante ellos, la figura inmóvil observaba. Tom alargó el brazo, intentando detener a Jennsen cuando pasó junto a él. Ella se desasíó. Por un momento, a Richard le inquietó que Tom pudiera ir tras ella, pero entonces él corría ya otra vez hacia Richard.

Las dos criaturas aparecieron repentinamente, surgiendo de la oscura y arremolinada lóbreguez, tan cerca que Richard pudo ver los cañones que discurrían por sus plumas remeras totalmente extendidas bajo el viento. Tras descender en picado fuera de la arremolinada tormenta de polvo, volvieron a unirse al círculo, y cada una llevaba ahora una pequeña figura blanca y flácida en sus poderosas garras.

Tom se acercó corriendo con el arco en una mano y la aljaba en la otra. Efectuando su elección. Richard introdujo violentamente la espada en la vaina y agarró el arco.

Con un movimiento fluido dobló el arco y sujetó la cuerda. Extrajo una flecha de la aljaba que Tom sostenía.

Mientras giraba hacia el blanco, Richard tenía ya la flecha colocada y tensaba la cuerda. Le resultó agradable sentir cómo los músculos se tensaban para resistir el rebote del arco, dándole potencia al disparo. Era agradable depender de la propia fuerza, de la propia habilidad, de las interminables horas de entrenamiento, y no tener que contar con la magia.

La figura inmóvil del hombre que no estaba allí pareció observar. Remolinos de arena corrían sobre la figura, marcando su contorno. Richard dirigió una mirada desafiante a la cabeza de la figura situada más allá de la afilada punta de acero de la flecha. Como todas las armas cortantes, a Richard le resultaba reconfortantemente familiar. Con un arma en las manos, estaba en su elemento y no importaba si era polvo de piedra lo que derramase su filo o sangre. La flecha de punta de acero apuntaba directamente al punto de la arena arremolinada que formaba la cabeza.

El taladrante grito de las criaturas se dejó oír por encima del aullido del viento.

Con la cuerda pegada a la mejilla, Richard saboreó la tensión de sus músculos, el peso del arco, las plumas que le tocaban la carne, la distancia entre hoja y objetivo, la fuerza del viento contra el brazo, el arco y la flecha. Cada uno de aquellos factores y un centenar más pasaron a formar parte de un cálculo interno que tras toda una vida de práctica no requería un cómputo consciente pero que, sin embargo, decidía adónde iba dirigida la punta de la flecha.

La figura ante él permaneció inmóvil, observando.

Richard alzó repentinamente el arco y eligió el blanco.

El mundo se quedó quieto y en silencio mientras las distancias parecían contraerse. Tenía el cuerpo tan tenso como el arco, con la flecha convirtiéndose en una proyección de su concentrado empeño, el blanco ante la flecha el propósito de su existencia. Su empeño consciente hizo el cálculo necesario para que la flecha alcanzara el blanco.

La arremolinada arena pareció perder velocidad mientras las criaturas, con las alas totalmente extendidas, se arrastraban por el espeso aire. No existía la menor duda en la mente de Richard sobre lo que la flecha encontraría al final de un viaje que acababa de iniciar. Notó cómo la cuerda le golpeaba la muñeca. Vio cómo las plumas abandonaban el arco por encima de su puño. El asta de la flecha se dobló levemente al salir disparada y emprender el vuelo.

Richard sacaba ya la segunda flecha de la aljaba que sostenía Tom cuando la primera dio en el blanco. Plumas negras estallaron en medio del alba carmesí y el ave se vino abajo desgadamente y chocó contra el suelo con un fuerte golpe sordo, no lejos de la figura que flotaba justo por encima del suelo. La ensangrentada forma blanca estaba libre de sus garras, pero era demasiado tarde.

Las cuatro criaturas restantes chillaron enfurecidas. Mientras las aves batían las alas, buscando ganar altura, una lanzó a Richard un agudo chillido. Richard decidió el blanco.

La segunda flecha salió del arco.

El proyectil se abrió paso a través de la garganta abierta de la criatura y salió por detrás de la cabeza, cortando en seco el enojado grito. Convertida en un peso muerto, el ave cayó en picado al suelo.

La figura bajo los tres pájaros restantes empezó a desvanecerse en el remolino de arena.

Las tres aves que quedaban, como si abandonaran lo que tenían a su cargo, giraron en redondo, marchando raudas hacia Richard. Éste las estudió con tranquilidad. La tercera flecha salió disparada. La criatura del centro alzó el ala derecha, intentando cambiar de dirección, pero la flecha le alcanzó el corazón. Dando volteretas en el aire, descendió en espiral a través de la arena arremolinada y se estrelló en el duro suelo, delante de Richard.

Las dos aves restantes, chillando gritos de desafío, descendieron en picado hacia él.

Richard tensó la cuerda contra su mejilla, apuntando con la cuarta flecha. La distancia se reducía a toda velocidad. La flecha salió al instante. Atravesó el cuerpo de la criatura, que todavía aferraba en sus garras el cadáver ensangrentado del cabrito.

Con las alas totalmente echadas hacia atrás, la última criatura, enfurecida, se lanzó sobre Richard. En cuanto éste sacó una flecha de la aljaba que sostenía un impaciente Tom, el fornido d'haraniano lanzó su cuchillo. Antes de que Richard pudiera colocar la flecha, el arma giró en el aire y se hundió en el ave rapaz. Richard se hizo a un lado mientras el enorme pájaro pasaba como una exhalación por su lado en caída libre y chocaba contra el suelo, justo detrás de él. Al caer, el rocoso suelo barrido por el viento quedó salpicado de sangre y plumas de puntas negras volaron por todas partes.

El amanecer, apenas momentos antes estremecido por los espeluznantes graznidos de las criaturas de puntas negras, quedó repentinamente silencioso, a excepción del quedo gemir del viento. Plumas negras se alzaron en aquel viento, flotando sobre la amplia extensión de terreno, bajo un cielo anaranjado.

En ese momento, el sol apareció por el horizonte, proyectando largas sombras sobre el páramo.

Jennsen aferró una de las blancas crías sin vida contra el pecho, *Betty*, balando lastimeramente y con sangre manando de un corte en el costado, se alzó sobre las patas traseras intentando despertar a la inmóvil cría que Jennsen tenía en brazos. Jennsen se inclinó hacia la otra cría tumbada en el suelo y depositó al pequeño sin vida junto a ella. *Betty* lamió apremiante los cuerpos ensangrentados y Jennsen abrazó el cuello de la cabra por un instante antes de intentar apartarla de allí. *Betty* clavó las pezuñas en el suelo, no queriendo abandonar a sus

crías heridas. Jennsen no pudo hacer otra cosa que ofrecer a su amiga palabras de consuelo ahogadas por las lágrimas.

Cuando se puso en pie, incapaz de alejar a *Betty* de sus pequeños, ya muertos. Richard acogió a Jennsen bajo el brazo.

—¿Por qué han hecho eso las criaturas?

—No lo sé —respondió Richard—. ¿Tú no viste ninguna otra cosa aparte de las criaturas?

Jennsen se recostó en él, hundiendo el rostro entre las manos, cediendo brevemente a las lágrimas.

—Solamente vi a los pájaros —dijo a la vez que se secaba las mejillas con el dorso de la manga.

—¿Qué hay de la figura que definía la arena que levantaba el viento? —preguntó Kahlan mientras posaba una mano en el hombro de Jennsen para consolarla.

—¿Figura? —Paseó la mirada de Kahlan a Richard—. ¿Qué figura?

—Parecía la figura de un hombre. —Kahlan dibujó las curvas de un contorno en el aire con ambas manos—. Un hombre que llevara una capa con capucha.

—Yo no vi nada, excepto las Criaturas de pumas negras y las nubes de arena que levantaba el viento.

—¿Y no viste que la arena se moviera alrededor de nada? —preguntó Richard—. ¿No viste ninguna forma que quedara definida por la arena?

Jennsen negó insistentemente con la cabeza antes de regresar junto a *Betty*.

—Si la figura tenía que ver con la magia —dijo Kahlan en tono confidencial a Richard—, ella no la podía ver, pero ¿y la arena?

—Para ella, la magia no estaba allí.

—Pero la arena sí.

—El color está ahí en una pintura pero una persona ciega no puede verlo, ni tampoco pueden ver las formas que las pinceladas del pincel, cargado de color, ayudan a definir. —Sacudió la cabeza, Maravillado, mientras observaba a Jennsen—. En realidad no sabemos hasta qué punto alguien resulta afectado por otras cosas cuando no puede percibir el resultado de la magia. Por lo que sabemos, podría ser sencillamente que su mente no consigue reconocer el dibujo que crea la magia y lo interpretara simplemente como arena arremolinada. Incluso podría ser que, debido a que la magia mostraba un dibujo, únicamente nosotros podíamos ver aquellas partículas de arena el dibujo, mientras que ella las veía todas y por lo tanto el dibujo resultaba invisible a sus ojos.

“Incluso podría ser que fuera algo parecido a lo que eran los límites; dos mundos que existían en el mismo lugar al mismo tiempo. Jennsen y yo podríamos estar contemplando la misma cosa, y verla a través de ojos distintos... a través de mundos distintos.

Kahlan asintió mientras Richard se inclinaba sobre una rodilla junto a Jennsen para inspeccionar el corte abierto en el hirsuto pelaje castaño de la cabra.

—Será mejor que cosamos esto —dijo a Jennsen—. No es muy grave, pero necesita cuidados.

Jennsen se sorbió las lágrimas mientras Richard se levantaba.

—¿Era magia, entonces... la cosa que visteis?

Richard dirigió la mirada al lugar donde la figura había aparecido en la arena arremolinada.

—Algo malvado.

Más allá, detrás de ellos. *Robín* sacudió la cabeza y relinchó en solidario con la inconsolable *Betty*. Cuando Tom posó una mano pesarosa sobre el hombro de Jennsen, ésta la agarró como para que le fiera fuerzas y se la llevó a la mejilla.

Finalmente la muchacha se levantó, resguardándose los ojos del polvo que levantaba el viento mientras miraba al horizonte.

—Al menos nos hemos librado de esas repugnantes criaturas.

—No por mucho tiempo —dijo Richard.

El dolor de cabeza regresó violentamente, con tal fuerza que casi lo derribó. Él había aprendido a controlar el dolor, a no prestarle atención. Hizo eso entonces.

Ahora había preocupaciones más importantes.

7

Alrededor de media tarde, mientras cruzaban el abrasador desierto, Kahlan advirtió que Richard observaba con suma atención su sombra extendida ante él.

—¿Que sucede? —preguntó.

Él indicó la sombra frente a él.

—Criaturas. Diez, o doce. Justo acaban de deslizarse detrás de nosotros. Se ocultan en el sol.

—¿Se ocultan en el sol?

—Vuelan alto. Si alzáramos la vista hacia el cielo, no podríamos verlas porque tendríamos que mirar directamente al sol.

Kahlan giró y, resguardándose los ojos con la mano, intentó verlas por sí misma, pero resultaba demasiado doloroso intentar mirar hacia lo alto en cualquier dirección próxima al implacable sol. Cuando volvió a mirar, Richard, que no se había vuelto para mirar con ella, volvió a mover la mano en dirección a las sombras.

—Si miras con atención al suelo alrededor de tu sombra, puedes distinguir levemente la distorsión de la luz. Son ellas.

Kahlan habría pensado que Richard se estaba divirtiendo a su costa de no ser porque se trataba de una cuestión tan seria. Examinó el suelo alrededor de sus sombras hasta que finalmente vio lo que él mencionaba. A aquella distancia, las sombras de las criaturas eran poco más que irregularidades cambiantes en la luz.

Kahlan echó una ojeada atrás, al carro. Tom conducía, con Friedrich, sentado muy tieso en el pescante, a su lado. Richard y Kahlan estaban dando a sus caballos un descanso y no los montaban, así que los animales iban sujetos al carro.

Jennsen estaba sentada sobre mantas en la parte trasera del vehículo, consolando a *Betty*, que balaba pesarosa. Kahlan no creía que la cabra hubiese permanecido en silencio durante más de un minuto o dos en todo el día.

El corte no era grave. El sufrimiento de *Betty* se debía a otro dolor. Al menos el pobre animal tenía a Jennsen para que la confortara.

Por lo que Kahlan había averiguado, Jennsen había tenido a *Betty* durante la mitad de su vida. Yendo de un lado a otro como lo habían hecho ella y su madre, huyendo de Rahl el Oscuro, ocultándose, manteniéndose alejadas de la gente para no darse a conocer y arriesgarse a que la información llegara a los oídos de Rahl el Oscuro, Jennsen nunca había tenido una oportunidad de tener amigos en su infancia. Su madre le había conseguido la cabra para que fuera su compañera. En su constante esfuerzo por mantener a Jennsen lejos de las manos de un monstruo, era lo mejor que podía ofrecerle.

Kahlan se secó el sudor de los ojos. Contempló las cuatro plumas negras que Richard había atado juntas y sujetado a la parte superior de su brazo derecho. Había cogido las plumas cuando había recuperado las flechas que todavía servían. Richard había dado la última a Tom por matar a la quinta criatura con el cuchillo. Tom llevaba su solitaria pluma, igual que Richard, en el brazo. Tom la consideraba un trofeo, o algo parecido, concedido por el lord Rahl.

Kahlan sabía que Richard lucía sus cuatro plumas por un motivo distinto: era una advertencia para que todos la vieran.

La Madre Confesora se echó los cabellos atrás por encima del hombro.

—¿Crees que era un hombre lo que había debajo de las criaturas? ¿Un hombre que nos observaba?

—Tú sabes más de magia que yo. Dímelo tú —respondió el, encogiéndose de hombros.

—Jamás he visto nada parecido. —Lo miró con el entrecejo fruncido—. Si era un hombre... o algo parecido, ¿por qué crees que finalmente decidió mostrarse?

—No creo que realmente decidiera mostrarse. —Los resueltos ojos grises de Richard se volvieron hacia ella—. Creo que fue un accidente.

—¿Qué quieres decir?

—Se trata de alguien que usa a las criaturas para seguirnos el rastro, y él puede de algún modo vernos...

—¿Vernos cómo?

—No lo sé. Vernos a través de los ojos de las criaturas.

—No se puede hacer eso con magia.

Richard le clavó una mirada incisiva.

—Estupendo. Entonces, ¿qué era?

Kahlan volvió a mirar las sombras que se extendían ante ellos, a mirar otra vez las pequeñas formas borrosas que se movían alrededor de la sombras de su cabeza, como moscas alrededor de un cadáver.

—No lo sé. ¿Decías?... ¿Sobre qué alguien usaba las criaturas para seguirnos el rastro, para vernos?

—Creo —dijo Richard— que alguien nos está vigilando, a través de las criaturas o con su ayuda... o algo parecido... y ellas no pueden realmente verlo todo. No pueden ver con claridad.

—Pues que, como él no puede ver con claridad, creo que quizá no se dio cuenta de que había una tormenta de arena. No previo lo que la arena arrastrada por el viento revelaría. No creo que su intención fuese descubrir su presencia. —Richard volvió a dirigir la mirada hacia ella—. Creo que cometió un error. Creo que se mostró accidentalmente.

Kahlan soltó un soplido exasperado. Carecía de argumentos para una idea tan absurda. No era de extrañar que él no le hubiese explicado su teoría en toda su extensión.

Ella había estado pensando, cuando él dijo que las criaturas las estaban siguiendo la pista, que probablemente se había conjurado una telaraña mágica y que algún acontecimiento la había disparado —con toda probabilidad la mano inocente de Cara— y que entonces el hechizo había quedado incorporado a ellos, provocando que las criaturas siguieran aquel indicador mágico. Luego, como Jennsen había sugerido, alguien sencillamente se dedicaba a observar dónde estaban las criaturas para disponer de una idea muy aproximada de dónde se encontraban Richard y Kahlan. Kahlan lo había asimilado a la nube localizadora que Rahl el Oscuro había conectado a Richard para poder saber dónde estaban. Richard no pensaba a partir de lo que había sucedido antes; lo miraba a través del prisma de un Buscador.

Todavía existían varias cosas en la idea de Richard que carecían de sentido para ella, pero sabía bien que no debía descartar lo que él pensaba simplemente porque no hubiese oído hablar de tal cosa con anterioridad.

—A lo mejor no se trata de un «él» —dijo finalmente—. A lo mejor es un ella. Tal vez una Hermana de las Tinieblas.

Richard le dedicó otra mirada, pero fue más de inquietud que de otra cosa.

—Quienquiera que sea, sea lo que sea, no creo que pueda ser nada bueno.

Kahlan no podía discutirle aquel punto, pero con todo, no conseguía aceptar tal idea.

—Bueno, digamos que es como tú crees; que le hemos descubierto espiándonos, por casualidad. Entonces, ¿porque nos atacaron las criaturas?

La bota de Richard levantó una nube de polvo cuando éste pateó una piedrecilla.

—No lo sé. Quizás estaba sencillamente enojado por haberse delatado.

—Estaba enojado, ¿así que hizo que las criaturas mataran a los cabritos de *Betty*? ¿Y qué te atacaran?

Richard se encogió de hombros.

—Me limito a hacer suposiciones porque lo has preguntado. No digo que piense eso.

Las largas plumas, de un rojo sangre en su base, que devenía en un gris oscuro y luego en un negro intenso en la punta, ondeaban por efecto de las ráfagas de viento.

Mientras lo meditaba, el tono de Richard se tornó más especulativo.

—Podría ser que quienquiera que estuviese usando a las criaturas para vigilarnos no tuviera nada que ver con el ataque. A lo mejor las aves decidieron atacar por su cuenta.

—¿Simplemente le quitaron las riendas a quienquiera que las estuviera manejando?

—Es posible. Quizá puede enviadas a nosotros para echar un vistazo y ver dónde estamos, pero no puede controlarlas mucho más allá de eso.

Kahlan soltó un suspiro de contrariedad.

—Richard —dijo, incapaz de guardarse sus dudas—, sé muchas cosas sobre toda clase de magia y nunca he oído que eso fuese posible.

Richard se inclinó hacia ella, observándola atentamente con sus cautivadores ojos grises.

—Estas al tanto de toda clase de cosas mágicas de la Tierra Central. Quizás aquí abajo tengan algo con lo que no le hayas encontrado nunca antes. Después de todo, ¿habías oído hablar alguna vez de un Caminante de los Sueños antes de que nos tropezáramos con Jagang? ¿O pensado siquiera que tal cosa fuese posible?

Kahlan se mordió el labio mientras estudiaba su torva expresión durante un largo rato. Richard no había crecido rodeado de magia... todo era nuevo para él. No obstante, en ciertos aspectos, eso era una ventaja, porque carecía de ideas preconcebidas sobre lo que era posible y lo que no. A veces, las cosas con las que se habían encontrado no tenían precedentes.

Para Richard, casi toda magia carecía de precedentes.

—Así pues, ¿qué piensas que deberíamos hacer? —preguntó ella por fin.

—Lo que planeamos. —Miró hacia atrás y vio a Cara reconociendo el terreno a una buena distancia, a la izquierda de ambos—. Tiene que estar conectado con el resto.

—La intención de Cara fue simplemente protegernos.

—Lo sé. Y quién sabe, a lo mejor habría sido peor si no lo hubiese tocado. Incluso podría ser que al hacer lo que hizo, en realidad nos consiguiera más tiempo.

Kahlan tragó saliva ante la sensación de terror que empezó a agitarse en su interior.

—¿Crees que todavía tenemos tiempo?

—Pensaremos en algo. Ni siquiera sabes aún con seguridad qué podría significar.

—Cuando filialmente toda la arena de un reloj de arena ha pasado al otro lado, por lo general significa que se acabó el tiempo.

—Encontraremos una respuesta.

—¿Lo prometes?

Richard alargó el brazo y le acarició con dulzura la parte posterior del cuello.

—Lo prometo.

Kahlan adoraba su sonrisa, el modo en que le centelleaba en los ojos. En algún punto en el fondo de su mente sabía que él siempre mantenía sus promesas. Aunque en los ojos tenía algo más, y eso la distrajo de preguntarle si creía que la respuesta prometida llegaría a tiempo, o incluso si sería una respuesta que pudiera ayudarlos.

—Te duele la cabeza, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. —Su sonrisa había desaparecido—. Es distinto al de antes, pero estoy bastante seguro de que lo provoca la misma cosa.

El don. Aquello era a lo que se refería.

—¿Qué quietes decir con que es «distinto»? Y si es distinto, entonces, ¿qué le hace pensar que la causa es la misma?

Él lo meditó durante un momento.

—¿Recuerdas cuando le explicaba a Jennsen que el don necesita estar equilibrado, que tengo que equilibrar el pelear con no comer carne? —Cuando ella asintió, él prosiguió—: Empeoró justo entonces.

—Los dolores de cabeza, incluso los de esa clase, varían.

—No... —Repuso él, frunciendo el entrecejo mientras intentaba encontrar las palabras—. No, fue casi como si hablar sobre... pensar en... la necesidad de no comer carne para mantener en equilibrio el don, de algún modo, lo pusiera más de relieve e hiciera que los dolores de cabeza fueran peores.

A Kahlan no le gustó en absoluto la idea.

—Te refieres a algo como que, a lo mejor, el don que llevas dentro, que es la causa de los dolores de cabeza, está intentando recalcarte la importancia del equilibrio.

Richard se pasó los dedos por los cabellos.

—No lo sé. Es más complicado que eso. Simplemente no consigo resolverlo por completo. A veces cuando lo intento, cuando sigo esa línea de razonamiento, sobre cómo necesito equilibrar los combates que llevo a cabo, el dolor se vuelve tan fuerte que no puedo concentrarme.

»Y algo más —añadió—. Podría existir un problema con mi conexión con la magia de la espada.

—¿Qué? ¿Cómo puede ser eso?

—No lo sé.

Kahlan intentó mantener la alarma alejada de su voz.

—¿Estás seguro?

Él sacudió la cabeza con contrariedad.

—No, no estoy seguro. Simplemente pareció diferente cuando sentí la necesidad de ella y desenvainé la espada esta mañana. Era como si la magia de la espada fuera reacia a responder a esa necesidad.

Kahlan lo meditó durante un momento.

—Quizás eso significa que los dolores de cabeza son algo distinto, en esta ocasión. A lo mejor no los provoca realmente el don.

—Incluso si una parte de ello es distinto, sigo pensando que su causa es el don —repuso él—. Una cosa que sí tienen en común con la última vez es que empeoran gradualmente.

—¿Qué quieres hacer?

Él extendió los brazos a los costados y luego los dejó caer.

—Por ahora no tenemos mucha elección: tenemos que hacer lo que planeamos.

—Podríamos acudir a Zedd. Si se trata del don, como crees, Zedd sabría qué hacer. Podría ayudarte.

—Kahlan, ¿sinceramente crees que tenemos alguna posibilidad, por toda la Creación, de llegar a Aydindril a tiempo? Incluso aunque no hubiera todo lo demás, si los dolores de cabeza los provoca el don, yo estaría muerto semanas antes de que pudiésemos recorrer todo el camino hasta Aydindril. Y eso sin tomar siquiera en cuenta lo difícil que va a ser pasar inadvertidos por delante del ejército de Jagang a lo largo de toda la Tierra Central y en especial de las tropas que rodean Aydindril.

—A lo mejor él no está allí ahora.

Richard pateó otra piedra.

—¿Crees que Jagang va a limitarse a dejar el Alcázar del Hechicero y todo lo que contiene... a dejárnoslo a nosotros para que lo usemos contra él?

Zedd era el Primer Mago, y para alguien con sus aptitudes, defender el Alcázar del Hechicero no sería demasiado difícil. También tenía a Adie allí con él para ayudarlo. La anciana hechicera, por sí sola, probablemente podía defender un lugar como el Alcázar. Zedd sabía lo que el Alcázar significaría para Jagang si pudiera hacerse con él, así que lo protegería sin importar lo que costara.

—No hay modo de que Jagang pueda franquear las barreras que hay en ese lugar —repuso Kahlan, y esa parte era una preocupación que podían dejar de lado—. Jagang lo sabe y no malgastaría tiempo manteniendo un ejército allí para nada,

—Puede que tengas razón, pero eso sigue sin servirnos de nada. Está demasiado lejos.

Demasiado lejos. Kahlan agarró el brazo de Richard y lo obligó a detenerse.

—La sliph. Si podemos encontrar uno de sus pozos, podríamos viajar mediante la sliph. Al menos, sabemos que existe un pozo aquí abajo, en el Viejo Mundo: en Tanimura. Incluso eso está mucho más cerca que un viaje por tierra hasta Aydindril.

Richard miró al norte.

—Eso podría funcionar. No tendríamos que escabullimos por delante del ejército de Jagang. Podríamos salir justo en el interior del Alcázar. —Le pasó el brazo por los hombros—. Primero, no obstante, tenemos que ocuparnos de este otro asunto.

Kahlan sonrió ampliamente.

—De acuerdo. Nos ocuparemos de mi persona primero, luego nos ocuparemos de ti.

Sintió una embriagadora sensación de alivio ante la existencia de una solución. El resto de ellos no podían viajar en la sliph —no poseían la magia requerida—, pero Richard, Kahlan y Cara ciertamente podían. Saldrían directamente en el Alcázar.

El Alcázar era inmenso, y con una antigüedad de miles de años. Kahlan había pasado gran parte de su vida allí, pero había visto sólo una parte del lugar. Ni siquiera Zedd lo había visto todo, debido a algunos de los escudos que habían colocado allí, hacía una eternidad, aquellos que poseían los dos lados del don, y Zedd sólo poseía el lado de la Magia de Suma. Objetos mágicos, raros y peligrosos, llevaban miles de años almacenados allí, junto con archivos e innumerables libros. A aquellas alturas, era posible que Zedd y Adie hubiesen encontrado algo en el Alcázar que ayudara a rechazar a la Orden Imperial.

Ir al Alcázar no sólo sería un modo de solucionar el problema de Richard con el don, sino que podría proporcionarles algo que necesitaban para hacer que el curso de la guerra volviera a estar de su lado. De repente, ver a Zedd, Aydindril y el Alcázar parecía estar a la vuelta de la esquina.

Con una renovada sensación de optimismo, Kahlan oprimió la mano de Richard. Sabía que él quería seguir explorando por delante de ellos.

—Voy a ir atrás a ver cómo le va a Jennsen.

* * *

Mientras Richard seguía avanzando y Kahlan aminoraba el paso, dejando que el carro la alcanzara, otra docena de criaturas de puntas negras hicieron aparición, dejándose llevar por las corrientes; de aire, muy por encima de la ardiente llanura. Se mantenían cerca del sol, y totalmente fuera del alcance de las flechas de Richard pero a la vista.

Tom entregó un odre de agua a Kahlan cuando el bamboleante carro la alcanzó. La Confesora estaba tan sedienta que bebió a tragos el agua caliente sin que le importara lo mal que sabía. Mientras dejaba que el

carromato siguiera adelante, posó una bota en el travesaño de hierro y se impulsó hacia arriba y por encima del lateral.

Jennsen pareció agradecer la compañía de Kahlan, y ésta le devolvió la sonrisa antes de sentarse junto a la hermana de Richard y la quejosa *Betty*.

—¿Cómo está? —preguntó Kahlan, acariciando las caídas orejas del animal.

Jennsen meneó la cabeza.

—Nunca la he visto así. Me parte el corazón. Me recuerda lo duro que fue para mí cuando perdí a mi madre.

Mientras se sentaba sobre los talones. Kahlan oprimió la mano de Jennsen compasivamente.

—Sé que es duro, pero es más fácil para un animal superar algo como esto de lo que lo es para las personas. No lo compares contigo y con tu madre. Triste como es, es diferente. *Betty* puede tener más crías y olvidará todo esto. Tú o yo nunca podríamos.

Antes de pronunciar esas palabras, Kahlan sintió una repentina punzada de dolor por el niño nonato que habla perdido. ¿Cómo conseguiría superar jamás la pérdida de aquel hijo suyo y de Richard? Incluso aunque alguna vez tuviera otros, jamás sería capaz de olvidar lo que perdió.

Inadvertidamente giró la pequeña piedra negra del collar que llevaba, preguntándose si alguna vez tendría un hijo, preguntándose si habría alguna vez un mundo que fuese seguro para un hijo de ambos.

—¿Te encuentras bien?

Kahlan advirtió que Jennsen le observaba el rostro con atención.

La Confesora se forzó a mostrar una sonrisa.

—Simplemente me siento triste por *Betty*.

Jennsen pasó una mano llena de ternura por la parte superior de la cabeza de *Betty*.

—Yo también.

—Pero sé que se pondrá bien.

Kahlan contempló cómo la interminable extensión de terreno se deslizaba lentamente a ambos lados del carro. Oleadas de calor convertían en líquido el horizonte, con secciones independientes de terreno flotando hacia el ciclo. Con todo, no vieron que creciera nada. El territorio ascendía lentamente a medida que se iban acercando a las lejanas montañas. Sabía que era sólo cuestión de tiempo que volvieran a encontrar vida, pero justo en aquellos momentos parecía como si eso jamás fuera a ocurrir.

—Hay algo que no comprendo —dijo Jennsen—. Me dijiste que no debería hacer nada precipitado, en lo referente a magia, a menos que estuviese segura de lo que iba a suceder. Dijiste que era peligroso. Dijiste que no se debía actuar en cuestiones mágicas hasta que uno pudiera estar seguro de las consecuencias.

Kahlan sabía qué era lo que estaba insinuando la muchacha.

—Es cierto.

—Bueno, pues eso de ahí atrás se parecía muchísimo a uno de esos palos de ciego sobre los que me advertiste.

—También te conté que en ocasiones uno no tenía otra opción que actuar inmediatamente. Eso es lo que Richard hizo. Lo conozco. Usó su mejor criterio.

Jennsen pareció satisfecha,

—No estoy sugiriendo que se equivocara. Simplemente digo que no lo comprendo, A mí me pareció de lo más temerario. ¿Cómo se supone que debo saber a qué te refieres cuando me dices que no haga nada insensato si ello llene que ver con magia?

—Bienvenida a la vida con Richard —repuso Kahlan, sonriendo—. La mitad del tiempo no sé qué hay en su cabeza. A menudo he pensado que actuaba temerariamente y ha resultado que obraba correctamente, que era la única cosa que podía haber hecho. Eso es parte del motivo de que lo nombraran Buscador. Estoy segura de que tomó en consideración cosas que percibía que ni siquiera yo podía percibir.

—Pero ¿cómo sabe él esas cosas? ¿Cómo puede saber qué hacer?

—Frecuentemente se siente igual de confuso que tú, o incluso yo. Pero él es diferente, y está seguro cuando nosotros no lo estaríamos.

—¿Diferente?

Kahlan echó una mirada a la joven, a sus cabellos rojos, que brillaban bajo la luz de la tarde.

—Nació con los dos lados del don. Todos aquellos que han nacido con el don durante los últimos tres mil años, han nacido únicamente con Magia de Suma. Algunos, como Rahl el Oscuro y las Hermanas de las Tinieblas, han sido capaces de usar Magia de Resta, pero sólo a través de la ayuda del Custodio... no por sí mismos. Sólo Richard ha nacido con Magia de Resta.

—Eso es lo que mencionasteis anoche, pero yo no sé nada sobre magia, así que no sé lo que significa.

—Tampoco nosotros sabemos con precisión lo que significa. La Magia de Suma usa lo que hay ahí, y lo incrementa, o lo cambia de algún modo. La magia de la Espada de la Verdad, por ejemplo, usa la cólera, y la incrementa, toma poder de ella, lo aumenta hasta convertirlo en otra cosa. Con la de Suma, por ejemplo, los poseedores del don pueden curar.

»La Magia de Resta es la destrucción de las cosas. Puede tomar cosas y convenirlas en nada. Según Zedd, la Magia de Resta es lo opuesto a la de Suma, como la noche lo es al día. Sin embargo, es todo parte de la misma cosa.

»Disponer de la de Resta, como sucedía con Rahl el Oscuro, es una cosa, pero nacer con ella es algo muy distinto.

»Hace mucho tiempo, al contrario de ahora, nacer con el don... con los dos lados del don... era corriente. La gran guerra de esa época dio como resultado una barrera que separaba permanentemente al Nuevo Mundo del Viejo Mundo. Eso ha mantenido la paz todo este tiempo, pero las cosas han cambiado desde entonces. Después de esa época, no sólo se han convertido en sumamente raros aquellos que han nacido con el don, sino que aquellos que si han nacido con el don no han nacido con la Magia de Resta.

»Richard nació de dos linajes de magos. Rahl el Oscuro y su abuelo Zedd. También es el primero en miles de años en nacer con ambos lados del don.

»Todas nuestras capacidades contribuyen a que seamos capaces de reaccionar frente a situaciones. No sabemos cómo, el poseer los dos lados contribuye a la capacidad de Richard para comprender una situación y hacer lo que es necesario. Sospecho que tal vez lo guíe su don, quizá más de lo que él cree.

Jennsen dejó escapar un inquieto suspiro.

—Después de todo este tiempo, ¿cómo cayó esa barrera?

—Richard la destruyó.

Jennsen alzó los ojos con estupefacción.

—Entonces es cierto. Sebastián me contó que el lord Rahl, Richard, había derribado la barrera. Sebastián dijo que fue para que Richard pudiera invadir y conquistar el Viejo Mundo.

Kahlan sonrió ante una mentira tan enorme.

—¿Tú no te lo crees, verdad?

—No, ahora no.

—Ahora que la barrera ha caído, la Orden Imperial está penetrando a raudales en el Nuevo Mundo, destruyendo o esclavizando todo lo que encuentra ante ella.

—¿Dónde puede vivir la gente que sea seguro? ¿Dónde podemos hacerlo nosotros?

—Hasta que se les detenga o se les rechace, no existe un lugar seguro para vivir.

Jennsen lo meditó durante un momento.

—Si el desplome de la barrera permitió que la Orden Imperial entrara en tromba para conquistar el Nuevo Mundo, ¿por qué quiso destruirla Richard?

Con una mano, Kahlan se sujetó al costado del carro mientras éste se bamboleaba sobre un trozo de terreno accidentado. Miró al frente, contemplando cómo Richard caminaba a través de la luz cegadora del páramo.

—Por mi culpa —respondió en voz queda—. Uno de esos errores de los que te hablé. —Lanzó un cansado suspiro—. Uno de esos palos de ciego.

8

Richard se sentó en cuclillas, apoyando los antebrazos sobre los muslos mientras estudiaba la curiosa extensión de roca. La cabeza le martilleaba de dolor; él hacía todo lo posible por no hacerle caso. El dolor de cabeza había aparecido y desaparecido aparentemente sin motivo. En ocasiones había llegado a pensar que simplemente podría tratarse del calor después de todo, y no del don.

Mientras consideraba las señales del suelo, se olvidó del dolor de cabeza.

Algo en la roca resultaba familiar. Inquietantemente familiar.

Unas pezuñas cubiertas en parte por largos mechones de hirsuto pelo castaño fueron a detenerse expectantes junto a él. Con la parte superior de la cabeza, *Betty* le dio un suave cabezazo en el hombro, esperando algo de comer, o al menos una caricia.

Richard alzó los ojos para mirar la expresión penetrante de la cabra. Mientras *Betty* lo observaba, su cola empezó a moverse. Richard sonrió y le rascó detrás de las orejas. *Betty* lanzó un balido de placer ante la caricia, pero a él le pareció que habría preferido algo de comer.

Tras no comer durante dos días mientras permanecía sumida en la aflicción, la cabra parecía regresar a la vida y recuperarse de la pérdida de sus dos cabritos. Junto con su apetito, la curiosidad de *Betty* también había regresado. Disfrutaba especialmente explorando junto a Richard, cuando él le permitía acompañarlo. A Jennsen le hacía reír contemplar a la cabra trotando tras él como un cachorrito. Quizá lo que realmente la hacía reír era que *Betty* empezaba a volver a ser ella misma.

En los últimos días el terreno también había cambiado. Habían empezado a ver el regreso de la vida. Al principio, se habla tratado de una simple decoloración herrumbrosa de líquenes creciendo en la roca fragmentada. Poco después, avistaron un arbusto espinoso creciendo en una zona baja.

En la actualidad, las toscas plantas crecían a intervalos espaciados, salpicando el paisaje. *Betty* agradecía la presencia de los resistentes arbustos, comiendo de ellos como si fueran la más delicada de las ensaladas verdes. De vez en cuando, los caballos probaban la maleza, luego se apartaban, sin encontrarla jamás de su gusto.

Líquenes que habían empezado a crecer en la roca aparecían como manchas costrosas veteadas de color. En algunos lugares eran oscuros, espesos y correosos, mientras que en otros puntos no eran más que una capa de fina pintura verde. La decoloración verdosa llenaba grietas y rendijas, y recubría la parte inferior de piedras allí donde el sol no la blanqueaba. Si se extraían rocas que sobresalían en parte del suelo quebradizo, éstas mostraban finos zarcillos de subterránea vegetación fúngica de un castaño oscuro.

Insectos diminutos con largas antenas correteaban de roca en roca o se ocultaban en agujeros en las rocas esparcidas por el terreno que daba la impresión de haber hervido y borboteado en el pasado. Algún que otro lustroso escarabajo verde, luciendo amplias pinzas, anadeaba por la arena, y pequeñas hormigas rojas amontonaban tierra rojiza alrededor de sus agujeros. Había algodonosas telarañas en los aislados, y larguiruchos matorrales que crecían esporádicamente a través de la llanura. Delgados lagartos de color verde claro tomaban el sol sobre rocas, contemplándolos pasar. Si se les acercaban demasiado, las pequeñas criaturas, veloces como rayos, corrían a ponerse a cubierto.

Las señales de vida que Richard había visto hasta el momento estaban todavía muy lejos de poder sustentar personas, pero al menos era un alivio volver a sentir otra vez que se estaba reuniendo con el mundo de los vivos. También sabía que, una vez superada la primera muralla de montañas encontrarían por fin vida en abundancia. Sabía además que allí también volverían a encontrar gente.

También los pájaros empezaban ya a convenirse en una visión corriente. La mayoría eran pequeños: pinzones color fresa, perlitas grisáceas, saltaparedes y gorriones de garganta negra. A lo lejos, Richard vio aves solitarias que cruzaban el cielo azul, mientras que los gorriones se congregaban en pequeñas bandadas asustadizas. Aquí y allí, aterrizaban pájaros sobre los ralos matorrales revoloteando de un lado a otro en busca de semillas e insectos. Los pájaros desaparecían al instante cada vez que las criaturas se dejaban ver planeando en el ciclo.

Contemplando con fijeza la extensión de roca y terreno abierto ante él, Richard se alzó, sobresaltado, al descubrir el motivo de que aquello le resultase inquietantemente familiar. Al mismo tiempo que lo comprendía, el dolor de cabeza desapareció.

Más allá, a la derecha, Richard vio a Kahlan, con Cara junto a ella, encaminándose hacia donde Richard permanecía inmóvil con la vista fija en el asombroso tramo de roca. El carro, con Tom, Friedrich y Jennsen, siguió traqueteando a lo lejos. El polvo que levantaban el carromato y los caballos flotaba en el aire inmóvil y se podía ver a kilómetros de distancia. Richard supuso que, con las criaturas visitándoles periódicamente, el revelador polvo no importaba demasiado. No obstante, se alegraría cuando llegaran a un terreno donde al menos pudieran tener una posibilidad de llamar menos la atención.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó Kahlan mientras se pasaba la manga por la frente.

Richard arrojó unos cuantos guijarros sobre el tramo de roca que había estado estudiando.

—Dime qué piensas de eso.

—Pienso que tienes aspecto de sentirte mejor —dijo ella.

Con los ojos fijos en los de él, le dedicó su sonrisa especial, la sonrisa que no dedicaba a nadie excepto a él. Richard no pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

Cara, haciendo caso omiso de las sonrisas que intercambiaban Richard y Kahlan, se inclinó hacia delante para echar un vistazo.

—Creo que lord Rahl ha estado contemplando demasiadas rocas. Esto es más roca, exactamente igual que el resto.

—¿Lo es? —preguntó Richard.

Indicó con la mano la zona que había estado inspeccionando y luego a otro lugar cerca de donde estaban Kahlan y Cara.

—¿Es lo mismo que ésta?

Cara miró con detenimiento ambas zonas durante un momento antes de cruzar los brazos.

—La roca de ahí que habéis estado mirando es simplemente de un marrón más pálido, eso es todo.

Kahlan se encogió de hombros.

—Creo que tiene razón, Richard. Parece la misma clase de roca, quizá de un color un poquitín más tostado. —Lo meditó por un momento mientras escudriñaba el terreno, luego añadió—: Supongo que se parece más a la roca sobre la que hemos estado andando durante días hasta que empezamos a encontrar un poco de hierba y matorrales.

Richard posó las manos en las caderas mientras volvía a fijar la mirada en el extraordinario tramo de roca que había encontrado.

—Decidme, pues, ¿qué caracterizaba a la roca en el lugar donde estuvimos antes... hace unos pocos días, mucho más cerca de los Pilares de la Creación?

Kahlan dirigió la mirada a una inexpresiva Cara y luego miró a Richard con el entrecejo fruncido.

—¿Qué la caracterizaba? Nada. Era un lugar muerto. Nada crecía allí.

Richard movió la mano de un lado a otro, indicando el terreno por el que viajaban en aquellos momentos.

—¿Y esto?

—Ahora están creciendo cosas —respondió Cara, mostrándose cada vez menos interesada en la flora y la fauna.

Richard extendió una mano.

—¿Y ahí?

—No crece nada ahí, todavía —dijo Cara con un suspiro exasperado—. Hay una barbaridad de sitios por ahí donde no crece nada todavía. Sigue siendo un páramo. Simplemente tened paciencia, lord Rahl, y no tardaremos en estar de vuelta en medio de campos y bosques.

Kahlan no prestaba atención a lo que decía Cara; fruncía el entrecejo mientras se inclinaba más hacia el suelo.

—El lugar donde las cosas empiezan a crecer parece empezar de repente —dijo Kahlan, casi para sí misma—. ¿No es eso curioso?

—Yo desde luego así lo pienso —repuso Richard.

—Yo creo que lord Rahl necesita beber más agua —replicó Cara, cortante.

Richard sonrió.

—Ven. Colócate aquí —le indicó—. Ponte junto a mí y vuelve a mirar.

Cara, despertada su curiosidad, hizo lo que le pedía. Bajo la vista hacia el suelo, y luego miró con el entrecejo fruncido los lugares en los que crecían cosas.

—La Madre Confesora tiene razón. —La voz de Cara había adquirido un tono decididamente práctico—. ¿Creéis que es importante? ¿O un peligro?

—Sí... a lo primero, al menos —respondió Richard.

Se agachó junto a Kahlan.

—Ahora, mirad esto.

Mientras Kahlan y Cara se arrodillaban junto a él, inclinándose hacia delante para mirar con detenimiento la roca, Richard tuvo que empujar a una curiosa *Betty* fuera de allí. Luego señaló una zona de líquenes veteados de amarillo.

—Mirad aquí —dijo—. ¿Veis este medallón de liquen? Es asimétrico. Este lado es redondo, pero este lado, cerca de donde no crece nada, es más plano.

Kahlan alzó los ojos hacia él.

—El liquen crece en las rocas adoptando toda clase de formas.

—Sí, pero mirad el modo en que la roca allí donde crece liquen y maleza está salpicada toda ella de pequeños pedazos de vegetación. Aquí, pasado el trozo atrofiado de liquen, no hay casi nada. Casi parece como si hubiesen frotado totalmente la roca.

»Si miráis con atención hay unas pocas cosas diminutas, cosas que han empezado a crecer únicamente durante el último par de años, pero aún tienen que empezar a afianzarse de verdad.

—Sí —dijo Kahlan, arrastrando la palabra con cautela—, es curioso, pero no estoy segura de adonde quieres ir a parar.

—Mira dónde están creciendo cosas, y dónde no lo están.

—Bueno, sí, en ese lado no hay nada creciendo, y por aquí sí.

—No te limites a mirar abajo. —Richard le alzó la barbilla—. Contempla el límite entre los dos... contempla todo el patrón.

Kahlan miró a lo lejos con el entrecejo fruncido. De improviso, se quedó lívida.

—Queridos espíritus... —musitó.

Richard sonrió para indicar que finalmente ella veía a qué se refería.

—¿Qué tonterías son esas? —se quejó Cara.

Richard colocó la mano tras el cuello de Cara y le empujó la cabeza al frente para que mirara lo que él y Kahlan veían.

—Eso es curioso —dijo ella, entrecerrando los ojos para ver a lo lejos—. El lugar donde crecen cosas parece detenerse formando una línea relativamente nítida... como si alguien hubiese creado una valla invisible que discurriera hacía el este.

—Correcto —replicó Richard a la vez que se ponía en pie, restregándose las manos para limpiarlas.

—Ahora, venid.

Empezó a andar hacia el norte. Kahlan y Cara se pusieron en pie apresuradamente y lo siguieron mientras marchaba por la extensión de roca sin vida. *Betty* baló y trotó tras ellos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Cara cuando lo alcanzó.

—Simplemente venid —le dijo Richard.

Durante media hora siguieron su ritmo rápido y enérgico mientras se encaminaba en línea recta al norte, a través de terreno rocoso y zonas pedregosas donde no crecía nada. El día era sofocante, pero Richard apenas advenía el calor, de tan concentrado como estaba en la extensión de terreno yermo que cruzaban. Aún no había ido a ver lo que se encontraba al otro lado, pero estaba convencido de lo que encontrarían cuando llegaran a él.

Sus dos acompañantes sudaban profusamente mientras iban tras él. *Betty* lanzaba balidos de vez en cuando, cerrando la marcha.

Cuando por fin alcanzaron el lugar que él buscaba, el lugar donde líquenes y matorrales ralos volvían a empezar a aparecer, hizo que se detuvieran. *Betty* introdujo la cabeza entre Kahlan y Cara para echar una mirada.

—Ahora, mirad esto —dijo Richard—. ¿Veis a lo que me refiero?

Kahlan respiraba penosamente debido a la rápida caminata bajo aquel calor. Se quitó el odre de agua del hombro y tomó un trago de agua, luego le pasó el odre a Richard. Éste contempló cómo Cara estudiaba el trozo de terreno mientras bebía.

—Los inicios de vegetación vuelven a empezar aquí —dijo ella.

La mord-sith rascó distraídamente las orejas de *Betty* cuando la cabra restregó su coronilla contra el muslo de Cara.

—Empiezan a aparecer en la misma especie de línea que en el otro lado, allí atrás, donde estábamos.

—Exacto —repuso Richard, entregando a Cara el odre—. Ahora, seguidme.

Cara alzó los brazos al cielo.

—¡Si acabamos de venir de allí!

—Vamos —le gritó él por encima del hombro.

Volvió a encaminarse al sur, de vuelta hacia el centro de la zona de roca sin vida, con el pequeño grupo a remolque. *Betty* mostró su desagrado por la velocidad de la ardiente y polvorienta excursión a base de balidos. Si Kahlan o Cara compartían la opinión de *Betty*, no expresaron su queja en voz alta.

Cuando Richard juzgó que estaban de vuelta, se quedó allí inmóvil con los pies separados, los brazos en jarras, y miró otra vez al este. Desde donde se encontraban, podían distinguir los costados del tramo sin vida y los lugares donde empezaba la vegetación.

Mirando hacia el este, no obstante, el patrón era obvio. Una franja claramente definida —de kilómetros— se perdía a lo lejos.

Nada crecía en el interior de los límites de la recta franja de desierto sin vida, tanto si pasaba sobre roca como si lo hacía sobre terreno arenoso. El terreno con matorrales muy espaciados y líquenes creciendo en la roca era más oscuro. El lugar donde no crecía nada era de un canela más claro. A lo lejos la discrepancia en el color era aún más aparente.

La franja sin vida discurría en línea recta a lo largo de un kilómetro tras otro en dirección a las lejanas montañas, convirtiéndose poco a poco en tan sólo una tenue línea que seguía la elevación del terreno hasta que, finalmente, en la nebulosa lejanía, ya no se la podía ver.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Kahlan en voz queda y preocupada.

—¿Qué? —preguntó Cara—. ¿En qué estáis pensando?

Richard estudió la confusa inquietud del rostro de la mord-sith.

—¿Que mantuvo a los ejércitos de Rahl el Oscuro en D'Hara? ¿Qué le impidió, durante tantos años, invadir la Tierra Central y conquistarla, incluso a pesar de que la quería?

—No podía cruzar el límite —dijo Clara como si él debiera de estar bajo los efectos de una insolación.

—¿Y qué creaba el límite?

Por fin, el rostro de Cara, enmarcado por la negra vestimenta del desierto, palideció, cambien.

—¿El límite era el inframundo?

Richard asintió.

—Era como un desgarrón en el velo, allí donde el Inframundo existía en este mundo. Zedd nos habló de ello. El alzó el límite con un conjuro que encontró en el Alcázar; un conjuro procedente de la época de la gran guerra. Una vez alzado, el límite era un lugar en este mundo donde el mundo de los muertos también existía. Un aquel lugar, donde ambos mundos se tocaban, nada podía crecer.

—Pero ¿estás tan seguro de que no podrían crecer cosas allí? —preguntó Cara—. Seguía siendo nuestro mundo, al fin y al cabo: el mundo de la vida.

—Sería imposible que nada creciera allí. El mundo de la vida estaba allí, en aquel punto... el suelo estaba allí... pero la vida no podía existir allí en aquel suelo porque compartía el mismo espacio con el mundo de los muertos. Cualquier cosa allí quedaría tocada por la muerte.

Cara dirigió la mirada a la recta franja sin vida que se perdía en la oscilante distancia.

—Así que pensáis ¿qué?... ¿Que esto es un límite?

—Lo fue.

Cara pasó la mirada de su rostro al de Kahlan, y de nuevo la dirigió a lo lejos.

—¿Dividiendo qué?

En lo alto, una bandada de criaturas de puntas negras hizo su aparición, dejándose llevar por las corrientes altas describiendo perezosos círculos mientras observaban.

—No lo sé —admitió Richard.

Volvió a mirar al oeste, descendiendo de nuevo por la poco empinada ladera que se alejaba de las montañas, de vuelta donde habían estado.

—Pero mirad —siguió Richard, indicando el interior del abrasador páramo del que habían venido—. Discurre de vuelta hacia los Pilares de la Creación.

A medida que la vegetación que crecía iba reduciéndose y finalmente dejaba de existir yendo en aquella dirección, también lo hacía la franja de terreno sin vida, que ya no se podía distinguir del páramo circundante porque no había vida que indicara dónde había estado la línea.

—No se puede saber hasta dónde llega —dijo Richard—. Es posible que discurra todo el camino de vuelta hasta el mismo valle.

—Esa parte carece de sentido para mí —repuso Kahlan—. Puedo entender lo que quieres decir sobre que podría ser como los límites alzados en el Nuevo Mundo, los límites entre la Tierra Occidental, la Tierra Central y D'Hara. Hasta ahí lo sigo. Pero ¡que se me lleven los espíritus si comprendo por qué tendría que discurrir hasta los Pilares de la Creación. Esa parte sencillamente me resulta incomprensible.

Richard giró y volvió a mirar al este, hacia donde se dirigían, a la rugosa muralla gris de montañas que se alzaban vertiginosamente del vasto suelo del desierto, estudiando la lejana quebrada situada un poco al norte de donde la línea del límite discurría en dirección a aquella, montañas.

Miró al sur, al carro que marchaba hacia aquellas montañas.

—Será mejor que alcancemos a los demás —dijo Richard por fin—. Necesito reanudar la traducción del libro.

9

Las espectrales agujas alrededor de Richard refulgían bajo la persistente caricia del bajo sol. En la ambarina luz, mientras reconocía el desolado borde de las imponentes montañas del otro lado, largos charcos de sombras se oscurecían hasta adquirir el color negro azulado de los moretones. Las cúspides de roca rojiza se erguían como guardianes de piedra a lo largo de los trechos inferiores de las desiertas estribaciones, como si aguzaran el oído para captar el crujido resonante de sus pisadas por aquellos serpenteantes lechos de gravilla.

Richard había sentido el deseo de estar solo para pensar, así que había marchado a explorar por su cuenta. Es difícil pensar cuando la gente no deja de hacer preguntas.

Se sentía frustrado porque el libro no le había contado nada aun que pudiese explicar la presencia de la extraña línea divisoria, mucho menos la conexión entre el título del libro, el lugar llamado los Pilares de la Creación y las personas que carecían del don como Jennsen. El libro, en su inicio, que era lo que hasta el momento había traducido, parecía ser principalmente un registro histórico de casos de «Pilares de la Creación», como se llamaba a los que eran como Jennsen, y los intentos infructuosos de «curar» a aquellos «desventurados».

Richard empezaba a tener la clara sensación de que el libro presentaba una cuidadosa base de primeros detalles en preparación de algo desastroso. El casi estremecido cuidado presente en la narración de cada posible medida que había sido investida le producía la sensación de que quien fuera que escribió el libro estaba siendo concienzudo por motivos trascendentales.

No atreviéndose a aminorar el ritmo de la marcha. Richard había estado traduciendo mientras iba montado en el carro. El dialecto era ligeramente distinto del d'haraniano culto que estaba acostumbrado a leer, así que la traducción resultaba una tarea lenta, en especial sentado en la parte trasera de un tarro que iba dando brincos. No tenía modo de saber si el libro acabaría por ofrecer respuestas, pero lo corroía la inquietud respecto a aquello que el relato iba desvelando. Se habría saltado páginas, pero en el pasado había averiguado que, al hacerlo, a menudo malgastaba más tiempo del que ahorra, ya que interfería con una comprensión exacta, lo que en ocasiones conducía a conclusiones peligrosamente equivocadas. Sencillamente tendría que seguir con ello.

Tras trabajar todo el día, intensamente concentrado en el libro, había acabado con un terrible dolor de cabeza. Había pasado días sin ellos, pero en la actualidad, cuando aparecían, parecían ser peores cada vez. No contó a Kahlan lo mucho que le preocupaba no conseguir llegar al pozo de la sliph en Tanimura. Además de trabajar en la traducción, se estrujaba el cerebro intentando hallar una solución.

Si bien no tenía ni idea de cuál era la solución a los dolores de cabeza que le provocaba el don, tenía la persistente sensación de que se encontraba dentro de él. Temía que fuera una cuestión de equilibrio que no conseguía ver. Incluso había recurrido, en una ocasión, estando solo, a sentarse y meditar como las Hermanas le habían enseñado en una ocasión para concentrarse en el don de su interior. No había servido de nada.

No tardaría en oscurecer y tendrían que detenerse a pasar la noche. Puesto que el terreno había cambiado, ya no era una tarea sencilla ver si la zona circundante estaba despejada. Ahora había lugares en los que un ejército podía permanecer al acecho. Y habida cuenta de que las criaturas los seguían de cerca, no había forma de saber quién podría estar vigilándolos. Además de desear una pausa para pensar sobre lo que había leído y lo que podría encontrar en su interior en respuesta al problema de los dolores de cabeza. Richard quería comprobar los alrededores por sí mismo.

Se detuvo un instante para contemplar cómo una familia de codornices cruzaba apresuradamente una zona de terreno despejado. Trotaron en fila mientras el padre, posado encima de una roca, hacía de vigía. En cuanto se fundieron con la maleza, volvieron a ser invisibles.

Pequeños pinos escuálidos salpicaban la extensión de colinas irregulares, barrancos y afloramientos rocosos del margen de las montañas. Más arriba en las laderas, coníferas más grandes crecían en mayor abundancia. En zonas bajas, resguardadas, había grupos de matorrales dispuestos en espesos macizos. Pastos ralos cubrían parte del terreno abierto.

Richard se secó el sudor de los ojos. Esperaba que con la puesta del sol el aire refrescara un poco. Avanzaba por la zona resguardada que ofrecía un pliegue entre dos colinas, cuando al alargar la mano para agarrar la correa del odre, con intención de tomar un buen trago, un movimiento en una ladera atrajo su atención.

Se deslizó tras la protección que ofrecía un largo saliente de roca para quedar escondido y echando un vistazo con cuidado, vio que un hombre descendía por la ladera de la colina. El sonido de los guijarros crujiendo bajo los pies y resbalando cuesta abajo enviaba un lejano eco a través de los rocosos desfiladeros.

Richard había esperado que, a medida que abandonaban el formidable páramo, en cualquier momento podrían empezar a encontrarse con gente, así que había hecho que todo el mundo se quitara la negra vestimenta del pueblo nómada del desierto y volviera a ponerse las sencillas ropas de viaje. Si bien él llevaba pantalones negros y una simple camisa, la espada no era precisamente algo que pasara desapercibido. También Kahlan se había puesto ropas sencillas más acordes con la vestimenta de los empobrecidos habitantes del Viejo Mundo, pero en Kahlan éstas no parecían cambiar gran cosa; era difícil ocultar su figura y cabellos. Y aún más su presencia. Una vez que aquellos ojos verdes suyos se fijaban en la gente, ésta por lo general sentía el impulso de doblar la rodilla en tierra e inclinar la cabeza. La ropa que llevara no servía de gran cosa.

Sin duda el emperador Jagang había divulgado la descripción de ambos por todas partes y ofrecido una recompensa lo bastante importante como para que incluso a sus enemigos les resultase difícil resistirse. No obstante, para muchos en el Viejo Mundo el precio de seguir viviendo bajo el gobierno brutal de la Orden Imperial era demasiado alto. A pesar de la recompensa, había muchos que ansiaban vivir en libertad y estaban dispuestos a actuar para conseguir ese objetivo.

Existía también el problema del vínculo que el lord Rahl tenía con el pueblo de D'Hara; mediante ese antiguo vínculo forjado por los antepasados de Richard, los d'haranianos podían percibir dónde estaba el lord Rahl. A través de aquel vínculo, la Orden Imperial también podía descubrir dónde estaba Richard. Todo lo que tenían que hacer era torturar a un d'haraniano para sacarle la información. Si no conseguían que una persona hablara bajo tortura, no tendrían inconveniente en probar con otras hasta averiguar lo que querían.

Mientras Richard observaba, el hombre solitario, una vez alcanzada la base de la colina, inició la marcha por los lechos de grava que cubrían el fondo de los rocosos barrancos. Más allá, a la derecha de Richard, el carro y los caballos levantaban un largo reguero de polvo. Era ahí a donde parecía dirigirse el hombre.

A tal distancia era difícil saberlo con seguridad, pero Richard dudó que el hombre fuese un soldado. Tampoco era probable que fuese un explorador, no en su propia tierra, y no estaban cerca de los focos de sublevación contra el gobierno de la Orden Imperial. Richard no pensaba que existiera ningún motivo para que pasaran soldados por allí, a través de zonas tan deshabitadas. Después de todo, aquel era el motivo de que hubiese elegido esa ruta, dirigiéndose al este, a la sombra de las montañas, antes de tomar una ruta más hacia el norte, de vuelta a donde habían estado.

También existía la posibilidad de que el vínculo hubiese revelado sin querer el paradero de Richard y que hubiese salido un ejército en su busca. Si el hombre era un soldado, dentro de poco podía haber más, igual que hormigas, descendiendo en tropel de las colinas.

Richard trepó al lado posterior de una prominencia rocosa y se tumbó sobre el estómago, observando. A medida que el hombre se fue acercando, Richard advirtió que parecía joven, de menos de treinta años, algo escurrido, y que no iba vestido en absoluto como un soldado. Por el modo en que daba traspiés, no estaba acostumbrado al terreno, o tal vez simplemente no estaba acostumbrado a viajar. Era muy cansado andar por un terreno de rocas sueltas, afiladas, en especial en una ladera, ya que jamás había un trecho por donde avanzar con una zancada regular.

El hombre se detuvo, estirando el cuello para mirar detenidamente el carro, jadeando por el esfuerzo del descenso por la ladera, se peinó los rubios cabellos hacia atrás repetidamente con los dedos, luego dobló la cintura y descansó una mano en una rodilla mientras recuperaba el aliento.

Cuando el hombre se enderezó y volvió a ponerte en marcha, avanzando por la seca cuenca, Richard volvió a descender sigilosamente de la roca. Usó la disposición del terreno y los escurridos pinos para mantenerse oculto, y se detuvo de vez en cuando, a medida que se acercaba, para aguzar el oído y escuchar las pesadas pisadas y la respiración fatigosa, comprobando su cálculo del lugar donde se hallaba el desconocido.

Desde detrás de una pared de roca que se alzaba solitaria sus buenos dieciocho metros. Richard se asomó con cautela para echar un vistazo. Había conseguido recorrer la mayor parte de la distancia sin que el hombre se diera cuenta de su presencia. Richard se movió en silencio entre los árboles, las rocas y las laderas, hasta situarse por delante del hombre y en su línea de marcha.

Inmóvil como una piedra tras una retorcida aguja de roca que sobresalía del accidentado terreno, Richard escuchó con atención el crujido de pisadas aproximándose, y cómo el hombre respiraba fatigosamente mientras trepaba al otro lado de las lenguas de roca que yacen en su camino.

Cuando el hombre estuvo a menos de dos metros de distancia. Richard salió delante de él.

El hombre lanzó una exclamación ahogada, a la vez que retrocedía un paso, asustado.

Richard contempló al hombre sin ninguna emoción aparente, pero interiormente el poder de la espada se revolvía con la amenaza de la cólera contenida. Por un instante, Richard notó que el poder titubeaba. La magia de la espada interpretaba la percepción de peligro de su dueño, de modo que tal vacilación podría deberse a que aquel hombre no parecía ser una amenaza inmediata.

La ropa del desconocido consistía en unos pantalones marrones, una camisa de lino y un deshilachado abrigo de pana que habían visto tiempos mejores. Parecía haber tenido un viaje difícil; pero por otra parte, también Richard se había vestido con ropa sencilla para no levantar sospechas. La mochila del hombre no parecía contener apenas nada. Dos odres de agua, con las correas entrecruzadas al pecho, frunciendo el ligero abrigo, estaban planos y vacíos. No llevaba armas que Richard pudiera ver, ni siquiera un cuchillo.

El hombre aguardaba expectante, como si temiera ser el primero en hablar.

—Parece que te diriges hacia mis amigos —dijo Richard, ladeando la cabeza en dirección a la fina columna dorada de polvo que flotaba como una señal luminosa bajo la luz del sol.

El hombre, con los ojos muy abiertos, los hombros encorvados, se echó hacia atrás el cabello varias veces. Richard permaneció inmóvil ante él igual que un pilar de piedra, cerrándole el paso. Los ojos azules del hombre se movieron a ambos lados, aparentemente comprobando si tenía una ruta de escape en el caso de que decidiera salir corriendo.

—No tengo intención de hacerte daño —dijo Richard—. Sólo quiero saber que tramas.

—¿Tramar?

—Pues claro, te diriges hacia el carro.

El hombre dirigió una veloz mirada en dirección al carro, que no era visible al otro lado de los escarpados pliegues de roca, luego abajo, a la espada de Richard, y finalmente arriba, a los ojos de este.

—Busco... busco ayuda —respondió por fin.

—¿Ayuda?

El hombre asintió.

—Sí, estoy buscando a aquel cuyo oficio es pelear.

Richard ladeó la cabeza.

—¿Buscas a un soldado de alguna clase?

El otro tragó saliva ante el entrecejo fruncido de Richard.

—Sí, eso es.

Richard se encogió de hombros.

—La Orden Imperial tiene muchos soldados. Estoy seguro de que si sigues buscando, tropezarás con algunos.

El hombre negó con la cabeza.

—No, busco al hombre venido de muy lejos... de muy lejos en el norte. El hombre que vino para traer la libertad a muchos de los pueblos oprimidos del Viejo Mundo. El hombre que nos da esperanzas a todos de que la Orden Imperial, que el Creador perdona sus equivocados métodos, será expulsada de nuestras vidas para que podamos estar en paz una vez más.

—Lo siento —dijo Richard—, no conozco a nadie así.

El hombre no pareció desilusionado por las palabras de Richard. Pareció más bien que no las creía. Sus delgadas facciones resultaban agradables, incluso a pesar de que no parecía convencido.

—¿Crees que podríais... —el hombre extendió un brazo al frente, señalando—, al menos... dejarme tomar un trago?

Richard se relajó un poco.

—Claro.

Retiró la correa de su hombro y le arrojó el odre al hombre. Este lo atrapó como si fuese un cristal valiosísimo que temiera dejar caer. Forcejeó con el tapón, extrayéndolo finalmente, y empezó a tomar tragos de agua.

—Lo siento —dijo, deteniéndose bruscamente y bajando el odre—. No era mi intención beberme toda vuestra agua de golpe.

—No pasa nada. —Richard le indicó que terminara de beber—. Tengo más allá en el carro. Tú parece necesitarlo.

Mientras Richard introducía un pulgar tras mi ancho cinturón de cuero, el hombre inclinó la cabeza en agradecimiento antes de levantar el odre para tomar un largo trago.

—¿Dónde oíste hablar de ese hombre que lucha por la libertad? —preguntó Richard.

El hombre volvió a bajar el odre, y sus ojos no se apartaron ni un momento de Richard mientras hacía una pausa para recuperar el aliento.

—De muchas bocas. La libertad que ha difundido aquí abajo, en el Viejo Mundo, nos ha traído esperanza a todos.

Richard sonrió interiormente ante el modo en que la brillante esperanza de la libertad ardía incluso en un lugar tan lóbrego como el corazón del Viejo Mundo. Había personas en todas partes que anhelaban las mismas cosas en la vida, que anhelaban una oportunidad de vivir su vida libremente y prosperar mediante su propio trabajo.

En lo alto, una criatura de puntas negras, las alas totalmente extendidas, hizo su aparición mientras planeaba a través de la despejada franja de cielo sobre un par de elevaciones rocosas. Richard no tenía su arco, pero el ave se mantuvo fuera de su alcance, de todos modos.

El hombre se encogió, asustado, al ver a la criatura igual que lo haría un conejo al ver un halcón.

—Lamento no poder ayudarte —dijo Richard cuando la criatura hubo desaparecido, y echó una mirada de comprobación atrás, en dirección al carro, más allá de la colina cercana—. Viajo con mi esposa y mi familia, buscando trabajo, un lugar en el que ocuparme de mis propios asuntos.

Los asuntos de Richard eran la revolución, si quería tener una posibilidad de que su plan funcionara, y había varias personas esperándolo para tal propósito. Pero, tenía problemas más urgentes, primero.

—Pero, lord Rahl, mi gente necesita...

Richard giró en redondo, de vuelta hacía él.

—¿Por qué me llamas así?

—Lo, lo siento. —El hombre tragó saliva—. No era mi intención enojaros.

—¿Qué te hace pensar que soy ese lord Rahl?

El hombre movió la mano arriba y abajo delante de Richard mientras farfullaba, intentando encontrar las palabras.

—Vos, vos, vos simplemente... lo sois. No puedo imaginar... que otra cosa queréis que diga, lo siento si os he ofendido al ser tan descarado, lord Rahl.

Cara surgió sigilosa de detrás de una aguja de roca.

—¿Qué tenemos aquí?

El hombre lanzó un grito ahogado de sorpresa al verla a la vez que retrocedía atemorizado otro paso más, aferrando el odre de agua contra el pecho, como si fuese un escudo de acero.

Tom, con el cuchillo de plata en la mano, salió de un barranco situado detrás del hombre, cerrándole el paso por si el desconocido decidía salir huyendo, de vuelta por donde había venido.

El hombre giró en un círculo y se encontró a Tom alzándose a su espalda. Cuando finalmente completó el círculo y vio a Kahlan de pie junto a Richard, soltó otro grito ahogado. Todos llevaban polvorientas ropas de viaje, pero Richard supuso que en aquel momento de ningún modo parecían simples viajeros en busca de trabajo.

—Por favor —dijo el hombre—, no tengo malas intenciones.

—Cálmate —le indicó Richard a la vez que dirigía una mirada de soslayo a Cara; las palabras no sólo iban dirigidas al hombre sino también a la mord-sith—. ¿Estás solo? —preguntó al desconocido.

—Sí, lord Rahl. Estoy en una misión en nombre de mi pueblo, tal y como os dije, y desde luego se os perdona vuestra naturaleza agresiva, yo no esperaré menos. Quiero que sepáis que no os guardo ningún resentimiento.

—¿Por qué piensa que sois lord Rahl? —preguntó Cara a Richard en un tono que sonó más a acusación que a pregunta.

—He oído las descripciones —terció el hombre y, aun aferrando el odre contra el pecho, señaló con la otra mano—. Y esa espada. He oído hablar de la espada de lord Rahl. —Movié la mirada con cautela hacia Kahlan—. Y la Madre Confesora, por supuesto —añadió, bajando la cabeza.

—Por supuesto —suspiró Richard.

Había esperado tener que ocultar la espada estando en compañía de extraños, pero ahora supo lo importante que eso iba a ser cada vez que miraran en zonas habitadas. En cualquier caso, la espada sería relativamente fácil de esconder. No sucedía lo mismo con Kahlan. Pensó que tal vez podrían cubrirla de harapos y decir que era una leprosa.

El hombre se inclinó cautelosamente al frente, el brazo extendido, y le entregó a Richard su odre.

—Gracias, lord Rahl.

Richard tomó un largo trago de la nauseabunda agua antes de ofrecérselo a Kahlan. Ella alzó el suyo para que él lo viera a la vez que declinaba con un único movimiento de cabeza. Richard tomó otro largo trago antes de volver a colocar el tapón y colgarse de nuevo la correa al hombro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Owen.

—Bien. Owen, ven al campamento con nosotros para pasar la noche. Podemos llenarte los odres de agua antes de que marches por la mañana.

Cara parecía a punto de estallar cuando dijo a Richard apretando los dientes:

—Por qué, sencillamente, no dejáis que me ocupe...

—Creo que Owen tiene problemas que todos podemos comprender. Está preocupado por sus amigos y familia. Por la mañana, él puede seguir su camino, y nosotros el nuestro.

Richard no quería al hombre libre andando en la oscuridad, donde no podía mantenerlo vigilado tan fácilmente como podía hacerlo si estaba en el campamento. Por la mañana resultaría muy fácil asegurarse de que no los estaba siguiendo. Cara comprendió finalmente las intenciones de Richard y se relajó. Él sabía que la mord-sith quería tener a cualquier desconocido bajo su vigilancia mientras Richard y Kahlan dormían.

Con Kahlan a su lado, Richard inició el regreso al carro. El hombre los siguió, girando la cabeza de lado a lado, de Tom a Cara, y viceversa.

Puesto que iban de vuelta al carro, Richard consumió la poca agua que quedaba en su odre mientras, detrás, Owen le daba las gracias por la invitación y prometía no causar ningún problema.

Richard tenía intención de ocuparse de que Owen mantuviera su promesa.

10

Una vez encima del carro, Richard sumergió los dos odres de Owen en el barril que todavía contenía agua. Owen, sentado con la espalda presionada contra una rueda, alzaba los ojos hacia Richard de vez en cuando, observando expectante, mientras Cara le dirigía miradas de hostilidad. Estaba claro que a Cara no le gustaba aquel tipo, pero protectoras como eran las mord-sith, aquello no significaba necesariamente que intuyera que era un peligro real.

Por algún motivo, no obstante, a Richard tampoco le gustaba demasiado aquel hombre. No era tanto que le desagradara, sino que simplemente no conseguía que le cayera simpático. Era educado y desde luego no parecía amenazador, pero había algo en la actitud del hombre que hacía que Richard se sintiera... con los nervios a flor de piel.

Tom y Friedrich partieron la leña seca que habían recogido y la arrojaron a la pequeña hoguera. El maravilloso aroma de la resina de pino disimuló el olor de los cercanos caballos.

De vez en cuando Owen dirigía una mirada atemorizada a Cara, Kahlan, Tom y Friedrich. Aunque, de lejos, con quien más incómodo se sentía era con Jennsen. Intentaba mantener los ojos apartados de ella, no mirarla directamente a los ojos, pero no dejaba de verte atraído por su roja melena, que relucía a la luz de la hoguera. Cuando *Betty* se aproximó para investigar al desconocido, Owen contuvo la respiración. Richard indicó a éste que la cabra sólo quería que le prestaran atención. Owen palmeó con cautela la coronilla de *Betty* como si la cabra fuese un gar que podría arrancarle el brazo si no tenía cuidado.

Jennsen, con una sonrisa, y haciendo caso omiso del modo en que él la miraba el cabello, ofreció a Owen un poco de su cecina.

Owen se limitó a contemplar con ojos desorbitados cómo ella se inclinaba hacia él.

—No soy una bruja —le dijo a Owen—. La gente lo piensa por mi cabello rojo. Pero no lo soy. Puedo asegurarte que no poseo magia.

El tono cortante de su voz sorprendió a Richard, recordándole que había hierro bajo su femenina elegancia.

Todavía con los ojos contó platos, Owen dijo:

—Por supuesto que no. Yo, yo... simplemente nunca vi un... pelo tan bonito, eso es todo.

—Vaya, muchas gracias —repuso Jennsen, y su sonrisa regresó.

La muchacha volvió a ofrecerle un pedazo de cecina.

—Lo siento —dijo él educadamente—, pero prefiero no comer carne, si no os importa.

Introdujo rápidamente la mano en el bolsillo, sacando una bolsa de tela que contenía galletas secas. Se obligó a dirigir una sonrisa a Jennsen a la vez que le ofrecía una.

—¿Queréis?

Tom dio un respingo, dirigiendo una mirada iracunda a Owen.

—Gracias, no —respondió Jennsen a la vez que retiraba la mano extendida y se sentaba sobre una roca baja y plana: agarró a *Betty* de una oreja y la obligó a tumbarse a sus pies—. Será mejor que te comas las galletas tú si no quieres carne —dijo a Owen—. Me temo que no tenemos mucha comida que no lo sea.

—¿Por qué no comes carne? —preguntó Richard.

Owen alzó los ojos para mirar por encima del hombro a Richard, que estaba en el carro.

—No me gusta la idea de hacer daño a animales simplemente para satisfacer mi deseo de comida.

—Ese es un sentimiento bondadoso —observó Jennsen, sonriendo educadamente.

Owen mostró una nerviosa sonrisa antes de que su mirada se viera atraída de nuevo a los cabellos de la muchacha.

—Es lo que siento —dijo, apartando finalmente la mirada de ella.

—Rahl el Oscuro sentía lo mismo —repuso Cara, dirigiendo una mirada hostil a Jennsen—. Le vi matar a latigazos a una mujer porque la pilló comiendo una salchicha en los pasillos del Palacio del Pueblo. Lo consideró una falta de respeto a sus sentimientos.

Jennsen se la quedó mirando, atónita.

—En otra ocasión —siguió Cara mientras masticaba un pedazo de salchicha—, iba yo con él cuando dobló una esquina en el exterior del palacio, cerca de los jardines. Descubrió a un soldado encima de su caballo comiendo un pastel de carne. Rahl el Oscuro arremetió contra él con un rayo mágico, decapitando el caballo del hombre... bum, la cabeza cayó al seco. El hombre consiguió aterrizar de pie mientras el resto de su montura chocaba contra el suelo. Rahl el Oscuro alargó el brazo, cogió la espada del soldado, y en un ataque de cólera abrió de un tajo el vientre del animal. Luego agarró al soldado por el pescuezo y le metió la cabeza dentro de las tripas del caballo, chillándole que comiera. El hombre hizo lo que pudo, pero acabó asfixiado entre las vísceras calientes del caballo.

Owen se cubrió la boca mientras cerraba los ojos.

Cara agitó su salchicha como señalando a Rahl el Oscuro, de pie, ante ella.

—Volvió la cabeza hacia mí, su furia desaparecida, y me preguntó cómo podía ser la gente tan cruel como para comer carne.

Jennsen, boquiabierta, preguntó:

—¿Qué dijiste?

Cara se encogió de hombros.

—¿Qué podía decir? Le dije que no lo sabía.

—Pero ¿por qué comía carne la gente, entonces, si él era así? —quiso saber Jennsen.

—La mayor parte del tiempo no era así. Los vendedores ambulantes vendían carne en el palacio y él por lo general no les prestaba atención. A veces meneaba la cabeza con repugnancia, o los tildaba de crueles, pero por lo general ni siquiera se fijaba.

Friedrich asentía.

—Eso era lo que pasaba con aquel hombre... uno nunca sabía que iba a hacer. Podría sonreír a una persona, o hacer que la torturaran hasta morir. Uno jamás lo sabía.

Cara clavó los ojos en las llamas bajas de la fogata.

—Por más que uno le diera vueltas a la cabeza no había modo de saber cómo reaccionaría. —Su voz adoptó un timbre quedo y angustiado—.

Que era sólo una cuestión de tiempo que los matara, también, y por lo tanto vivían sus vidas como lo harían los condenados, aguardando a que el hacha cayera, sin disfrutar de la vida ni de la perspectiva de un futuro.

Tom asintió en lúgubre acuerdo con la evaluación de Cara de la vida en D'Hara mientras arrojaba un pedazo de madera al fuego.

—¿Es eso lo que hiciste, Cara? —preguntó Jennsen.

Cara alzó los ojos y frunció el ceño.

—Yo soy una mord-sith. Las mord-sith siempre estamos dispuestas a abrazar la muerte. No deseamos morir viejas y desdentadas.

Owen, mordisqueando su galleta seca como si tuviera la obligación de comer ya que el resto lo hacía, se mostró conmovido por el relato.

—No puedo imaginar una vida tan violenta como la que debéis vivir todos vosotros. ¿Estaba ese Rahl el Oscuro emparentado con vos lord Rahl? —Owen pareció pensar de improviso que podría haber cometido un error, y se apresuró a corregir la pregunta—. Tiene el mismo nombre... así que pensé, bueno, sólo pensé..., pero no quería insinuar que pensara que fuerais como él...

Descendiendo del carro. Richard entregó a Owen sus odres llenos.

—Era mi padre.

—No quería insinuar nada con la pregunta. Jamás pondría intencionadamente en entredicho al padre de un hombre, en especial un hombre que...

—Lo maté —dijo Richard.

Richard no se sentía con ganas de dar más detalles. Le repugnaba la simple idea de volver a relatar toda la espantosa historia.

Owen los contempló a todos boquiabierto como si fuera un cervatillo rodeado de lobos.

—Era un monstruo —dijo Cara, pareciendo sentir la necesidad de alzarse en defensa de Richard—. Ahora el pueblo de D'Hara tiene una posibilidad de esperar un futuro en el que vivirán sus vidas como deseen.

Richard se sentó en el suelo, junto a Kahlan.

—Al menos lo tendrán si pueden librarse de la Orden Imperial.

Con la cabeza gacha, Owen mordisqueó su galleta mientras los observaba.

Cuando nadie habló, Kahlan lo hizo.

—¿Por qué no nos cuentas tus motivos para venir aquí, Owen?

Richard reconoció que su tono era como el de la Madre Confesora haciendo una pregunta educada pensada para tranquilizar a un peticionario asustado.

Owen inclinó la cabeza respetuosamente.

—Sí, Madre Confesora.

—¿La conoces también a ella? —preguntó Richard.

—Sí, lord Rahl —respondió él, asintiendo.

—¿Cómo?

La mirada del hombre se movió de Richard a Kahlan y luego volvió a Richard.

—La noticia de vuestra presencia y la de la Madre Confesora se ha propagado por todas partes. A todos los rincones ha llegado la noticia sobre el modo en que liberasteis a la gente de Altur'Rang de la opresión de la Orden Imperial. Aquellos que desean la libertad saben que vos sois quien la otorga.

Richard frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir con que yo soy quien la otorga?

— Bueno, antes, la Orden Imperial gobernaba. Son brutales..., disculpad, están mal aconsejados y no saben hacer otra cosa. Por eso su gobierno es tan brutal. Quizá no sea culpa suya. No soy yo quién para decirlo.

—Owen desvió la mirada mientras intentaba hallar las palabras, a la vez que veía sus propias visiones de lo que la Orden Imperial había hecho para convencerlo de su brutalidad—. Entonces llegasteis vos y le disteis la libertad a la gente; tal y como hicisteis en Altur'Rang.

Richard se pasó una mano por la cara. Necesitaba traducir el libro. Necesitaba descubrir que había tras la cosa que Cara había tocado y las criaturas de puntas negras que los seguían, necesitaba volver a ponerse en contacto con Víctor y con aquéllos ocupados en la revuelta contra la Orden —hacía ya mucho que debería haberse reunido con Nicci— y necesitaba ocuparse de sus dolores de cabeza. Al menos, tal vez Nicci podría ayudar en eso.

—Owen, yo no “doy” la libertad a las personas.

—Sí, lord Rahl.

Evidentemente, Owen no se atrevía a discutir las palabras de Richard, pero sus ojos decían con claridad que no lo creía.

—Owen, ¿qué quieres decir cuando dices que crees que doy la libertad a las personas?

Owen dio un mordisquito a su galleta mientras pascaba la mirada por los demás. Contorsionó los hombros en un cohibido encogimiento de hombros. Finalmente, se aclaró la garganta:

—Bueno, vos, vos hacéis lo que hace la Orden Imperial... matáis gente. —Agitó la galleta con torpeza, como si fuese una espada, acuchillando el aire—. Matáis a aquellos que esclavizan a la gente, y luego dais a las personas que estaban esclavizadas su libertad, de modo que la paz pueda regresar.

Richard aspiró profundamente. No estaba seguro de si Owen lo pensaba tal y como lo decía o si sencillamente tenía dificultades para explicarse ante personas que le ponían nervioso.

—No es exactamente de ese modo —dijo Richard.

—Pero por eso vinisteis aquí. Todo el mundo lo sabe. Vinisteis al Viejo Mundo para dar la libertad a la gente.

Con los codos sobre las rodillas, Richard se inclinó hacia delante, frotándose las palmas mientras pensaba en cuánto deseaba explicar. Sintió una oleada de calma cuando Kahlan le colocó una dulce mano sobre el hombro.

No quería explicar el horror de cómo lo habían hecho prisionero y arrebatado del lado de Kahlan, pensando que jamás volvería a verla.

Richard hizo a un lado todo el peso de la emoción que le provocaba rememorar aquel largo suplicio y tomó otro enfoque.

—Owen, yo procedo de ahí arriba, en el Nuevo Mundo...

—Sí, lo sé —dijo éste a la vez que asentía—. Y vinisteis aquí para liberar a la gente de...

—No. Esa no es la verdad. Nosotros vivíamos en el Nuevo Mundo. Estábamos en paz en el pasado, al parecer de un modo muy parecido a como lo estaba tu gente. El emperador Jagang...

—El Caminante de los Sueños.

—Sí, el emperador Jagang, el Caminante de los Sueños, envió a sus ejércitos a conquistar el Nuevo Mundo, a esclavizar a nuestra gente...

—A mi gente también.

Richard asintió.

—Comprendo. Sé lo espantoso que es eso. Sus soldados están arrasando el Nuevo Mundo, asesinando, esclavizando a nuestra gente.

Owen dirigió la llorosa mirada a lo lejos, a la oscuridad, a la vez que asentía.

—A mi gente también.

—Intentamos defendernos —le dijo Kahlan—; pero son demasiados.

Su ejército es demasiado numeroso para que podamos expulsarlos de nuestra tierra.

Owen volvió a mordisquear su gaitera, sin devolverle la mirada.

—Mi pueblo le tiene terror a la gente de la Orden, el Creador perdona sus equivocados métodos.

—Así aúllen de dolor durante toda la eternidad bajo la sombra más siniestra del Custodio del inframundo —repuso Cata.

Owen se la quedó mirando, boquiabierto ante tal maldición pronunciada en voz alta.

—No podíamos combatir contra ellos de ese modo..., simplemente hacerlos volver al Viejo Mundo —dijo Richard, atrayendo la mirada de Owen de vuelta a él mientras proseguía con el relato—. Así que yo estoy aquí abajo, en la tierra de Jagang, ayudando a la gente que ansía ser libre a deshacerse de las cadenas de la Orden. Mientras él está fuera conquistando nuestra tierra, ha dejado a su propio país a merced de aquellos que anhelan la libertad. Con Jagang y sus ejércitos lejos, eso nos da una posibilidad de atacar el punto débil de Jagang, de hacerle un daño significativo.

»Estoy haciendo esto porque es el único modo en que podemos luchar contra la Orden Imperial; nuestro único medio de tener éxito. Si debilito sus cimientos, su fuente de hombres y apoyo, entonces tendrá que retirar a su ejército de nuestra tierra y regresar al sur, a defender la suya.

»La tiranía no puede durar eternamente. Por su misma naturaleza, pudre todo lo que gobierna, incluida ella misma. Pero eso puede tardar una eternidad, y yo intento acelerar ese proceso, de modo que aquellos a los que amo y yo podamos ser libres durante el tiempo que vivamos; libres para vivir nuestras propias vidas. Si se alza suficiente gente contra el gobierno de la Orden Imperial, Jagang y la Orden.

»Así es como combato contra él, como intento derrotarlo, como intento sacarlo de mi tierra.

Owen asintió.

—Esto es lo que nosotros necesitamos también. Somos víctimas del destino. Necesitamos que vengáis y saquéis a sus hombres de nuestra tierra, y que luego retiréis vuestra espada, vuestros métodos, de nuestra gente, de modo que podamos vivir de nuevo en paz. Necesitamos que nos deis la libertad.

Un trozo de madera chasqueó, lanzando un refulgente remolino de chispas hacia el ciclo. Richard, bajando la cabeza, junto las yemas de sus dedos. No creía que el hombre hubiese oído una sola palabra de lo que había dicho. Necesitaban descansar. Él necesitaba traducir el libro. Necesitaban llegar a donde se dirigían... Al menos no tenía dolor de cabeza.

—Owen, lo siento —dijo finalmente en voz queda—; no puedo ayudarte de un modo tan directo. Pero querría que comprendieses que mi causa va en vuestro favor, y que lo que estoy haciendo también provocará que Jagang acabe por sacar sus tropas de tu país o al menos debilitará su presencia de modo que podáis expulsarlos vosotros mismos.

—No —replicó Owen—, sus hombres no abandonarán mi tierra hasta que vos vengáis y... —Owen se estremeció—. Y los destruyáis.

La palabra misma, la implicación que conllevaba, parecía resultarle nauseabunda a aquel hombre.

—Mañana —dijo Richard, sin molestarse ya en mostrarse educado— tenemos que seguir nuestro camino. Tú también tendrás que seguir el tuyo. Te deseo éxito en tu tarea de librar a tu pueblo de la Orden Imperial.

—Nosotros no podemos hacer tal cosa —protestó él, y se sentó más erguido—. No somos salvajes. Vos y los que son como vos... los que sois incultos... depende de vosotros hacerlo y darnos la libertad. Yo soy el único que puede traeros. Debéis venir y hacer lo que hacen los que son como vos. Debéis dar la libertad a nuestro imperio.

Richard se frotó la frente con los dedos. Cara empezó a levantarse. Una mirada de Richard hizo que se volviera a sentar.

—Te di agua —repuso Richard mientras se ponía en pie—, no puedo darte libertad.

—Pero debéis...

—Guardia doble esta noche —dijo Richard a la vez que se volvía hacia Cara, interrumpiendo a Owen.

Cara asintió una vez mientras torcía la boca con una satisfecha sonrisa de férrea determinación.

—Por la mañana —añadió Richard—, Owen seguirá su camino.

—Sí —dijo ella, deslizando su feroz mirada de ojos azules sobre Owen—, desde luego que lo hará.

11

—¿Qué es? —preguntó Kahlan cuando alcanzó el carro y se colocó junto a él con su caballo.

Richard parecía estar furioso por algo, y ella vio que tenía el libro en una mano; la otra estaba apretada en un puño. Richard abrió la boca, a punto de hablar, pero cuando Jennsen, arriba en el pescante, junto a Tom, volvió la cabeza atrás para ver qué sucedía, Richard dijo a ésta en su lugar:

—Kahlan y yo vamos a ir a explorar por adelante. Vigila a *Betty* para que no salte fuera, ¿quieres, Jenn?

Jennsen le sonrió y asintió.

—Si *Betty* os causa problemas —indicó Tom—, no tenéis más que decírmelo y la llevaré a ver a una dama que conozco y obtendré unas cuantas salchichas de carne de cabra.

Jennsen sonrió ampliamente ante el chiste que ambos compartían y dio a Tom un pequeño codazo en las costillas. Mientras Richard pasaba por encima del costado del carro y se dejaba caer al suelo, la muchacha chasqueó los dedos en dirección a la cabra, que meneaba la cola.

—¡*Betty*! Tú te quedas aquí. Richard no necesita que lo sigas cada vez.

Betty, con las pezuñas delanteras sobre la barandilla protectora, lanzó un balido mientras alzaba los ojos hacia Jennsen, como si le pidiera que lo reconsiderara—. Abajo —le ordenó la muchacha—. Tumbate.

Betty volvió a balar y de mala gana saltó de nuevo al interior de la plataforma del carro, pero no se conformó con menos de un par de caricias tras las orejas antes de acceder a tumbarse.

Kahlan se inclinó hacia delante en la silla de montar y desató las riendas del caballo de Richard de la trasera del vehículo. Él puso el pie en el estribo y se izó sobre la montura. Ella pudo ver que estaba inquieto por algo, pero sólo mirarlo le alegraba el corazón.

Richard inclinó su peso ligeramente hacia delante, instando al caballo a adelantarse. Kahlan apretó las piernas contra el costado de su propia montura para espolearla a un medio galope. Éste siguió cabalgando al frente, doblando varias curvas en el terreno más llano situado entre las escarpadas laderas, hasta que alcanzó a Cara y Friedrich, que patrullaban a la cabeza del grupo.

—Vamos a comprobar el frente durante un rato —les dijo—. Por qué no os replegáis y comprobáis la retaguardia.

Kahlan sabía que Richard los enviaba atrás porque si la llevaba a la retaguardia con la excusa de vigilar cualquier cosa que pudiera caer sobre ellos por detrás, Cara no haría más que rezagarse para comprobar que estaban bien. Si se encontraban delante, Cara no se preocuparía.

Cara tiró de las riendas y dio la vuelta. El sudor le pegó a Kahlan la camisa a la espalda cuando se inclinó sobre la cruz de su montura. A pesar de los pastos altos que salpicaban las estribaciones y las esporádicas y poco espesas zonas arboladas, el calor seguía acompañándolos. Refrescaba un poco de noche, ahora, pero los días eran calurosos, con la humedad aumentando a medida que se acumulaban las nubes contra la barrera montañosa situada a su derecha.

De cerca, el muro de montañas escarpadas del este resultaba una visión amedrentadora. Paredes verticales de roca se alzaban debajo de mesetas que se habían desmoronado mesetas y paredes aún más altas, parecía como si toda la cordillera se estuviera desmoronando poco a poco. Con declives de cientos de metros, trepar por un pedregal tan inestable sería imposible. Si existían pasos a través de las áridas laderas, sin duda eran pocos y resultarían difíciles de franquear.

Pero conseguir dejar atrás aquellas montañas grises de roca abrasadora, como podían ver ahora, no era precisamente el mayor problema.

Aquellas montañas más próximas que se extendían al norte y al sur ocultaban en parte lo que había al otro lado: una cordillera mucho más sobrecogedora de picos cubiertos de nieve que se alzaban para cerrar cualquier paso al este.

Aquellas montañas imponentes superaban en escala a cualquiera que Kahlan hubiese visto nunca. Ni siquiera las más escarpadas de las montañas Rang'Shada en la Tierra Central podían equipararse a ellas. Esas montañas

eran como una raza de gigantes. Paredes de roca cortadas a pico ascendían cientos de metros en línea recta. Laderas terribles se elevaban ininterrumpidas por ningún desfiladero ni fisura y resultaban tan escarpadas que pocos árboles conseguían encontrar un asidero. Elevados picos atestados de nieve que ascendían majestuosos por encima de nubes azotadas por el viento estaban tan apretujados entre sí que le recordaban más el largo borde irregular de un cuchillo que unas cimas separadas.

El día anterior, cuando había visto a Richard estudiando aquellas montañas imponentes, Kahlan le había preguntado si pensaba que existía algún modo de cruzarlas. El había dicho que no, que el único camino que podía ver para pasar al otro lado era posiblemente la quebrada que había divisado con anterioridad, y aquella quebrada se encontraba aún a bastante distancia en dirección norte.

Por el momento, bordeaban las montañas más próximas a medida que aquella cordillera discurría hacia el norte, a lo largo de las tierras bajas, de más fácil travesía.

Mientras pasaban junto a la base de una colina poco empinada cubierta con pastos marrones, Richard aminoró finalmente la marcha de su caballo y se volvió sobre la silla, comprobando que los demás los seguían aún, aunque a una buena distancia por detrás.

—Me he saltado páginas del libro —dijo, colocando su caballo casi pegado a ella.

A Kahlan no le gustó.

—Cuando te pregunté por qué no te saltabas páginas, dijiste que no era sensato.

—Lo sé, pero en realidad no estaba consiguiendo nada y necesitamos respuestas.

Mientras los caballos adoptaban un paso tranquilo. Richard se frotó los hombros.

—Después de todo ese calor no puedo creer el frío que está empezando a hacer.

—¿Frío? ¿Qué estás...?

—¿Sabes esas personas tan poco comunes que son como Jennsen? —el cuero de su silla de montar crujió cuando se inclinó hacia Kahlan—.

¿Las que nacen sin el don, sin siquiera una diminuta chispa del don? ¿Los Pilares de la Creación? Bueno pues, allá, en la época en que se escribió este libro, no eran tan poco comunes.

—¿Te refieres a que era más corriente que nacieran?

—No, las que habían nacido empezaron a crecer, a casarse y a tener hijos... hijos sin el don.

Kahlan volvió la mirada hacia él, sorprendida.

—¿Los eslabones rotos en la cadena del don de los que hablabas?

Richard asintió.

—Eran los hijos del lord Rahl. Por aquel entonces, no era como en tiempos recientes, con Rahl el Oscuro, o con su padre. Por lo que puedo entender, todos los hijos del lord Rahl y su esposa eran parte de su familia, y tratados como tales, incluso aunque nacieran con ese problema. Parece ser que los magos intentaron ayudarlos; tanto a los vástagos directos, como luego a sus hijos y a los hijos de éstos. Intentaron curarlos.

—¿Curarlos? ¿Curarlos de qué?

Richard alzó los brazos en un ademán de frustración.

—De haber nacido sin el don... de haber nacido sin esa chispa diminuta del don que tienen todos los demás. Los magos de aquella época intentaron restaurar las rupturas en el vínculo.

—¿Cómo pensaban que podrían ser capaces de curar a alguien de no tener la chispa del don?

Richard apretó los labios mientras pensaba en un modo de explicarlo.

—Bueno, ¿sabes los magos que te enviaron a través del límite en busca de Zedd?

—Sí —respondió Kahlan, arrastrando con suspicacia la palabra.

—Ellos no nacieron con el don, es decir, que no nacieron con ese don. ¿Qué eran... magos segundos o terceros? ¿Algo así? Me hablaste de ellos, en una ocasión. —Chasqueó los dedos cuando le vino a la mente—. Magos del Tercer Orden. ¿Verdad?

—Sí. Solamente uno, Giller, era del Segundo Orden. Ninguno fue capaz de pasar las pruebas para ser mago del Primer Orden, como Zedd, porque no poseían el don. Ser magos era su vocación, pero carecían del don en el sentido convencional... aunque de todos modos poseían aquella chispa del don que todo el mundo tiene.

—A eso era a lo que me refería —dijo Richard—. No nacieron con el don de ser magos: simplemente con la chispa de él como todas las demás personas. Sin embargo Zedd los entrenó para que fueran capaces de utilizar magia... de ser magos... incluso a pesar de que no habían nacido con el don para ser magos.

—Richard, eso fue el trabajo de toda una vida.

—Lo sé, pero la cuestión es que Zedd fue capaz de ayudarlos a ser magos... al menos lo bastante magos como para pasar sus pruebas y conjurar magia.

—Sí, supongo... Cuando yo era pequeña me enseñaron cosas sobre el funcionamiento de la magia y sobre el Alcázar del Hechicero, sobre aquellas gentes y criaturas de la Tierra Central que poseen magia. Puede que no nacieran con el don, pero habían trabajado toda su vida para convertirse en magos. Realmente eran magos —insistió ella.

La boca de Richard se curvó hacia arriba con la clase de sonrisa que le indicaba que acababa de formular la esencia de su argumento.

—Pero no habían nacido con ese atributo, el don. —Se inclinó hacia ella—. Zedd, además de adiestrarlos, debe de haber usado magia para ayudarlos a convertirse en magos, ¿correcto?

Kahlan frunció el entrecejo ante la idea.

—No lo sé. Jamás me hablaron de su adiestramiento.

—Pero Zedd tiene Magia de Suma —insistió Richard—. La de Suma puede cambiar cosas, ampliarlas, hacer que sean más de lo que son.

—De acuerdo —admitió Kahlan con cautela—. ¿Qué quieres decirme?

—Lo que quiero decir es que Zedd tomó a personas que no habían nacido con el don para ser magos y las adiestró pero... lo que es más importante... debió de haber usado también su poder para ayudarlos a conseguir eso alterando el modo en que nacieron. Tuvo que haber aumentado su don. —Richard le dirigió una veloz mirada mientras su caballo rodeaba un pequeño pino—. Alteró personas mediante la magia.

Kahlan soltó un profundo suspiro mientras apartaba los ojos de Richard y miraba al frente, a la suave extensión de colinas cubiertas de pastos a ambos lados de ellos, mientras intentaba captar por completo el significado de lo que él le estaba diciendo.

—Jamás lo consideraré, pero de acuerdo —dijo finalmente—. Y entonces, ¿qué pasa con ello?

—Pensábamos que solamente los magos de la antigüedad podían hacer tal cosa, pero, al parecer, no es un arte perdido ni sería tan descabellado. Lo que digo es que, al igual que Zedd dio a algunas aquello con lo que no nacieron, también los magos de antaño intentaron dar a la gente nacida como Pilares de la Creación una chispa del don.

La comprensión provocó un escalofrío a Kahlan. La implicación era pasmosa. No tan sólo los magos de antaño, sino también Zedd, habían usado magia para alterar la naturaleza de las personas, la naturaleza misma de lo que eran, de cómo habían nacido.

Supuso que él no había hecho más que ayudarlas a conseguir lo que era su mayor ambición en la vida —su vocación—, aumentando aquello con lo que ya habían nacido. Los ayudó a alcanzar todo su potencial. Pero eso era en hombres que poseían el potencial innato. Tanto que los magos de tiempos pasados probablemente usaron su poder por razones menos caritativas.

—Así pues —dijo él—, los magos de entonces, que eran expertos en alterar las capacidades de la gente, pensaron que podían curar a esas personas llamadas los Pilares de la Creación.

—Curarlas de no haber nacido con el don —repuso ella con un categórico tono de incredulidad.

—No exactamente. No intentaban convertirlos en magos, pero pensaban que podían, al menos, ser curados de su falta de esa chispa infinitesimal del don que les permitía interactuar con la magia.

Kahlan inspiró.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Este libro se escribió después de que hubiese finalizado la gran guerra; después de que se hubiese creado la barrera y el Viejo Mundo hubiese quedado aislado al otro lado. Se escribió después de que el Nuevo Mundo estuviera en paz, o, al menos, después de que la barrera contuviera al Viejo Mundo.

“Pero ¿recuerdas lo que descubrimos antes? ¿Que creemos que, durante la guerra, el mago Ricker y su equipo habían hecho algo para detener la transmisión del uso de la Magia de Resta a los hijos de los magos? Bien, tras la guerra, aquellos que nacían con el don empezaron a ser cada vez más raros, y los que nacían con él nacían sin el lado de Resta.

—Así pues, tras la guerra —dijo ella—, empezaron a dejar de aparecer aquellos que nacían con el don tanto de la Magia de Suma como de la de Resta... Pero eso ya lo sabíamos.

—Exacto. —Richard se inclinó hacia ella y alzó el libro—. Pero entonces, cuando empiezan a nacer cada vez menos magos, repentinamente los magos advierten que tienen que vérselas con todos los desprovistos del don, que son interrupciones totales en el vínculo con la magia. De improviso, además del problema de la caída del índice de natalidad de los que tienen el don para ser magos, tienen que enfrentarse con lo que llamaron Pilares de la Creación.

Kahlan osciló en la silla de montar mientras lo pensaba, intentando imaginar la situación en el Alcázar en aquella época.

—Puedo comprender que se sentirían muy preocupados.

La voz de Richard descendió de manera significativa.

—Estaban desesperados.

Kahlan tiró a un lado de las riendas, yendo a colocarse detrás de Richard cuando el caballo de éste rodeó un viejo árbol caído al que el abrasador sol había dado un tono plateado.

—Así pues, ¿supongo —inquirió Kahlan a la vez que volvía a colocar su montura junto a él— que los magos empezaron a hacer lo mismo que hizo Zedd? ¿Adiestraron a aquellos que sentían la vocación... a los que deseaban ser magos pero que no habían nacido con el don?

—Sí, pero en aquellos tiempos —dijo Richard— adiestraron a los que sólo poseían Magia de Suma para que fuesen capaces de usar la de Resta, también, como magos completos. No obstante, a medida que transcurría el tiempo, empezaron a perder incluso esa capacidad, y sólo pudieron hacer lo que Zedd hizo: adiestrar a la gente para que fueran magos pero únicamente con la capacidad de usar Magia de Suma.

»Pero no es eso en realidad de lo que trata el libro —repuso Richard a la vez que efectuaba un ademán displicente—. Eso era simplemente una cuestión secundaria para dejar constancia de lo que habían intentado. Empezaron con gran seguridad en sí mismos. Pensaban que se podía curar a esos Pilares de la Creación de un modo muy parecido a como se podía adiestrar a magos que sólo tenían Magia de Suma a usar ambos lados de la magia, y a como a aquellos sin el don a los que se les convirtió en magos que usasen el lado de Suma.

El modo en que usaba las manos al hablar recordó a Kahlan el modo en que Zedd lo hacía cuando se excitaba.

—Intentaron modificarla naturaleza de esas personas. Intentaron coger personas sin ninguna chispa del don, y alterarlas en un intento desesperado de darles la capacidad para interactuar con la magia. No añadían o aumentaban, intentaban crear algo de la nada.

A Kahlan no le gustó cómo sonaba aquello. Ellos sabían que en aquellos tiempos los magos poseían un gran poder, y alteraban a personas que tenían el don para que sirviera a propósitos concretos.

Convertían a la gente en armas.

En la gran guerra, los antepasados de Jagang fueron una de tales armas: Caminantes de los Sueños. A los Caminantes de los Sueños se les creó para que pudieran hacerse con las mentes de habitantes del Nuevo Mundo y controlarlas. En un acto de desesperación, se creó el vínculo con el lord Rahl para contrarrestar aquella arma, para proteger a un pueblo de los Caminantes de los Sueños.

Muchas de las personas con el don fueron convertidas en armas humanas mediante la magia. Tales cambios eran a menudo profundos e irrevocables. En ocasiones, las creaciones eran monstruos de una crueldad infinita. Jagang había nacido de tal herencia.

Durante la gran guerra, uno de los magos a los que se había juzgado, atusado de traición, se negó a revelar qué daños había causado. Cuando ni siquiera la tortura consiguió obtener la confesión de aquel hombre, los magos que llevaban a cabo el juicio recurrieron a las habilidades de un mago llamado Merritt y ordenaron la creación de una Confesora. Magda Searus, la primera Confesora, obtuvo la confesión de aquel hombre. El tribunal quedó tan complacido con los resultados de la magia del mago Merritt que ordenaron la creación de una orden de Confesoras.

Kahlan no sentía de un modo distinto a como sentían las demás personas, no era menos humana, no era menos mujer, pero su poder como Confesora era el resultado de aquella acción mágica. También ella era una descendiente de mujeres modificadas para ser armas; en ese caso armas diseñadas para hallar la verdad.

—¿Que sucede? —preguntó Richard.

Ella le echó una mirada y vio la expresión de inquietud de su rostro. Kahlan forzó una sonrisa y meneó la cabeza para indicar que no era nada.

—¿Y qué descubriste al saltarte páginas del libro?

Richard aspiró profundamente mientras juntaba las manos sobre el pomo de la silla de montar.

—Esencialmente, intentaban usar color para ayudar a las personas nacidas sin ojos... a ver.

Según la comprensión de Kahlan de la magia y la historia, eso era fundamentalmente distinto de incluso los experimentos más malévolos para modificar personas y convertirlas en armas. Incluso en los más repugnantes de aquellos casos, intentaban extraer algunos atributos de su humanidad y al mismo tiempo añadir o aumentar una habilidad elemental. En ninguno de ellos intentaban crear aquello que no estaba allí.

—En otras palabras —resumió Kahlan—, fracasaron.

Richard asintió.

—Así pues, aquí estaban ellos, con la gran guerra finalizada hacía ya mucho tiempo y el Viejo Mundo..., aquellos que habían querido poner fin a la magia, de un modo muy parecido a la Orden Imperial..., a buen recaudo al otro lado de la barrera que se había creado, y ahora resulta que se encuentran con que el índice de natalidad de aquellos que llevan el don de la magia está cayendo en picado, y que la magia engendrada por la Casa de Rahl, el vínculo con su gente diseñado para impedir que los Caminantes de los Sueños se apoderen de ella, tiene una consecuencia inesperada: también da a luz a los inmaculadamente desprovistos del don, que son una escisión irreversible en el linaje mágico.

—Tienen dos problemas, entonces —repuso Kahlan—. Tienen menos magos que nazcan para ocuparse de los problemas de la magia, y tienen gente que nace sin el menor vínculo con la magia.

—Así es. Y el segundo problema crecía más deprisa que el primero. Al principio, pensaron que encontrarían una solución, una cura. No lo lograron. Lo que era peor, como explique antes, los nacidos desprovistos completamente del don, como Jennsen, siempre engendran hijos que son iguales que ellos. En unas pocas generaciones, el número de personas sin el vínculo con el don estaba creciendo más deprisa de lo que nadie había esperado jamás.

Kahlan exhaló profundamente.

—Una situación realmente desesperada.

—Se estaba conviniendo en un caos.

Kahlan sujetó un mechón de pelo atrás.

—¿Que decidieron?

Richard la contempló con una de aquellas miradas que le indicaban que se sentía de lo más trastornado por lo que había descubierto.

—Eligieron la magia por encima de la gente. Consideraron que ese atributo, la magia, o aquellos que la poseían, era más importante que la vida humana. —Su voz se elevó—. ¡Tomaron la misma cosa por la que habían librado la guerra, el derecho a nacer y vivir con magia, decidieron que ese atributo era más importante que la propia vida!

Soltó aire y bajó la voz.

—Eran demasiados para ejecutarlos, así que llevaron a cabo la segunda mejor opción posible: los desterraron.

Las cejas de Kahlan se enarcaron violentamente.

—¿Los desterraron? ¿Adonde?

Richard se inclinó hacia ella con ojos llameantes.

—Al Viejo Mundo.

—¡Qué!

Richard se encogió de hombros, como si hablara en nombre de los magos de aquella época, remedando su razonamiento.

—¿Qué otra tosa podían hacer? No podían ejecutarlos; eran amigos y familiares. Muchas de aquellas personas normales con la chispa del don... pero que no tenían la capacidad para ser magos o hechiceras, y por lo tanto no se consideraban a sí mismas como gentes con el don... tenían hijos, hijas, hermanos, hermanas, tíos, tías, primos, vecinos, que se habían casado con los que carecían de un modo total del don. Eran parte de la sociedad; una sociedad que estaba cada vez menos poblada por los que realmente poseían el don.

»En una sociedad en la que se veían cada vez, más superados en número y contemplados con más desconfianza, los que tenían el don, que eran los que gobernaban, no se sentían capaces de ejecutar a todas aquellas personas contaminadas.

—¿Te refieres a que incluso se lo plantearon?

Los ojos de Richard le dijeron que lo habían hecho y lo que pensaba de tal idea.

»Pero al final, no pudieron. Al mismo tiempo, tras intentarlo todo, se dieron cuenta de que jamás podrían restituir el vínculo con la magia una vez que esas personas lo habían roto, y tales personas se estaban casando y teniendo hijos, y los hijos se estaban casando y teniendo hijos... todos transmitían esa mácula con más rapidez, de lo que nadie había imaginado.

»El mundo de los que tenían el don estaba amenazado, de un modo muy parecido a como había sido amenazado por la guerra. Eso era, después de todo, lo que los que vivían en el Viejo Mundo habían estado intentando hacer..., destruir la magia..., y justo lo que temían, era lo que estaba sucediendo.

»No podían reparar el daño, no podían impedir que se extendiera y no podían ejecutar a todos aquellos que vivían entre ellos. Al mismo tiempo,

con la mácula multiplicándose, sabían que se estaban quedando sin tiempo. Así pues, se decidieron por lo que para ellos era la única salida: el destierro.

—¿Y ellos pudieron cruzar la barrera? —preguntó ella.

—Aquellos con el don, a todos los efectos prácticos, estaban imposibilitados para cruzar la barrera, pero para aquellos que eran Pilares de la Creación, la magia no existía: no se veían afectados por ella, así que, para ellos, la barrera no era un obstáculo.

—¿Cómo podían los que estaban al mando estar seguros de que tenían a todos los Pilares de la Creación? Si cualquiera escapaba, el destierro no conseguiría solucionar su problema.

—Los que tienen el don, los magos y las hechiceras, pueden reconocer a los que están inmaculadamente desprovistos de él como lo que son: agujeros en el mundo, como dijo Jennsen que se les llamaba a los que son como ella. Los que tienen el don pueden verlos, pero no percibirlos con el don. Aparentemente, no era un problema saber quiénes eran Pilares de la Creación.

—¿Puedes tú detectar alguna diferencia? —preguntó Kahlan—. ¿Puedes percibir a Jennsen como diferente? ¿Cómo un agujero en el mundo?

—No, pero no me han adiestrado para usar mi habilidad. ¿Y tú?

Kahlan negó con la cabeza.

—No soy una hechicera, así que imagino que no poseo la habilidad para detectar a los que son como ella. —Se removió en la silla de montar—. Así pues, ¿qué sucedió con aquellas personas?

—La gente del Nuevo Mundo reunió a todos aquellos vástagos sin el don de la Casa de Rahl y hasta el último de sus descendientes, y los enviaron a través de la gran barrera, al Viejo Mundo, donde sus habitantes habían declarado que querían que la humanidad quedara libre de la magia.

Richard sonrió con ironía, incluso ante un acontecimiento tan sombrío como aquél.

—Los magos del Nuevo Mundo, en esencia, dieron a su enemigo en el Viejo Mundo exactamente lo que ellos declaraban querer, aquello por lo que habían estado peleando: una humanidad sin magia.

Su sonrisa se marchitó.

—¿Puedes imaginarte que decidamos desterrar a Jennsen y enviarla a algún aterrador lugar desconocido, simplemente debido al hecho de que no puede ver la magia?

Kahlan negó con la cabeza mientras intentaba imaginarse tal cosa.

—Qué horror, ser arrancado de tu tierra y enviado lejos... al enemigo de tu propio pueblo.

Richard cabalgó en silencio durante un rato. Finalmente, prosiguió con el relato.

—Fue un acontecimiento espantoso para los desterrados, pero también fue traumático de un modo casi intolerable para aquellos que quedaron atrás. Puedes imaginar lo que debe de haber sido. Todos esos amigos y parientes arrancados de repente de tu vida, de tu familia... El trastorno en el comercio y en la subsistencia...

—Las palabras de Richard surgían con amarga irrevocabilidad—. Todo porque decidieron que un atributo era más importante que la vida humana.

Sólo escuchar el relato hizo que Kahlan se sintiera como si hubiese pasado por una terrible prueba. Contempló a Richard cabalgando junto a ella, mirando a lo lejos, sumido en sus propios pensamientos.

—¿Luego qué? —preguntó ella por fin—. ¿Tuvieron alguna vez noticias de aquellos a los que desterraron?

Él negó con la cabeza.

—No, nada. Se encontraban al otro lado de la gran barrera. Se habían ido.

Kahlan acarició el cuello de su caballo, simplemente para sentir el consuelo de algo vivo.

—¿Qué hicieron con los que nacieron después de eso?

Él siguió mirando a lo lejos.

—Los mataron.

Kahlan tragó saliva.

—No puedo imaginar cómo eran capaces de hacer eso.

—Podían saber, una vez que la criatura nacía, si carecía del don. Se decía que era más fácil en ese momento, antes de que le dieran un nombre.

Kahlan se quedó sin habla durante un momento.

—Con todo —dijo con voz débil—, no puedo imaginarlo.

—No es distinto de lo que las Confesoras hacían cuando nacían Confesores.

Las palabras la atravesaron como un cuchillo. Odiaba el recuerdo de aquellos tiempos. Odiaba el recuerdo de una Confesora alumbrando a un hijo varón. Odiaba el recuerdo de la ejecución de aquellos niños.

Se decía que no había elección. En el pasado, los Confesores habían carecido de autocontrol sobre su poder. Se convirtieron en monstruos, iniciaron guerras, provocaron un sufrimiento inimaginable.

Se argumentaba que no había otra elección que eliminar al hijo varón de una Confesora, antes de que se le diera un nombre.

Kahlan no pudo obligarse a alzar la mirada hacia los ojos de Richard. La bruja, Shota, había pronosticado que Richard y ella concebirían un hijo varón. Ni Kahlan ni Richard se plantearían jamás ni por un instante hacer daño a un hijo de ambos, a un hijo resultado de su mutuo amor, de su amor por la vida. Ella no se podía imaginar ejecutando a un hijo de los dos por el hecho de nacer varón. Cómo podía nadie decir que tal vida no tenía derecho a existir debido a quiénes eran, a cómo eran, o a aquello en lo que posiblemente podrían convertirse.

»En algún momento después de que se escribiera este libro —dijo Richard con voz queda—, las cosas cambiaron. Cuando se escribió este libro, el lord Rahl de D'Hara siempre se casaba, y ellos sabían cuándo tenía un vástago. Cuando el niño carecía del don, ponían fin a su vida del modo más misericordioso que podía.

—En algún momento, los magos gobernantes de la Casa de Rahl se volvieron como Rahl el Oscuro. Tomaban a cualquier mujer que desearan, cuando querían. Los detalles, tales como si un hijo sin el don nacido de aquellas cópulas era en realidad un Pilar de la Creación, se tornó en algo carente de importancia para ellos. Sencillamente mataban a cualquier vástago, excepto al heredero que poseía el don.

—Pero eran magos..., podrían haber sabido cuáles eran y no haber matado al resto.

—De haberlo querido, supongo que podrían haberlo hecho, pero, como Rahl el Oscuro, su único interés estaba puesto en el heredero con el don. Se limitaban a matar al resto.

—Así pues, tales vástagos se ocultaban temiendo por su vida y uno se las arregló para escapar de las garras de Rahl el Oscuro hasta que tú lo mataste. Y así pues una hermana, Jennsen.

La sonrisa de Richard regresó.

—Sí, la tengo.

Kahlan siguió la dirección de su mirada y vio unos puntos lejanos, criaturas de puntas negras, observando, mientras planeaban en las corrientes ascendentes de los elevados precipicios de las montañas situadas al este.

La Confesora inspiró con ferocidad el cálido y húmedo aire.

—Richard, esos hijos sin el don que fueron desterrados al Viejo Mundo, ¿crees que sobrevivieron?

—Si los magos del Viejo Mundo no los asesinaron.

—Pero todo el mundo aquí abajo, en el Viejo Mundo, es igual a la gente del Nuevo Mundo. He combatido contra los soldados de aquí... junto a Zedd y las Hermanas de la Luz. Utilizamos magia de todas clases para detener el avance de la Orden y puedo decirte de primera mano que todos los que proceden del Viejo Mundo se ven afectados por la magia, lo que significa que todos nacen con esa chispa del don. No hay eslabones rotos en la cadena de la magia en el Viejo Mundo.

—A juzgar por todo lo que he visto aquí abajo, tendría que darte la razón.

Kahlan se secó el sudor del rostro. Éste se le metía en los ojos.

—Entonces ¿qué le sucedió a esa gente que desterraron?

Richard miró a lo lejos, en dirección a las montañas que había debajo de las criaturas.

—No tengo ni idea. Pero debe de haber sido horrendo para ellos.

—¿Así que piensas que tal vez fue el fin de todos ellos? ¿Qué tal vez perecieron, o los ejecutaron?

Él la contempló con una veloz mirada de soslayo.

—No lo sé. Pero lo que me gustaría saber es porque aquel lugar de ahí atrás se llama igual que ellos: los Pilares de la Creación. —Sus ojos asumieron un brillo amenazador—. Y lo que es mucho peor aún, me gustaría saber por qué, como nos contó Jennsen, una copia de este libro se encuentra entre las posesiones más preciadas de Jagang.

Aquel molesto pensamiento también había estado circulando por la mente de Kahlan. La Confesora lo contempló con una expresión enfurruñada.

—Tal vez no deberías haberte saltado páginas, lord Raid.

La fugaz sonrisa de Richard no era todo lo que había espetado.

—Me sentiré aliviado si ése es el mayor error que he cometido últimamente.

—¿Qué quieres decir?

Él se pasó los dedos hacia atrás por los cabellos.

—¿Hay algo diferente en tu poder de Confesora?

—¿Diferente?

De un modo casi involuntario, la pregunta la hizo replegarse, concentrarse interiormente, evaluar la fuerza que siempre sentía dentro de ella.

—No, lo siento igual que siempre.

El poder enroscado en el núcleo de su ser no necesitaba ser invocado. Como siempre, estaba allí listo. Sólo requería que ella dejara de refrenarlo para que se liberara.

—Le pasa algo a la espada —dijo él, cogiéndola por sorpresa—. Algo pasa con su poder.

Kahlan no tenía ni idea de cómo interpretarlo.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Qué es diferente?

Richard pasó despreocupadamente los pulgares por las riendas.

—Es difícil definir lo que es diferente. Es sólo que estoy acostumbrado a la sensación de que está siempre a mi entera disposición. Responde cuando la necesito, pero por algún motivo ahora parece indecisa.

Kahlan sintió en aquel momento, más que nunca, que necesitaban regresar a Aydindril y ver a Zedd. Zedd era el guardián de la espada. Incluso aunque no pudieran llevar la espada a través de la sliph, Zedd podría darles información sobre cualquier matiz, de su poder. Sabría qué hacer. También podría ayudar a Richard con los dolores de cabeza.

Y Kahlan sabía que Richard necesitaba ayuda. Se daba cuenta de que no era el mismo. Sus ojos grises mostraban una mirada vidriosa de dolor, pero había algo más dibujado en su expresión, en el modo en que se movía, el modo en que actuaba.

Toda la explicación del libro y lo que él había descubierto parecían haberle minado las energías.

Empezaba a pensar que no era ella, después de todo, la que se estaba quedando sin tiempo, sino que era Richard. Aquella idea, no obstante el cálido sol de la tarde, hizo que un terror helado le recorriera el cuerpo.

Volviendo la colega, Richard comprobó la posición de los demás.

—Regresemos al carro. Necesito conseguir algo de más abrigo que ponerme. Hace un frío terrible hoy.

12

Zedd alzó los ojos para inspeccionar la calle. Habría jurado que había visto a alguien. Su don le indicó que no había nadie alrededor. Con todo, permaneció inmóvil mientras miraba con atención.

La cálida brisa presionaba la sencilla (única contra su huesuda anatomía y le alborotaba los despeinados cabellos blancos. Un harapiento vestido azul, descolorido por el sol, que alguien había tendido a secar en la barandilla del balcón de un segundo piso, ondeaba como una bandera bajo el viento. El vestido, junto con toda una ciudad llena de pertenencias personales, hacía tiempo que había sido abandonado.

Los edificios, con las paredes pintadas de varios colores, que iban desde el rojo óxido al amarillo, con contraventanas en vivas tonalidades que actuaban como contraste, sobresalían en una ligera variedad de grados a ambos lados de la calle, creando un desfiladero de vistosas paredes, la mayoría de los segundos pisos sobresalían por encima de los pisos inferiores unos metros, y, con sus aleros sobresaliendo aún más, los edificios tapaban la mayor parte del cielo, a excepción de una serpenteante rendija de luz que seguía el sinuoso curso de la calle que ascendía y luego descendía por la suave colina. Las puertas estaban todas herméticamente cerradas, la mayoría de las ventanas tenían los postigos colocados. Un portón verde pálido que daba a un callejón permanecía abierto, chirriando mientras se balanceaba de un lado a otro.

Zedd decidió que lo que había visto debía de haber sido una ilusión óptica, tal vez el cristal de una ventana que se había movido por causa del viento y arrojado un destello de luz.

Cuando por fin estuvo seguro de que se había equivocado al pensar que había visto a alguien, Zedd inició de nuevo la marcha calle abajo, aunque permaneció pegado a un lado, andando tan silenciosamente como podía. El ejército de la Orden Imperial no había regresado a la ciudad desde que Zedd lanzara la telaraña de luz que había matado a una cantidad enorme de sus hombres, pero eso no significaba que no pudieran existir peligros en la zona.

Sin duda el emperador Jagang todavía deseaba hacerse con la ciudad, y en especial con el Alcázar, pero no era ningún estúpido y sabía que si ardían unas cuantas telarañas de luz más entre su ejército, por muy vasto que este fuera, tal cosa reduciría al instante sus efectivos en un número tan pasmoso que podría alterar el curso de la guerra. Jagang había peleado contra las fuerzas de la Tierra Central y de D'Hara durante un año y en todas aquellas batallas no había perdido tantos hombres como los que había perdido en aquel instante cegador. No se arriesgaría a que tal acontecimiento volviera a ocurrir.

Tras un golpe como aquél, Jagang ansiaba capturar el Alcázar más que antes. Querría atrapar a Zedd aún más que antes.

De poseer Zedd más telarañas de luz como la que su frenética búsqueda por todo el Alcázar había descubierto, ya las habría lanzado todas sobre la Orden. El mago suspiró. Si tuviera más de ellas...

Con todo, Jagang no sabía que él no tenía más de tales hechizos. Mientras Jagang temiera que hubiera más, Zedd podría mantener a la Orden Imperial fuera de Aydindril y lejos del Alcázar del Hechicero.

Se habían causado algunos daños al Palacio de las Confesoras cuando se había engañado a Jagang para que atacara, pero Zedd juzgaba que haber probado aquel truco bien había valido los lamentables daños; casi habían

conseguido el pellejo del emperador. Los daños siempre podían repararse. Prometió solemnemente que se repararían.

Zedd apretó un puño ante lo cerca que había estado de acabar con Jagang aquel día. Al menos le había asestado un golpe tremendo a su ejército.

Y Zedd podría haber acabado con Jagang de no haber sido por aquella extraña joven. Sacudió la cabeza ante su recuerdo, alguien que no podía ser tocado por la magia. En teoría, sabía de la existencia de tales personas, pero jamás había la seguridad de que fuese cierto. Vagas referencias en libros antiguos daban pie a interesantes especulaciones abstractas, pero verlo con los propios ojos era algo muy distinto.

Había sido una visión perturbadora. A Adie el encuentro la había conmovido aún más que a él. Ella era ciega, sin embargo, con la ayuda del don podía ver mejor que él. Aquel día ella no había podido ver a aquella muchacha que estaba allí, pero que, en algunos aspectos, no estaba. A los ojos de Zedd, aunque no para su don, la joven fue una visión hermosa, con algunos de los rasgos de Rahl el Oscuro, pero distinta y de todo punto cautivadora. Que era la hermanastra de Richard estaba claro; compartía algunas de sus facciones, en especial los ojos. Si al menos Zedd hubiese podido detenerla, mantenerla apartada, convencerla de que cometía un error terrible al estar con la Orden, o incluso si hubiese podido matarla, Jagang no habría escapado.

Con todo, Zedd no se hacía ilusiones: era muy difícil ponerle fin a la amenaza de la Orden Imperial matando simplemente a Jagang. Éste era meramente el animal que lideraba a otros animales en la imposición de una fe ciega que abrazaba la muerte como salvación, una fe ciega en la que la vida carecía de valor aparte de como sacrificio sangriento, una fe ciega que culpaba del fracaso de sus propias ideas a la humanidad por ser perversa y por no ofrecer un sacrificio suficiente, una fe ciega en una Orden que se aferraba al poder alimentándose de los cadáveres de las vidas que arruinaba.

Una fe que por sus creencias mismas rechazaba la razón y abrazaba lo irracional no podía perdurar mucho tiempo sin la intimidación y la fuerza: sin animales como Jagang para imponer tal fe.

Si bien el emperador Jagang era brutalmente efectivo, era un error creer que si Jagang muriera ese mismo día, ello pondría fin a la amenaza de la Orden. Eran las ideas de la Orden lo que era tan peligroso; los sacerdotes de la Orden encontrarían a otros animales.

El único modo real de poner fin al reinado de terror de la Orden era sacar a la luz la maldad desnuda de sus enseñanzas, y que aquellos que padecían bajo sus doctrinas se liberaran del yugo de la Orden. Hasta que eso sucediera, tendrían que defenderse de la Orden lo mejor que pudieran, esperando al menos poder contenerles.

Zedd asomó la cabeza por una esquina, observando, escuchando, olisqueando el viento en busca de cualquier indicio de que hubiese alguien acechando por allí. La ciudad estaba desierta, pero en varias ocasiones soldados vagabundos de la Orden Imperial habían ido a parar allí procedentes de las montañas.

Tras la destrucción provocada por la telaraña de luz, el pánico había cundido en todo el campamento de la Orden y muchos soldados se habían dispersado en dirección a las colinas. Una vez que el ejército se hubo reagrupado, un gran número de hombres había decidido desertar en lugar de regresar a sus unidades. A decenas de miles de tales desertores se les reunió y ejecutó, dejando que sus cadáveres se pudrieran a la intemperie como una advertencia de lo que les sucedía a los que abandonaban la causa de la Orden Imperial, o como a la Orden le gustaba expresarlo, la causa del bien común. La mayor parte del resto de los hombres que habían huido a las colinas cambiaron entonces de opinión y regresaron poco a poco al campamento.

No obstante, aún había algunos que no habían querido regresar y no habían sido capturados. Durante un tiempo, después de que el ejército de Jagang hubiera seguido adelante, habían penetrado en el interior de la ciudad, a veces solos, a veces en grupos pequeños, medio muertos de hambre, en busca de comida y para saquear. Zedd había perdido la cuenta de a cuántos de tales hombres había matado.

Se sentía razonablemente seguro de que todos aquellos rezagados estaban muertos ya. La Orden estaba compuesta de hombres procedentes en su mayoría de ciudades y pueblos. Tales hombres no estaban acostumbrados a vivir lejos de la civilización. Su tarea era aplastar al enemigo, matar, violar, aterrorizar y saquear. La logística del ejército les proporcionaba respaldo, entregando y distribuyendo un flujo constante de suministros que llegaban en grandes cantidades para alimentar y cuidar de los soldados. Eran hombres violentos, pero eran hombres que necesitaban que se ocuparan de ellos, que dependían del grupo para sobrevivir. No duraban mucho por sí solos en las arboladas montañas sin sendas que rodeaban Aydindril.

Pero Zedd no había visto a ninguno de ellos desde hacía algún tiempo. Estaba razonablemente seguro de que los rezagados se habían muerto de hambre, habían sido eliminados o hacía mucho tiempo que habían emprendido la marcha de vuelta al sur, al Viejo Mundo.

No obstante, siempre existía la posibilidad de que Jagang hubiese enviado asesinos a Aydindril; algunos de aquellos asesinos podían ser Hermanas de la Luz, o peor, Hermanas de las Tinieblas. Por aquel motivo, Zedd raras veces abandonaba la seguridad del Alcázar, y cuando lo hacía, se mostraba cauteloso.

Además, odiaba husmear por la ciudad, verla tan carente de vida. Aquél había sido su hogar durante gran parte de su vida. Recordaba los tiempos en que el Alcázar era un centro de actividad... no como lo había sido en un pasado, lo sabía, pero plagado de gentes de todas clases. Se encontró sonriendo ante aquel recuerdo.

Su sonrisa se esfumó. En la actualidad la ciudad era un lugar sombrío, desolado, sin gente llenando las calles, sin gente charlando desde un balcón con un vecino situado al otro lado de la calle, sin gente congregándose para intercambiar artículos en el mercado. No hacía tanto tiempo se habrían detenido hombres a conversar en los portales mientras vendedores ambulantes empujaban carretas con sus mercancías por las estrechas calles y niños jugando se escabullían entre las multitudes. Zedd suspiró ante la triste visión de aquellas calles tan desprovistas de vida.

Al menos aquellas vidas estaban a salvo, si bien muy lejos del hogar. Aunque tenía muchas diferencias fundamentales con las Hermanas de la Luz, sabía que su Prelada, Verna, y el resto de las Hermanas libres velarían por ellas.

El único problema era que, ahora que Jagang no tenía nada de auténtico valor que conquistar en Aydindril, a excepción del Alcázar, y mucho que perder, éste había hecho girar a su ejército al este, en dirección a los restos de las fuerzas de la Tierra Central. Desde luego, el ejército d'haraniano aguardaba allende aquellas montañas situadas al este y Zedd sabía lo formidable que era, pero no podía engañarse sobre las posibilidades de éste contra una fuerza tan inmensa como era la Orden Imperial.

Jagang había abandonado la ciudad para ir tras aquellas fuerzas d'haranianos. La Orden Imperial no podía ganar la puerta ocupando una ciudad vacía: necesitaban aplastar cualquier resistencia de una vez por todas, de modo que ya no quedaran personas que pudieran, al vivir vidas prósperas, felices y pacíficas, desmentir las enseñanzas de la Orden.

Una vez efectuada la larga ascensión a través de la Tierra Central, Jagang había conseguido partir el Nuevo Mundo en dos, dejando fuerzas a lo largo de toda la ruta para ocupar ciudades y pueblos. Ahora el ejército principal de la Orden dirigiría su ansia de sangre al este, sobre una solitaria D'Hara. Al dividir el Nuevo Mundo de aquel modo, Jagang podría aplastar la oposición con mayor eficiencia.

Zedd sabía que no era por falta de intentarlo que el Nuevo Mundo había ido cediendo terreno. Kahlan y él, entre muchas otras personas, se habían dejado la piel, mes tras mes, intentando encontrar un modo de detener a las fuerzas de Jagang.

Zedd se llevó la mano a la garganta, ante el doloroso recuerdo de aquellos feroces combates, y de que nada había funcionado contra el vasto ejército de Jagang, de tanta muerte y gente agonizando, de los amigos que había perdido, era sólo cuestión de tiempo que todo se perdiera ante las hordas procedentes del Viejo Mundo.

Richard y Kahlan no sobrevivirían a tal conquista. Zedd se llevó los delgados dardos a sus temblorosos labios ante la espantosa idea de que ellos también perecieran. Eran la única familia que le quedaba. Lo eran todo para él.

Sintió una abrumadora oleada de desesperanza, y tuvo que sentarse sobre un banco hecho con un tronco que estaba junto a una zapatería cerrada con tablas. Una vez que la Orden Imperial aniquilase por fin toda oposición, Jagang regresaría para tomar la ciudad y sitiar el Alcázar. Más tarde o más temprano, lo obtendría todo.

El futuro, tal y como Zedd lo imaginaba, parecía ser un mundo amortajado en el sudario gris de la vida bajo la Orden Imperial. Si el mundo quedaba sumido bajo aquel sudario, probablemente pasaría mucho tiempo antes de que la humanidad volviera a tener una vida en libertad. Una vez que la libertad se rindiera a la tiranía, ésta quedaría sofocada durante siglos antes de que su fuego volviera a encenderse e iluminara el mundo.

Zedd no llevaba demasiado tiempo sentado cuando se obligó a levantarse. Él era Primer Mago. Había estado en apuros desesperados antes y había visto cómo el enemigo era rechazado. Todavía existía la posibilidad de que Adie y el encontraran algo en el Alcázar que los ayudara, o que todavía pudieran encontrar información en las bibliotecas que les proporcionara una valiosa ventaja.

Mientras hubiera vida, podrían seguir luchando para obtener su objetivo. Todavía podían triunfar.

Carraspeó. Sí. Triunfaría.

Se alegró de que Adie no estuviese allí para verlo en un estado tan lamentable que le había hecho —aunque sólo fuese momentáneamente— considerar la derrota. Adie jamás habría dejado de recriminárselo, y muy merecidamente además.

Volvió a carraspear. No le faltaba experiencia, no podía decirse que careciera de los medios para enfrentarse a los desafíos que aparecían. Si deambulaban asesinos por allí, con el don o sin él, se verían atrapados por una de las muchas sorpresas que había colocado. Sorpresas de lo más desagradables.

Lleno de ánimo, Zedd sonrió para sí mientras doblaba una callejuela, entre un batiburrillo de patios con corrales vacíos que en el pasado habían contenido gallinas, gansos, paros y palomas. Pascó la mirada por pequeños huertos traseros, con sus hierbas aromáticas y llores creciendo sin atención, las cuerdas de tender la ropa vacías, la madera y otros materiales amontonados a los costados, aguardando a que la gente regresara y les diera forma conviniéndolos en algo útil.

Por el camino se detuvo en varios huertos, recogiendo las hortalizas que habían brotado por sí solas. Las lechugas abundaban, había espinacas, algunas calabazas pequeñas, tomates y todavía unos pocos guisantes. Reunió todo lo obtenido en una bolsa de lona y se la colgó al hombro mientras recorría las buenas, comprobando los progresos de las cebollas, las remolachas, las judías y los nabos. Aún les faltaba crecer un poco, concluyó.

Si bien las verduras no crecían en abundancia como sucedería con una plantación bien cuidada, el crecimiento al azar en patios de toda la ciudad significaba que Adie y él dispondrían de verdura fresca durante algún tiempo. Quizá ella podría incluso dedicarse a hacer algunas conservas para el siguiente invierno. Podían almacenar tubérculos en las zonas más frescas del Alcázar, y hacer conservas con las verduras más perecederas. Tendrían más comida de la que podían comer.

En su marcha por el callejón, Zedd vio un matorral más allá, en dirección a la esquina, verde y lozano por encima de una baja valla. Era una zarzamora y estaba cargada de moras maduras. Hizo alguna que otra pausa para echar una mirada por las calles situadas más allá y se dedicó a reunir un buen montón de los oscuros frutos maduros en una tela cuadrada, ató ésta y luego la colocó encima de las hortalizas más pesadas del saco.

Todavía quedaban muchas moras maduras, y odiaba tener que dejar que se estropearan o se las comieran los pájaros, así que se dedicó a llenarse los bolsillos. No le preocupó que eso le quitara el hambre para la cena; había una larga caminata montana arriba hasta llegar al Alcázar del Hechicero, así que no le iría mal un tentempié. Adie estaba preparando un espeso estofado hecho con jamón curado. No había el menor peligro de que unas simples moras le quitaran el apetito. Su compañera se sentiría contenta con las verduras que llevaba y sin duda querría añadir las al estofado. Adie era una cocinera fabulosa, aunque no se atrevía a reconocérselo, no fuera a subírsele a la cabeza.

Antes de llegar al puente de piedra, Zedd se detuvo, volviendo a echar una mirada atrás a la amplia calzada que ascendía por la ladera de la montaña. Únicamente el viento en los árboles y las hojas relucientes de estos creaban algún sonido o movimiento. Durante un largo rato, no obstante, mantuvo la vista fija en la vacía calzada descendente.

Finalmente, giró de nuevo hacia el puente que salvaba una sima con paredes casi verticales que caían abruptamente cientos de metros. Nubes situadas muy por debajo flotaban pegadas a las escarpadas paredes de roca. A pesar de las innumerables veces que había pasado por el puente de piedra, éste todavía le hacía sentir intranquilo. Sin alas, no obstante, era el único modo de entrar en el Alcázar, a excepción del pequeño pasadizo secreto que había usado de niño.

Debido al papel estratégico que tenían, Zedd había colocado suficientes señuelos y trampas en el puente y en el resto de la calzada que ascendía hasta el Alcázar como para que nadie pudiera vivir durante más de unos pocos pasos una vez que estuviera cerca. Ni siquiera una Hermana de las Tinieblas podía entrar sin autorización. Unas pocas Hermanas lo habían intentado y habían pagado con la vida.

Deberían haber sospechado la existencia de tales telarañas colocadas por el Primer Mago en persona y percibido algunos de los escudos de advertencia, pero sin duda Jagang no les había dado la menor alternativa y las había enviado a intentar entrar, sacrificando sus vidas por el mayor bien de la Orden.

El Caminante de los Sueños había capturado brevemente a Verna en una ocasión y esta le había contado a Zedd todo lo referente a la experiencia vivida, con la esperanza de que pudieran encontrar un remedio que no fuera el jurar lealtad al lord Rahl y de ese modo invocar la protección del vínculo. Zedd lo había intentado, pero no pudo proporcionar ninguna magia que sirviera. Durante la gran guerra, magos con mucho más talento que él y con los dos lados del don, habían intentado idear defensas contra los Caminantes de los Sueños; pero una vez, que el Caminante de los Sueños se había apoderado de la mente de una persona, no existía defensa: uno tenía que hacer lo que ordenaba, sin importar el precio, incluso si el precio era la vida.

Zedd sospechaba que para unos pocos, la muerte era una ansiada liberación a la agonía de ser poseído por el Caminante de los Sueños. El suicidio era un recurso que Jagang impedía; necesitaba el talento de las Hermanas y otras personas con el don. No podía permitirles que se mataran para liberarse del suplicio de vivir como sus vasallos. Pero si los enviaba a una muerte segura, como intentar penetrar en el Alcázar, podían quedar libres del suplicio en que se habían convertido sus vidas.

Más allá, el Alcázar se alzaba imponente. Los elevados muros de piedra oscura, intimidantes para la mayoría de las personas, ofrecieron a Zedd una reconfortante sensación de hogar. Sus ojos vagaron por las fortificaciones, y recordó haber pascado por allí con su esposa hacía muchos años... hacía una eternidad. Desde los torreones había contemplado a menudo la hermosa vista que ofrecía Aydindril allí abajo. Un una ocasión había recorrido con paso firme puentes y pasadizos para transmitir órdenes durante una defensa contra una invasión procedente de D'Hara, acaudillada por el padre de Rahl el Oscuro.

También eso parecía haber sucedido hacía una eternidad. Ahora Richard, su nieto, era el lord Rahl, y había logrado unir a la mayor parte de la Tierra Central bajo el gobierno del Imperio d'haraniano. Zedd meneó la cabeza al pensar en el modo en que Richard lo había cambiado todo. Debido a Richard, Zedd era en aquellos momentos súbdito del Imperio d'haraniano. Realmente sorprendente.

Antes de llegar al otro extremo del puente, Zedd echó una ojeada abajo, a la sima. Un movimiento atrajo su atención y, colocando sus huesudos dedos sobre la rosca piedra, se inclinó ligeramente para echar una mirada. Debajo, pero por encima de las nubes, vio dos pájaros enormes, negros como una medianoche sin luna, planeando a través de la hendidura en la montaña. Zedd no había visto nunca aves como aquellas y no supo que pensar.

Cuando giró de vuelta hacia el Alcázar, le pareció ver a tres más de los mismos enormes pájaros negros volando juntos, muy por encima del Alcázar. Decidió que debían de ser cuervos. Los cuervos eran grandes. Sencillamente debía de estar calculando mal la distancia; probablemente por la falta de comida. Concluyendo que tenían que ser cuervos, intentó calcular mejor la distancia a la que estaban, pero ya se habían ido. Echó un vistazo abajo, pero tampoco vio a los otros dos.

Mientras cruzaba bajo el rastrillo de hierro, sintiendo el cálido abrazo del hechizo del Alcázar, Zedd sintió una oleada de soledad. Echaba tanto de menos a Erilyn, su esposa difunta desde hacía tanto tiempo, así como a su hija, la madre de Richard, también desaparecida hacía tiempo, y, queridos espíritus, echaba de menos a Richard. Sonrió entonces, pensando en que Richard estaba con su propia esposa en aquellos momentos. En ocasiones todavía le resultaba difícil pensar en Richard como un hombre adulto. Había pasado una época maravillosa ayudando a criar a Richard. Qué época había sido aquélla, lejos, en la Tierra Occidental, lejos de la Tierra Central, lejos de la magia y la responsabilidad, simplemente con aquel muchacho siempre lleno de curiosidad y todo un mundo de maravillas que explorar y mostrarle. Qué época.

En el interior del Alcázar, lámparas a lo largo de la pared empezaron a llamear obedientemente a medida que el Primer Mago Zeddicus Zu'l Zorander recorría pasillos y atravesaba habitaciones magníficas, penetrando más en el interior de la inmensa fortaleza. Mientras pasaba ante las telarañas mágicas que había colocado, comprobó la textura de la magia para comprobar que nada las había alterado. Suspiró aliviado. No esperaba que nadie fuese tan estúpido como para intentar entrar en el Alcázar, pero en el mundo había estúpidos a montones. En realidad no le gustaba dejar esas peligrosas telarañas esparcidas por todas partes, además de los escudos que ya guardaban el Alcázar, pero no se atrevía a relajar la guardia.

Al pasar junto a una larga mesa auxiliar en una sala de reuniones. Zedd, como había hecho desde que era un chiquillo, pasó el dedo a lo largo de la acanaladura en el borde del veteado tablero de mármol marrón. Se detuvo, bajando la mirada con el entrecejo fruncido hacia la mesa, y reparó en que ésta contenía algo de lo que repentinamente sintió necesidad: un ovillo de tino cordón negro dejado allí años atrás.

Efectivamente, en el cajón central, encontró el ovillo. Lo sacó y se lo introdujo en un bolsillo que hacía rato que había quedado vacío de su carga de moras. De la ménsula situada junto a la mesa, tomó una varita con seis campanillas. La varita, una de las miles repartidas por todo el Alcázar, se usaba en el pasado para llamar a los criados. Suspiró. Habían transcurrido décadas desde la última vez que habían vivido criados y sus familias en el Alcázar del Hechicero. Recordó a los hijos de éstos corriendo y jugando en las salas. Recordó las alegres carcajadas resonando por todo el Alcázar, vida al lugar.

Zedd se dijo que un día volverían a correr y reír niños por las salas. Los hijos de Richard y Kahlan. Una amplia sonrisa le tensó las mejillas.

Había ventanas y aberturas en la piedra que permitían que la luz se derramara al interior de muchas salas y habitaciones, pero había otros lugares mucho peor iluminados. Zedd halló uno que era lo bastante lóbrego como para satisfacerle. Estiró un pedazo del cordón negro, en el que había ensartada una de las campanillas, a través de la entrada, enrollándolo alrededor de las toscas molduras de piedra que había a cada lado. Penetrando más en el laberinto de salas y corredores, se detuvo y tendió más trozos de cordón con una campanilla en lugares donde resultarían difíciles de ver. Tuvo que reunir más varitas para obtener una buena cantidad de campanillas.

Aunque había escudos mágicos dispuestos por todas partes, no había forma de saber qué poderes poseían algunas de las Hermanas de las Tinieblas. Éstas buscarían magia, no campanillas. No estaría de más tomar esa precaución extra.

Zedd tomó nota mentalmente de dónde colocaba el fino cordón negro; tendría que informar a Adié. No obstante, dudó de que, con la visión que le proporcionaba el don, ésta fuese a necesitar la advertencia. Estaba seguro de que con sus ojos ciegos ella podía ver mejor que nadie.

Siguiendo el maravilloso aroma a estofado, Zedd se encaminó a la cómoda habitación formada de estanterías que utilizaban la mayor parte del tiempo. Adié había colgado especias a secar de las vigas, talladas con antiguos dibujos. Un sofá de cuero estaba colocado ante una amplia chimenea y se habían dispuesto cómodas sillas junto a una mesa con incrustaciones de plata delante de una ventana emplomada con dibujos de rombos que ofrecía una imponente vista sobre Aydindril.

El sol se ponía, dejando la ciudad, situada abajo, bañada en una cálida luminosidad. Casi tenía el mismo aspecto de siempre, excepto que no había reveladoras columnas de humo enroscándose hacia el ciclo desde las lumbres de las cocinas.

Zedd depositó el saco de loneta cargado con su recolecta sobre libros colocados encima de una mesa redonda de caoba situada detrás del sofá. Se acercó más al fuego con pasos lentos, sin dejar de inspirar profundamente todo el tiempo para inhalar el aroma embriagador del estofado.

—Adie —llamó—, ¡esto huele delicioso! ¿Has mirado fuera hoy? Vi unos pájaros de lo más raro.

Sonrió mientras inhalaba otra vaharada.

—Adie... creo que ya debe de estar listo —gritó en dirección a la entrada a la despensa lateral—. Creo que deberíamos probado, al menos. No iría mal probarlo, ya sabes.

Echó una ojeada atrás.

—¿Adie? ¿Me estás escuchando?

Fue a la entrada y atisbo al interior de la despensa, pero estaba vacía.

—¿Adie? —gritó a la escalera que descendían de la despensa—. ¿Estás ahí abajo?

La boca de Zedd se crispó malhumorada cuando ella no respondió.

—¿Adie? —volvió a llamar—. Diantre, mujer, ¿dónde estás?

Se dio la vuelta, contemplando con atención el estofado que borboteaba en el caldero sobre el fuego.

Cogió una larga cuchara de madeja de un aparador de la despensa.

Cuchara en mano, se detuvo y se inclinó de nuevo hacia la escalera.

—Tómame tu tiempo, Adie. Yo estaré aquí arriba... leyendo.

Zedd sonrió ampliamente y se encaminó hacía el estofado.

Richard se alzó apresuradamente cuando vio a Cara ascendiendo con paso firme un barranco en dirección al campamento, empujando delante de ella a un hombre que él reconoció vagamente. En la luz cada vez, más tenue, no consiguió distinguir el rostro del hombre. Richard escudriñó las planas cuencas circundantes, las colinas pedregosas y las empinadas laderas cubiertas de árboles situadas más allá, pero no vio a nadie más.

Friedrich estaban más allá, al sur, y Tom al oeste, comprobando los alrededores, como Cara había estado haciendo, para asegurarse de que no había nadie por allí y que era un lugar seguro en el que pasar la noche; estaban agotados tras haber elegido una ruta sinuosa a través del terreno cada vez más escarpado. Cara había estado comprobando la zona norte; la dirección en la que iban y la dirección que Richard consideraba potencialmente más peligrosa. Jennsen dejó de ocuparse de los animales, aguardando para ver a quien traía la mord-sith consigo.

Una vez de pie, Richard deseó no haberse levantado tan deprisa. Hacerlo le hizo sentirse mareado. Parecía como si no fuese capaz de desprenderse de la extraña sensación que sentía, era como si contemplara a otra persona reaccionar, hablar, moverse. Cuando se concentraba, obligándose a fijar la atención, la sensación se alejaba y él empezaba entonces a preguntarse si no se trataba sólo de su imaginación.

La mano de Kahlan se deslizó por su brazo, agarrándolo como si pensara que podría caerse.

—¿Estás bien? —musitó.

Él asintió mientras observaba a Cara y al hombre. Al finalizar su cabalgada de unas horas antes para hablar sobre el libro. Kahlan se había sentido aún más preocupada por él. Ambos estaban angustiados por lo que él había leído, pero Kahlan estaba aún más inquieta, en aquel momento, al menos, respecto a él.

Richard sospechaba que podría estar viéndose afectado por una leve fiebre y eso explicaría por qué sentía tanto frío cuando todos los demás tenían calor. De vez en cuando, Kahlan le palpaba la frente o le colocaba el dorso de la mano en la mejilla. El contacto de la mano de su esposa le reconfortaba el corazón. Ella hacía caso omiso de sus sonrisas. Pensaba que podría estar algo febril, y en una ocasión hizo que Jennsen le palpara la frente para ver si pensaba que podría estar más caliente de lo que debería estar. También Jennsen pensó que, si realmente tenía fiebre, era muy leve. Cara, hasta el momento, se había dado por satisfecha con el informe de Kahlan, y no había considerado necesario comprobarlo por sí misma.

Una calentura era justo lo último que Richard necesitaba. Había importantes... importantes... algo. No parecía poder recordarlo en aquel momento. Se concentró en intentar recordar el nombre del joven, o al menos dónde lo había visto antes.

Los últimos rayos del sol proyectaban un resplandor rosáceo sobre las montañas situadas al este. Las colinas más próximas empezaban a adoptar tan suave tono gris con el avance del crepúsculo. A medida que la oscuridad aumentaba, la pequeña fogata empezaba a teñir todo lo que estaba cerca de ella con un cálido tono amarillo anaranjado. Richard había hecho una fogata pequeña para no delatar su posición más allá de lo necesario.

—Lord Rahl —dijo el hombre en un tono reverente al penetrar en el campamento, y a continuación inclinó la cabeza al frente en una vacilante reverencia, aparentemente no muy seguro de si era adecuado o no efectuar una reverencia—, es un honor volver a veros.

El hombre era quizás un par de años más joven que Richard, con negros cabellos rizados que rozaban los amplios hombros de su túnica de gamuza. Llevaba un largo cuchillo al cinto pero ninguna espada. Las orejas le sobresalían a ambos lados de la cabeza, como si se esforzara por escuchar cada ruidito. Richard supuso que, de muchacho, seguramente había soportado muchas pullas por sus orejas, pero ahora que era un hombre esas orejas lo hacían parecer serio y concentrado. Con lo musculoso que era, Richard dudó que todavía tuviera que vérselas con esas pullas.

—Lo... lo siento, pero no creo recordar...

—Ah, no, vos no podríais recordarme, lord Rahl. Yo era solamente...

—Sabar —dijo Richard al venirle a la mente—. Sabar. Tú cargabas los hornos en la fundición de Priska, allá en Altur'Rang.

—Es cierto. —Sabar sonrió encantado—. No puedo creer que me recordéis,

Sabar había tenido trabajo en su fundición gracias a los suministros que Richard transportaba a Priska cuando nadie más podía. Sabar había comprendido lo duro que Priska trabajaba simplemente para mantener su fundición en marcha bajo los mandatos opresivos, interminables y contradictorios de la Orden. Sabar había estado allí el día en que se había descubierto la estatua que Richard había esculpido; la había visto antes de que fuera destruida.

Había estado allí al inicio de la revolución en Altur'Rang, peleando muy cerca de Víctor, Priska y todos los demás que habían aprovechado la ocasión cuando ésta les llegó. Sabar había peleado para conseguir la libertad para sí mismo, sus amigos y su ciudad.

Aquel día todo había cambiado.

Incluso a pesar de que aquel hombre, como muchos otros, había sido súbdito de la Orden Imperial —un miembro del enemigo—, quería vivir su propia vida bajo leyes justas, en lugar de bajo los dictados de déspotas que aniquilaban toda esperanza de prosperidad para uno mismo bajo la aplastante carga de la cruel ilusión de un bien mayor.

Richard advirtió, entonces, que todo el mundo permanecía de pie en tensa expectación, como si hubiesen espetado que aquello significase problemas.

Dedicó una sonrisa a Cara.

—No pasa nada. Lo conozco.

—Eso me dijo él —respondió ella a la vez que posaba una mano sobre el hombro de Sabar y lo empujaba hacia abajo—. Siéntate.

—Sí —repuso Richard, contento al ver que Cara había sido bastante amable—. Siéntate y cuéntanos por qué estás aquí.

—Nicci me envió.

Richard volvió a alzarse apresuradamente, y Kahlan hizo otro tanto.

—¿Nicci? Nosotros vamos a encontrarnos con ella.

Sabar asintió, alzándose a una posición medio acuclillada, no pareciendo estar seguro de si se suponía que debía levantarse, ya que Richard y Kahlan lo habían hecho, o permanecer sentado. Cara no se había sentado; permanecía de pie detrás de Sabar como un verdugo. Cara había estado allí cuando se había iniciado la revolución en Altur'Rang y podría recordar a Sabar, pero eso no importaba. Cara no confiaba en nadie cuando se trataba de la seguridad de Richard y Kahlan.

Richard hizo una seña a Sabar para que siguiera sentado.

—¿Dónde está? —preguntó Richard mientras él y Kahlan volvían a sentarse, sobre un saco de dormir—. ¿Vendrá pronto?

—Nicci dijo que os comunicara que esperó todo lo que pudo, pero que han tenido lugar ciertos acontecimientos y que no podía esperar más.

Richard soltó un suspiro de decepción.

—También nos surgieron algunas incidencias a nosotros.

Habían capturado a Kahlan y la habían llevado a los Rilaes de la Creación como señuelo para atraer a Richard a una trampa; pero Richard decidió dar pocas explicaciones.

—Intentábamos llegar hasta Nicci, pero tuvimos necesidad de ir a otra parte. Fue inevitable.

Sabar asintió.

—Me preocupé cuando ella regresó con nosotros y dijo que no habíais aparecido en el punto de reunión, pero indicó que estaba segura de que estabais ocupado encargándoos de algo importante y que ése era el motivo de que no hubieseis acudido.

»Víctor Cascella, el herrero, también se preocupó mucho cuando Nicci nos contó esto. Él pensaba que regresaríais con Nicci. Dijo que otros lugares que conoce, lugares con los que él y Priska tienen tratos por los suministros, están al borde de la sublevación. Estas gentes han oído lo sucedido en Altur'Rang, el modo que se derrocó a la Orden allí, y el modo en que las personas empiezan a prosperar. Dijo que conoce a hombres libres en esos lugares que luchan por sobrevivir bajo la opresión de la Orden igual que hicimos nosotros en el pasado, y que ansían ser libres. Quieren la ayuda de Víctor.

»Algunos de los Hermanos de la Fraternidad de la Orden que escaparon de Altur'Rang han ido a esos otros lugares para asegurar que la sublevación no se extiende allí. Su crueldad en el castigo de cualquiera del que sospechen que es un insurrecto está costando las vidas de muchas personas, tanto las de inocentes como las de aquellos que son valiosos para la causa de derrocar a la Orden Imperial.

»A fin de asegurar su control de los engranajes del gobierno y preparar la defensa de la Orden ante la propagación de la sublevación, Hermanos de la Orden han ido a todas las ciudades importantes. Sin duda, algunos de esos sacerdotes también han ido a informar a Jagang de la caída de Altur'Rang, de la pérdida de tantos funcionarios en los combates librados allí y de las muertes del hermano Narev y otros muchos hermanos de su círculo íntimo de discípulos.

—Jagang ya conoce la muerte del hermano Narev —dijo Jennsen, ofreciéndole una taza agua.

Sabar sonrió satisfecho ante la noticia y le dio las gracias por el agua, luego se inclinó hacia delante, en dirección a Richard y Kahlan, mientras proseguía con su relato.

—Priska cree que la Orden querrá erradicar la sublevación en Altur'Rang, pues no puede permitir que triunfe. Dijo que en lugar de preocuparnos por extender la sublevación, debemos prepararnos, construir defensas y hacer que cada hombre esté al pie del cañón porque la Orden regresará con la intención de masacrar hasta el último habitante de Altur'Rang.

Sabar vaciló, claramente preocupado por la advertencia de Priska.

—Víctor, no obstante, dijo que deberíamos golpear el hierro mientras sigue caliente y crear un futuro justo y seguro para nosotros, en lugar de aguardar a que la Orden reúna sus efectivos para negarnos ese futuro. Dice que si la sublevación se extiende por todas partes, la Orden no la sofocará tan fácilmente.

Richard se pasó una mano cansada por el rostro.

—Víctor tiene razón. Si los que están en Altur'Rang intentan permanecer solos como un único lugar de libertad en el corazón de un territorio enemigo, la Orden entrara en tropel y eliminarán ese santuario. La Orden no puede subsistir con sus ideales pervertidos, y ellos lo saben; porque deben usar la fuerza para sustentar sus creencias. Sin ese ejército amedrentador, la Orden se desmoronará.

»Jagang dedicó veinte años a crear un sistema de carreteras para unir el Viejo Mundo e incorporarlo a la Orden Imperial. Eso no fue más que una parte de los medios de los que sirvió para tener éxito. Muchos se resistieron a

las peroratas de sus sacerdotes, pero, con esas carreteras podían responder con prontitud a cualquier disensión. Jagang era capaz de reaccionar rápidamente, entrar arrasándolo todo y matar a aquellos que se le opusieran abiertamente.

»Lo que era más importante, tras eliminar a aquellos que se resistían a las enseñanzas de la Orden, llenó las mentes de los niños, que no conocían otra cosa, con una fe ciega en aquellas enseñanzas, conviniéndolos en fanáticos dispuestos a morir por lo que se les enseñaba que era una causa noble: el sacrificio por un supuesto y devastador bien mayor.

»Esos jóvenes, con las menees deformadas por las enseñanzas de la Orden, están ahora allá, en el norte, conquistando el Nuevo Mundo, masacrando a cualquiera que no quiera adoptar sus principios.

»Pero mientras Jagang y ese vasto ejercito están en el norte, esa fuerza que hay allí deja a la Orden debilitada aquí. Esa debilidad es nuestra oportunidad y debemos sacarle partido. Ahora, mientras Jagang y sus hombres están ausentes, esas mismas carreteras que construyó serán nuestro medio de extender rápidamente la lucha por la libertad.

»La voluntad de aquellos que son como tú, aquellos que se hicieron con la libertad para sí mismos, ha encendido la antorcha de la libertad. Hay que mantener bien en alto las llamas de esa antorcha, dando a otros la oportunidad de ver su luz. Si permanecen ocultas y aisladas, la Orden extinguirá esas llamas. Puede que en nuestra vida, o durante la de nuestros hijos, no vuelva a existir otra oportunidad de hacernos con el control de nuestra propia existencia. Hay que llevar esa antorcha a otros lugares.

Sabar sonrió, lleno de tranquilo orgullo por haber tomado parte en aquello.

—Sé que a Víctor le gustaría que a otros, como Priska, se les recordaran tales cosas, que el lord Rahl les dijera lo que debemos hacer. Víctor quiere hablar con vos antes de ir a esos lugares a «darle a los fuelles», como lo expresó él. Víctor dijo que aguarda noticias vuestras sobre cuál sería vuestro siguiente paso, sobre el mejor modo de «aplicarles el hierro candente»... en sus propias palabras.

—Así que Nicci te envió a buscarme.

—Sí, me sentí muy feliz cuando ella me pidió que viniera a veros. Víctor también se sentirá feliz, no sólo porque estéis bien, también por lo que el lord Rahl le aconseje.

Si bien Víctor esperaba noticias, Richard también sabía que en ausencia de noticias, Víctor actuaría. La revolución no se basaba en Richard —no podía basarse en él si tenía que triunfar— sino en el deseo de la gente de recuperar sus vidas. Con todo, Richard necesitaba ayudar a coordinar la propagación de la sublevación para estar seguro de que, no sólo llevaba la libertad a quienes la buscaban, sino que, además, desmoronaba los cimientos de la Orden en el Viejo Mundo. Únicamente si tenían éxito en acabar con el reinado de la Orden en el Viejo Mundo, se vería apartada la atención de Jagang —y la de muchos de sus hombres— de la conquista del Nuevo Mundo.

Jagang intentaba conquistar el Nuevo Mundo dividiéndolo. Richard tenía que hacer lo mismo si quería tener éxito. Únicamente dividiendo las fuerzas de la Orden podría derrotarla.

Richard sabía que, evacuado Aydindril, la Orden Imperial dirigiría sus espadas ahora a D'Hara y, no obstante la competencia de las tropas d'haranianas, éstas se verían aplastadas por la gran cantidad de efectivos que Jagang les arrojaría encima. Si a la Orden no se la desviaba de su causa, o al menos se la dividía en ejércitos más pequeños, D'Hara caería bajo la sombra de la Orden. El imperio d'haraniano, forjado para unir al Nuevo Mundo contra la tiranía, finalizaría antes de haber empezado realmente.

Richard tenía que ponerse en contacto con Víctor y Nicci para que todos pudieran continuar lo que habían empezado... concibiendo la estrategia más efectiva para derrocar a la Orden Imperial.

Pero se estaban quedando sin tiempo para resolver otro problema, un problema que todavía no comprendían.

—Me alegro de que nos hayas encontrado, Sabar. Puedes contar a Víctor y a Nicci que nosotros tenemos que ocuparnos de algo primero, pero que en cuanto lo hagamos, podremos ayudarlos con sus planes.

Sabar pareció aliviado.

—Todo el mundo se sentirá feliz de oírlo.

El hombre vaciló, luego ladeó la cabeza, indicando al norte.

—Lord Rahl, cuando venía en vuestra busca, siguiendo las indicaciones que Nicci me dio, pasé por el lugar donde ella debía encontrarse con vos, y luego continué marchando hacia el sur. —La preocupación invadió su expresión—. No hace muchos días, llegué a un lugar, de kilómetros de extensión, que estaba muerto.

Richard alzó los ojos. Advirtió que su dolor de cabeza parecía haber desaparecido repentinamente.

—¿Qué quieres decir con «muerto»?

Sabar agitó la mano en dilección a la oscuridad.

—La zona por la que viajaba era muy parecida a este lugar: había algunos árboles, grupos de matorrales. —Su voz descendió—. Pero entonces llegue a un lugar donde lo que crecía finalizaba. Todo acababa en el mismo lugar. No había nada, excepto roca. Nicci no me había dicho que me encontraría con un lugar así. Admito que sentí miedo.

Richard echó una veloz mirada a su derecha —al este—, a las montañas que había más allá.

—¿Cuánto duró ese lugar muerto?

—Anduve, dejando a la vida detrás de mí, y pensé que tal vez estaba penetrando en el inframundo. —Sabar desvió la mirada de los ojos de Richard—. O en las garras de alguna nueva arma que la Orden había creado para destruirnos a todos.

»Llegué a estar muy asustado e iba a dar media vuelta. Pero entonces pensé en que la Orden me había hecho sentir miedo toda la vida, y no me gustó esa sensación. Peor, pensé en cómo iba a presentarme ante Nicci y decirle que había dado media vuelta en lugar de ir en busca de lord Rahl como me había pedido, y eso pensamiento me hizo sentir avergonzado, así que seguí adelante. Tras varios kilómetros volví a encontrar que la vida crecía. —Soltó un suspiro—. Me sentí sumamente aliviado, y también un poco estúpido por haber sentido miedo.

Dos. Eso hacía dos límites.

—He estado en lugares como ése, Sabar. y puedo decirte que yo, también, me he sentido asustado.

Sabar mostró una amplia sonrisa.

—Entonces no fui tan estúpido al sentir miedo.

—Nada estúpido. ¿Pudiste ver si esa zona muerta era extensa? ¿Pudiste ver si era más que simplemente una extensión de roca al descubierto? ¿Pudiste ver si discurría en una línea, si discurría en una dirección concreta?

—Era como decís, una línea. —Sabar hizo un rápido movimiento con la mano en dirección al este—. Descendía de las lejanas montañas, al norte de esa depresión. —Sostuvo la mano plana y la deslizó hacia abajo—. Marchaba hacia el sudoeste, al interior de aquel páramo.

Hacia los Pilares de la Creación.

Kahlan se inclinó muy cerca de Richard y habló entre dientes:

—Eso sería casi paralelo al límite que cruzamos en el sur. ¿Por qué tendrían que existir dos límites tan cerca uno de otro? Eso no tiene sentido.

—No lo sé —le susurró Richard—. A lo mejor lo que fuera que el límite estuviera protegiendo era tan peligroso que quienquiera que lo colocó temió que uno podría no ser suficiente.

Kahlan se frotó la parte superior de los brazos pero no hizo comentarios. Por la expresión de su rostro, Richard supo lo que sentía ante tal teoría... en especial teniendo en cuenta que tales límites habían desaparecido ahora.

—En cualquier caso —dijo Sabar con un tímido encogimiento de hombros—, me alegro de no haber dado la vuelta, o habría tenido que enfrentarme a Nicci después de que ella me hubiese pedido que ayudara a lord Rahl... a mi amigo Richard.

Richard sonrió.

—Yo también me alegro, Sabar. No creo que ese lugar que cruzaste sea un peligro ya, al menos del modo en que lo fue en el pasado.

Jennsen no pudo contener por más tiempo la curiosidad.

—¿Quién es esa Nicci?

—Nicci es una hechicera —respondió Richard—. Antes era una Hermana de las Tinieblas.

Las cejas de Jennsen se enarcaron.

—¿Antes?

—Trabajaba para promover la causa de Jagang —dijo Richard, asintiendo—, pero finalmente se dio cuenta de lo equivocada que había estado y se unió a nuestro bando. —Era una historia que no tenía ganas de contar con detenimiento—. Ahora pelea a favor nuestro. Su ayuda ha sido inestimable.

Jennsen se inclinó hacia delante, aún más atónita.

—Pero ¿puedes confiar en alguien así, alguien que trabajó a favor de Jagang? Peor aún, ¿en una Hermana de las Tinieblas? Richard, he estado con algunas de esas mujeres, sé lo despiadadas que son. Puede que se vean obligadas a hacer lo que Jagang les impone hacer, pero están consagradas al Custodio del inframundo. ¿Realmente crees que puedes confiarle tu vida y que no te traicionará?

Richard miró a Jennsen a los ojos.

—Yo me fio de ti mientras duermo aunque tengas un cuchillo.

Jennsen volvió a sentarse hacia atrás. Sonrió, más por bochorno que por otra cosa, se dijo Richard.

—Supongo que veo a qué te refieres.

—¿Qué más dijo Nicci? —preguntó Kahlan, ansiosa por regresar al tema que tenían entre manos.

—Sólo que debía ir en su lugar y encontrarme con vosotros —respondió Sabar.

Richard sabía que Nicci estaba siendo cautelosa, que no había querido contar al joven demasiadas cosas por si lo cogían.

—¿Cómo sabía ella dónde estaba?

—Dijo que era capaz de saber dónde estabais mediante magia. Nicci es tan poderosa con la magia como hermosa.

Sabar dijo aquello en un tono reverencial. No conocía ni la mitad de la historia. Nicci era una de las hechiceras más poderosas que había vivido nunca. Sabar no sabía que, cuando Nicci trabajaba para conseguir los fines que buscaba la Orden, era conocida como la Señora de la Muerte.

Richard supuso que Nicci había usado el vínculo con el lord Rahl para localizarlo. El poder del vínculo protegía a los que lo juraban, impidiendo que el Caminante de los Sueños penetrara en sus mentes. Los d'haranianos de pura sangre, como Cara, podían saber a través del vínculo dónde estaba el lord Rahl. Kahlan le había confiado que le resultaba desconcertante el modo en que Cara sabía siempre dónde estaba Richard. Nicci no era d'haraniana, pero era una hechicera y tenía un vínculo con Richard, así que podría haber manipulado tal vínculo para saber dónde estaba.

—Sabar, Nicci debe de haberte enviado por un motivo —dijo Richard—, aparte del de decir que no podía esperarnos en nuestro lugar de encuentro.

—Sí, por supuesto —repuso el a la vez que asentía a toda prisa, como disgustado porque se le tuviera que recordar—. Cuando le pregunté qué debía decirlos, me dijo que lo había puesto lodo en una carta. —Sabar abrió la solapa de la bolsa de cuero que llevaba colgada al cinto—. Dijo que, cuando se dio cuenta de lo lejos que estabais realmente, se sintió consternada y que no disponía de tiempo para viajar hasta vos. Me dijo que era muy importante que me asegurara de encontrarlos y que os diera su carta. Dijo que la carta explicaría por qué no podía esperar.

Con el índice y el pulgar, Sabar extrajo la carta, dando la impresión d'que manejaba una víbora letal en lugar de un rollo pequeño de papel sellado con cera roja.

—Nicci me contó que esto es peligroso —explicó él, alzando la mirada hacia los ojos de Richard—. Dijo que si cualquiera que no fueseis vos lo abría, yo no debería estar muy cerca o también moriría.

Sabar depositó cuidadosamente la carta enrollada sobre la palma de Richard. Esta se calentó de un modo perceptible en su mano. La cera roja intensificó su color, como si la iluminase un rayo de sol, y el resplandor se extendió desde la cera para envolver toda la longitud de la carta enrollada. Grietas finas recorrieron la cera roja, igual que el hielo otoñal de un estanque se quiebra bajo el peso de un pie. La cera se hizo añicos y se desmenuzó.

Sabar tragó saliva.

—Odio pensar lo que habría sucedido de haber intentado abrirlo cualquiera que no fueseis vos.

Jennsen volvió a inclinarse hacia delante.

—¿Eso ha sido magia?

—Debe de haberlo sido —le contestó Richard mientras empezaba a desenrollar la carta.

—Pero lo he visto hacerse pedazos —repuso ella.

—¿Has visto algo más?

—No, simplemente se ha desmenuzado de repente.

Con el pulgar y el índice, Richard alzó un poco de la cera desintegrada de la palma.

—Probablemente puso una telaraña de magia alrededor de la carta y la sintonizó a mi contacto. Si cualquier otro hubiese intentado romper esa telaraña para abrir la carta, se habría disparado el hechizo. Imagino que mi contacto abrió el sello. Tú has visto el resultado de la magia... el sello roto... no la magia en sí.

—¡Vaya, aguardad! —Sabar se golpeó la frente con la palma de la mano—. ¿En qué estoy pensando? Se suponía que os debía dar esto también.

Quitándose las correas de los hombros con un veloz movimiento y haciéndolas bajar por los brazos, hizo girar la mochila hasta su regazo. Tras desatar a toda prisa las liras de cuero, introdujo la mano en el interior, luego alzó con cuidado algo envuelto en un material acolchado negro. Tenía sólo unos treinta centímetros de alto pero no era muy grueso. Por el modo en que Sabar lo manejaba, parecía ser un tanto pesado.

Sabar depositó el objeto envuelto sobre el suelo, en posición vertical, frente al fuego.

—Nicci me dijo que debía daros esto, que la carta lo explicaría.

Jennsen se inclinó un poco hacia delante, fascinada por el misterio de aquel objeto can bien envuelto.

—¿Qué es?

Sabar se encogió de hombros.

—Nicci no me lo dijo. —Hizo una mueca que sugería que se sentía un tanto incómodo por hallarse a oscuras respecto a gran parte de la misión que le habían confiado—. Cuando Nicci te mira y te dice que hagas algo, uno no hace preguntas.

Richard sonrió para sí mientras empezaba a desenrollar la carta. Sabía perfectamente a qué se refería el joven.

—¿Dijo Nicci alguna cosa sobre quién podía desenvolver esa cosa?

—No, lord Rahl. Simplemente dijo que os la diera, que la carta lo explicaría.

—Si tuviera una telaraña a su alrededor, como la carta, ella te lo habría advertido. —Richard alzó los ojos—. Cara —dijo, indicando el paquete atado colocado ante el fuego—, ¿por qué no lo desenvuelves mientras Kahlan y yo leemos la carta?

Mientras Cara se sentaba con las piernas cruzadas en el suelo y empezaba a ocuparse de los nudos de las tiras de cuero que rodeaban la negra envoltura acolchada, Richard sostuvo la carta ligeramente ladeada para que Kahlan pudiese leerla en silencio junto con él.

Queridos Richard y Kahlan:

Lamento no poder contaros ahora mismo todo lo que querría que supierais, pero hay cuestiones urgentes de las que debo ocuparme y no me atrevo a retrasarlas. Jagang ha iniciado algo que yo consideraba imposible. Mediante su habilidad como Caminante de los Sueños, ha obligado a las Hermanas de las Tinieblas que controla a crear armas a partir de personas, como se hizo durante la gran guerra. Esto ya es bastante peligroso en sí mismo, pero, debido a que Jagang no posee el don, su comprensión de tales cosas es muy rudimentaria. Es un toro desmañado que interna usar los cuernos para hacerse sitio en la magia. Ellas están usando las vidas de magos como carne de cañón para los experimentos de Jagang. Todavía no sé el éxito que han obtenido, pero temo descubrir los resultados. Os contaré más sobre esto en un momento.

Primero, el objeto que os he enviado. Cuando localicé vuestro rastro y empecé a seguirlo hasta donde debíamos encontrarnos, descubrí esto. Creo que ya os habéis encontrado con ello porque ha sido tocado por alguien destacado involucrado en el asunto o involucrado contigo.

El objeto es un faro de advertencia. Ha sido activado... no por ese contacto, sino por acontecimientos. No puedo hacer suficiente hincapié en el peligro que representa.

Objetos así sólo podían construirlos los magos de tiempos antiguos; la creación de un objeto así precisaba tanto de Magia de Suma como de Resta, y requería que el don de ambas fuese innato. Pero son tan raros que jamás había visto ninguno.

No obstante, había leído sobre ellos en las criptas del Palacio de los Profetas. Tales faros de advertencia se mantienen mediante un vínculo con el mago muerto que los creó.

Richard se sentó hacia atrás y soltó un suspiro preocupado.

—¿Cómo puede ser posible tal vínculo? —preguntó Kahlan.

Él no tenía que leer precisamente entre líneas para poder darse cuenta de que Nicci le advertía en los términos más serios posibles.

—Tiene que estar conectado de algún modo al inframundo —musitó Richard como respuesta.

El reflejo de las llamas danzó en los ojos verdes de Kahlan cuando lo miró asombrada.

Kahlan volvió a echar una mirada a Cara, que seguía ocupada con los nudos, retirando una de las tiras de cuero que rodeaban la envoltura del objeto conectado a un mago muerto que se hallaba en el inframundo. Kahlan sostuvo en alto el extremo de la carta mientras leía a toda prisa junto con él.

Por lo que sé de tales faros de advertencia, éstos controlan escudos de protección poderosos y vitales creados para encerrar algo profundamente peligroso. Forman parejas. El primer faro es siempre ámbar. Está pensado para ser una advertencia a aquel que rompió el sello. El contacto con un principal o alguien relacionado con un principal lo enciende, de modo que pueda ser reconocido como lo que es y sirva para lo que fue pensado: como una advertencia para los involucrados. Sólo puede ser destruido después de que alerte a aquel a quien se supone que debe advertir. Lo envío para estar absolutamente segura de que lo habéis visto.

La naturaleza precisa del segundo faro me es desconocida, pero ese faro está pensado para aquel que es capaz de volver a colocar el sello.

No conozco la naturaleza del sello ni que estaba protegiendo. No obstante, no hay duda de que se ha roto el sello.

El origen de la brecha, si bien no es la causa específica que ha activado este faro, es evidente.

—Eh, un momento —dijo Cara, poniéndose en pie y retrocediendo como si hubiese liberado una plaga morral—. No es culpa mía esta vez. —Señaló con el dedo—. Dijisteis que lo hiciera.

La estatua traslúcida que Cara había tocado antes se encontraba ahora de pie, en el centro de la envoltura acolchada negra.

Era una estatua de Kahlan.

El brazo izquierdo de la estatua estaba apretado contra el costado, el brazo derecho atado, señalando. La estatua, con la forma de un reloj de arena, parecía como si estuviera hecha de ámbar transparente, lo que les permitía ver su interior.

De la mitad superior del reloj de arena caía un hilillo de arena, a través de la estrecha cintura, a la parte de abajo del traje de gala de la Madre Confesora.

La arena seguía escurriéndose, tal y como lo había estado haciendo la última vez que Richard había visto el objeto. En aquel momento, la mitad superior estaba más llena que la mitad inferior. En la actualidad, la parte superior contenía menos arena.

Kahlan se había quedado lívida.

Cuando la vio por primera vez, Richard no habría necesitado que Nicci le dijera lo peligrosa que era una cosa así. No había querido que ninguno de ellos la tocara. Cuando se habían tropezado con ella, en una cavidad rocosa junto a un sendero, pareciendo casi parte de la roca misma, el objeto era opaco, con una oscura superficie mate, sin embargo, se le reconocía fácilmente como una imagen de Kahlan.

A Cara no le gustó encontrar algo así y no quiso dejar una representación de Kahlan allí tirada para que cualquiera la encontrara y la cogida para quien sabía qué. Cara la agarró, incluso a pesar de que Richard empezó a chillarle que dejara en paz aquel objeto.

Cuando lo levantó, empezó a volverse traslúcido.

Presa del pánico, Cara volvió a dejarlo donde estaba.

Fue entonces cuando el brazo derecho se había alzado y señalado al este.

Fue entonces cuando pudieron empezar a ver a través del objeto, a ver cómo la arena del interior caía.

El peligro implícito en el hecho de que la arena se agotase los tenía a todos muy trastornados. Cara quiso volver a cogerla y darle la vuelta, para impedir que la arena cayese. Richard, no sabiendo nada sobre un objeto como aquél y dudando que una solución tan simple fuera a tener algún efecto beneficioso, no permitió a Cara que lo volviera a tocar. Había amontonado rocas y matorrales a su alrededor de modo que nadie más supiese que estaba allí. Evidentemente, aquello no había funcionado.

Ahora sabía que el contacto de Cara no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo, a excepción de poner en marcha la advertencia, así que se le ocurrió confirmar su creencia original.

—Cara, tumbalo.

—¿Tumbarlo?

—De costado... como lo querías hacer la última vez... para ver si eso detiene la arena.

Cara lo miró fijamente por un momento y luego usó la punta de la bota para hacer caer la figura de costado.

La arena siguió cayendo como si todavía siguiera en pie.

—¿Cómo puede hacer eso la arena? —preguntó Jennsen con voz agitada—. ¿Cómo puede seguir cayendo la arena... cómo puede caer de costado?

—¿Lo puedes ver? —preguntó Kahlan—. ¿Ves cómo cae la arena?

Jennsen asintió.

—Ya lo creo que puedo, y tengo que decirles que le está poniendo la carne de gallina a mi carne de gallina.

Richard se limitó a contemplar, sorprendido, como ella miraba asombrada la estatua de Kahlan tumbada de costado. Aunque sólo fuera eso, la arena que discurría lateralmente a través de la estatua tenía que ser mágica. Jennsen era un pilar de la Creación, un agujero en el mundo, un vástago inmaculadamente desprovisto del don de Rahl el Oscuro. No debería poder ver magia.

Y sin embargo, la veía.

—Tengo que darle la razón a la joven señora —dijo Sabar—. Eso resulta aún más aterrador que esas enormes aves negras que he visto describiendo círculos en el aire durante la última semana.

Kahlan se irguió.

—Has estado viendo...

Al oír el apremiante grito de advertencia de Tom, Richard se alzó a toda prisa, desenvainando la espada en un veloz movimiento. El excepcional tintineo del acero inundó el aire. La magia no acudió a la espada.

14

Kahlan se agachó tapidamente a un lado, colocándose en lugar seguro, mientras Richard extraía la espada. El característico tintineo del acero al ser desenvainado con cólera se fundió con el grito de advertencia de Tom, que seguía resonando por las colinas circundantes, provocando que un ramalazo de temor hormigueara por su carne. Mientras clavaba la mirada en la vacía oscuridad de la noche que los envolvía, su instinto fue alargar la mano hacia la propia espada, pero la había guardado en el carro, para no levantar sospechas sobre quiénes podrían ser: las mujeres no llevaban armas en el Viejo Mundo.

A la luz del fuego, Kahlan podía ver con claridad el rostro de Richard. Le había visto desenvainar la Espada de la Verdad innumerables veces y en una diversidad de situaciones, desde aquella primera vez, cuando Zedd, tras entregarle la espada, le ordenó que la desenvainara y Richard la sacó vacilantemente de la vaina, en el ardor de la batalla, pasando por momentos como el actual en que la desenvainaba bruscamente para defenderse.

Cuando Richard desenvainaba la espada, desenvainaba también la magia que esta conllevaba. Esa era la función del arma; la magia no se había creado simplemente para defender al auténtico propietario de la espada, sino, lo que era más importante, para ser una proyección de sus propósitos. La Espada de la Verdad ni siquiera era realmente un talismán, sino más bien una herramienta, del Buscador de la Verdad.

La auténtica arma era el Buscador que empuñaba la espada. La magia de la espada respondía a su deseo.

Todas y cada una de las veces que Richard había sacado la espada. Kahlan había visco aquella magia danzando peligrosamente en sus ojos grises.

Aquella era la primera vez que él había desenvainado el arma y ella no había visto la magia en sus ojos. Aquella mirada feroz de rapaz sólo era de Richard.

Si verle desenvainar la espada, sin ver la magia en sus ojos, la conmocionó, tal cosa pareció sorprender aún más a Richard que, por un instante, vaciló, como si tropezara mentalmente.

Antes de que tuvieran tiempo de preguntarse siquiera qué había provocado el grito de advertencia de Tom, unas sombras que se deslizaron a cubierto de los árboles próximos salieron repentinamente en tropel de la oscuridad y se plantaron entre ellos. Un repentino coro de furiosos gritos que helaban la sangre inundó la noche a la vez que una serie de hombres penetraban violentamente en el campamento, iluminado por la luz de la hoguera.

No parecían ser soldados —no llevaban uniformes— y no actuaban como lo harían los soldados, pues no llevaban las armas desenvainadas. Kahlan no vio que ninguno de los hombres blandiera espadas, hachas o cuchillos.

Armas o no, eran muchos y aullaban feroces gritos de batalla, como si estuvieran dispuestos a llevar a cabo un gran derramamiento de sangre. Ella sabía, no obstante, que la repentina descarga de ensordecedor ruido era una táctica para aterrorizar al objetivo e impedirle reaccionar, haciendo que resultase más fácil abatirlo. Lo sabía porque ella misma había usado tal táctica.

Espada en mano, Richard se encontraba totalmente en su elemento; concentrado, despiadadamente resuelto... incluso sin la ayuda de la magia de la espada.

Al mismo tiempo que los asaltantes cargaban, la espada, impulsada por la propia cólera de Richard, centelleó en el aire, con un destello de luz carmesí procedente de las llamas de la fogata. Un aquel intenso momento de respuesta al ataque, hubo una fracción de segundo durante la cual Kahlan temió que, sin la magia de la espada, todo pudiera salir terriblemente mal.

En un instante, el campamento se convirtió en un caos. Aunque los atacantes no iban vestidos como soldados, todos eran fornidos y no había la menor duda de que traían intenciones hostiles.

Un hombre que se abalanzaba al frente alzó los brazos para agarrar a Richard antes de que éste pudiera dirigir la espada hacia él. La punta de la espada silbó mientras giraba, impulsada por un letal compromiso, y la hoja amputó al hombre uno de los brazos alzados antes de reventarle el cráneo. El aire por encima de la hoguera quedó rociado de sangre, hueso y masa encefálica. Arremetió otro hombre, pero la espada de Richard le desgarró el pecho. En poco más de un abrir y cerrar de ojos, los dos hombres estaban muertos.

La magia por fin pareció precipitarse al interior de los ojos de Richard, como si finalmente estuviera al tanto de sus intenciones.

Kahlan no conseguía entender qué hacían aquellos desconocidos. Atacaban sin sacar las armas, pero no parecían menos feroces por ello. Su velocidad, número y tamaño, y el aspecto furioso que ofrecían, era suficiente para hacer temblar de miedo a cualquiera.

Desde la oscuridad, más hombres se abalanzaron sobre ellos. Cara se interpuso en el camino del ataque, emprendiéndola a golpes con el agiel. Los hombres chillaban víctimas de un dolor espantoso cuando el arma entraba en contacto con ellos, provocando la vacilación entre los atacantes. Sabar, cuchillo en mano, rodó al suelo con uno de los hombres, que lo había agarrado por detrás. Jennsen esquivó a otro que intentaba agarrada por los cabellos. Mientras giraba para alejarse, la muchacha le acuchilló el rostro. Los gritos del herido se unieron a un estridente coro de otros muchos.

Kahlan advirtió que no eran sólo hombres los que chillaban, sino que los caballos también relinchaban asustados. El agiel de Cara, en contacto con un cuello corto y robusto, provocó un alarido aterrador. Aquellos hombres chillaban y gritaban órdenes que eran bruscamente interrumpidas cuando la espada de Richard se abría paso a través de ellos. Todos los gritos parecían dirigidos a la tarea de reducir a los cuatro.

Kahlan comprendió, entonces, que sucedía. No querían matarlos, sino capturarlos. Para aquellos hombres, matar sería un gran acto de misericordia comparado con lo que se proponían.

Dos de los fornidos hombres pasaron a través de la hoguera, con los brazos bien extendidos como para placar a Richard y a Kahlan. Cara alargó el brazo y agarró una camisa con el puño, haciendo girar bruscamente a uno de aquellos dos hacia ella, y le hundió el agiel en el vientre haciéndole caer de rodillas. El otro hombre se encontró inesperadamente con la espada de Richard clavada en él por el impulso de una fuerza formidable. El alarido de dolor mortal fue breve antes de que la espada le acuchillara la garganta. Cara, erigiéndose sobre el hombre caído de rodillas, presionó el agiel contra el pecho de éste y dio un giro al arma que derribó al hombre al instante.

Richard saltaba ya por encima de la hoguera para adentrarse en lo más reñido del ataque. Al mismo tiempo que sus botas aterrizaban sobre el suelo con un golpe sordo, la espada partió casi en dos al hombre que Sabar tenía encima, derramando sus vísceras por el suelo.

El hombre al que Jennsen había acuchillado se alzó para encontrarse con el cuchillo de la joven, impulsado por un miedo desesperado. Jennsen dio un salto atrás cuando él se desplomó hacia delante, aferrándose la base de la garganta, que ella le había seccionado. Cara atrapó al hombre que Jennsen no había visto que quería atacarla por la espalda. La mord-sith, su rostro una imagen de salvaje resolución, mantuvo el agiel contra la garganta del atacante, siguiéndolo hasta el suelo mientras él se asfixiaba en su propia sangre.

Entonces, entre los hombres en cuyo centro había irrumpido Richard, Kahlan vio aparecer los cuchillos. Los atacantes abandonaron el fracasado intento de derribarlo y reducirlo mediante la fuerza. Sin embargo, la amenaza de los cuchillos sirvió tan sólo para dar más rienda suelta a la furia de Richard. Por la expresión de sus ojos, la magia de la espada parecía estar totalmente involucrada en el combate.

Por un instante, Kahlan permaneció petrificada por la visión de Richard tan implacablemente dedicado a luchar que sus mandobles y movimientos componían una elegante danza con la muerte. Comparados con los gráciles movimientos de Richard, los hombres se movían como toros. Sin malgastar movimientos, Richard se deslizó entre ellos como si fuesen estatuas, con la espada repartiendo violencia incontrolada. Cada estocada alcanzaba una zona vital del adversario. Cada mandoble rebanaba carne y hueso. Cada giro respondía a un ataque y lo aplastaba. No se perdía ninguna oportunidad, ninguna cuchillada fallaba, ninguna estocada erraba el blanco. Cada vez que giraba para esquivar la ofensiva de un cuchillo, frenaba una embestida o se daba la vuelta para enfrentarse a un nuevo ataque, hería inmisericorde.

A Kahlan la enfurecía no tener su espada. No había modo de saber cuántos hombres más había, y sabía demasiado bien lo que era estar impotente y verse avasallada por una banda de hombres. Empezó a avanzar lentamente hacia el carro.

A Jennsen y a Sabar los placó un hombre fornido que se abalanzó sobre ellos. Mientras ellos golpeaban contra el suelo, el atacante aterrizó encima y los dejó sin resuello. Las enormes manos del hombre inmovilizaron sus muñecas sobre el suelo, manteniendo apartados los cuchillos.

El arma de Richard pasó como una exhalación, hendiendo la espalda del hombre y seccionándole la columna vertebral. Richard dobló una rodilla en tierra a la vez que se daba la vuelta para atravesar con su espada a otro atacante que intentaba alcanzar a Richard antes de que este pudiera recuperarse. La expresión del rostro del hombre fue la viva imagen de la sorpresa horrorizada cuando chocó en su lugar con la espada de Richard, clavándosela en el pecho hasta la cruz. El pesado hombre caído encima de Jennsen y Sabar se convulsionó, incapaz de respirar, mientras ellos se lo quitaban de encima. Richard, todavía con una rodilla doblada, liberó la espada de un tirón mientras el hombre herido de muerte caía por delante de él.

Cuando otro de aquellos desconocidos irrumpió en el campamento, mirando a su alrededor en un intento de orientarse, Cara le estrelló el agiel contra el cuello. Mientras él se desplomaba hecho un ovillo, la mord-sith alzó el codo para aplastar el rostro del hombre que iba tras el primero, el cual intentaba agarrarla por detrás. Dando gritos, el sujeto se cubrió con las manos la cara ensangrentada. Ella giró en redondo y le asestó una patada entre las piernas. Mientras caía al frente, la mord-sith le partió la mandíbula con la rodilla, y, acto seguido, derribó a un tercer hombre estrellándole el agiel en el pecho.

Otro atacante se abalanzó sobre Sabar, derribándolo de espaldas. Sabar respondió con el cuchillo, alcanzándolo. Otro hombre vio la oportunidad y se hizo con la carta de Nicci, que estaba en el suelo. Kahlan se abalanzó hacia la carta, que tenía en el puño, pero falló porque el retiró violentamente la mano antes de salir huyendo. Jennsen le cortó la huida. Él la apartó violentamente con el brazo mientras pasaba junto a ella como una exhalación. El impacto hizo tambalear a la muchacha, pero se recuperó para enterrarle el cuchillo en la espalda.

Jennsen se las apañó para mantener aferrado el cuchillo, retorciéndolo con decisión, mientras el hombre arqueaba la espalda con un grito ahogado de dolor, al que siguió un rugido furioso que se desvaneció en un borboteo pastoso. El cuchillo de Jennsen había encontrado su corazón. El hombre se tambaleó, dio un traspié y cayó sobre la fogata. Las llamas cobraron vida con un rugido al incendiarse su ropa. Kahlan intentó arrebatárle la carta del puño mientras él se retorecía víctima de atroces dolores, pero, debido a la intensidad del fuego, no consiguió acercarse lo suficiente.

Era ya demasiado tarde, no obstante; la carta que Richard y ella sólo habían tenido una oportunidad de leer en parte llameó brevemente antes de transformarse en negras cenizas que se elevaron hacia el cielo.

Kahlan se cubrió la boca y la nariz, sintiendo náuseas ante el hedor a cabellos y carne quemados a la vez que el calor la obligaba a retroceder. Aunque parecía que llevaban horas peleando, el asalto no había hecho más que empezar y había ya muertos por todas partes, sin que cesaran de acudir más de aquellos hombretones.

Mientras retrocedía lejos de las llamas y de su fútil intento de recuperar la carta, Kahlan giró de nuevo en dirección al carro, en dirección a su espada. Alzó los ojos y vio que un hombre que parecía tan grande como una montaña se abalanzaba hacia ella, cerrándole el paso. Él sonrió burlón al ver que había dado caza a una mujer desarmada.

Más allá del hombre, Kahlan vio a Richard. Los ojos de ambos se encontraron. El había llevado su espada al centro de la lucha, intentando pararla antes de que se cobrara víctimas entre ellos, intentando ponerle fin antes de que alguno de ellos pudiera recibir algún daño.

No podía estar en todas partes a la vez.

No estaba lo bastante cerca para llegar ella a tiempo, pero eso no le impidió intentarlo. Pero Kahlan vio que él estaba demasiado lejos. El esfuerzo era inútil.

Clavando la mirada en los ojos del hombre que amaba más que a la vida misma, vio la cólera absoluta que sentía. Ella sabía que Richard, por su parte, veía un rostro que no mostraba nada: un rostro de Confesora, tal y como su madre le había enseñado. Y entonces el enemigo que corría se colocó entre ellos, impidiéndoles verse.

La visión de Kahlan se concentró en el hombre que se abalanzaba sobre ella, con los brazos en alto como un oso lanzando a una carga enloquecida, los dientes apretados con determinación. Una mueca crispaba el rostro del sujeto en su esfuerzo por alcanzarla antes de que pudiera echarse a un lado, antes de que tuviera una posibilidad de escapar.

Ella sabía que el adversario estaba demasiado cerca para que tuviera esa posibilidad y por lo tanto no malgastó esfuerzos.

Aquel tipo había conseguido pasar a través de la matanza. Había evitado a Jennsen y a Sabar. Había calculado su ataque para esquivar la espada de Richard a la vez que conseguía dejar atrás el agiel de Cara mientras ésta se volvía hacia otro hombre. No había cargado alocadamente como el resto. Se había demorado lo suficiente para elegir el momento perfecto para el ataque.

Aquel hombre sabía que estaba a punto de conseguir lo que buscaba.

Estaba a menos de una fracción de segundo de distancia, descendiendo sobre ella a toda velocidad.

Kahlan oyó el grito de Richard justo al tiempo que su mirada se encomiaba con el destello de los ojos oscuros del hombre.

Éste profirió un grito de furia mientras se lanzaba sobre ella. Sus pies abandonaron el suelo mientras volaba por el aire hacia ella. Su sonrisa perversa traicionaba la seguridad que sentía.

Kahlan vio sus colmillos sobresaliendo por encima del agrietado labio inferior, vio el diente ennegrecido entre los otros dientes amarillentos, vio la cicatriz en forma de garabato blanco, como si alguna vez hubiese estado comiendo con un cuchillo y se hubiese cortado accidentalmente la comisura de la boca. La barba de tres días que lucía era como alambre. El ojo izquierdo no se abría tanto como el derecho. La oreja derecha tenía una enorme muesca en forma de «V» que le recordó el modo en que algunos granjeros marcaban a sus cerdos.

Pudo ver su propio reflejo en los ojos oscuros del hombre mientras alzaba el brazo derecho.

Kahlan se preguntó si ese hombre tendría una esposa, una mujer a quien le importase, que lo echase de menos, que suspirase por él. Se preguntó si tal vez tendría hijos, y, si los tenía, qué podía enseñarles un hombre como aquél. Tuvo una fugaz visión de lo desagradable que sería tener a aquella bestia encima de ella, con su barba

rasposa despellejándole la mejilla, con sus labios agrietados sobre los de ella, los dientes amarillentos arañándole el cuello mientras se ensimismaba en su deseo.

El tiempo se distorsionó.

Ella extendió el brazo. El hombre siguió su avance hacia ella, y Kahlan sintió la áspera urdimbre de su camisa marrón cuando la palma de su mano se encontró con el centro del pecho.

Aquella fracción de tiempo de que disponía antes de que lo tuviera encima no se había iniciado aún. Richard todavía no había conseguido dar ni un solo y frenético paso.

Sentía el peso de aquel hombre grande como un oso contra su mano como si no fuese otra cosa que el aliento de un bebé. Para Kahlan, parecía como si él estuviese congelado en el espacio ante ella.

El tiempo pertenecía a Kahlan.

El hombre era suyo.

El tumulto del combate, los gritos, los alaridos, los chillidos; el hedor del sudor y la sangre; el centelleo del acero, el entrechocar de cuerpos; las imprecaciones y gruñidos; el miedo, el terror, los asustados latidos del corazón... la cólera... todo aquello ya no estaba allí para ella. Se encontraba en un mundo de silencio que era todo suyo.

Incluso a pesar de haber nacido con él y haberlo sentido siempre allí, en el centro de su ser, el formidable poder de su interior, en muchos aspectos, parecía incomprensible, inconcebible, inimaginable, remoto. Sabía que le parecería así hasta que dejara de contenerlo, y entonces sobrevendría una fuerza de tal soberbia magnitud que sólo se podía comprender cuando se experimentaba. A pesar de que la había liberado en más ocasiones de las que podía recordar, esa extraordinaria violencia seguía dejándola estupefacta.

Contempló al hombre que tenía delante de un modo frío y calculador, lista para aquella violencia.

Mientras él se había abalanzado hacia ella, el tiempo había pertenecido a aquel hombre.

Ahora el tiempo le pertenecía a ella.

Podía percibir el número de hilos de la tela de la camisa, percibir los ensortijados cabellos de su pecho.

El violento sobresalto del repentino ataque, la violencia de éste, habían desaparecido ahora. En aquellos momentos estaban sólo aquel hombre y ella, conectados para siempre por lo que iba a suceder. Aquel hombre había elegido conscientemente su propio destino cuando había decidido atacarlos. La certeza que ella sentía respecto a lo que era necesario hacer la llevaba más allá de la necesidad de evaluar emociones. Y no sentía ninguna: no había alegría, ni siquiera alivio; no había odio, ni siquiera aversión; no había compasión, ni siquiera pesar.

Kahlan se despojó de aquellas emociones para hacer sitio al torrente de poder, para darle vía libre.

Ahora él no tenía ninguna posibilidad.

Le pertenecía.

El rostro del hombre estaba crispado por el perverso regocijo que le proporcionaba su certeza de que era el glorioso vencedor que la poseería, que era él ahora quien decidiría qué iba ser de la vida de aquella mujer, que ella no era más que su botín.

Kahlan liberó su poder.

Por su mera voluntad, su herencia se modificó al instante para convertirte en una fuerza avasalladora capaz de modificar la naturaleza misma de la consciencia.

A los ojos oscuros del hombre había acudido la chispa de la sospecha de que algo que no podía comprender se había puesto en marcha de un modo irrevocable. Y entonces éste comprendió en un instante que su vida, como la había conocido, había finalizado. Todo lo que quería, en lo que pensaba, por lo que trabajaba, esperaba obtener, rezaba para que sucediera, poseía, amaba, odiaba... ya no existía.

En los ojos de la mujer no vio misericordia, y eso, más que cualquier cosa, le produjo un terror descarnado.

Un trueno sin sonido sacudió el aire,

En aquel instante, la violencia de todo ello fue tan prístina, tan hermosa, tan exquisita como espantosa.

Aquella fracción de segundo de tiempo que Kahlan tenía antes de que él cayera sobre ella todavía no había empezado aún.

Pudo ver en los ojos del hombre que incluso el pensamiento llegaba demasiado tarde para él. La percepción misma estaba siendo dejada atrás por la carrera de magia brutal que se abría paso a través de su mente, destruyendo para siempre su identidad.

La fuerza del choque sacudió el aire.

Las estrellas se estremecieron.

Chispas procedentes de la hoguera azotaron el suelo a medida que la sacudida se extendía hacia el exterior, empujando polvo ante ella. Los árboles temblaron al ser alcanzados por el golpe, derramando agujas y hojas a medida que la furiosa oleada pasaba por su lado.

Él le pertenecía.

El peso del hombre empujó a Kahlan un paso atrás cuando ésta se retorció para apartarse. El hombre pasó volando por su lado y se estrelló contra el suelo, quedando de bruces.

Sin un momento de vacilación, se incorporó apresuradamente hasta quedar de rodillas. Sus manos se alzaron en devota súplica. Los ojos se le inundaron de lágrimas. La boca, que sólo un instante antes estaba retorcida por sus perversas expectativas, se distorsionó ahora con la agonía de una angustia total.

—¡Por favor, señora —gimió—, dadme vuestras órdenes!

Kahlan lo contempló con una nueva emoción: desprecio.

15

Únicamente el sonido de los balidos quedos y asustados de *Betty*, se oía en el campamento. El suelo estaba cubierto de cuerpos desparramados. El ataque parecía haber finalizado. Richard, espada en mano, cruzó a la carrera entre la carnicería para llegar junto a Kahlan. Jennsen estaba de pie, cerca del límite de la luz de la hoguera, mientras Cara comprobaba los cadáveres en busca de algún signo de vida.

Kahlan dejó al hombre que acababa de tocar con su poder arrodillado en el polvo, pasando majestuosa junto a él en dirección a Jennsen. Richard se reunió con ella a mitad de camino, rodeándola aliviado con el brazo libre.

—¿Estás bien?

Kahlan asintió, evaluando rápidamente el campamento, ojo avizor por si hubiese más atacantes, pero tan sólo vio a los hombres muertos.

—¿Y tú? —preguntó ella.

Richard no pareció oír la pregunta. Apartó el brazo de su cintura.

—Queridos espíritus —dijo, mientras se precipitaba hacia uno de los cuerpos que estaba caído de costado.

Era Sabar.

Jennsen estaba de pie a poca distancia, temblando aterrorizada, con el cuchillo alzado en un puño y los ojos desorbitados. Kahlan rodeó a la muchacha entre sus brazos, garantizándole entre susurros que ya había pasado todo, que había finalizado, que no le sucedería nada.

Jennsen se aferró a Kahlan.

—Sabar... él me... me estaba protegiendo...

—Lo sé, lo sé —la consoló Kahlan.

Pudo ver que no había urgencia en los movimientos de Richard mientras hacía girar a Sabar. El brazo del joven se desplomó exánime al costado. A Kahlan se le cayó el alma a los pies.

Tom entró corriendo en el campamento, sin resuello, estaba cubierto de sangre y sudor. Jennsen gimió y corrió a sus brazos. Él la abrazó con gesto protector, sujetándole la cabeza contra el hombro mientras intentaba recuperar el aliento.

Betty baló con desaliento desde debajo del carro, y sólo salió después de que Jennsen la llamara repetidas veces con palabras de ánimo. La lloriqueante cabra se abalanzó finalmente sobre Jennsen y se acurrucó temblorosa contra sus faldas. Tom seguía vigilando con atención la oscuridad circundante.

Cara deambuló con calma entre los cuerpos, inspeccionándolos en busca de alguna señal de vida. Aquí y allá empujaba a uno con la bota, o con la punta del agiel. Por su falta de premura, no había duda de que estaban todos muertos.

Kahlan posó una mano cariñosa en la espalda de Richard mientras éste se acucillaba junto al cuerpo de Sabar.

—¿Cuánta gente debe morir —preguntó el en voz queda y amarga—, por el crimen de querer ser libre, por el pecado de querer vivir su propia vida?

Kahlan vio que él sujetaba aún la Espada de la Verdad, puño con los nudillos blancos. La magia de la espada, que había acudido con tanta renuencia, todavía danzaba peligrosamente en sus ojos.

—¿Cuántos? —repitió él.

—No lo sé, Richard —musitó Kahlan.

Richard dirigió una mirada furibunda en dirección al hombre situado al otro extremo del campamento, todavía de rodillas, con las manos juntas en un gesto suplicante para solicitar que le dieran órdenes, temiendo hablar.

Una vez tocada por una Confesora, la persona dejaba de ser lo que había sido hasta entonces. Aquella parte de su mente desaparecía para siempre. Quienes eran, lo que eran, dejaba de existir.

En su lugar, la magia del poder de una Confesora insultaba una devoción incondicional por las necesidades y deseos de la Confesora que los había tocado. Nada más importaba. Su único propósito en la vida, entonces, era cumplir sus órdenes, hacer lo que ella mandara, responder a todas sus preguntas.

Cualquiera así tocado no dudaría en confesar todos los crímenes, si ella lo pedía. Para eso habían sido creadas las Confesoras. Su finalidad, en cierto modo, era la misma que la del Buscador: la verdad. En la guerra, como en

todos los demás aspectos de la vida, no existía una mercancía más importante para la supervivencia que la verdad.

Aquel hombre, arrodillado no muy lejos, lloraba en abyecta aflicción porque Kahlan no le había pedido nada. No podía existir agonía más horrenda, ni vacío más aterrador, que sentirse vacío de los deseos de la Confesora. La existencia sin un deseo suyo carecía de sentido. En ausencia de su mandato, se sabía de hombres tocados por una Confesora que habían muerto.

Cualquier cosa que ella le pidiera ahora, su propio nombre, el nombre de su auténtico amor o asesinar a su amada madre, le produciría una alegría sin límites porque finalmente tendría una tarea que realizar para ella.

—Descubramos de qué va todo esto —dijo Richard con un gruñido.

Exhausta, Kahlan contempló al hombre de rodillas. Estaba tan agotada que apenas podía mantenerse en pie. Gotas de sudor le corrían entre los pechos. Necesitaba descansar, pero aquel problema era más inmediato y era necesario ocuparse de él primero.

De camino hacia el hombre que aguardaba de rodillas, que tenía los ojos alzados con expectación hacia Kahlan, Richard se detuvo. Allí, en la tierra ante sus botas, estaban los restos de la estatua que Sabar les había traído. Estaba rota en cien pedazos, ninguna de ellos reconocible ya, con la excepción de aquellos que seguían siendo de un traslúcido color ambarino.

La carta de Nicci había dicho que no necesitaban la estatua, ahora que ésta ya había dado su advertencia; la advertencia de que Kahlan había roto un escudo protector que encerraba algo profundamente peligroso.

Kahlan no sabía qué protegía el precinto, pero temía saber muy bien qué era lo que había hecho para romperlo.

Temía aún más que, debido a ella, la magia de la espada de Richard hubiera empezado a flaquear.

Mientras permanecía con la vista bajada hacia los fragmentos ambarinos. Kahlan, sintió que la invadía la desesperación.

El brazo de Richard le rodeó la cintura.

—No dejes que tu imaginación se desboque. Aún no sabemos de qué trata todo esto. Ni siquiera podemos estar seguros de que sea cierto; incluso podría ser alguna clase de error.

Kahlan deseó poder creerlo.

Richard deslizó finalmente la espada dentro de la vaina.

—¿Quieres descansar primero, sentarte un rato?

Su preocupación por ella tenía prioridad sobre todo. Desde el primer día en que se conocieron, siempre había sido así. Pero justo en aquellos momentos, era el bienestar de Richard lo que la preocupaba.

Usar su poder minaba las fuerzas de una Confesora. Hacerlo en esta ocasión había dejado a Kahlan sintiéndose no tan sólo débil, sino asqueada. La habían nombrado para el puesto de Madre Confesora, en parte, debido a que su poder era tan formidable que era capaz de recuperarlo en cuestión de horas; para otras habría requerido un día o en ocasiones dos. Al pensar en todas aquellas otras Confesoras, algunas de las cuales había amado profundamente, que llevaban tanto tiempo muertas, Kahlan sintió que el peso de la desesperanza la hundía aún más.

Para recuperar por completo las fuerzas necesitaría una noche de descanso. Por el momento, no obstante, había consideraciones más importantes, una de las cuales era Richard.

—No —respondió—; estoy bien. Puedo descansar más tarde. Preguntémosle lo que quieras.

La mirada de Richard paseó por el campamento plagado de extremidades, entrañas, cuerpos. El suelo estaba empapado de sangre. El hedor de todo ello, junto con el cuerpo aún humeante oído junto a la hoguera, hacía que Kahlan se sintiera cada vez más mareada. Le dio la espalda al hombre de rodillas, volviéndose en dirección a Richard, a la protección de sus brazos. Estaba exhausta.

—Y luego marchémonos de este lugar —dijo ella—. Es necesario que nos alejemos de aquí. Podrían venir más hombres por la mañana. —A Kahlan le preocupaba que, si él tenía que volver a desenvainar la espada, pudiera no tener la ayuda de su magia—. Necesitamos hallar un campamento más seguro.

Richard asintió, indicando su acuerdo. Miró por encima de la cabeza de Kahlan mientras la apretaba contra su pecho. A pesar de todo, o quizá debido a todo, era una sensación maravillosa que a una la abrazasen. Pudo oír cómo Friedrich regresaba apresuradamente al campamento justo en aquel momento, jadeando mientras corría. El hombre se detuvo con un traspié a la vez que profería un gemido de asombro mezclado con repugnancia ante lo que veía.

—Tom, Friedrich —preguntó Richard—, ¿tenéis alguna idea de si vienen más hombres?

—No lo creo —respondió Tom—. Creo que estaban todos juntos. Los pesqué ascendiendo por un barranco. Mi intención era regresar corriendo aquí para advertiros, pero cuatro de ellos franquearon una elevación y me saltaron encima mientras el resto corría hacia nuestro campamento.

—Yo no vi a nadie, lord Rahl —dijo Friedrich, recuperando el aliento—. Vine corriendo cuando oí los gritos.

Richard respondió a las palabras de Friedrich posando una mano tranquilizadora sobre el hombro de éste.

—Ayuda a Tom a enganchar los caballos. No quiero pasar la noche aquí.

Mientras los dos hombres se ponían inmediatamente en movimiento, Richard volvió la cabeza hacia Jennsen.

—Por favor, extiende unos sacos de dormir en la parte posterior del carro, ¿quieres? Me gustaría que Kahlan pudiera echarse y descansar cuando nos marchemos.

Jennsen palmeó el lomo de *Betty*, instando a la abra a seguirla.

—Claro, Richard. —Se fue a toda prisa hacia el carro, con *Betty* trotando pegada a ella.

Mientras todo el mundo se daba prisa en reunir sus cosas, Richard fue hacía una zona despejada para cavar una fosa poco profunda. No había tiempo para una pira funeraria. Una solitaria tumba era lo mejor que podían hacer, pero el espíritu de Sabar había partido, y él ya no pondría reparos si se ocupaban de su cuerpo con tantas prisas.

Kahlan reconsideró sus ideas. Después de la carta de Nicci y de haber averiguado el significado del faro de advertencia, en la actualidad tenía aún más motivos para dudar de que muchas cosas, incluidos los espíritus, siguieran siendo ciertas. El mundo de los muertos estaba conectado al mundo de los vivos por vínculos mágicos. El velo mismo era mágico y se decía que se hallaba dentro de aquellos que eran como Richard. Habían averiguado que, sin magia, aquellos vínculos podían fallar, y que, puesto que aquellos otros mundos no podían existir independientemente del mundo de la vida, sino que únicamente existían en relación con el mundo de la vida, en el caso de que los vínculos fallasen por completo, aquellos otros mundos podrían muy bien dejar de existir... de un modo muy parecido a como, sin el sol, el día no existiría.

Para Kahlan estaba claro ahora que al mundo se le estaba escapando de las manos el control de la magia, y que se le había estado escapando desde hacía varios años.

Ella conocía el motivo, los espíritus, el bien y el mal, y la existencia de todo lo demás que dependían de la magia, podrían desaparecer muy pronto. Eso significaba que la muerte se convertiría en definitiva, en todo el sentido de la palabra. Podría ser incluso que ya no existiera la posibilidad de estar con un ser querido después de la

muerte, ni estar con los buenos espíritus. Los buenos espíritus, incluso el inframundo mismo, podrían estarse sumiendo en la nada.

Cuando Richard hubo acabado, Tom lo ayudó a depositar el cuerpo de Sabar en la sepultura. Después de que Tom pronunciara unas palabras, pidiendo a los buenos espíritus que cuidaran de uno de los suyos, él y Kahlan cubrieron el cuerpo.

—Lord Rahl —dijo Tom en voz baja cuando hubieron terminado— mientras algunos de los hombres iniciaban el ataque contra vosotros, aquí, otros degollaron a los caballos antes de unirse a sus camaradas.

—¿Todos los caballos?

—Excepto los míos. Mis caballos de tiro son muy grandes. A esos nombres probablemente les preocupaba que los pisotearan. Dejaron a algunos de los suyos para que se ocuparan de mí, de modo que los de aquí creyeron que me tenían fuera de combate. Probablemente pensaron que ya se preocuparían de los caballos de tiro más tarde, una vez que os tuvieran. —Tom encogió sus amplios hombros—. Tal vez incluso planeaban capturarlos, atarlos y transportarlos en el carro.

Richard respondió a las palabras de Ton. con un asentimiento de cabeza, y luego se pasó los dedos por la frente. Kahlan se dijo que parecía estar peor de lo que ella se sentía. Se dio cuenta de que el dolor de cabeza había regresado y que lo aplastaba bajo el peso de su dolor.

Tom pasó la mirada por el campamento, entre los hombres caídos.

—¿Qué deberíamos hacer con el resto de los cuerpos?

—Las criaturas voladoras pueden quedarse con ellos —respondió Richard sin vacilación.

Tom no mostró la menor disconformidad.

—Será mejor que vaya a ayudar a Friedrich a acabar de enganchar los caballos al carro. Serán difíciles de manejar teniendo el olor de la sangre en los ollares y viendo a los otros animales muertos.

Mientras Tom iba a ocuparse de sus caballos, Richard llamó a Cara.

—Cuenta los cadáveres —le dijo—. Necesitamos saber el total.

—Richard —dijo Kahlan en tono confidencial una vez que Tom estuvo demasiado lejos para oírlos y Cara hubo empezado a pasar por entre los cuerpos, dedicándose a la tarea de hacer un recuento—, ¿qué sucedió cuando desenvainaste la espada?

Él no preguntó qué quería decir ni intentó ahorrarle la preocupación.

—Algo le pasa a su magia. Cuando saqué la espada, ésta no escuchó mi llamada. Esos hombres se abalanzaban sobre mí y no podía demorarme en lo que tenía que hacer. Una vez que respondí al ataque, la magia finalmente reaccionó.

«Probablemente se debe a los dolores de cabeza que provoca el don. Tienen que estar interfiriendo con mi capacidad para unirme a la magia de la espada.

—La última vez que padeciste los dolores de cabeza ellos no interfirieron con el poder de la espada.

—Ya te lo dije, no permitas que tu imaginación se desboque. Esto sólo ha sucedido desde que he empezado a padecer los dolores de cabeza otra vez. Ése tiene que ser el motivo.

Kahlan no sabía si se atrevía a creerle, o si realmente él mismo lo creía siquiera. Tenía razón, no obstante. El problema con la magia de la espada sólo había aparecido recientemente.... después de que él empezara a tener los dolores de cabeza.

—Están empeorando, ¿verdad?

—Vamos —repuso él asintiendo—, consigamos las respuestas que podamos.

Kahlan soltó un cansado suspiro de resignación. Debían utilizar aquella oportunidad para descubrir la información que ahora tenían a su disposición.

Kahlan se volvió hacia el hombre que seguía arrodillado.

16

Los ojos llorosos del hombre se alzaron suplicantes hacia Kahlan cuando ella se colocó frente a él. Había estado aguardando, sólo y sin los deseos de ésta, durante un buen rato y como resultado se hallaba en un estado de sufrimiento extremo.

—Vas a venir con nosotros —le dijo Kahlan en tono gélido—. Andarás delante del carro por ahora, donde podamos vigilarte. Obedecerás las órdenes de cualquiera de los otros que me acompañan igual que obedecerías las mías. Responderás a todas las preguntas con sinceridad.

El hombre se dejó caer al suelo sobre el vientre, llorando a la vez que le besaba los pies y le agradecía profusamente que por fin le estuviera dando órdenes. Postrado en el suelo ante ella, con aquella muesca en forma de «V» de la oreja, a Kahlan le recordó a un cerdo.

—¡Deja de hacer eso! —le chilló esta, con los puños a los costados, no quería que aquel animal la tocara.

Este saltó hacia atrás al instante, aterrado ante la cólera de su voz, horrorizado al ver que estaba disgustada con él. Se encogió totalmente inmóvil a sus pies, con los ojos muy abiertos, temiendo hacer alguna otra cosa que la molestara.

—No llevas uniforme —dijo Richard al hombre—. ¿Tú y los otros hombres no sois soldados?

—Somos soldados, sólo que no soldados regulares —respondió él con ansioso entusiasmo al poder responder a la pregunta y así cumplir las órdenes de Kahlan—. Somos hombres especiales que servimos en la Orden Imperial.

—¿Especiales? ¿En qué sois especiales?

Con un atisbo de incertidumbre en los ojos llorosos, el hombre alzó la mirada nerviosamente hacia Kahlan. Ella no le hizo ninguna señal. Ya le había dicho que tenía que cumplir las órdenes de todos ellos. El hombre, finalmente seguro de lo que ella quería, se apresuró a seguir hablando:

—Somos una unidad especial de hombres... que estamos en el ejército... nuestra tarea es capturar enemigos de la Orden; tenemos que pasar pruebas para demostrar que somos hombres capaces... hombres leales... y que podemos cumplir las misiones a las que nos envían...

—Ve más despacio —dijo Richard—. Hablas demasiado deprisa.

El hombre echó una veloz mirada a Kahlan, los ojos llenándosele de lagrimas al pensar que podría haberla disgustado también a ella.

—Sigue —dijo Kahlan.

—No llevamos uniformes ni dejamos que se conozca nuestra finalidad —siguió el hombre, evidentemente aliviado ante la idea de que si proseguía el relato, ello la satisfaría—. Por lo general trabajamos en ciudades, buscando sediciosos. Nos mezclamos con la gente, conseguimos que piensen que somos como ellos. Cuando conspiran contra la Orden, les seguimos el juego hasta que descubrimos los nombres de todos los que están involucrados y entonces los capturamos y los entregamos para que sean interrogados.

Richard contempló fijamente al hombre durante un buen rato, sin que su rostro mostrara ninguna reacción. Richard había estado en manos de la Orden y había sido «interrogado» Kahlan sólo podía imaginar lo que debía de estar pensando.

—¿Y entregáis sólo a aquellos que sabéis que conspiran contra la Orden? —preguntó Richard—. ¿O simplemente entregáis a aquellos de los que sospecháis y a cualquiera que ellos conozcan?

—Si sospechamos que podrían estar conspirando..., o no quieren abrir sus vidas a otros ciudadanos..., entonces los entregamos para ser interrogados de modo que se pueda determinar lo que podrían estar ocultando. —El hombre se lamió los labios, decidido a contarles sus métodos en toda su extensión—. Hablamos con aquellos que trabajan con ellos, o con vecinos, y obtenemos los nombres de cualquiera con quien se relacionen; a veces incluso los miembros más allegados de la familia. Por lo general, cogemos al menos a unos cuantos de ellos, también, y los entregamos para ser interrogados. Cuando los interrogan, todos ellos confiesan sus crímenes contra la Orden, de modo que eso prueba que nuestras sospechas eran cierras.

Kahlan se dijo que Richard era capaz de sacar la espada y decapitar a aquel hombre allí mismo. Richard sabía demasiado bien lo que les hacían a aquellos que eran arrestados, sabía lo desesperada que era su situación.

Las confesiones obtenidas bajo tortura a menudo proporcionaban nombres de cualquiera que pudiera resultar sospechoso por cualquier motivo, convirtiendo el oficio de torturador en una profesión a la que nunca le faltaba trabajo. Los habitantes del Viejo Mundo vivían bajo el constante temor de ser llevados a uno de los muchos lugares donde se interrogaba a la gente.

Aquellos que eran detenidos raras veces eran culpables de conspirar contra la Orden: la mayoría de las personas estaban demasiado ocupada intentando simplemente alimentar a sus familias, para tener tiempo de conspirar para derrocar el gobierno de la Orden Imperial. No obstante, muchos sí hablaban sobre una vida mejor, sobre lo que les gustaría hacer, cultivar, crear, poseer, sobre sus esperanzas de que sus hijos tuvieran una vida mejor que ellos. Puesto que el deber de la humanidad era sacrificarse para proporcionar una mejor vida a su prójimo, eso, para la Orden Imperial, no sólo era insurrección, sino una blasfemia. En el Viejo Mundo el sufrimiento era una virtud, un deber que servía a fines más elevados.

Había otras personas que no soñaban con una vida mejor, sino que soñaban con ayudar a la Orden denunciando los nombres de aquellos que hablaban mal de la Orden, o escondían comida o incluso un poco de dinero, o hablaban de una vida mejor. Entregar a tales “ciudadanos desleales” impedía que otros dedos señalaran al informador. Delatar se convirtió en un indicador de santidad.

El lugar de desenvainar la espada, Richard cambió de tema.

—¿Cuántos de vosotros había aquí esta noche?

—Incluido yo, veintiocho —respondió el hombre sin dilación.

—¿Estabais todos juntos en un grupo cuando atacasteis?

El hombre asintió, ansioso por admitir todo el plan que tenían y así obtener la aprobación de Kahlan.

—Queríamos asegurarnos de que vos y, y... —Volvió los ojos hacia Kahlan al comprender la incompatibilidad de sus dos objetivos: confesar y complacer a la Madre Confesora.

Prorrumpió en llanto, juntando las manos en ademán piadoso.

—¡Perdonadme, señora! ¡Por favor, perdonadme!

Si su voz era la quintaesencia de la emoción, la de ella era lo contrario.

—Responde a la pregunta.

El hombre interrumpió los sollozos para poder hablar tal y como le habían ordenado. Las lágrimas, no obstante, siguieron descendiendo a raudales por sus mejillas mugrientas.

—Permanecemos juntos para un ataque concentrado, de modo que pudiésemos estar seguros de capturar a lord Rahl y, y... a vos. Madre Confesora. Cuando intentamos capturar un grupo de buen tamaño nos dividimos, con la mitad manteniéndose atrás para localizar a cualquiera que pudiese intentar escabullirse; pero dije a los hombres que os quería a los dos, y que se decía que estabais juntos. Así que ésta era nuestra oportunidad. No quería correr el riesgo de que tuvieseis la menor esperanza de rechazarnos, de modo que ordené a todos los hombres que atacaran, haciendo que algunos degollaran a los caballos de silla, primero, para impedir la huida.

Su rostro se iluminó.

—Jamás sospeché que podríamos fracasar.

—¿Quién os envió? —preguntó Kahlan.

El hombre se arrastró hacia delante de rodillas, alzando la mano tímidamente para tocarle la pierna. Kahlan permaneció inmóvil, pero su gélida mirada furiosa le hizo saber que si la tocaba, la disgustaría enormemente. La mano retrocedió.

—Nicholas —respondió.

La frente de Kahlan se crispó. Esperaba que dijera que Jagang lo había enviado.

Recelaba de la posibilidad de que el Caminante de los Sueños pudiera estar observando a través de los ojos de aquel hombre. En el pasado, Jagang había enviado asesinos después de haberse deslizado dentro de sus pensamientos. Cuando Jagang estaba dentro de la mente de una persona, la dominaba y dirigía, y ni siquiera Cara podía controlada. i, bien mirado, Kahlan.

—Me estás mintiendo. Jagang te envió.

El hombre se sumió en un llanto lastimero.

—¡No, señora! Jamás he tenido ningún trato con su Excelencia. El ejército es inmenso y se halla muy lejos. Recibo mis órdenes de aquellos que están en mi sección. No creo que aquellos de los que ellos reciben órdenes, o sus comandantes, o ni siquiera los que mandan a éstos, sean dignos de la atención de su Excelencia. Su Excelencia se halla muy lejos, en el norte, llevando la palabra de la salvación de la Orden a una gente sin ley y salvaje; ni siquiera debe de ser consciente de nuestra existencia.

»No somos más que un humilde pelotón de hombres con la capacidad para hacernos con la gente que la Orden quiere, bien para interrogarlos o para silenciarlos. Todos procedemos de esta parte del Imperio y por lo tanto se recurrió a nosotros porque estábamos aquí. No soy digno de la atención de su Excelencia.

—Pero Jagang te ha visitado... en tus sueños. Ha visitado tu mente.

—¿Señora? —Al hombre pareció aterrarle tener que preguntar él en lugar de responderá la pregunta—. No comprendo.

Kahlan se lo quedó mirando.

—Jagang ha entrado en tu mente. Te ha hablado.

El se mostró sinceramente desconcertado mientras negaba con la cabeza.

—No, señora. Jamás me he encontrado con su Excelencia. Jamás he soñado con él. No sé nada de él... excepto que Altur'Rang tiene el honor de ser el lugar donde nació.

“¿Deseáis que lo mate para vos. Señora? Por favor, si es vuestro deseo, ¿me permitís que lo mate para vos?

El hombre no sabía lo ridícula que era tal idea. No obstante, en su deseo de complacerla, si ella lo ordenaba, él no tendría el menor inconveniente en intentarlo. Kahlan le dio la espalda al hombre mientras Richard lo vigilaba.

La Madre Confesora se inclinó un poco hacia Richard mientras le hablaba en voz baja, de modo que el hombre no la oyera.

—No sé si aquellos a quienes visita el Caminante de los Sueños son siempre conscientes de ello, pero creo que sí. Los que he visto con anterioridad conocían perfectamente la presencia de Jagang en su mente.

—¿No podría el Caminante de los Sueños deslizarse dentro de la mente de una persona sin que ésta fuera consciente de ello simplemente para poder vigilarnos?

—Supongo que es posible —respondió ella—. Pero piensa en todos los millones de personas que hay en el Viejo Mundo. No puede saber en la mente de quién entrar, Caminante de los Sueños o no, no es más que un solo hombre.

—¿Posees el don? —preguntó Richard al hombre.

—No.

—Bueno —susurró Richard—, Nicci me contó que Jagang raras veces se molesta con los que no tienen el don. Dijo que le resultaba difícil hacerse con la mente de los que no lo tienen, así que simplemente usa a los que tienen el don, que él controla, y hace que ellos controlen a los que no lo tienen por él. Tiene que preocuparse por todas las Hermanas que ha capturado. Tiene que mantener el control sobre ellas y dirigir sus acciones... incluido lo que empezamos a leer en la carta de Nicci... lo que está haciendo que las Hermanas alteren personas y las conviertan en armas. Además de eso encabeza el ejército y planea la estrategia. Tiene una barbaridad de cosas que manejar, así que, por lo general, se limita a las mentes de los que tienen el don.

—Pero no siempre. Si tiene que hacerlo, si necesita hacerlo, si quiere hacerlo, puede entrar en las mentes de los que carecen del don. Si somos listos —murmuró Kahlan—, deberíamos matar a este hombre ahora.

Mientras hablaban, la mirada feroz de Richard no se apartó ni un momento del hombre. Ella que sabía que él no vacilaría en darle la razón a menos que pensara que el hombre todavía podía ser útil.

—No tengo más que ordenarlo —le recordó Kahlan—, y caerá muerto.

Richard observó con atención sus ojos por un momento, luego volvió de nuevo la cabeza hacia el hombre y frunció el entrecejo.

—Dijiste que alguien llamado Nicholas te envió. ¿Quién es ese Nicholas?

—Nicholas es un mago temible al servicio de la Orden.

—¿Lo viste? ¿Te dio esas órdenes en persona?

—No. Somos demasiado poca cosa para que alguien como él se ocupe de nosotros. Sus órdenes nos fueron transmitidas.

—¿Cómo supisteis dónde estábamos? —preguntó Richard.

—Las órdenes incluían la zona. Decían que debíamos buscaros viniendo por el extremo oriental del páramo desértico y que si os encontrábamos, debíamos capturaros.

—¿Cómo supo Nicholas dónde estábamos?

El hombre pestañeó, como si rebuscara en su mente para ver si tenía la respuesta.

—No lo sé. No se nos dijo cómo lo sabía. Se nos dijo únicamente que debíamos registrar esta área y que, si os encontrábamos, debíamos llevaros a los dos, con vida. El oficial que nos transmitió las órdenes dijo que no fracasásemos o el Transponedor estaría muy molesto con nosotros.

—¿Quien estaría molesto?... ¿El Transponedor?

—Nicholas *el Transponedor*. Así es como lo llaman. Algunas personas simplemente lo llaman *el Transponedor*.

Frunciendo el entrecejo, Kahlan se volvió de nuevo hacia el hombre.

—El ¿qué?

El hombre empezó a temblar al ver su entrecejo fruncido.

—El *Transponedor*, señora.

—¿Qué significa eso? ¿*El Transponedor*?

El hombre empezó a gemir, las manos juntas otra vez mientras imploraba perdón.

—No lo sé, señora. No lo sé. Preguntasteis quien me envió, ése es su nombre. Nicholas. La gente lo llama *el Transponedor*.

—¿Dónde está? —quiso saber Richard.

—No lo sé —soltó abruptamente el hombre mientras lloraba—. Recibí mis órdenes de mi oficial. Dijo que un Hermano de la Orden le llevó las órdenes.

Richard aspiró profundamente mientras se frotaba el coyote.

—¿Qué más sabes sobre ese Nicholas, aparte de que es un mago y de que lo llaman el Transponedor?

—Sólo sé que debo temerlo, como hacen mis oficiales.

—¿Por qué? ¿Qué sucede si se le disgusta? —preguntó Kahlan.

—Empala a aquellos que le disgustan.

Con el hedor a sangre y a carne quemada, unido a las cosas que estaba escuchando, Kahlan tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no vomitar. No sabía cuánto tiempo más resistiría su estómago si permanecían en aquel lugar, si aquel hombre le contaba cualquier cosa más.

Kahlan sujetó con suavidad el antebrazo de Richard.

—Por favor, Richard —musitó—, esto no nos está llevando en realidad a nada que sea útil. Por favor, ¿podemos marcharnos? Si se nos ocurre algo, podemos hacerle más preguntas más tarde.

—Ve a colocarte delante del carro —dijo Richard sin vacilar—. No quiero que ella tenga que mirarte.

El hombre inclinó la cabeza y se marchó a toda prisa.

—No creo que Jagang esté en su mente —indicó Kahlan—, pero ¿y si me equivoco?

—Por ahora, creo que deberíamos mantenerlo con vida. Andando por delante del carro, Tom podrá verlo con claridad. Si nos equivocamos, bueno. Tom es muy rápido con su cuchillo. — Richard resopló—. Ya he averiguado algo importante.

—¿Qué?

La mano de él en la parte baja de su espalda la empujó haciendo que empezara a moverse.

—Pongámonos en marcha y te lo contaré.

Kahlan pudo ver el carro aguardando en la lejana oscuridad. Los ojos de Tom siguieron al hombre cuando éste corrió a colocarse por delante de los enormes caballos de tiro y se quedó aguardando. Jennsen y Cara estaban en la parte trasera del vehículo. Friedrich se sentaba muy tieso en el pescante, junto a Tom.

—¿Cuántos? —gritó Richard a Cara mientras se acercaban al carro.

—Con los cuatro allí en las colinas de los que se ocupó Tom, y este de aquí, veintiocho.

—Esos son todos, entonces —dijo Richard con alivio.

Kahlan notó que la mano que él tenía posada en la parte baja de su espalda se apartaba.

Richard se detuvo tambaleante. Kahlan se paró junto a él, sin saber por qué se había detenido. Richard cayó al suelo sobre una rodilla. Kahlan se dejó caer al suelo junto a él, pasándole un brazo alrededor del cuerpo para sostenerlo. Él cerró con fuerza los ojos, presa de dolor y, con el brazo apretado contra el abdomen, se dobló hacia delante.

Cara saltó por encima del costado del carro y corrió junto a ellos.

No obstante lo exhausta que estaba Kahlan, la sacudida provocada por el pánico la puso totalmente alerta.

—Necesitamos llegar a la sliph —dijo a Cara así como a Richard—. Tenemos que llegar hasta Zedd y conseguir algunas respuestas... y algo de ayuda. Zedd puede ayudarnos.

Richard respiraba fatigosamente, incapaz de hablar mientras contenía el aliento para superar una oleada de intenso dolor. Kahlan se sintió impotente al no saber qué hacer para ayudarlo.

—Lord Rahl —dijo Cara, arrodillándose ante él—, se os ha enseñado a controlar el dolor. Debéis hacer eso, ahora. —Agarró un puñado de sus cabellos y le alzó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Pensad —ordenó—. Recordad. Poned el dolor en su lugar. ¡Hacedlo!

Richard le agarró con fuerza el antebrazo, como para darle las gracias por sus palabras.

—No podemos —consiguió por fin decir a Kahlan a través de su evidente sufrimiento—. No podemos entrar en la sliph.

—Debemos hacerlo —insistió ella—. La sliph es el medio más rápido.

—¿Y si penetro en la sliph, respiro a esa criatura de mercurio... y mi magia falla?

Kahlan estaba frenética.

—Pero debemos entrar en la sliph para llegar allí a toda prisa. —Temió decir “a tiempo”.

—Y si algo va mal, moriré —jadeó, intentando recuperar el aliento—. Sin magia, respirar a la sliph es la muerte. La espada me está fallando. —Trago saliva, tosió, respiró con dificultad—. Si mi don está provocando los dolores de cabeza, y eso está haciendo que la magia flaquee en mí, y entro en la sliph, estaré muerto en cuanto inhale por primera vez.

Una gélida oleada de terror recorrió las venas de Kahlan. Llegar hasta Zedd era la única esperanza de Richard. Aquél había sido su plan. Sin ayuda, los dolores de cabeza del don, lo matarían. No obstante, temía saber por qué la magia de su espada estaba fallando, y no era por los dolores de cabeza. Temía que fuera la misma cosa que había provocado que el sello se rompiera. El faro de advertencia daba testimonio de que ella era la causa de eso. Si era cierto, entonces ella era la causa de aquello y de mucho más.

Se dio cuenta de que, si tenía razón, si era cierto, entonces Richard tenía razón respecto a la sliph: entraren la sliph sería la muerte. Si ella tenía razón entonces él ni siquiera sería capaz de llamar a la sliph, y mucho menos usarla para viajar.

—Richard Rahl, si vas a echar por tierra mis mejores ideas, será mejor que tengas una idea propia que ofrecer.

Él daba boqueadas presa de un violento dolor. Y entonces Kahlan vio sangre cuando él tosió.

—¡Richard!

Tom con expresión de alarma, corrió hasta ellos. Cuando vio la sangre que corría por la barbilla de Richard, se quedó lívido.

—Ayudadlo a llegar al carro —dijo Kahlan, intentando mantener a voz firme.

Cara colocó el hombro bajo el brazo de Richard. Tom lo rodeó con un brazo y ayudó a Kahlan y a Cara a ponerlo en pie.

—Nicci —dijo Richard.

—¿Qué? —preguntó Kahlan.

—Querías saber si tenía una idea. Nicci.

El dolor le hizo jadear y luchó por recuperar el aliento. Aún más sangre hizo su aparición cuando tosió.

Nicci era una hechicera, no un mago. Richard necesitaba un mago. Incluso aunque tuvieran que viajar por tierra, podían ir a toda velocidad hasta allí.

—Pero Zedd estaría más capacitado para...

—Zedd está demasiado lejos —dijo él—. Necesitamos llegar hasta Nicci. Ella puede usar ambos lados del don.

Kahlan no había pensado en aquello. Quizás ella realmente podía ayudar.

A mitad de camino del carro, Richard se desplomó y tuvieron que hacer un supremo esfuerzo para mantener en alto su peso muerto. Con Tom sujetándolo por las axilas y Cara y Kahlan cada una sosteniendo una pierna, corrieron el resto del camino hasta el vehículo.

Tom, sin ayuda de Cara y Kahlan, izó a Richard al interior del carro. Jennsen desplegó a toda prisa otro saco de dormir, y depositaron allí a Richard con todo el cuidado que pudieron. Kahlan sintió como si se contemplase a sí misma reaccionar, moverse, hablar. Se negó a ceder al pánico.

Kahlan y Jennsen intentaron asomarse al interior, para ver cómo estaba, pero Cara las empujó fuera. La mord-sith se inclinó sobre Richard, acercando la oreja a su boca, escuchando. Con los dedos le buscó un pulso en un lado de la garganta. La otra mano le sostuvo la parte posterior del cuello, sin duda preparándose para sostenerlo y darle el aliento de la vida si tenía que hacerlo. Las mord-sith sabían sobre tales cosas; sabían cómo mantener a la gente con vida para poder prolongar su tortura. Cara sabía cómo usar aquellos conocimientos para salvar vidas también.

—Está respirando —dijo Cara a la vez que se erguía; posó una mano consoladora sobre el brazo de Kahlan—. Respira mejor ahora.

Kahlan asintió en señal de agradecimiento, no quería que su voz la delatara. Se acercó más a Richard, por el otro lado, mientras Cara le limpiaba a éste la sangre de la barbilla y la boca. Kahlan se sentía impotente. No sabía qué hacer.

—Viajaremos toda la noche —dijo Tom, volviendo la cabeza mientras se encaramaba al pescante.

Kahlan se obligó a pensar. Tenían que llegar hasta Nicci.

—No —dijo—. Es un largo camino hasta Altur'Rang. No estamos cerca de ninguna calzada; avanzar por campo abierto en la oscuridad es insensato. Si somos imprudentes y forzamos demasiado la marcha, acabaremos matando a los caballos... o podrían romperse una pata, lo que sería igual de malo. Si perdemos los caballos, ¿cómo vamos a poder cargar con Richard todo el camino y llegar a tiempo?

»Lo más sensato es ir justo tan deprisa como nos sea posible, pero también tenemos que descansar durante el trayecto para estar preparados en el caso de que volvieran a atacarnos. Tenemos que usar la cabeza o jamás lo conseguiremos.

Jennsen sostuvo la mano de Richard entre las suyas.

—Tiene ese dolor de cabeza... y peleó contra todos esos hombres..., quizá si pudiera dormir un poco, estaría mejor, luego.

Kahlan se sintió animada por aquella idea, incluso a pesar de que no creía que fuese tan sencillo. Se puso de pie en la plataforma del carro, dirigiendo la mirada al hombre que aguardaba a que ella le diera órdenes.

—¿Hay alguno más de vosotros? Más gente enviada a atacarnos o capturarnos? ¿Envío ese Nicholas a alguien más?

—No que yo sepa, señora.

Kahlan habló con Tom en voz baja:

—Si tan sólo da la impresión de que va a causar problemas, no vaciles. Mávalo.

Con un movimiento de cabeza, Tom asintió inmediatamente. Kahlan volvió a dejarse caer y le palpó la frente a Richard. Su piel estaba fría y húmeda.

—Será mejor que sigamos adelante hasta que encontremos un lugar que sea más fácil de defender. Creo que Jennsen tienen razón en lo de que necesita descanso; no creo que ir dando tumbos en la parte trasera de este carro vaya a ayudarlo. Todos necesitamos descansar un poco y luego ponernos en marcha con las primeras luces.

—Necesitamos encontrar un caballo —indicó Cara—. El carro es demasiado lento. Si podemos encontrar un caballo, cabalgaré como el viento, encontraré a Nicci y emprenderé el viaje de regreso con ella. De ese modo no tendremos que esperar hasta que lleguemos allí con el carro.

—Buena idea. —Kahlan alzó los ojos hacia Tom—. Pongámonos en marcha. Encuentra un lugar donde detenernos a pasar la noche.

Tom asintió mientras quitaba el freno. A instancias suyas, los caballos arrojaron todo su peso contra los horcates y el carro avanzó tambaleante.

Betty, lloriqueando quedamente, se tumbó junto a un inconsciente Richard y apoyó la cabeza sobre su hombro. Jennsen acarició la cabeza de la cabra.

Kahlan vio que unas lágrimas descendían por las mejillas de la muchacha.

—Siento lo de *Robín*.

Betty alzó la cabeza y emitió un balido lastimero.

Jennsen asintió.

—Richard se pondrá bien —dijo con la voz ahogada por las lágrimas mientras tomaba la mano de Kahlan—. Sé que lo hará.

17

Zedd creyó oír algo.

La cucharada de estofado que estaba a punto de introducir en su expectante boca se detuvo en el aire. Zedd permaneció inmóvil, escuchando.

A menudo, el Alcázar le había parecido vivo, como si respirara. De vez en cuando incluso daba la impresión de que estuviera emitiendo un tenue suspiro. Desde que era un muchacho, Zedd había oído sonoros chasquidos que jamás podía localizar. Sospechaba que tales sonidos eran con casi toda probabilidad los macizos bloques de piedra asentándose, chasqueando a medida que cedían terreno ante un vecino. Había bloques de piedra en los cimientos del Alcázar que eran del tamaño de palacios pequeños.

Una vez, cuando Zedd no tenía más de diez o doce años, un sonoro chasquido había recorrido todo el Alcázar como si el lugar hubiese sido golpeado con un martillo gigante. Salió corriendo de la biblioteca, donde estaba estudiando, y se encontró con que otras personas salían de habitaciones situadas por todo el pasillo, que miraban a su alrededor, susurrándose su preocupación unas a otras. El padre de Zedd le había explicado más tarde que uno de los enormes bloques de los cimientos se había agrietado de repente, y que si bien no representaba ningún problema estructural, el brusco chasquido de un trozo de granito tan enorme se había oído por todo el Alcázar. Si bien tales incidencias eran raras, no fue la última vez que oyó un sonido tan inofensivo, pero aterrador, en el Alcázar.

Y luego estaban los animales. Los murciélagos volaban sin trabas por ciertas zonas del Alcázar. Había torres que se alzaban a alturas vertiginosas, algunas vacías por dentro, a excepción de escaleras de piedra que ascendían en espiral por dentro en su camino hacia una habitación pequeña situada en lo alto, o a una terraza de observación. En las polvorientas serpentinadas de luz solar que traspasaban los oscuros interiores de aquellas torres se podía ver revolotear a millares de insectos. Los murciélagos adoraban las torres.

También vivían ratas en otras zonas del Alcázar. Correteaban y chillaban, en ocasiones provocando algún susto. Los ratones eran corrientes en algunos lugares y hacían ruido al arañar y roer cosas. Y luego estaban los gatos, vástagos de antiguos cazadores de ratones y mascotas, pero en la actualidad todos ellos asilvestrados, que vivían alimentándose de ratas y ratones. Los gatos también cazaban las aves que entraban y salían de aberturas sin cubrir para alimentarse de insectos, o para construir nidos en huecos elevados.

A veces se oían sonidos horribles cuando un murciélago, un ratón, un pájaro o incluso un gato iban a algún lugar al que no les era permitido ir. Los escudos estaban pensados para mantener a las personas lejos de zonas peligrosas o restringidas, pero también estaban colocados para impedir el acceso no autorizado a muchos de los objetos que el Alcázar almacenaba y protegía. Esos escudos no hacían distinciones entre los humanos y los animales.

De lo contrario, al fin y al cabo, un perro doméstico que se introdujera inocentemente en una zona restringida podría teóricamente hacerse con un talismán peligroso y llevárselo muy orgulloso a su pequeño amo, que podía entonces quedar expuesto a algún peligro. Los que colocaron los escudos también eran conscientes de que era posible que personas sin escrúpulos adiestraran animales para que fueran a zonas restringidas, se apoderaran

de lo que pudieran transportar y se lo llevaran a la persona que los había enviado. Puesto que no sabían qué animal podría ser adiestrado para tal tarea, los escudos estaban creados para rechazar todo lo que tuviera vida. Si un murciélago intentaba cruzar el escudo equivocado, quedaba incinerado.

Existían escudos en el Alcázar que ni siquiera Zedd podía cruzar porque requerían los dos lados del don y él sólo poseía el de Suma.

Algunos de los escudos adoptaban la forma de una barrera mágica que impedía físicamente el paso, bien restringiendo el movimiento o produciendo una sensación tan desagradable que uno era incapaz de obligarse a ir más allá. Aquellos escudos estaban pensados para impedir que personas o niños sin el don entraran en ciertas áreas, no para impedir el acceso a los que tenían el don, de modo que no era necesario que aquellos escudos matasen.

Pero tales escudos sólo funcionaban con los que carecían del don.

En otros lugares, la entrada estaba rigurosamente prohibida a todo el mundo, salvo a aquellos que no poseyeran la habilidad apropiada, sino la debida autoridad. Sin esa habilidad o autoridad, los escudos acababan con cualquiera. Los escudos mataban animales de un modo tan infalible, con tanta efectividad, como matarían a cualquier intruso.

Tales escudos emitían advertencias en forma de calor, luz o cosquilleos, como un aviso destinado a impedir que la gente se acercara a ellos sin querer; al fin y al cabo, el lugar era tan inmenso que resultaba bastante fácil perderse. Tales avisos también funcionaban con los animales, pero de vez en cuando un gato perseguía a un ratón aterrorizado hasta un escudo letal, y a veces el mismo gato, corriendo tras la presa, también se lanzaba de cabeza contra él.

Mientras Zedd aguardaba, aguzando el oído, el silencio se prolongó. Si realmente había oído algo, podría haberse tratado de un movimiento del Alcázar, o de un animal chillando al acercarse a un escudo, o incluso de una ráfaga de viento. Lo que hubiese sido, estaba en silencio ahora. La cuchara de madera repleta de estofado completó su trayecto.

—Aumm... —masculló Zedd, sin dirigirse a nadie en concreto—. ¡Delicioso!

Con gran desilusión por su parte, al probarlo por primera vez se había encontrado con que el estofado aún no estaba hecho. En lugar de apresurar el proceso con un poco de magia, e incurrir posiblemente en la ira de Adie por entrometerse en su preparación. Zedd se había sentado en el sofá y se había resignado a leer durante un rato.

Los libros ofrecían la posibilidad de información valiosa que podría ayudarles en modos que no podían predecir. De vez en cuando, mientras leía, comprobaba el progreso del estofado, con bastante paciencia, en su opinión.

Ahora finalmente parecía estar listo. Los pedazos de jamón estaban tan tiernos que se deshacían cuando los presionaba contra el paladar con la lengua. Todo el contenido de la olla, que borboteaba deliciosamente, se había fusionado: cebollas, zanahorias y nabos, un toque de ajo y un ramillete de especias, todo ello acompañando a los pedazos de jamón, algunos todavía con grasa crujiente en el borde.

Con gran irritación por su parte, Zedd había advertido hacía ya rato que Adié no había hecho panecillos. Al estofado le iban bien los panecillos. Debería haber panecillos. Decidió que una escudilla de estofado le bastaría hasta que ella regresase e hiciera unos cuantos. Debería haber panecillos. Era lo apropiado.

No sabía adonde había ido Adié. Puesto que él había estado abajo, en Aydindril, la mayor parte del día, se dijo que ella probablemente había ido a una de las bibliotecas a buscar en los libros cualquier cosa que pudiera ser útil. Era una gran ayuda descubriendo libros potencialmente relevantes en las bibliotecas. Puesto que procedía

de Nicobarese, Adié buscaba libros en ese idioma, y, debido a que había libros por todo el Alcázar, no había forma de saber dónde estaba.

También había almacenes repletos de estantes y más estantes llenos de huesos. Otras estancias contenían hileras de altos archivadores, cada uno con cientos de cajones. Zedd había visto huesos de criaturas allí que no conocía. Adié era una especie de experta en huesos. Había vivido durante una buena parte de su vida aislada, a la sombra del límite. La gente que vivía en la zona le había tenido miedo; la llamaban “la mujer de los huesos” porque los coleccionaba. Estos habían estado por todas partes en su casa. Algunos de aquellos huesos la protegían de las criaturas que salían del límite.

Zedd suspiró. Libros o huesos, no había modo de saber dónde estaba. Además de eso, existían muchas cosas en el Alcázar que resultarían de gran interés para una hechicera. Incluso podría simplemente haber querido dar un paseo, o subir a un bastión para contemplar el cielo y pensar.

Era mucho más fácil esperar a que regresara que lanzarse en su busca. Quizá debería haber puesto una de las campanillas alrededor del cuello de su amiga.

Canturreó para sí mientras vertía un poco de estofado en una escudilla de madera. De nada servía aguardar con el estómago vacío, decía él siempre; eso sólo hacía que uno actuara como un cascarrabias. Realmente era mejor tomar un tentempié y estar de buen humor que esperar y sentirse deprimido. Sería una mala compañía si se sentía deprimido.

Cuando echaba la octava cucharada de estofado a la escudilla, oyó un sonido.

Su mano se quedó inmóvil sobre la barboteante olla.

A Zedd le pareció haber oído el tintineo de una campanilla.

Zedd no era propenso a dejarse llevar por la imaginación ni a mostrarse aprensivo de un modo injustificado, pero un escalofrío helado le hormigueó por todo el cuerpo como si le hubiesen tocado los dedos gélidos de un espíritu desde otro mundo. Se quedó quieto, parcialmente inclinado hacia el puchero y parcialmente vuelto hacia el pasillo, escuchando.

Podía ser un gato. A lo mejor no había atado el fino cordel lo bastante alto y, al pasar un gato por debajo, había agitado la cola y hecho sonar la campanilla. A lo mejor un gato estaba siendo travieso y mientras permanecía sentado sobre los cuartos traseros, moviendo la cola de un lado a otro, había dado un golpe a la campanilla. Podía tratarse de un gato.

O quizás un pájaro se había posado sobre el cordel para pasar allí la noche. Una persona no podía atravesar los escudos y por lo tanto tropezar con uno de los cordeles con campanilla. Zedd había colocado escudos extra. Tenía que ser un animal: un gato o un pájaro.

Si era así, si nadie podía franquear los escudos habituales y los extra que había colocado, entonces ¿por qué había colgado campanillas?

No obstante la plausible explicación, sus cabellos casi estaban erizados. No le gustaba el modo en que había sonado la campanilla; había algo en el sonido que le indicaba que no era un animal. El sonido había sido demasiado firme, demasiado brusco, se había detenido con demasiada rapidez.

Comprendió que sí había sonado una campanilla. No lo estaba imaginando. Intentó recrear el sonido mentalmente para imaginar la forma que había tropezado con la cuerda.

Depositó sin hacer ruido la escudilla sobre un lado del hogar de granito. Se irguió, escuchando con un oído suelto hacia el corredor del que había llegado el sonido de la campanilla, y su mente recorrió rauda un mapa de todas las campanillas que había colocado.

Necesitaba estar seguro.

Atravesó sigilosamente la puerta y pasó al corredor, la parte posterior de su hombro rozó la pared enyesada mientras iba hasta el primer cruce a su derecha, observando no tan sólo al frente sino también detrás. Nada se movía en el pasillo. Se detuvo para echar una ojeada al pasillo situado a la derecha. Al hallarlo despejado, dobló la esquina.

Zedd paso veloz ante puertas cerradas, ante un tapiz, de viñedos que siempre le había parecido bastante mal ejecutado, ante una entrada vacía a una habitación con una ventana que daba a un profundo pozo entre torres situadas en una muralla muy alta, y dejó atrás otros tres cruces hasta llegar a la primera escalera. Dobló a toda velocidad la esquina situada a la derecha, y ascendió por la escalera, que describía una curva a la izquierda. De ese modo podía regresar en dirección a la red de pasillos en los que había colocado la telaraña de campanillas sin usar aquellos mismos pasillos.

Zedd siguió un mapa mental de una compleja maraña de pasadizos, pasillos, habitaciones y callejones sin salida que, a lo largo de toda una vida, había llegado a conocer muy bien. Siendo Primer Mago, tenía acceso a todos los lugares del Alcázar, a excepción de aquellos que requerían Magia de Resta. Había unos cuantos lugares en los que podía desorientarse, pero éste no era uno de ellos.

Sabía que, a menos que alguien le siguiera los pasos, tendrían que retroceder o pasar por un lugar donde había instalado trampas de magia intrincada. Si no veían el cordel, harían sonar otra campanilla. Entonces estaría seguro.

A lo mejor era Adie. Quizá simplemente no había visto el negro cordel tendido. A lo mejor le había irritado que él hubiese colgado campanillas y había hecho sonar una simplemente para sacarlo de quicio.

No, Adie no era así. Podría agitar un dedo ante él y soltar un cáustico sermón sobre por qué no estaba de acuerdo en que poner cuerdas era una acción eficaz, pero no haría broma con algo pensado para advertir de un peligro. No. Adie posiblemente podría haber hecho sonar la campanilla por accidente, pero no lo habría hecho de un modo deliberado.

Sonó otra campanilla. Zedd giró en redondo hacia el sonido y luego se quedó inmóvil.

La campanilla había sonado en el lugar equivocado... en el otro extremo de un invernadero. Estaba demasiado lejos de la primera para que nadie hubiese podido llegar hasta allí tan pronto. Tendrían que haber subido por la escalera de una torre, cruzar un puente hasta un bastión, recorrer una pasarela estrecha en la oscuridad, dejar atrás varias intersecciones hasta efectuar el giro correcto, una rampa en espiral y llegar abajo a través de una maraña de corredores para poder romper el cordel.

A menos que hubiera más de una persona.

La campana había tintineado con una veloz sacudida y luego repiqueteado mientras daba botes sobre piedra. Era una persona que había dado un traspié con el cordel y enviado la campanilla correteando por el suelo de piedra.

Zedd cambió su plan. Giró y echó a correr por un corredor estrecho a la izquierda, ascendiendo por la primera escalera, subiendo los peldaños de roble de tres en tres. Tomó la bifurcación de la derecha en el rellano, corrió hasta la segunda escalera de caracol de piedra tallada y subió tan rápido como se lo permitían las piernas. Un pie le resbaló en las estrechas cuñas de peldaños que ascendían en espiral y se golpeó la espinilla. Se detuvo apenas durante un segundo para hacer una mueca de dolor. Usó el tiempo para consultar su mapa mental del Alcázar, y luego volvió a ponerse en marcha.

En lo alto, cruzó como una exhalación un corto pasillo revestido con paneles, deteniéndose con un patinazo sobre el lustroso suelo de arce. Empujó con el hombro una pequeña puerta de roble rematada en arco. Lo saludó un ciclo estrellado. Inhaló con fuerza bocanadas de fresco aire nocturno mientras corría por el estrecho

baluarte. Se detuvo dos veces para atisbar abajo, por las ranuras de los almenados parapetos. No vio a nadie. Eso era una buena señal: sabía dónde tenían que estar si no daban un rodeo.

Siguió corriendo por el tramo entre torres, con la túnica ondeándole a la espalda, cruzando toda la sección del Alcázar en la que habían sonado ambas campanillas, muy por debajo de donde estaba, Quería colocarse detrás de quienquiera que hubiese tropezado con los cordeles. Si bien habían tropezado con campanillas situadas en lados opuestos del invernadero, tenían que haber entrado por la misma ala; eso sí lo sabía. Quería colocarse detrás de ellos, atraparlos antes de que pudieran llegar a una zona desprotegida, donde encontrarían una apabúllame diversidad de corredores. Si consiguieran llegar allí y ocultarse en aquella zona, le costaría una barbaridad sacarlos.

Su mente trabajaba a la misma velocidad que se movían sus pies mientras intentaba pensar, intentaba recordar todos los escudos, intentaba averiguar cómo alguien había podido cruzar las defensas hasta llegar a aquella ala en la que estaban colocadas las campanillas que habían sonado. Existían escudos que habrían hecho eso imposible. Debía tener en cuenta miles de corredores y pasadizos en el Alcázar, había muchas rutas potenciales. Era igual que un complejo rompecabezas de múltiples niveles, y no obstante lo concienzudo que había sido, era posible que se le hubiese pasado por alto alguna cosa. Se le tenía que haber pasado algo por alto.

Había habitaciones o incluso secciones enteras que estaban defendidas y no se podía acceder a ellas, pero a menudo se las podía sortear. Incluso aunque un vestíbulo estuviese protegido en ambos extremos, uno todavía podía encontrar el modo de llegar al otro extremo del vestíbulo y encaminarse hacia lo que fuese que hubiese más allá. Eso era intencionado; si bien las habitaciones podrían haber contenido artículos mágicos peligrosos que había que mantener encerrados, era necesario que existieran modos de llegar hasta ellos, y acceder más allá a otras habitaciones que podrían, de vez en cuando, tener también un acceso restringido. La mayor parte del Alcázar era así: un laberinto tridimensional con casi infinitas rutas posibles.

Para el incauto, también podía ser un mortífero campo de trampas. Había lugares cubiertos de capas de barreras de advertencia y otros artilugios que mantendrían alejada a una persona. Aparte de aquellas capas protectoras, los escudos no ofrecían la menor advertencia antes de matar. Los intrusos no sabrían que había escudos insertados más allá, y que penetraban en una trampa. Tales escudos estaban diseñados así para matar a los intrusos; la falta de advertencia era deliberada.

Zedd supuso que era posible que alguien circunvalara todos los escudos y se abriera paso hasta las profundidades del lugar y de ese modo hiciera sonar aquellas campanillas concretas, pero por más que lo intentara no conseguía seguirles la pista a todos los pasos necesarios. Pero quienquiera que fuesen, no tardarían en quedar atrapados en el laberinto y entonces, si no los mataba un escudo, él podría ocuparse de ellos.

Miró fijamente más allá de torres, baluartes, puentes, escaleras quedaban a habitaciones que se proyectaban desde murallas altísimas, sobre la ciudad de Aydindril allá abajo, en aquellos momentos completamente oscura y con el aspecto de una ciudad muerta. ¿Cómo había conseguido alguien cruzar el puente de piedra y subir hasta el Alcázar?

Una Hermana de las Tinieblas quizá. A lo mejor una de ellas había usado Magia de Resta para dismantelar su escudo. Pero incluso si una lo había hecho, los escudos del Alcázar eran diferentes. La mayoría de ellos habían sido colocados por los magos en épocas remotas, magos con ambos lados del don. Una Hermana de las Tinieblas no sería capaz de traspasar tales escudos; habían sido diseñados para resistir a magos enemigos de aquella época, y éstos eran mucho más poderosos que cualquier simple Hermana de las Tinieblas.

Y ¿dónde estaba Adié? Tendría que haber regresado. Deseó ahora haber ido en su busca. La mujer necesitaba saber que había alguien en el Alcázar. A menos que ya lo supiera. A menos que ya la tuvieran.

Zedd se dio la vuelta y corrió por la muralla. Al llegar al bastión que se proyectaba al exterior, sujetó la barandilla lateral para detener su carrera y doblar a toda velocidad la esquina. Descendió a la carrera los oscuros peldaños.

Mediante el don, pudo percibir que no había nadie en las inmediaciones. Puesto que no había nadie cerca, eso significaba que había conseguido colocarse detrás de ellos. Los tenía atrapados.

Al pie de los peldaños, abrió de golpe la puerta e irrumpió en el vestíbulo situado al otro lado.

Chocó contra un hombre que había allí de pie, aguardando.

La velocidad que llevaba Zedd derribó al hombretón. Ambos cayeron enredados, deslizándose juntos por el pulido suelo de mármol verde y amarillo, ambos forcejeando. Zedd no podría haberse sentido más sorprendido. Su sentido del don le decía que el hombre no estaba allí. Su sentido del don evidentemente se equivocaba. La desorientación al haber tropezado con un hombre cuando había percibido que el vestíbulo estaba vacío lo desconcertó más que el haber caído de bruces.

A la vez que rodaba, Zedd lanzaba telarañas mágicas para atrapar al hombre en una trampa mágica. El desconocido, por su parte, se abalanzó para atrapar a Zedd con sus recios brazos.

En un acto desesperado, no obstante la corta distancia, Zedd extrajo calor suficiente del aire circundante para soltar un rayo atronador y lanzárselo a hombre. El cegador estallido abrió un surco negro en el bloque de piedra que tenía detrás.

Sólo cuando ya era demasiado tarde comprendió Zedd que la descarga de mortífero poder había pasado a través del hombre sin el menor efecto. El vestíbulo se llenó de fragmentos de piedra que silbaban por todas partes, rebotando en paredes y techo, y brincando por el suelo.

El extraño aterrizó sobre Zedd, dejándolo sin aire. Chillando desesperadamente en petición de ayuda, el intruso luchó con Zedd sobre el resbaladizo suelo. Zedd improvisó una defensa débil y torpe, para dar al hombre una falsa sensación de seguridad, hasta que consiguió estrellar una rodilla con fuerza en el esternón de su atacante. Éste lanzó un grito tanto de sorpresa como de dolor mientras se echaba rápidamente hacia atrás, jadeando para recuperar el resuello.

El haber absorbido tanto calor del aire había dejado a Zedd tan helado como una noche de invierno. Las nubes del aliento de ambos inundaron el frío aire mientras los dos hombres jadeaban por el esfuerzo de la pelea. El extraño volvió a gritar pidiendo ayuda.

Zedd habría supuesto que cualquiera tendría miedo de atacar a un mago sólo mediante la fuerza. Aquel hombre, no obstante, no temía a la magia. Incluso si no lo había sabido antes, la evidencia era en aquellos momentos muy clara. Con todo, a pesar de que el hombre doblaba en tamaño a su oponente, tenía como mínimo un tercio de su edad, y era inmune a los conjuros que se le lanzaban, Zedd se dijo que peleaba más bien... remilgadamente.

Sin embargo, por tímido que fuera, también era decidido. Se alzó como pudo para reanudar el ataque. Si le partía el cuello a Zedd, no importaría que lo hiciera tímidamente.

Mientras el intruso volvía a ponerse en pie y arremetía contra él, Zedd echó los brazos hacia atrás, con los codos doblados y los dedos extendidos, y lanzó más rayos, pero en esta ocasión sabía que no debía malgastar sus esfuerzos intentando derribar a un hombre al que no afectaba la magia. En su lugar, Zedd intentó arañar el techo con los mágicos rayos de energía, listos se estrellaron contra la piedra con una violencia desmedida, desgarrando y astillando secciones enteras, lanzando afilados fragmentos irregulares por los aires.

Una piedra del tamaño de un puño que pasó volando a una velocidad tremenda chocó contra el hombro del extraño. Por encima del estruendo del atronador poder, Zedd oyó cómo se le partían unos huesos. El impacto hizo girar al hombre en redondo y lo arrojó hacia atrás, contra la pared. Puesto que Zedd sabía ahora que aquel

intruso no podía ser dañado por la magia, en su lugar inundó el vestíbulo con una ensordecedora tormenta mágica diseñada no para acometer directamente al hombre sino para hacer pedazos el lugar en una nube de mortíferos fragmentos volantes.

El intruso volvió a arrojar sobre Zedd. Le recibió una lluvia de mortíferos fragmentos que silbaban por el aire hacia él. El hombre quedó hecho jirones y la pared situada detrás se cubrió de sangre. En un abrir y cerrar de ojos, murió y cayó pesadamente al suelo.

Desde el otro lado del humo y el polvo que inundaban el vestíbulo, otros dos hombres se abalanzaron repentinamente sobre Zedd. Su sentido del don le indicó que, al igual que el primero, aquellos hombres tampoco estaban allí.

Zedd lanzó más rayos para que volaran piedras contra los hombres, pero éstos ya habían atravesado las llamaradas de energía y se abalanzaban sobre él. Cayó sobre la espalda, con los hombres encima. Le sujetaron los brazos.

Zedd forcejeó frenéticamente para liberar un rayo, Empezó a arremolinar el aire sobre los hombres para hacer pedazos el lugar, y a ellos con él.

Una enorme mano con un mugriento trapo blanco descendió con fuerza sobre el rostro de Zedd. Éste jadeó, inhalando entonces un potente olor que hizo que su garganta quisiera cerrarse herméticamente, aunque demasiado tarde.

Con la tela y la enorme mano cubriéndole todo el rostro, Zedd no podía ver. El mundo giró.

Una oscuridad blanda y silenciosa se apretujó a su alrededor mientras luchaba por oponerse a ella, hasta que perdió el conocimiento.

18

Zedd despertó con la cabeza dándole vueltas y el estómago agitado por las náuseas. No creía que se hubiese sentido jamás tan mal en toda su vida. No había creído que fuera posible sentir unas ganas tan intensas de vomitar. Le era imposible alzar la cabeza. Deseó morir en aquel mismo instante, ya que sería una grata liberación a aquella agonía.

Hizo intención de poner las manos sobre la luz que le hería los ojos, pero descubrió que tenía las muñecas atadas a la espalda.

—Creo que está despertando —dijo un hombre con una voz servil.

A pesar de sus náuseas, Zedd intentó usar su don para percibir cuántas personas había a su alrededor. Por algún motivo, el don que generalmente fluía con la misma facilidad que el pensamiento, con la misma sencillez con la que ven los ojos, y los oídos oyen, pareció espeso y lento, como preso en melaza. Razonó que posiblemente era el resultado de la repugnante sustancia con la que habían empapado el trapo para hacerle perder el conocimiento. Con todo, logró percibir que sólo había una persona a su alrededor.

Unas manos forzudas agarraron su túnica y lo levantaron de un tirón. Zedd decidió vomitar. Contrariamente a lo que esperaba, no pudo hacerlo. La oscura noche dio vueltas ante su visión borrosa. Pudo distinguir árboles recortándose contra el cielo, estrellas, y la imponente forma negra del Alcázar.

De improviso, una lengua de fuego se encendió en el aire. Zedd pestañeó ante la inesperada luminosidad. La pequeña llama, ondulando con un movimiento perezoso, flotaba sobre la palma vuelta hacia arriba de una mujer de hirsutos cabellos grises. Zedd vio a otras personas en las sombras. Al igual que el hombre que lo había atacado, también aquéllas tenían que ser personas que no se veían afectadas por la magia.

La mujer de pie ante él lo miró atentamente. Su expresión se crispó con una malsana aversión.

—Bien, bien, bien —dijo con condescendencia—. El gran mago en persona despierta.

Zedd no dijo nada. Ello pareció divertirla. Su temible expresión ceñuda y su nariz curva, iluminadas por la llama que sostenía sobre la palma de la mano, lloraron más cerca de él.

—Eres nuestro —siseó.

Zedd, tras haber aguantado pacientemente, inició el necesario giro mental del don en todo su recorrido hasta el alma para poder simultáneamente invocar rayos, concentrar aire para cortar en dos a aquella mujer y recoger toda piedra y guijarro de las cercanías para aplastarla bajo una avalancha. Esperaba que la noche se iluminara con la cantidad de poder que desencadenó y lanzó.

Nada sucedió.

No queriendo malgastar tiempo en analizar cuál podía ser el problema, se vio forzado a abandonar sus preferencias y a encender el mismísimo fuego de mago para consumirla.

Nada sucedió.

No sólo no sucedió nada, sino que pareció como si el intento en sí no fuese más que un guijarro cayendo a un enorme pozo oscuro. La expectativa se desvaneció ante lo que encontró en su propio interior: una especie de espantoso vacío.

Zedd sintió como si no pudiera encender una lengua de fuego que igualase a la de la mujer ni aunque su vida dependiera de ello. De algún modo se le impedía dar a su habilidad cualquier forma útil, aparte de obtener una vaga conciencia. Probablemente una persistente consecuencia de la sustancia apestosa que le habían presionado contra la cara para que perdiera el conocimiento.

Puesto que no podía reunir ningún poder, Zedd hizo lo único que podía: le escupió a la cara.

Con la velocidad del rayo, ella lo abofeteó con el dorso de la mano, derribándolo de los brazos de los hombres que lo sostenían. Incapaz de usar las manos para frenar la caída, Zedd chocó contra el suelo con inesperada violencia. Permaneció tumbado en el polvo durante un momento, con los oídos zumbando por el golpe recibido, aguardando a que alguien se inclinara sobre él y lo matara.

En su lugar, volvieron a izarlo. Uno de los hombres lo agarró de los cabellos y le alzó con fuerza la cabeza, obligándolo a mirar a la mujer a la cara. La expresión de pocos amigos que vio allí daba la impresión de ser consustancial a ella.

La mujer le escupió al rostro.

Zedd sonrió.

—Vaya, aquí tenemos a una criatura malcriada jugando al juego de pagar con la misma moneda.

Zedd lanzó un gruñido ante el repentino impacto de un dolor fortísimo que le retorció el interior del abdomen. Si aquellos hombres no lo hubiesen estado sosteniendo por debajo de los brazos, se habría doblado hacia delante y caído al suelo. No estaba muy seguro de cómo lo había hecho ella: probablemente con un puñetazo de aire descargado con todo el poder de su don. La mujer había dejado que el aire reunido tomara forma flojamente, en lugar de concentrarlo en un borde afilado, o de lo contrario este lo habría partido en dos. En todo caso, él sabía que le saldría un cardenal en el estómago. La espera fue larga y desesperada antes de que lucra capaz de volver a respirar.

Los hombres que su don decía que no estaban allí lo enderezaron.

—Me decepciona descubrir que estoy en las manos de una hechicera que es incapaz de mostrar más inventiva que eso —se burló Zedd.

Aquello hizo aparecer una sonrisa en la expresión adusta de la mujer.

—No te preocupes, mago Zorander, su Excelencia desea vivamente tu escuálido pellejo. El llevara a cabo un juego de ojo por ojo y diente por diente que creo encontraras lleno de inventiva. He aprendido que, en lo referente a crueldad inventiva, su Excelencia no tiene igual. Estoy segura de que no te decepcionará.

—Entonces, ¿a qué estamos aguardando aquí? Me muero de ganas por tener unas palabras con su Excelencia.

Mientras los hombres le sujetaban la cabeza hacia atrás, la mujer pasó una uña por el costado de su rostro y a través de la garganta, no con fuerza suficiente para hacer aflorar la sangre, pero lo bastante para insinuar su crueldad contenida. Volvió a inclinarse hacia él y enarcó una ceja. A Zedd le corrió un escalofrío por la espalda.

—Imagino que tienes ideas magníficas respecto a tal visita, sobre lo que crees que harás o dirás.

Alargó una mano y pasó un dedo alrededor de algo que él llevaba al cuello. Cuando le dio un fuerte tirón, Zedd advirtió que llevaba un collar de alguna clase. Por el modo en que se le clavaba en la carne en la nuca, tenía que ser de metal.

—Adivina qué es —dijo ella—. Sólo adivínalo.

Zedd suspiró.

—Realmente eres una mujer fastidiosa. Pero imagino que lo has oído con mucha frecuencia.

Ella hizo caso omiso de su pulla, ansiosa por ser mensajera de malas noticias. Su sonrisa burlona se ensanchó.

—Es un rada'han.

La sensación de alarma de Zedd aumentó, pero impidió que asomara el menor atisbo de ella a su rostro.

—¿Ah sí? —Hizo una pausa para soltar un prolongado bostezo—. Bueno, no esperarías que a una mujer de tu limitado intelecto se le ocurriera algo ingenioso.

La mujer le estrelló una rodilla contra la entrepierna. Zedd se dobló hacia delante incapaz de reprimir un quejido. No había esperado algo tan ordinario. Los hombres lo irguieron violentamente, sin darle tiempo a recuperarse. Verse enderezado le provocó un jadeo agónico. Tenía los dientes apretados, los ojos llenos de lágrimas y las rodillas se le doblaron, pero los hombres lo sostuvieron.

La sonrisa de la mujer empezaba a resultar fastidiosa.

—¿Lo ves, mago Zorander? Ser ingenioso no es necesario.

Zedd comprendió su punto de vista pero no lo dijo.

El Primer Mago se preparaba ya para abrir el maldito collar que llevaba al cuello. Lo habían «capturado» anteriormente —la Prelada en persona y había llevado un rada'han alrededor del cuello, igual que un muchacho nacido con el don que necesitara ser adiestrado. Las Hermanas de la Luz ponían un collar como aquel a aquellos muchachos para que el don no los lastimara antes de que pudieran aprender a controlarlo. A Richard lo habían capturado y le habían colocado un rada'han después de que el don despertara en él.

El collar se usaba también para controlar al joven mago que lo llevaba, para infligir dolor cuando las Hermanas lo consideraban necesario. Zedd comprendía las razones de la Prelada para querer la ayuda de Richard, puesto que sabían que había nacido con los dos lados del don, y, también, les preocupaban las fuerzas siniestras que lo perseguían, pero jamás pudo perdonarla por ponerle un collar a Richard. Un mago necesitaba ser instruido por un mago, no por una pandilla insensata como eran las Hermanas de la Luz.

La Prelada, no obstante, no había albergado ninguna ilusión sobre poder adiestrar realmente a Richard para que fuese un mago. Le había puesto el collar para hacer salir a las traidoras ocultas en su rebaño: a las Hermanas de las Tinieblas.

Sin embargo, a diferencia de Richard, Zedd sabía cómo quitarse aquel artilugio repugnante del cuello. De hecho, lo había hecho antes, cuando a la Prelada se le había ocurrido ponerle un collar y obligarlo así a cooperar.

Usó un hilillo de poder para sondear la cerradura, no abiertamente, no fuera que aquella mujer pudiese advertirlo, pero justo lo suficiente para localizar el hechizo en el que podría concentrar su habilidad para hacer saltar el cerrojo.

Cuando llegara el momento, cuando los pies los sostuvieran firmemente, cuando la cabeza le dejara de dar vueltas, pondría fin al dominio del collar. En ese mismo instante, antes de que ella supiese qué había sucedido, él liberaría fuego de mago e incineraría a aquella mujer.

Ella volvió a meter un dedo por debajo del collar y dio otro tirón.

—La cuestión es, mi querido mago, que yo esperaría que un hombre de tu célebre talento supiera cómo quitarse un aparato como este.

—¿De veras? ¿Soy célebre? —Zedd le lanzó una repentina sonrisa—. Eso es muy gratificante.

La mujer le mostró una sonrisa de puro desdén, fruto del total desprecio que sentía por él. Con el dedo introducido en el collar tiró de él para acercarlo a su retorcida expresión. Hizo caso omiso de sus palabras y siguió diciendo:

—Puesto que su Excelencia se sentiría sumamente contrariado en el caso de que consiguieras quitarte el collar, he tomado medidas para asegurar que tal cosa no suceda. Usé Magia de Resta para soldarlo.

Vaya, aquello era un problema.

La mujer hizo una señal con la cabeza a los hombres. Zedd echó una ojeada a cada lado para mirarlos y advirtió por vez primera que tenían los ojos húmedos. Le impresionó advertir que lloraban.

Llorando o no, siguieron las órdenes de la mujer, alzándolo sin miramientos y arrojándolo a la parte trasera de un carro como si fuera un leño.

Zedd aterrizó junto a otra persona.

—Me alegro de ver que estás vivo, viejo amigo —dijo una voz queda.

Era Adié. Tenía un lado del rostro hinchado y sangrando. Parecía como si le hubiesen dado de garrotazos. También tenía las muñecas atadas a la espalda. Vio, asimismo, que tenía lágrimas en las mejillas.

Le partió el corazón verla herida.

—Adié, ¿qué te han hecho?

—No tanto como tienen intención de hacer, me temo —respondió ella con una sonrisa.

Bajo la débil luz de un farol, Zedd pudo ver que llevaba, también, uno de los horribles collares.

—Tu estofado era excelente —comentó él.

Adié gimió.

—Por favor, viejo amigo, no me menciones la comida justo ahora.

Zedd volvió con cuidado la cabeza y vio a más hombres aguardando en la oscuridad. Habían estado detrás de él, de modo que no había advertido su presencia antes. Su don no le había dicho que estaban allí.

—Creo que estamos metidos en un buen problema —susurró.

—¿De veras? —preguntó Adié—. ¿Qué hace que pienses eso?

Zedd sabía que ella sólo intentaba hacerle sonreír, pero no consiguió casi nada.

—Lo siento, Zedd.

Él asintió lo mejor que pudo tumbado de costado con las muñecas atadas a la espalda.

—Pensé que era muy listo al colocar todas aquellas trampas. Por desgracia, tales trampas no funcionan con aquellos que no se ven afectados por la magia.

—No podías saber tal cosa —respondió Adié en tono consolador.

Zedd se sumió en un amargo pesar.

—Debería haberlo tenido en cuenta después de que tropezásemos con aquella chica allá abajo, en el Palacio de las Confesoras, en primavera. Debería haber comprendido el peligro. —Clavó la mirada a lo lejos, al interior de la oscuridad—. Le hice el mismo servicio a nuestra causa que un idiota.

—Pero ¿de dónde han salido? —Adié parecía a punto de dejarse llevar por el pánico—. Jamás había tropezado con una de tales personas en toda mi vida, y ahora hay toda una pandilla de ellas ahí.

Zedd odió ver a Adié tan angustiada. Adié sólo sabía que había varios de ellos por los reveladores sonidos que hacían. Al menos él podía ver a los hombres con sus ojos, aunque no pudiera hacerlo con el don.

Los hombres estaban parados a su alrededor, las cabezas gachas, aguardando órdenes. No parecían complacidos por lo que estaba sucediendo. Todos parecían jóvenes, de veintipocos años. Algunos lloraban. Parecía extraño ver a hombretones como aquéllos llorando. Zedd casi lamentó haber matado a uno. Casi.

—Vosotros tres —masculló la mujer a oídos de los hombres que aguardaban en las sombras a la vez que levantaba otro farol—, entrad ahí y empezad a buscar.

Los ojos totalmente blancos de Adié giraron hacia Zedd, la expresión grave.

—Una hermana de las Tinieblas —musitó.

Y ahora tenían el Alcázar.

Exactamente cómo puedes estar segura de que era una Hermana de las Tinieblas lo que viste? —preguntó Verna, distraídamente, mientras volvía a mojar la pluma.

Garabateó sus iniciales al pie de una solicitud para que una Hermana viajara a una ciudad situada al sur y se ocupara de los planes de una hechicera local para defender la zona en que estaban. Incluso en el campo de batalla, el papeleo inherente al cargo de Prelada parecía haberla perseguido y encontrado. Su palacio había sido destruido, el profeta mismo andaba suelto y la autentica Prelada estaba por ahí, sola, buscándolo, algunas de las Hermanas de la Luz habían entregado sus almas al Custodio del inframundo y al hacerlo habían hecho que el Custodio estuviese un paso más cerca de tenerlos a todos para toda la eternidad; un buen número de las Hermanas —tanto Hermanas de la Luz como Hermanas de las Tinieblas— estaban en las crueles manos del enemigo y cumpliendo sus mandatos; la barrera que separaba el Viejo Mundo del Nuevo había caído; el mundo entero había sido puesto patas arriba; el único hombre —Richard Rahl— a quien la profecía mencionaba como el que tenía una posibilidad de derrotar a la amenaza que era la Orden Imperial estaba lejos, a saber dónde haciendo quién sabía que, y sin embargo, el papeleo se las arreglaba para sobrevivir a todo ello y seguir sacándola de quicio.

Algunas de las ayudantes de Verna se ocupaban del papeleo y las peticiones, pero, a pesar de lo mucho que le desagradaba ocuparse de tan tediosas cuestiones, Verna sentía su deber no perder de vista todo aquello.

Además, no obstante lo mucho que la irritaba el papeleo, éste también mantenía ocupada su mente, impidiendo que pensara demasiado en lo que podría haber sido.

—Al fin y al cabo —añadió Verna—, podría fácilmente haberse tratado de una Hermana de la Luz. Jagang usa a ambas por su habilidad con la magia. No puedes estar realmente segura de que era una Hermana de las Tinieblas. Ha estado enviando Hermanas para acompañar a sus exploradores todo el invierno y la primavera.

La mord-sith colocó los nudillos sobre el pequeño escritorio y se inclinó hacia ella.

—Te estoy diciendo, Prelada, que era una Hermana de las Tinieblas.

Verna no vio motivo para discutir, puesto que importaba poco, así que no lo hizo.

—Si tu lo dices, Rikka...

Verna dio la vuelta a la hoja para pasar a la siguiente del montón, una solicitud para que una Hermana fuera y hablara a los niños sobre la vocación de las Hermanas de la Luz, dando una charla sobre por qué el Creador estaría en contra del modo de actuar de la Orden Imperial. Verna sonrió para sí, imaginando que Zedd echaría chispas ante la sola idea de que una Hermana, en el Nuevo Mundo, diera charlas sobre aquel tema.

Rikka retiró los nudillos del escritorio.

—Pensé que dirías eso.

—Bien, ya está, pues —farfulló Verna mientras leía el siguiente mensaje de las Hermanas de la Luz situadas al sur, informando sobre los pasos a través de las montañas y los métodos que se habían utilizado para sellarlos.

—Quédate justo aquí —refunfuñó Rikka antes de salir como una exhalación de la tienda.

—No voy a ir a ninguna parte —repuso Verna con un suspiro mientras recorría con la mirada el informe, pero la vehemente rubia se había ido ya.

Verna oyó un alboroto fuera de la tienda. Rikka estaba dando un cáustico sermón a alguien. La mord-sith era incorregible. Ése era, probablemente, el motivo de que, a pesar de todo, a Verna le gustara.

Desde la muerte de Warren, el corazón de Verna ya no sentía demasiado interés por nada, no obstante. Hacia lo que debía, cumplía con su deber, pero no conseguía sentir otra cosa que desesperación. El hombre al que amaba, el hombre con el que se había casado, el hombre más maravilloso del mundo... ya no estaba.

Nada importaba gran cosa después de eso.

Verna intentaba hacer su parte, hacer lo que era necesario, porque muchas personas dependían de ella, pero, si había que ser sincero, el motivo por el que se macaba a trabajar era para mantener la mente ocupada, para pensaren otra cosa, cualquier otra cosa, salvo Warren. En realidad no funcionaba, pero ella seguía insistiendo. Sabía que la gente contaba con ella, pero simplemente no conseguía que le importara.

Warren ya no estaba. La vida había quedado vacía de lo que más le importaba. Eso le ponía fin a todo, fin a su interés por cualquier otra cosa.

Sacó sin darse cuenta su libro de viaje del cinturón. No sabía que le había impulsado a hacerlo, excepto quizás el que había pasado algún tiempo desde la última vez que había mirado en busca de un mensaje de la autentica Prelada. Aun padecía su propia crisis sobre lo que debía importarle a uno desde el momento en que Kahlan había depositado la culpa por tantas de las cosas que habían salido mal, incluyendo ser la causa de la guerra, justo a los pies de la Prelada. Verna pensaba que Kahlan había estado equivocada respecto a gran parte de ello, pero comprendía muy bien por qué pensaba ésta que Ann había sido la responsable de enmarañar sus vidas. Verna había pensado lo mismo durante un tiempo.

Sosteniendo el libro de viaje a un lado con una mano, hojeando las páginas con un pulgar, Verna vio centellear un mensaje.

Rikka volvió a entrar majestuosamente en la tienda y plantificó un pesado saco sobre el escritorio de Verna, justo encima de los informes.

—¡Aquí tienes! —exclamó Rikka, la furia dando energía a su voz.

Fue entonces, al alzar Verna los ojos, cuando esta vio por primera vez el extraño modo en que iba vestida Rikka. Verna se quedó boquiabierta. Rikka no llevaba el ceñido traje de cuero rojo que las mord-sith acostumbraban a llevar, salvo alguna que otra vez cuando se relajaban y entonces a veces llevaban uno de cuero marrón en su lugar. Verna jamás había visto a la mujer vestida con otra cosa que no fuesen aquellos conjuntos de cuero.

En aquellos instantes, Rikka llevaba puesto un vestido.

Verna no recordaba haberse sentido nunca tan estupefacta.

No era simplemente un vestido, sino un vestido rosa que ninguna mujer decente de la edad de Rikka, probablemente a punto de cumplir los treinta o con poco más de treinta, se podría ni loca. El escote descendía en picado para dejar al descubierto una amplia zona de busto, y los dos montículos de carne al descubierto estaban presionados hacia arriba y casi se salían por la parte superior. A Verna la dejó atónita que los pezones de Rikka hubiesen conseguido mantenerse a cubierto, sobre todo por el modo en que los pechos ascendían y descendían con su acalorada respiración.

—¡También tú! —le espetó Rikka.

Verna alzó finalmente la mirada para clavarla en los llameantes ojos azules de Rikka.

—Yo también, ¿qué?

—¡Tampoco tú puedes dejar de mirarme el pecho!

Verna sintió que su rostro se ponía colorado. En su defensa agitó un dedo ante la mujer.

—¡Que estás haciendo vestida así en un campamento del ejército! ¡Con todos esos soldados! ¡Pareces una prostituta!

A pesar de que sus trajes de cuero rojo las tapaban hasta el cuello, el ceñido material dejaba poco a la imaginación. Con todo, ver la carne de la mujer era totalmente distinto, y muy escandaloso.

Sólo entonces advirtió Verna, porque por fin había alzado la vista hasta el rostro de la mujer, que la trenza de Rikka estaba deshecha, la larga melena rubia ondeaba tan libre como las crines de un caballo. Verna no había visto nunca a una de las mord-sith aparecer en público sin los cabellos peinados en aquella única trenza que en gran parte las identificaba.

Ni siquiera el escote de la mujer resultaba tan chocante como ver sus cabellos sueltos. Era eso, más que cualquier otra cosa, comprendió Verna, lo que le proporcionaba un aire lascivo a la mord-sith. Había algo de sacrílego en el hecho de que la trenza estuviera deshecha, incluso a pesar de que Verna no podía aprobar una profesión dedicada a la tortura.

Verna recordó, entonces, que había pedido a una de las mord-sith, a Cara, que fuera lo más cruel posible con el joven —un muchacho, en realidad— que había asesinado a Warren. La Prelada había permanecido levantada toda la noche escuchando cómo aquel joven decía adiós a la vida entre alaridos. El padecimiento del muchacho había sido monstruoso y, sin embargo, no había sido ni con mucho suficiente para su gusto.

A veces, Verna se preguntaba si en la otra vida el Custodio del inframundo le reservaría algo totalmente desagradable para toda la eternidad en recompensa por lo que ella había hecho. En realidad no le importaba. Había valido la pena, fuera cual fuese el precio.

Además, decidió, si iba a ser castigada por condenar a aquel hombre a recibir su justo castigo, entonces el concepto mismo de justicia tendría que quedar invalidado, haciendo que vivir una vida de bondad o maldad careciera de sentido. De hecho, a cambio de la justicia que había administrado a aquel animal repugnante y amoral que recorría el mundo de los vivos bajo la forma de un hombre que había asesinado a Warren, debería verse recompensada en la otra vida con la permanencia eterna bajo la cálida luz del Creador, junto con el buen espíritu de Warren, o de lo contrario no existía la justicia.

El general Meiffert entró a toda prisa con aire majestuoso en la tienda, con los puños a los costados, yendo a detenerse junto a Rikka. Se peino los cabellos rubios hacia atrás con los dedos cuando vio a Verna sentada tras su pequeño escritorio, y se calmó visiblemente.

El había hecho que los carpinteros le construyeran el diminuto escritorio a partir de restos de mobiliario de una granja abandonada. No se parecía en nada a los escritorios del Palacio de los Profetas, desde luego, pero había sido hecho con más interés y significado tras él que el más magnífico escritorio de pan de oro que ella hubiese visto nunca. Al general Meiffert le había llenado de orgullo ver lo útil que lo hallaba Verna.

Con una veloz mirada, captó el vestido y el peinado de Rikka.

—¿Qué es esto?

—Bueno —dijo Verna—, no estoy segura. Algo referente a una de las Hermanas de Jagang explorando un paso de montaña.

Rikka cruzó los brazos encima de su pecho casi desnudo.

—No una simple Hermana, sino una Hermana de las Tinieblas.

—Jagang ha estado enviando Hermanas a explorar los pasos todo el invierno -repuso el joven general—. La Prelada ha colocado trampas y escudos. —Su inquietud creció—. ¿Nos estás diciendo que una de ellas consiguió pasar?

—No, os estoy diciendo que fui a cazarlas.

Verna frunció el entrecejo.

—¿Que estás diciendo? Perdimos a media docena de mord-sith intentando eso. Después de que encontraseis las cabezas de dos de vuestras hermanas clavadas en estacas, la Madre Confesora en persona os ordenó que dejaseis de malgastar vuestras vidas en misiones tan inútiles.

Rikka sonrió por fin. Fue la clase de sonrisa satisfecha, en especial viniendo de una mord-sith, que acostumbraba a provocarle pesadillas a la gente.

—¿Parece esto inútil?

Introdujo la mano en su saco y extrajo una cabeza humana. Sosteniéndola por el cabello, la blandió ante el rostro de Verna. Giró, la agitó ante el general Meiffert también, y luego la plantó sobre el escritorio. Sangre espesa rezumó sobre los informes.

—Tal y como dije, una Hermana de las Tinieblas.

Verna reconoció el rostro, incluso a pesar de lo crispado que estaba. Rikka tenía razón, era una Hermana de las Tinieblas. La pregunta era. ¿cómo sabía ella que era una Hermana de las Tinieblas, y no una de la Luz?

En el exterior, Verna pudo oír cascos de caballos que pasaban ante la tienda. Algunos de los soldados gritaron saludos a los que regresaban de patrullar. A lo lejos se podían oír conversaciones y órdenes. Martillos sobre metal repicaban igual que campanas mientras los hombres daban formas útiles al metal caliente para efectuar reparaciones. En las inmediaciones, unos caballos retozaban en un corral. A su paso por delante de la tienda de Verna, los equipos de los soldados tintineaban. Hogueras chisporroteaban al añadirseles leña para los cocineros o rugían a medida que los fuelles bombeaban aire para ponerlas al rojo vivo para los herreros.

—¿La tocaste con tu agiel? —preguntó Verna en voz baja—. Vuestro agiel no funciona con eficacia sobre aquellos a los que el Caminante de los Sueños controla.

La sonrisa de Rikka se tomó picara. Extendió los brazos.

—¿Agriel? ¿Ves un agiel?

Verna sabía que ninguna mord-sith dejaría jamás su agiel fuera de su control. Con una veloz mirada al escote de la mujer, sólo pudo imaginar dónde lo llevaba escondido.

—De acuerdo —dijo el general Meiffert, y su tono de voz ya no era indulgente—, quiero saber que está pasando, y quiero saberlo ahora mismo.

—Yo estaba cerca del paso Dobbin, comprobando la zona, y descubrí a una patrulla de la Orden Imperial.

El general asintió a la vez que soltaba un suspiro de contrariedad.

—Han estado entrando por ese lugar de vez en cuando. Pero ¿cómo fue que te tropezaste con una patrulla enemiga? ¿Por qué no los había atrapado ya una de nuestras Hermanas?

Rikka se encogió de hombros.

—Bueno, esa patrulla estaba aún en el otro lado del paso. Allí donde está la granja desierta. —Dio un golpecito al escritorio de Verna con la punta del pie—. Donde conseguisteis la madera para esto.

Verna torció la boca. Rikka no debía ir más allá del paso. Las mord-sith, no obstante, no reconocían otras órdenes que las que procedían de lord Rahl en persona. Rikka había seguido las órdenes de Kahlan porque, durante la ausencia de Richard, Kahlan actuaba en su nombre. De todos modos, Verna sospechó que era más sencillo que eso: sospechó que ellas únicamente habían seguido las órdenes de la Madre Confesora porque era

la esposa de lord Rahl, y si no lo hacían, les acarrearía la cólera de lord Rahl. En tanto que tales órdenes no fueran consideradas como problemáticas por las mord-sith, estas las seguían. De lo contrario, hacían lo que querían.

—La Hermana estaba sola —prosiguió Rikka— y padecía un terrible dolor de cabeza.

—Jagang —dijo Verna—. Jagang estaba transmitiendo sus órdenes, o castigándola por algo, o sermoneándola en el interior de su mente. Lo hace de vez en cuando. No es agradable.

Rikka acarició los cabellos de la cabeza de la mujer colocada sobre el escritorio de Verna, dejando los informes hechos un desastre.

—Pobrecilla —se mofó—. Mientras ella estaba alejada entre los pinos, mirando a la nada y presionándose las sienes con los dedos, los hombres estaban más atrás, en la granja, pasándose bien con un par de chicas. Las dos chillaban, lloraban y montaban todo un escándalo, pero nada de eso los disuadía.

Verna bajó los ojos a la vez que soltaba un profundo suspiro. Algunas personas se habían negado a creer en la necesidad de huir antes de la llegada de la Orden Imperial.

En ocasiones, cuando las personas se negaban a reconocer la existencia del mal, se encontraban teniendo que enfrentarse precisamente a aquello que nunca habían estado dispuestos a admitir que existía.

La sonrisa satisfecha de Rikka regresó.

—Entré y me ocupé de los valientes soldados de la Orden Imperial. Estaban tan distraídos, que no prestaron atención mientras me acercaba sigilosamente por detrás. Las mujeres estaban tan aterradas que chillaron incluso a pesar de que las estaba salvando. La Hermana no había estado prestando atención a los gritos antes, y no lo hizo entonces, tampoco.

»Una de las jóvenes era rubia y más o menos de mi tamaño, así que se me ocurrió una idea. Me puse su vestido y me quité la trenza, para que se me pudiera tomar por ella. Le di a aquella chica algunas de las ropas de los hombres para que se las pusiera y les dije a las dos que huyeran hacia las colinas, en dirección contraria a donde estaba la Hermana, y que no miraran atrás. No tuve que decírselo dos veces. Luego me senté en un taburete fuera del granero.

»Efectivamente, al cabo de un rato la Hermana regresó. Me vio sentada allí, con la cabeza gacha, fingiendo llorar, y pensó que la otra mujer seguía dentro, con los soldados. Dijo: «Ya es hora de que esos bastardos estúpidos de ahí dentro acaben contigo y con tu amiga. Su Excelencia quiere un informe, y lo quiere ahora... está listo para avanzar».

Verna se levantó de la silla.

—¿Le oíste decir eso?

—Sí.

—Luego ¿qué? —preguntó el general Meiffert.

—Luego la Hermana se encaminó a la puerta del granero. Cuando pasó como una furia por mi lado, me levanté detrás de ella y le rebané la garganta con uno de los cuchillos de los soldados.

El general Meiffert se inclinó hacia Rikka.

—¿Le rebanaste la garganta? ¿No usaste tu agiel?

Rikka le dirigió una mirada que daba a entender que no había estado prestando atención.

—Como dijo la Prelada, un agiel no funciona muy bien con aquellos a los que controla el Caminante de los Sueños. Así que usé un cuchillo. Caminante de los Sueños o no, cortarle la garganta funcionó perfectamente.

Rikka volvió a levantar la cabeza ante Verna. Uno de los informes se pegó a su parte interior.

—Le pasé el cuchillo a través de la garganta y alrededor del cuello. Se debatía bastante, así que la sujeté bien mientras moría. De repente, hubo un momento en que todo el mundo se volvió negro... y quiero decir negro, negro como el corazón del Custodio. Fue como si el inframundo nos hubiera cogido a todos de improviso.

Verna desvió la mirada de una Hermana que había conocido durante mucho tiempo y que siempre había creído que estaba consagrada al Creador, a la luz de la vida. En su lugar, había estado consagrada a la muerte.

—El Custodio acudió para reclamar a uno de los suyos —explicó Verna con voz queda.

—Bien —dijo Rikka, con cierto sarcasmo, pensó Verna—. No creí que sucediera algo así cuando moría una Hermana de la Luz. Te dije que era una Hermana de las Tinieblas.

—Eso hiciste —repuso Verna, asintiendo.

El general Meiffert dio a la mord-sith una apresurada palmada en el hombro.

—Gracias Rikka. Será mejor que haga correr la noticia. Si Jagang empiece a moverse, no pasarán muchos días anees de que este aquí. Necesitamos asegurarnos de que los pasos estén listos cuando su ejército llegue aquí por fin.

—Los pasos resistirán —dijo Verna—. Al menos durante un tiempo.

La Orden tenía que cruzar las montañas si quería conquistar D'Hara, y existían pocos caminos a través de aquellas formidables elevaciones, Verna y las Hermanas habían colocado escudos y sellado aquellos pasos lo mejor que se podía. Habían usado magia para derribar paredes de roca en algunos sitios, conviniendo las estrechas carreteras en infranqueables. En otros lugares, habían usado su poder para obstaculizar las carreteras de las empinadas laderas, sin dejar otro modo de pasar que no fuera gatear por encima de escombros. En otros lugares, los hombres habían trabajado todo el invierno en la construcción de muros de piedra para cerrar los pasos. Desde lo alto de aquellos muros podían descargar muerte y destrucción. Añadido a eso, en cada uno de aquellos lugares, las Hermanas habían colocado trampas mágicas tan letales que atravesarlas sería una experiencia sangrienta, y eso antes de que se encontraran con las murallas llenas de defensores.

Jagang tenía a Hermanas de las Tinieblas para que intentaran deshacer las barreras tanto mágicas como de piedra, pero Verna era más poderosa, en la Magia de Suma al menos, que cualquiera de ellas. Además de eso, había unido su poder al de otras Hermanas para poder conferir a aquellas barreras una magia que sabía resultaría formidable.

Con todo, Jagang aparecería. Nada que Verna, sus Hermanas y el ejército d'haraniano pudieran hacer sería capaz en última instancia de resistir el número de efectivos que Jagang lanzaría contra ellos. Si tenía que ordenar a sus hombres que marcharan a través de desfiladeros repletos hasta una altura de treinta metros con los cuerpos de sus camaradas caídos, no dudaría en hacerlo. Tampoco le importaría si los cadáveres alcanzaban los trescientos metros.

—Regresaré un poco más tarde, Verna —dijo el general—. Necesitaremos reunir a los oficiales y a algunas de las Hermanas, y asegurarnos de que todo está preparado.

—Sí, por supuesto —respondió ella.

Tanto el general Meiffert como Rikka empezaron a salir.

—Rikka —llamó Verna, e indicó el escritorio—. Llévate a la querida Hermana difunta contigo, ¿quieres?

Rikka suspiró, lo que casi hizo que se le saliera el pecho del vestido, y mostró una expresión resignada antes de agarrar la cabeza y desaparecer de la tienda detrás del general.

Verna se sentó y hundió la cabeza en las manos. Iba a empezar todo de nuevo. Había sido un largo y pacífico, aunque terriblemente frío, invierno. Jagang había montado su campamento de invierno en el otro lado de las montañas, lo bastante lejos como para que, con la nieve y el frío, resultara difícil lanzar ataques efectivos contra sus tropas. Tal y como había sucedido el verano anterior, el verano en que Warren había muerto, ahora que el clima era favorable, la Orden empezaría a moverse. Todo volvía a empezar. Las matanzas, el terror, los combates, la huida, el hambre, el agotamiento.

Pero qué otra elección existía, aparte de que te mataran. En muchos aspectos, la vida había llegado a parecer peor que la muerte.

Verna recordó bruscamente, entonces, el libro de viaje. Lo extrajo del bolsillo del cinturón y acercó más el quinqué, necesitando el consuelo además de la luz que proporcionaba. Se preguntó dónde estarían Richard y Kahlan, si estaban a salvo, y pensó, también, en Zedd y Adié completamente solos custodiando el Alcázar del Hechicero. A diferencia de todos los demás, al menos Zedd y Adié estaban a salvo y en paz... por el momento, al menos. Más tarde o más temprano, D'Hara caería y entonces Jagang regresaría a Aydindril.

Verna arrojó el librito sobre el escritorio, se alisó el vestido bajo las piernas y acercó más la silla. Pasó los dedos sobre la familiar tapa de cuero de un objeto mágico que tenía más de tres mil años. A los libros de viaje los habían investido con magia aquellos misteriosos magos que hacía tantísimo tiempo habían construido el Palacio de los Profetas. Un libro de viaje estaba hermanado con otro, y como tales, no tenían precio; lo que se escribía en uno aparecía al mismo tiempo en su gemelo. De ese modo, las Hermanas podían comunicarse a través de grandes distancias y estar al tanto de información importante casi al instante.

Aun, la autentica Prelada, tenía el gemelo del de Verna.

La misma Verna había sido enviada por Ann en un viaje de casi veinte años para encontrar a Richard. Ann había sabido desde el principio dónde había estado Richard. Por ese motivo Verna podía comprender la cólera de Kahlan ante el modo en que Ann había parecido alterar su vida y la de Richard. Pero Verna había llegado a comprender que la Prelada la había enviado en lo que en realidad era una misión de vital importancia, una que había hecho cambiar el mundo, pero que también había traído esperanza para el futuro.

Verna abrió el libro de viaje, sosteniéndolo un poco ladeado para poder ver las palabras a la luz.

Verna, escribía Ann, creo que he descubierto dónde se esconde el profeta.

Verna se sentó hacia atrás sorprendida. Después de la destrucción del palacio, Nathan, el profeta, había escapado a su control y deambulaba desde entonces en libertad, lo que constituía un gran peligro.

Durante el último par de años, el resto de las Hermanas de la Luz habían creído que la Prelada y el profeta estaban muertos. Ann, al abandonar el Palacio de los Profetas con Nathan en una misión de gran importancia, había fingido sus muertes y nombrado a Verna Prelada para que la sucediera. Muy pocas otras personas aparte de Verna, Zedd, Richard y Kahlan, conocían la verdad. Durante aquella misión, no obstante, Nathan había conseguido quitarse el collar y escapar al control de Ann. No había modo de saber que catástrofe podía causar aquel hombre.

Verna volvió a inclinarse sobre el libro de viaje.

Debería tener a Nathan dentro de unos cuantos días. Apenas puedo creer que después de todo este tiempo, casi le haya puesto las manos encima a ese hombre. Te informaré pronto.

¿Cómo estas, Verna? ¿Cómo te sientes? ¿Cómo están las Hermanas y como van las cosas con el ejército? Escribe cuando puedas. Comprobaré el libro de viaje cada noche. Os echo muchísimo de menos.

Verna volvió a retostarse en el asiento. Eso era todo lo que había. Pero era suficiente. La sola idea de que Ann capturara finalmente a Nathan hizo que a Verna la cabeza le diera vueltas, llena de alivio.

De todos modos, ni siquiera aquella noticia trascendental consiguió hacer gran cosa para animarla. Jagang estaba a punto de lanzar su ataque sobre D'Hara y Ann estaba a punto de tener finalmente a Nathan bajo control, pero Richard estaba en algún lugar, allá, en el sur, fuera del control de ambas. Ann había trabajado durante quinientos años para moldear los acontecimientos de modo que Richard pudiera liderarles en la batalla por el futuro de la humanidad, y ahora, en la víspera de lo que podía muy bien ser la batalla definitiva, no estaba allí con ellos.

Verna sacó el estilo del lomo del libro de viaje y se inclinó hacia delante para escribir un informe a Ann.

Queridísima Ann:

Me temo que las cosas aquí están a punto de volverse muy desagradables.

El asedio de los pasos de montaña al interior de D'Hara está a punto de empezar.

20

Los extensísimos corredores del Palacio del Pueblo, sede del poder en D'Hara, estaban inundados por el susurro de pisadas. Aun se echó un poco hacia atrás en el banco de mármol blanco donde estaba sentada entre tres mujeres a un lado y una pareja de más edad en el otro, todos ellos cotilleando sobre lo que llevaban puestas las personas mientras deambulaban por los espléndidos vestíbulos, o lo que otras personas hacían mientras estaban allí, o lo que más deseaban ver. Ann suponía que tales chismorreos eran bastante inofensivos y estaban probablemente pensados para apartar de las mentes de las personas las preocupaciones de la guerra. Con todo, era difícil creer que a una hora tan tardía la gente prefiriera andar por ahí chismorreando en lugar de estar durmiendo en una cómoda cama.

Ann mantuvo la cabeza gacha y fingió estar rebuscando en su bolsa de viaje mientras al mismo tiempo vigilaba de cerca a los soldados que pasaban cerca. No sabía si su cautela era necesaria, pero prefería no tener que descubrir demasiado tarde que sí lo era.

—¿Vienes de lejos? —preguntó la mujer que tenía más cerca.

Ann alzó los ojos, comprendiendo que le había hablado a ella.

—Bueno, sí, supongo que ha sido un viaje un poco largo.

Ann volvió a meter la nariz en la bolsa y hurgó en ella a conciencia, esperando que la dejaran tranquila.

La mujer, de mediana edad y con los rizos de cabello castaño empezando ya a mostrar un poco de gris, sonrió.

—Yo no estoy tan lejos de casa, pero me gusta mucho pasar una noche en palacio, de vez en cuando, sólo para levantarme el ánimo.

Ann paseó la mirada por los pulidos suelos de mármol, las columnas de brillante piedra roja bajo arcos, decorados con enredaderas esculpidas, que sostenían las galerías superiores. Alzó los ojos hacia las claraboyas que permitían que la luz penetrara a raudales durante el día, y miró detenidamente a las espléndidas estatuas colocadas sobre pedestales alrededor de una fuente con caballos de piedra de tamaño natural que galopaban eternamente a través de una reluciente ducha de agua.

—Sí, entiendo a lo que te refieres —murmuró Ann.

El lugar no le levantaba el ánimo. En realidad, la ponía tan nerviosa como a un gato una perrera. Podía sentir que su poder quedaba alarmantemente disminuido en aquel lugar.

El Palacio del Pueblo era más que un simple palacio. Era una ciudad toda ella en lo alto de una meseta enorme. Decenas de miles de personas vivían en la magnífica construcción, y miles más la visitaban diariamente. Existían distintos niveles, en algunos de ellos la gente tenía tiendas y vendía mercancías, en otros trabajaban funcionarios, algunos eran alojamientos. Muchas secciones tenían el acceso prohibido a aquellos que acudían de visita.

Desparramados alrededor de la base de la meseta había mercados informales donde la gente se reunía para comprar, vender e intercambiar mercancías. Durante la ascensión por el interior de la meseta, hasta alcanzar el palacio en sí, Ann había pasado ante muchas tiendas permanentes. El palacio era un centro de comercio, que atraía a gente de todo D'Hara.

Más que eso, no obstante, era el hogar ancestral de la Casa de Rahl. Como tal, era magnífico por motivos arcanos que iban más allá de la consciencia o incluso la comprensión de la mayoría de las personas que lo llamaban hogar o lo visitaban. El Palacio del Pueblo era un hechizo; no un lugar hechizado, como había sido el Palacio de los Profetas donde Ann había pasado la mayor parte de su vida. El lugar mismo era el hechizo.

Todo el palacio había sido construido siguiendo un diseño cuidadoso y preciso: el de un hechizo dibujado sobre suelo. Las murallas fortificadas exteriores contenían la forma propiamente dicha del hechizo y las principales congregaciones de estancias formaban importantes centros focales, mientras que los vestíbulos y corredores eran las líneas dibujadas; la esencia del hechizo mismo, el poder.

Los vestíbulos debían haber tenido que ser construidos siguiendo la secuencia requerida por la magia específica que el hechizo tenía que invocar. Habría sido costosísimo construirlo de aquella manera, haciendo caso omiso de los requisitos típicos de una obra y los métodos establecidos para la construcción, pero sólo haciendo eso podría funcionar el hechizo, y desde luego que funcionaba.

El hechizo era específico. Estaba pensado para dar a un Rahl más poder en aquel lugar, y para succionarle el poder a cualquier otra persona que entrara en él. Ann no había estado nunca en un lugar donde sintiera languidecer de aquel modo su han, la esencia de la vida y el don que contenía. Dudaba de que en aquel lugar su han pudiera mantener durante mucho tiempo ni siquiera la vitalidad para encender una vela.

Aun se quedó atónita al ocurrírsele de improviso otro elemento del hechizo. Dirigió la mirada a los vestíbulos repletos de gente.

Los hechizos trazados con sangre siempre eran más efectivos y poderosos. Pero cuando la sangre calaba en el terreno, se descomponía y disipaba, el poder del hechizo a menudo también se desvanecía. Pero este hechizo, las líneas trazadas del hechizo mismo —los corredores— estaban repletos de la vital sangre viva de todas las personas que se movían por ellos. Ann se quedó muda de admiración ante un concepto tan brillante.

—Así pues, vas a alquilar una habitación, entonces.

Ann había olvidado a la mujer sentada a su lado, que seguía mirándola fijamente, que seguía manteniendo la sonrisa en sus labios pintados. Ann se obligó a cerrar la boca.

—Bueno... —admitió finalmente Ann—, en realidad todavía no he hecho planes sobre dónde dormiré.

La sonrisa de la mujer persistió, pero parecía como si cada vez le costara más esfuerzo mantenerla.

—No puedes echarme a dormir en un banco, ya sabes. Los guardias no lo permitirán. Tienes que alquilar una habitación, o te echarán por la noche.

Ann comprendió, entonces, que estaba insinuando la mujer. A aquellas personas, la mayoría ataviadas con sus mejores ropas para la visita al palacio, Ann debía parecerles una mendiga. Después de todo el chismorreó sobre cómo iba vestida la gente, aquella mujer debía de haberse sentido desconcertada al encontrarse junto a Aun.

—Tengo el dinero para una habitación —le aseguró Ann—. Simplemente todavía no he averiguado dónde las alquilan, eso es todo. Tras un viaje tan largo, mi intención era ir allí directamente y lavarme un poco, pero necesitaba descansar mis pies agotados durante un rato, primero. ¿Podrías decirme dónde encontrar las habitaciones que se alquilan?

La sonrisa pareció un poco más distendida.

—Voy de camino a mi propia habitación y podría acompañarte. No está lejos.

—Eso sería muy amable por tu parte —dijo Ann a la vez que se ponía en pie al ver que los guardias marchaban pasillo adelante.

La mujer se levantó, deseando buenas noches a sus dos compañeras de banco.

Si Ann estaba cansada, era únicamente porque se había visto atrapada en la oración de la tarde al lord Rabí. Una campana en una plaza abierta había sonado, y todo el mundo se había puesto en marcha para congregarse allí y arrodillarse. Ann había advertido que nadie faltaba a la oración. Los guardias se movían entre la multitud observando cómo la gente se reunía. Se sintió como un ratón observado por halcones, así que se unió a las demás personas que iban en dirección a la plaza.

Había pasado casi dos horas de rodillas, sobre un duro suelo de baldosas de arcilla, totalmente inclinada con la frente tocando el suelo, igual que todo el mundo, repitiendo la oración al unísono con todas las otras voces sombrías.

Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.

Dos veces al día, se esperaba que aquellos que estaban en el palacio acudieran a la oración. Aun no sabía cómo soportaba la gente tal tortura.

Entonces recordó que el vínculo entre el lord Rahl y su pueblo impedía que el Caminante de los Sueños penetrara en sus mentes, y supo cómo era posible que lo soportaran. Ella misma había sido prisionera del emperador Jagang durante un corto período de tiempo. Éste asesinó a una Hermana justo ante sus ojos, simplemente para dejar las cosas claras.

Frente a la brutalidad y la tortura, imaginó que sabía cómo podía la gente soportar una simple oración.

No obstante, para ella tal oración en voz alta al lord Rahl, a Richard, no era precisamente necesaria. Ya había estado consagrada a él casi quinientos años antes de que él hubiese nacido.

La profecía decía que Richard era la única posibilidad que tenían de evitar la catástrofe. Ann escudriñó con cuidado los vestíbulos. Ahora sólo necesitaba al profeta en persona.

—Por aquí —dijo la mujer, tirando de la manga de Ann.

La mujer le hizo una seña para que la siguiera por un pasillo situado a la derecha. Ann se echó el chal hacia delante, cubriendo el fardo que llevaba, y abrazó con más fuerza la bolsa de viaje mientras recorría el amplio corredor. Se preguntó cuántas personas sentadas en bancos o mujeres alrededor de fuentes cotilleaban sobre ella.

El suelo tenía un mareante dibujo en piedra de colores marrón oscuro, granate y canela que discurría por el vestíbulo en líneas zigzagueantes pensadas para dar una impresión tridimensional. Ann había visto tales dibujos tradicionales en el Viejo Mundo, pero ninguno tan espectacular. Era una obra de arte, y no era más que el suelo. Todo en el palacio era exquisito.

Las tiendas estaban remetidas hacia atrás, respecto de las fachadas a ambos lados. Algunas de ellas parecían vender artículos que podrían querer los viajeros. Había toda una variedad de pequeños puestos de comida y bebida, desde pasteles de carne calientes, a dulces, cerveza y leche tibia. Algunos lugares vendían ropa de dormir. Otros vendían cintas para el pelo. Incluso a aquella hora tan tardía, algunas de las tiendas seguían abiertas y vendiendo muchísimo. En un lugar como aquél, habría personas que trabajarían de noche y tendrían necesidad de tales riendas. Los lugares que ofrecían peinar a las mujeres, o maquillarlas, o prometían hacer milagros con sus uñas, estaban todos cerrados hasta la mañana siguiente. Ann dudó que pudieran hacer milagros con ella.

La mujer carraspeó mientras paseaban por el amplio corredor, contemplando las tiendas situadas a ambos lados.

—¿Y desde dónde has viajado?

—Bueno, de muy al sur. Muy lejos de aquí. —Ann tomó nota de la concentrada atención de la mujer mientras se inclinaba un poco hacía ella—. Mi hermana vive aquí —dijo, dando a la mujer algo más en lo que pensar—. Estoy aquí para visitar a mi hermana. Aconseja a lord Rahl en cuestiones importantes.

Las cejas de la mujer se enarcaron.

—¡De veras! Una consejera del mismísimo lord Rahl. Qué honor para tu familia.

—Sí —respondió Aun, arrastrando la palabra—. Todos estamos orgullosos de ella.

—¿Sobre qué le aconseja?

—Ah, bueno, cuestiones de guerra.

La mujer se quedó boquiabierta.

—¿Una mujer! ¿Aconsejando a lord Rahl sobre operaciones militares?

—Ya lo creo —insistió Aun, y se inclinó hacia ella y susurró—: Es una hechicera. Ve el futuro, ya sabes. Me escribió incluso una carta y me dijo que me veía viniendo al palacio para visitarla. ¿No es eso sorprendente?

La mujer frunció un poco el entrecejo.

—Bueno, eso sí parece bastante extraordinario, puesto que estás aquí y todo eso.

—Sí, y me dijo que conocería a una mujer muy servicial.

La sonrisa de la mujer regresó, de nuevo parecía un tanto forzada.

—Parece como si tuviera bastante talento.

—Oh, no tienes ni idea —insistió Ann—. Es muy concreta en sus predicciones sobre el futuro.

—¿De veras? ¿Tenía algo más que decir sobre tu visita, entonces?

—Ya lo creo. ¿Sabes que me dijo que conocería a un hombre cuando viniera aquí?

La mirada de la mujer se movió veloz por los vestíbulos.

—Hay muchos hombres aquí. Eso no parece precisamente muy concreto. Seguramente, debe de haber dicho más que eso... quiero decir, teniendo tanto talento, y siendo una consejera de lord Rahl y todo eso.

Ann se llevó un dedo al labio, frunciendo el entrecejo en un fingido esfuerzo por recordar.

—Pues sí, lo hizo, ahora que lo mencionas. Veamos si puedo recordar... —Ann posó una mano en el brazo de la mujer en un gesto de familiaridad—. Me habla sobre mi futuro todo el tiempo. ¡Mi hermana me dice siempre tantas cosas sobre mi futuro en sus cartas que a veces siento como si tuviera problemas para ponerme al día con mi propia vida! A veces me cuesta recordarlo todo.

—Inténtalo —dijo la mujer, ansiosa por chismorrear—. Esto es tan fascinante.

Ann devolvió el dedo al labio inferior mientras contemplaba el techo, fingiendo estar sumida en profunda meditación, y reparó por primera vez en que el techo estaba pintado como si fuese el cielo, con nubes incluidas. El efecto era muy ingenioso.

—Bueno —dijo por fin cuando estuvo segura de tener toda la atención de la mujer—, mi hermana dijo que el hombre que conocería era viejo. —Volvió a colocar la mano en el brazo de la mujer—. Pero muy distinguido. No viejo y decrepito, sino alto... muy alto... con toda una melena blanca que le desciende hasta los amplios hombros. Dijo que no tendría barba ni bigote, y que sería apuesto de un modo rudo, con penetrantes ojos de un intenso azul celeste.

—Ojos de un intenso azul celeste... vaya, vaya —la mujer lanzó una risita ahogada—, si que parece apuesto.

—Y dijo que cuando mira a una mujer con esos ojos de halcón suyos, las rodillas de ésta le flaquean.

—Eso es preciso —repuso la mujer, y su rostro se sonrojó—. Qué lástima que no supiera el nombre de este tipo tan apuesto.

—Ah, pero sí lo sabía. Qué clase de consejera del lord Rahl sería si no tuviera talento suficiente para saber tales cosas.

—¿Dijo su nombre, también? ¿Realmente puede hacer tales predicciones?

—Ah, ya lo creo —le aseguró Ann.

Siguió avanzando pausadamente durante un rato, observando cómo la gente iba y venía por el vestíbulo, deteniéndose en algunas de las tiendas que seguían abiertas, o sentándose en bancos, para cotillear.

—¿Y? —preguntó la mujer—. ¿Cuál es el nombre que dijo tu hermana? El nombre de este caballero alto y distinguido.

Ann volvió a mirar al techo con el entrecejo fruncido.

—Era Nigel o Norris, o algo así. No, aguarda..., no era eso. —Ann chasqueó los dedos—. El nombre que dijo era Nathan.

—Nathan —repitió la mujer, dando casi la impresión de haber estado dispuesta a arrancarle el nombre a Ann de la lengua si ella no lo hubiese soltado—. Nathan.

—Sí, eso es. Nathan. ¿Conoces a alguien en el palacio con ese nombre? ¿Nathan? ¿Un tipo alto, de edad, con cabellos largos y blancos, espaldas anchas, ojos azul celeste?

La mujer alzó la vista hacia el techo, pensativa. Ann se inclinó hacia ella, aguardando sus palabras, observando atentamente en busca de cualquier reacción.

Una mano sujetó el vestido de Ann por el hombro y la hizo detenerse bruscamente. Ann y la mujer se volvieron.

Detrás de ellas había una mujer muy alta, con una trenza rubia muy larga y ojos muy azules, lucía una cara de muy pocos amigos y llevaba un atuendo de cuero de intenso color rojo.

La mujer que acompañaba a Ann se quedó tan blanca como la nieve. Su boca se abrió sorprendida. Ann obligó a su propia boca a permanecer cerrada.

—Te hemos estado esperando —dijo la mujer vestida de cuero rojo.

Detrás de ella, un poco más atrás en el vestíbulo, desplegados para cerrar el paso, había una docena de hombres absolutamente enormes ataviados con una impecable armadura de cuero y empuñando espadas, cuchillos y lanzas impecablemente bruñidos.

—Vaya, creo que debes de haberme confundido con...

—Yo no cometo errores.

Ann no era ni con mucho tan alta como la mujer rubia vestida de cuero rojo. Apenas si le llegaba a la media luna amarilla y la estrella que llevaba sobre el estómago.

—No, supongo que no los cometes. ¿Qué es lo que sucede? —preguntó Ann, perdiendo el tímido tono inocente.

—El mago Rahl pidió que te hiciésemos pasar.

—¿El mago Rahl?

—Sí. El mago Nathan Rahl.

Ann oyó una exclamación ahogada procedente de la mujer que tenía al lado. Pensó que la mujer iba a desmayarse, y por lo tanto le sujetó el brazo.

—¿Te encuentras bien, querida?

Ella miró, con ojos desorbitados, a la mujer vestida de cuero rojo que la contemplaba con mirada iracunda.

—Sí. Tengo que irme. Se me hace tarde. Debo marchar. ¿Puedo marcharme?

—Sí, será mejor que te marches —dijo alta mujer rubia.

La mujer efectuó una rápida inclinación de cabeza y farfulló un «buenas noches» antes de marcharse a toda prisa pasillo adelante, mirando sólo una vez tras de sí.

Ann volvió a mirar a aquella mujer con expresión de pocos amigos.

—Bueno me alegro de que me hayas encontrado. Vayamos a ver a Nathan. Perdona... el mago Rahl.

—No vas a tener una audiencia con el mago Rahl.

—Te refieres a esta noche, que no voy a tener una... audiencia con él esta noche.

Ann se estaba mostrando todo lo educada que podía, pero deseaba darle una zorra a aquel hombre tan conflictivo, o retorcerle el pescuezo, y cuanto antes mejor.

—Me llamo Nyda —dijo la mujer.

—Encantada de conocerte...

—¿Sabes lo que soy! —No aguardó a que Ann respondiera—. Soy una mord-sith. Te doy una única advertencia a modo de cortesía. Es la única advertencia, o cortesía, que recibirás, así que escucha con atención. Viniste aquí con intenciones hostiles hacia el mago Rahl. Ahora eres mi prisionera. Usar tu magia contra una mord-sith dará como resultado la captura de esa magia por mi parte o por parte de una de mis hermanas mord-sith y la utilizaremos en tu contra. Será un arma muy, pero que muy desagradable.

—Bueno —repuso Ann—, en este lugar mi magia no resulta muy útil, me temo. Apenas vale un comino, a decir verdad. Así que, como veras, soy del todo inofensiva.

—No me importa lo útil que encuentres tu magia. Si intentas ni que sea encender una vela con ella, tu poder será mío.

—Entiendo —dijo Ann.

—¿No me crees? —Nyda se inclinó sobre ella—. Te animo a que intentes atacarme. No he capturado magia de hechicera desde hace bastante tiempo. Podría ser... divertido.

—Gracias, pero estoy demasiado cansada... del viaje y todo eso...para atacar a nadie ahora. ¡Quizá más tarde?

Nyda sonrió. En aquella sonrisa Ann pudo ver por qué eran tan temidas las mord-sith.

—Estupendo. Más tarde, entonces.

—Entonces, ¿qué piensas hacer conmigo entre tanto, Nyda? ¿Alojarme en una de las habitaciones más magníficas del palacio?

Nyda hizo como si no hubiese oído la pregunta y efectuó una seña. Dos de los hombres situados un poco más atrás se adelantaron a toda prisa. Se alzaron colosales sobre Ann como dos robles. Cada uno la agarró por debajo de un brazo.

—En marcha —indicó Nyda a la vez que marchaba con paso firme por delante de ellos.

Los hombres se pusieron en movimiento detrás de ella, llevando a Ann con ellos. Los pies de la mujer parecían tocar el suelo sólo cada tres o cuatro pasos. Las personas que había en el vestíbulo se hicieron a un lado para dejar pasar a la mord-sith. Los transeúntes se apretaron contra las paredes laterales, situándose a una buena distancia. Algunas personas desaparecieron en el interior de tiendas abiertas, desde donde atisbaron por los escaparates. Todo el mundo tenía la mirada fija en la mujer baja y rechoncha del vestido oscuro que era arrastrada por los dos guardias del palacio vestidos con lustroso cuero y refulgentes cotas de malla. A su espalda la mujer pudo oír el sonido discordante de los pertrechos de metal a medida que los hombres los seguían.

Giraron por un pequeño pasillo que avanzaba entre columnas que sostenían una galería. Uno de los hombres se precipitó al frente para abrir con llave la puerta. Antes de que Ann se diera cuenta, todos ellos ya habían pasado raudos a través de la pequeña puerta.

El corredor situado al otro lado era oscuro y angosto; ni por asomo parecido a los corredores revestidos de mármol que veía la mayor parte de la gente. No llevaban recorrido mucho trecho cuando giraron para descender por una escalera. Los peldaños de roble crujieron bajo sus pisadas. Algunos de los hombres pasaron faroles al frente para que Nyda pudiera alumbrarse. El sonido de todas las pisadas resonaba desde la oscuridad del fondo.

Al pie de la escalera, Nyda los condujo a través de un laberinto de sucios pasadizos de piedra. Los poco usados corredores olían a moho, y en algunos sitios a humedad. Al llegar a otra escalera, siguieron bajando por un hueco cuadrado con rellanos a cada vuelta, descendiendo al interior de los oscuros recovecos del Palacio del Pueblo. Ann se preguntó a cuántas personas habían conducido en el pasado por rutas como aquélla, para no ser

vueltas a ver jamás. El padre de Richard, Rahl el Oscuro, y su padre antes que él, Panis, eran bastante aficionados a la tortura. La vida no significaba nada para hombres como éstos.

Richard había cambiado todo aquello.

Pero Richard no estaba en palacio, ahora. Nathan sí.

Ann había conocido a Nathan durante mucho tiempo; durante casi mil años. Durante la mayor parte de ese tiempo, como Prelada, lo había mantenido encerrado en sus aposentos. A los profetas no se les podía permitir vagar libremente. En la actualidad, no obstante, este en concreto andaba libre. Y, peor aún, había conseguido establecer su autoridad en el hogar ancestral de la Casa de Rahl. Era un antepasado de Richard. Era un Rahl. Era un mago.

El plan de Ann de repente empezó a parecer muy estúpido. «Sencillamente coge al profeta desprevenido —había pensado—. Cógelo desprevenido y vuelve a colocarle un collar alrededor del cuello.» Sin duda, existiría una oportunidad y él volvería a ser suyo.

Había parecido tener sentido en su momento.

Al final del largo descenso, Nyda giró rápidamente a la derecha, siguiendo un corredor estrecho con una pared de piedra alzándose imponente a la derecha y una barandilla de hierro a la izquierda. Ann miró con curiosidad por encima de la barandilla, pero la luz del farol no mostró otra cosa que negra oscuridad abajo. Temió pensar en lo lejos que podría estar el fondo. No es que estuviese pensando en pelear con sus captores, pero empezaba a preocuparle que pudieran simplemente tirarla allí abajo y librarse de ella.

No obstante, Nathan los había enviado. Nathan, irascible como podía ser en ocasiones, no ordenaría algo así. Ann consideró, entonces, los siglos que lo había mantenido encerrado, consideró las medidas extremas que a veces había tomado para mantener bajo control a aquel hombre incorregible. Volvió a mirar por encima de la barandilla de hierro, a la oscuridad situada abajo.

—¿Nos estará esperando Nathan? —preguntó, intentando sonar jovial—. Realmente me gustaría hablar con él. Tenemos asuntos que discutir.

Nyda lanzó una siniestra mirada atrás.

—Nathan no tiene nada que hablar contigo.

Por un alarmantemente estrecho corredor que penetraba en la roca a la derecha, Nyda los condujo al interior de las tinieblas. El modo en que la mujer marchaba a toda velocidad aumentaba la sensación de alarma y terror.

Ann finalmente vio luz más adelante. El estrecho corredor iba a salir a una zona pequeña en la que convergían distintos pasillos. Más allá, a la derecha, todos ellos se unían para descender por una empinada escalera de caracol. Cuando la empujaron escaleras abajo, Ann se aferró a la barandilla de hierro, temerosa de perder pie, aunque la mano enorme que sujetaba su hombro derecho probablemente imposibilitaría cualquier caída fortuita, por no decir la huida.

En el pasillo situado al pie de la escalera, Nyda, Ann y los guardias se detuvieron bajo el techo de vigas bajas. La luz fluctuante de antorchas colocadas en soportes verticales daba a la zona de techo bajo un aspecto surrealista. El sitio apestaba a brea, humo, sudor seco y orina. Ann dudó que penetrara el menor aire fresco tan al interior del Palacio del Pueblo.

Oyó una tos seca que resonaba procedente de un pasillo mal iluminado a la derecha. Miró con atención al interior del oscuro vestíbulo y vio puertas a ambos lados. En algunas puertas unos dedos aterraban barrotes de hierro colocados en pequeñas aberturas. Aparte de toser, ningún sonido surgía de esas celdas que encerraban a hombres desesperanzados.

Un hombretón de uniforme aguardaba ante una puerta revestida de hierro a la izquierda. Parecía como si lo hubiesen tallado de la misma piedra que las paredes. Bajo circunstancias distintas. Ann podría haber pensado que era un tipo de aspecto bastante agradable.

—Nyda —dijo el hombre a modo de saludo, y cuando sus ojos volvieron a alzarse tras una educada inclinación de cabeza, preguntó con voz profunda—: ¿Qué tenemos aquí?

—Una prisionera, capitán Lerner. —Nyda agarró el hombro de Ann y tiró de ella al frente como exhibiendo un faisán tras una cacería con éxito—. Una prisionera peligrosa.

La mirada evaluadora del capitán resbaló brevemente por Ann antes de devolver su atención a Nyda.

—Una de las cámaras seguras, entonces.

Nyda aprobó con un asentimiento.

—El mago Rahl no quiere que se escape. Dijo que es una causa sin fin de problemas.

Al menos media docena de respuestas cortantes le acudieron a la mente, pero Ann se mantuvo callada.

—Será mejor que vengáis con nosotros, entonces —dijo el capitán Lerner—, y os ocupéis de que quede encerrada tras los escudos.

Nyda ladeó la cabeza. Dos de sus hombres se adelantaron a toda prisa y cogieron antorchas de soportes. El capitán encontró por fin la llave correcta entre una docena aproximadamente que tenía en un aro, y la cerradura se abrió con un estridente sonido metálico que inundó los bajo palillos circundantes. A Ann le sonó como una campanada que sonase para los condenados.

Gruñendo por el esfuerzo, el capitán tiró de la pesada puerta, abriéndola lentamente. En el largo pasillo situado más allá. Ann no vio más que un par de velas que proporcionaban una luz exigua a las pequeñas aberturas que había en puertas situadas a cada lado. Se empezaron a oír hombres que abucheaban y aullaban, como animales, gritando palabrotas asquerosas a quien pudiera estar entrando en su mundo. Se alargaron brazos al exterior, que arañaron el aire, esperando conseguir alcanzar a alguien que pasara.

Los dos hombres con antorchas irrumpieron en el corredor justo detrás de Nyda, la luz de las llamas iluminando su atavío de cuero rojo de modo que todos aquellos rostros presionados contra las aberturas de las puertas pudieran verla.

El agiel, que colgaba de su muñeca suspendido de una fina cadena, giró hacia arriba. La mujer dirigió miradas fulminantes a las aberturas de las puertas de cada lado. Los brazos mugrientos retrocedieron al interior. Las voces callaron. Ann pudo oír que algunos hombres salían disparados hasta los rincones más alejados de sus celdas.

Nyda, una vez que estuvo segura de que no habría conductas impropias, volvió a ponerse en marcha. Unas manos enormes empujaron a Ann al frente. Detrás, el capitán Lerner los seguía con sus llaves. Ann se llevó el borde del chal a la boca y la nariz, intentando cerrar el paso al nauseabundo hedor.

El capitán tomó un pequeño quinqué de un hueco, lo encendió con una vela que ardía a un lado, y luego se colocó delante para abrir el cerrojo de otra puerta. En el pasillo situado al otro lado, las puertas estaba colocadas más cerca unas de otras. Una mano cubierta de lesiones infectadas colgaba flácida fuera de una de las diminutas aberturas.

El vestíbulo tras la puerta siguiente era de techo más bajo, y no más ancho que los hombros de Ann, que intentó aminorar los latidos de su desbocado corazón mientras seguía el tosco y sinuoso pasillo. Nyda y los hombres tenían que agacharse, encogiéndose los brazos, mientras avanzaban.

—Aquí —dijo el capitán Lerner a la vez que se detenía.

Sostuvo en alto su farol y atisbo al interior de la pequeña abertura de la puerta. Al segundo intento, localizó la llave correcta y abrió la puerta. Entregó la pequeña lámpara a Nyda y a continuación usó ambas manos para tirar de la palanca. Gruñó y tiró con toda su fuerza hasta que la puerta se abrió parcialmente con un chillido. Se introdujo a duras penas al otro lado de la puerta y desapareció dentro.

Nyda pasó el quinqué mientras seguía al capitán al interior. El brazo, envuelto en cuero rojo, volvió a salir para agarrar un trozo del vestido de Ann y arrastrarla tras ella.

El capitán estaba abriendo una segunda puerta en el otro lado de la diminuta habitación. Ann pudo percibir que ésta era la habitación que contenía el escudo. La segunda puerta se abrió con un chirrido. Al otro lado había una habitación tallada en el sólido lecho de roca. El único modo de salir era por la puerta, y la habitación exterior que contenía el escudo, y luego la segunda puerta.

La Casa de Rahl sabía cómo construir una mazmorra segura.

La mano de Nyda agarró el codo de Ann, obligándola a emitir en la habitación del otro lado. Incluso Ann, baja como era, tuvo que agachar la cabeza mientras pasaba por aquel umbral. El único mobiliario en el interior era un banco tallado en la piedra de la pared opuesta, que proporcionaba tanto un asiento como una cama. Un aguamanil de estaño descansaba sobre un extremo del banco. En el extremo opuesto se veía una manta marrón doblada. Había un orinal en el rincón. Al menos estaba vacío, aunque no limpio.

Nyda depositó el quinqué sobre el banco.

—Nathan dijo que te dejásemos esto.

Evidentemente, era un lujo que no se ofrecía a los otros huéspedes.

Nyda adelantó una pierna hacia la salida, pero se detuvo cuando Ann la llamó por su nombre.

—Por favor ¿le darías un mensaje a Nathan de mi parte? ¿Por favor? Dile que me gustaría verlo. Dile que es importante.

Nyda sonrió para sí.

—Dijo que dirías esas palabras. Nathan es un profeta, sabía lo que dirías.

—¿Y le darás ese mensaje?

Los fríos ojos azules de Nyda parecieron estar sopesando el alma de Ann.

—Nathan dijo que se te informara de que tiene todo un palacio que dirigir, y no puede bajar corriendo a verte cada vez que clames pidiendo su presencia.

Aquellas eran casi las palabras exactas que ella había enviado a los aposentos de Nathan innumerables veces cuando una Hermana acudía a ella con peticiones de Nathan para ver a la Prelada.

Di a Nathan que tengo todo un palacio que dirigir y no puedo bajar corriendo allí cada vez que me llama a gritos. Si ha tenido una profecía, entonces que la escriba y le echaré una mirada cuando tenga tiempo.

Hasta aquel momento, Ann no había reparado jamás verdaderamente en lo crueles que habían sido sus palabras.

Nyda cerró la puerta de un empujón tras ella. Ann estaba sola en una prisión de la que sabía que no podía escapar.

Al menos estaba cerca del final de su vida, y no podían mantenerla prisionera durante casi toda su vida, como ella había mantenido prisionero a Nathan durante la suya.

Corrió a la pequeña ventana.

—¡Nyda!

La mord-sith se dio la vuelta desde la segunda puerta, desde más allá del escudo que Ann no podía cruzar.

—¿Sí?

—Di a Nathan... di a Nathan que lo lamento.

Nyda emitió una corta carcajada.

—Bueno, creo que Nathan sabe que lo lamentas.

Ann sacó la mano por la puerta, alargándola hacia la mujer.

—Nyda, por favor. Dile... di a Nathan que lo amo.

Nyda la contempló fijamente durante un largo rato antes de empujar la puerta exterior para cerrarla.

21

Kahlan alzó la cabeza. Posó una mano sobre el pecho de Richard mientras dirigía el oído hacia el sonido que había oído a lo lejos en la oscuridad. Bajo la mano, el pecho de Richard ascendía y descendía con su fatigosa respiración, pero, incluso ante eso, sintió alivio: seguía vivo. Mientras estuviera vivo ella podía pelear por encontrar una solución. No renunciaría a él. Llegarían hasta Nicci. De algún modo, conseguirían llegar hasta ella.

Una ojeada a la posición de la media luna le indicó que había estado dormida durante menos de una hora. Nubes, plateadas a la luz de la luna, habían empezado a desfilas en silencio procedentes del norte. En el lejano firmamento vio, también, las alas iluminadas por la luna de las criaturas de puntas negras que siempre les seguían la pista.

Odiaba aquellas aves. Las criaturas les habían estado siguiendo desde el momento en que Cara había tocado la estatua de Kahlan que Nicci decía que era un faro de advertencia. Aquellas alas negras no estaban nunca lejos, como la sombra de la muerte, siempre siguiéndolos, siempre aguardando.

Kahlan recordaba perfectamente la arena de aquel reloj de arena en forma de estatua escurriéndose. Su tiempo se acababa. No poseía un indicio real de lo que sucedería cuando el tiempo que representaba aquella arena se agotara finalmente; pero podía imaginárselo muy bien.

El lugar en el que habían acampado, ante una brusca elevación rocosa con un bosquecillo de pinos y maleza espinosa a un lado, no era un campamento tan protegido como habrían querido, pero Cara le había confiado que temía que si no paraban. Richard no pasaría de aquella noche.

Aquella advertencia susurrada había hecho que el corazón de Kahlan latiera violentamente, que la frente se le llenara de sudor, y la había llevado al borde del pánico.

Había sido consciente de que el bamboleante viaje en carro, lento como había sido mientras avanzaban por terreno abierto en la oscuridad, parecía haberle dificultado aún más la respiración a Richard. Menos de dos horas después de iniciar la marcha, tras la advertencia de Cara, se habían visto obligados a parar. Una vez que se hubieron detenido, todos se sintieron aliviados al ver que la respiración de Richard se tornaba más regular, y sonaba un poco menos fatigosa.

Necesitaban llegar hasta carreteras para que el viaje le fuera más fácil a Richard, y pudieran ir más deprisa. Tal vez después de que descansar durante la noche podrían avanzar a mayor velocidad.

Debía luchar constantemente para decirse que conseguirían llevarlo allí, que tenían una posibilidad, y que el propósito del viaje no era simplemente una esperanza vacía.

La última vez que Kahlan se había sentido así de impotente, que había sentido aquella sensación de que la vida de Richard se desvanecía, al menos había tenido una sólida oportunidad para salvarlo. No había tenido ni idea en aquel momento, de que correr aquel riesgo sería el catalizador que pondría en marcha una cascada de acontecimientos que iniciarían la desintegración de la magia.

Ella era quien había tomado la decisión de correr aquel riesgo, y era la responsable de todo lo que estaba sucediendo en la actualidad. De haber sabido lo que ahora sabía, habría tomado la misma decisión —salvar la vida de Richard—, pero eso no la hacía menos responsable de las consecuencias.

Era la Madre Confesora, y, como tal, responsable de proteger las vidas de aquellos que poseían magia, de las criaturas mágicas. Y, en su lugar, podría muy bien ser la causa de su fin.

Kahlan se puso en pie de un salto, espada en mano, cuando oyó el silbido en forma de canto de pájaro de Cara para avisarles de su regreso. Era un reclamo que Richard le había enseñado.

Kahlan deslizó el panel del farol para abrirlo por completo y así proporcionar más luz. Vio a Tom, la mano posada sobre el cuchillo de mango de plata de su cinturón, que se alzaba de una roca cercana, donde había estado sentado mientras vigilaba tanto el campamento como al hombre al que Kahlan había tocado con su poder. El hombre seguía tumbado en el suelo, a los pies de Tom.

—¿Qué sucede? —susurró Jennsen a la vez que aparecía junto a Kahlan, restregándose el sueño de los ojos.

—No estoy segura. Cara ha dado la señal, de modo que debe de llevar a alguien con ella.

Cara apareció, surgiendo de la oscuridad, y, como Kahlan había sospechado, empujaba a un hombre por delante de ella. Kahlan frunció el entrecejo, intentando recordar dónde lo había visto antes. Luego pestañeó, comprendiendo que era el joven con el que se habían cruzado hacía más o menos una semana: Owen.

—¡Intenté llegar hasta vosotros antes! —exclamó Owen cuando vio a Kahlan—. Juro que lo intenté.

Sujetándolo por el hombro de su ligero abrigo. Cara obligó al hombre a acercarse más, luego lo detuvo con un violento tirón delante de Kahlan.

—¿De qué estás hablando?—preguntó Kahlan.

Cuando Owen distinguió a Jennsen detrás del hombro de Kahlan, hizo una pausa, boquiabierto por un instante, antes de responder.

—Mi intención era alcanzarlos antes, lo juro —dijo a Kahlan, dando la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar—. Fui a vuestro campamento. —Se arrebujó en el abrigo a la vez que empezaba a temblar—. Vi... vi todos los... restos. Querido Creador, ¿cómo pudisteis ser tan brutales?

Kahlan se dijo que Owen parecía estar a punto de vomitar. El joven se tapó la boca y cerró los ojos mientras tiritaba.

—Si te refieres a aquellos hombres —dijo Kahlan—, intentaron capturarnos, matarnos. No los arrancamos de sus mecedoras ante el fuego y los llevamos a ese erial donde los masacramos. Nos atacaron, y nosotros nos defendimos.

—Pero, querido Creador, cómo pudisteis... —Owen se quedó de pie ante ella, Incapaz de controlar sus estremecimientos: cenó los ojos—. Nada es real. Nada es real. Nada es real. —Lo repitió una y otra vez, como si fuera un ensalmo pensado para protegerlo del mal.

Cara arrastró violentamente a Owen hacia atrás y lo sentó sobre una repisa de roca. Con los ojos cerrados en actitud meditabunda, el joven farfulló continuamente para sí: «Nada es real» mientras Cara iba a colocarse a la izquierda de Kahlan.

—Dinos qué estás haciendo aquí —ordenó Cara con un gruñido, y, aunque no lo dijo, el «o de lo contrario» quedó muy claro.

—Y dilo con rapidez —indicó Kahlan—. Ya tenemos bastantes problemas y no necesitamos que tú te añadas a ellos.

Owen abrió los ojos.

—Fui a vuestro campamento a contároslo, pero... todos aquellos cuerpos...

—Sabemos lo que sucedió allí atrás. Ahora, cuéntanos por qué estás aquí. —A Kahlan ya no le quedaba paciencia—. No voy a volvértelo a preguntar.

—Lord Rahl... —sollozó Owen, prorrumpiendo en lágrimas por fin.

—Lord Rahl que —exigió Kahlan por entre los apretados dientes.

—Lord Rahl ha sido envenenado —soltó abruptamente mientras lloraba.

Kahlan sintió que se le ponía la carne de gallina.

—¿Cómo puedes tú saber eso?

Owen se puso en pie, aferrando su abrigo contra el pecho.

—Lo sé —lloró—, porque fui yo quien lo envenenó.

¿Podría ser? ¿Podría ser que no fuese en realidad el poder desbocado del don lo que mataba a Richard sino un veneno? ¿Podría ser que estuviesen totalmente equivocados? ¿Podría ser que todo lo hubiese provocado aquel hombre al envenenar a Richard?

Kahlan sintió que la empuñadura de la espada resbalaba de sus dedos mientras iba hacia el hombre.

El se quedó quieto, contemplando cómo se acercaba, igual que un cervatillo a un puma a punto de saltar.

Kahlan Sabía que había algo raro en aquel hombre. También Richard había pensado que había algo inquietante en él, algo que no estaba bien.

De algún modo, aquel desconocido tembloroso había envenenado a Richard.

Richard apenas seguía vivo. Sufría y tenía dolores. Aquel hombre había sido la causa de todo ello. Kahlan sabía el motivo, y sabía la verdad de todo ello.

Kahlan recorrió la distancia con rapidez. No se arriesgaría a que escapara. No se arriesgaría a que le mintiese.

Tendría su confesión.

Empezó a alargar la mano hacía él. Su poder se había recuperado; podía sentirlo allí, en la parte central de su ser, listo para actuar.

El hombre había intentado matar a Richard. Ella tenía intención de averiguar si existía un modo de salvarlo. Aquel hombre podía decírselo.

Se juró que salvaría a Richard.

Kahlan no necesitaba invocar su herencia, sino simplemente dejar de refrenarla. Sus sentimientos sobre lo que el hombre había hecho se desvanecieron. Ya no importaban. Únicamente la verdad le serviría ahora. Y estaba decidida a obtenerla.

Él no tenía ninguna posibilidad, le pertenecía.

Lo vio allí de pie paralizado, contemplando cómo ella se acercaba, vio que sus ojos azules se abrían más, vio las lágrimas corriéndole por las mejillas. Kahlan sintió la fría espiral de poder esforzándose por liberarse, exigiendo ser puesta en libertad. A medida que su mano se alzaba hacia el hombre que había lastimado a Richard, no deseaba otra cosa que lo que obtendría.

Él le pertenecía.

Cara saltó bruscamente entre los dos.

La visión de Kahlan del hombre quedó obstaculizada por la mord-sith. Kahlan intentó apartar a un lado a Cara, pero ella estaba preparada y se mantuvo firme en su puesto. Cara sujetó a Kahlan por los hombros y la obligó a retroceder tres pasos.

—No. Madre Confesora, no.

Kahlan seguía concentrada en Owen, incluso aunque no pudiera verlo.

—Aparta de mi camino.

—No. Parad.

—¡Muévete!

Kahlan intentó empujar a la mord-sith a un lado, pero la mujer tenía los pies separados y no había forma de moverla.

—¡Cara!

—No. Escuchadme.

—Cara, aparta de...

La mord-sith zarandeó a Kahlan con tanta energía que ésta pensó que su cuello se partiría.

—¡Escuchadme!

—¿Qué? —dijo Kahlan, jadeando furibunda.

—Aguardad hasta que oigáis lo que tiene que decir. Vino aquí por una ratón. Cuando termine, podéis usar vuestro poder si queréis, o podéis dejarme que le haga chillar hasta que la luna se tape los oídos, pero primero es necesario que oigamos lo que tiene que decir.

—No tardaré en descubrir lo que tiene que decir, y conoceré la verdad. Cuando lo toque, confesara cada uno de los detalles.

—¿Y si lord Rahl muere como resultado? La vida de lord Rahl pende de un hilo. Debemos pensar en eso primero.

—Lo hago. ¿Por qué crees que voy a hacer esto?

Cara acercó más a Kahlan para que la oyera susurrar:

—¿Y si usar vuestro poder en este hombre lo mata por algún motivo que ni siquiera conocemos? ¿Recordáis cuando no lo sabíamos todo en el pasado? ¿Recordáis a Marlin Pickard anunciando que había venido a asesinar a Richard? Fue demasiado fácil entonces, y es demasiado fácil esta vez.

»¿Y si el que toquéis a este hombre es lo que ha planeado alguien... un truco, un cebo? ¿Y si ellos quieren que lo hagáis por algún motivo? ¿Qué sucede si hacéis lo que ellos quieren que hagáis...? No será un simple error que podamos corregir. Si lord Rahl muere, no podremos traerlo de vuelta.

Los feroces ojos de Cara estaban húmedos. Los poderosos dedos de la mord-sith se clavaron en los hombros de Kahlan.

—¿Qué daño puede hacer escucharle primero, antes de que lo toquéis? Podéis tocarlo luego, si todavía creéis que es necesario: pero escuchadle primero. Madre Confesora, como una hermana del agiel, os lo pido, por favor, por el bien de la vida de lord Rahl, aguardad.

Más que cualquier cosa, fue la renuencia de Cara a usar la fuerza lo que dio que pensar a Kahlan. Si había alguien que estaría más que dispuesto a usar la fuerza física para proteger a Richard, esa persona era Cara.

A la débil luz del farol, Kahlan estudió la expresión de la mujer. A pesar de todo lo que Cara decía. Kahlan no sabía si podía permitirse correr el riesgo, vacilar.

—¿Y si es un palo de ciego? —preguntó Jennsen desde detrás.

Kahlan echó una mirada de reojo a la hermana de Richard, a la preocupación que le veía en su rostro.

Kahlan había cometido un error en el pasado al no actuar con la suficiente rapidez, y como resultado habían capturado a Richard y se lo habían llevarlo de su lado. Entonces se trató de su libertad, en esta ocasión era su vida la que estaba en juego.

Sabía que, si bien la vacilación había sido un error en aquel caso, eso no significaba que la acción inmediata fuese siempre lo correcto.

Volvió a mirar a Cara a los ojos.

—De acuerdo. Escucharemos lo que tiene que decir. —Con un pulgar, limpió una lágrima de la mejilla de Cara, una lágrima de terror por Richard, una lágrima de terror ante la idea de perderlo—. Gracias —musitó Kahlan.

Cara asintió y la soltó, luego se dio la vuelta y cruzó los brazos, clavando la furibunda mirada en Owen.

—Será mejor que no me hagas lamentar haberla detenido.

Owen contempló detenidamente todos los rostros que lo observaban: Friedrich, Tom, Jennsen, Cara, Kahlan, e incluso el hombre al que Kahlan había tocado, rumbado en el suelo, no muy lejos.

—En primer lugar, ¿cómo podrías haber envenenado a Richard? —preguntó Kahlan.

Owen se lamió los labios, temeroso de decírselo, incluso aunque ese fuera aparentemente el motivo de su regreso. Finalmente aparró la mirada en dirección al suelo.

—Cuando vi el polvo que se alzaba del carro, y supe que estaba cerca, tire el agua que me quedaba, para que pareciera que no tenía. Entonces, cuando lord Rahl me encontró, le pedí un trago de agua. Cuando me entregó su odre para que pudiera beber, puse el veneno dentro, justo antes de devolverlo. Me sentí aliviado cuando vos aparecisteis, también. Mi intención era envenenaros tanto a lord Rahl como a vos, Madre Confesora, pero vos

teníais vuestra propia agua y no tomasteis un trago cuando él os lo ofreció. Pero supongo que no importa. Esto servirá igualmente.

Kahlan no conseguía comprender tal confesión.

—De modo que tu intención era matarnos a ambos, pero sólo conseguiste envenenar a Richard.

—¿Matar...?

Owen alzó la mirada horrorizado ante tal idea. Negó enfáticamente con la cabeza.

—No, no, nada de eso. Madre Confesora, intenté alcanzarlos antes, pero aquellos hombres fueron a vuestro campamento antes de que llegara allí. Necesitaba llevarle el antídoto a lord Rahl.

—Entiendo. Querías salvarlo... después de haberlo envenenado... pero cuando alcanzaste nuestro campamento, nos habíamos ido.

Los ojos del joven volvieron a llenarse de lágrimas.

—Fue tan espantoso. Todos los cuerpos... la sangre. Jamás he visto asesinatos tan brutales. —Se tapó la boca.

—Habría sido asesinato... nuestro asesinato —dijo Kahlan—, de no habernos defendido.

Owen no pareció oírla.

—Y os habíais ido, os habíais marchado. No sabía adónde habíais ido. Era difícil seguir el rastro de vuestro carro en la oscuridad, pero tenía que hacerlo. Tuve que correr, para alcanzarlos. Temía que las criaturas me atraparan, pero sabía que tenía que llegar hasta vosotros esta noche. No podía esperar. Sentía miedo, pero tenía que venir.

Toda la historia carecía de sentido para Kahlan.

—Así que eres como una de esas personas que inician un incendio, dan la alarma y luego ayudan a extinguirlo; todo ello para poder ser un héroe.

Sobresaltado. Owen negó con la cabeza.

—No, no, nada de eso. Nada de eso en absoluto... lo juro. Odié hacerlo. Es cierto. Lo odié.

—Entonces, ¿por qué lo envenenaste?

Owen retorció los puños de su abrigo mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Madre Confesora, tenemos que darle el antídoto, ahora, o morirá. Ya casi no queda tiempo. —Juntó las manos piadosamente y alzó la mirada al cielo—. Querido Creador, no permitas que sea demasiado tarde, por favor.

—Alargó las manos hacia Kahlan, como para suplicarle también a ella, para asegurarle su sinceridad, pero ante la expresión de su rostro, se echó hacia atrás—. No hay más tiempo, Madre Confesora. Intenté llegar hasta vosotros antes... lo juro. Si no dejáis que tome el remedio ahora, será su fin. Todo habrá sido para nada... todo, todo ello, ¡todo en vano!

Kahlan no sabía si atreverse a confiar en tal oferta. No tenía sentido envenenar a un hombre y luego salvarlo.

—¿Cuál es el antídoto?—preguntó.

—Tomad. —Owen extrajo apresuradamente un pequeño frasco de un bolsillo del interior del abrigo—. Aquí está. Por favor, Madre Confesora. —Le tendió el frasco—. Debe tomar esto ahora. Por favor, daos prisa, o morirá.

—O esto acabará con el —replicó ella.

—Si hubiese querido acabar con él, podía haberlo hecho cuando introduje el veneno en su odre. Podría haber usado más cantidad, o podría no haber venido con el antídoto. No soy un asesino, lo juro.

Lo que Owen decía no tenía demasiado sentido. Kahlan no confiaba en tal ofrecimiento. Era la vida de Richard la que se perdería si elegía mal.

—Digo que demos a Richard el antídoto de Owen —susurró Jennsen.

—¿Un palo de ciego? —preguntó Kahlan.

—Dijiste que había ocasiones en las que no hay otra elección que actuar inmediatamente, pero incluso entonces debe ser con el mejor juicio, usando toda la experiencia y todo lo que uno sabe. Antes, en el carro, oí que Cara te decía que no sabía si Richard sobreviviría a esta noche. Owen dice que tiene un antídoto. Creo que ésta es una de esas ocasiones en que debemos actuar.

—Si significa algo —dijo Tom en tono confidencial—, yo estaría de acuerdo. No veo que exista en realidad ninguna elección. Pero si tenéis una alternativa que pudiese salvar a lord Rahl, creo que ahora sería el momento de probarla.

Kahlan no tenía ninguna alternativa, aparte de llegar hasta Nicci, y eso empezaba a parecerse cada vez más a una esperanza vacía.

—Madre Confesora —terció Friedrich en voz muy baja—, yo también estoy de acuerdo. Creo que deberíais saber que si dejáis que tome el remedio, todos estaremos de acuerdo en que era la mejor elección posible.

Si el antídoto mataba Richard, no la culparían. Eso era lo que le estaba diciendo.

Jennsen dio un paso hacia Owen, arrastrando a *Betty* con ella.

—Si estás mintiendo, tendrás que responder ante mí, y ante Cara, y luego ante la Madre Confesora... si es que queda algo de ti para entonces. Lo comprendes, ¿verdad?

Owen se encogió ante ella, con la cabeza desviada, al mismo tiempo que asentía vigorosamente, al parecer temiendo alzar la mirada hacia ella, o hacia *Betty*. Kahlan se dijo que parecía sentir más miedo de Jennsen que de cualquiera del resto de ellos.

Cara se inclinó hacia Kahlan y susurró:

—Ha de tener un antídoto. ¿Qué propósito tendría arriesgarse a todo lo que le haremos si está mintiendo? ¿Por qué regresar aquí, si únicamente quería envenenar a lord Rahl? Ya lo había envenenado y escapado. Madre Confesora, yo digo que demos a lord Rahl el antídoto, y que lo hagamos enseguida.

—Entonces, ¿por qué envenenarlo en un principio? —respondió Kahlan con otro susurro—. ¿Si tienes intención de dar a un hombre un antídoto. entonces para qué envenenarlo?

Cara soltó un suspiro de contrariedad.

—No lo sé. Pero justo ahora, si lord Rahl muere...

Las palabras de Cara se apagaron ante lo impensable.

Kahlan dirigió la mirada hacia Richard, que yacía inconsciente. Sintió que se le doblaban las piernas ante la idea de que no despertara jamás. ¿Cómo podría vivir en un mundo sin Richard?

—¿Cuánto le damos? —preguntó a Owen.

Owen corrió al frente, dejando atrás a Jennsen.

—Todo. Haced que se lo beba todo. —Dejó la botellita en las manos de Kahlan—. Rápido. Por favor, daos prisa.

—Lo has envenenado —dijo Kahlan en un tono de clara amenaza—. Tu veneno le ha hecho daño. Ha estado tosiendo sangre, y se desmayó debido al dolor. Si crees que lo olvidaré jamás y me sentiré contenta porque hayas regresado para salvarle la vida, te equivocas.

Owen se lamió nerviosamente los labios.

—Pero yo intenté llegar hasta vosotros. Os traía el antídoto para que eso no sucediera. Jamás quise que sintiera tal dolor. Intenté llegar hasta vosotros... pero vosotros masacrasteis a todos aquellos hombres.

—¿Así que es culpa nuestra, entonces?

Owen sonrió sólo un poco a la vez que asentía, una pequeña sonrisa de satisfacción al ver que ella finalmente había visto la luz y comprendía por fin que no era culpa suya, sino de ellos.

Mientras Jennsen vigilaba a Owen, manteniéndolo apartado, donde no molestara, Tom vigilaba al hombre que Kahlan había tocado y Friedrich vigilaba a *Betty*, Kahlan y Cara se arrodillaron y alzaron un poco a Richard para que bebiera el antídoto. Cara le apoyó la espalda contra su muslo mientras Kahlan le sostenía la cabeza con el brazo.

Kahlan extrajo el tapón con los dientes y escupió el corcho. Con cuidado para no derramar y desperdiciar nada del antídoto, le acercó el frasco a los labios y lo inclinó. Observó cómo le humedecía los labios. Le echó la cabeza más hacia atrás, de modo que la boca se le abriera ligeramente, e inclinó un poco más el frasco. Con cuidado, dejó que algo del líquido transparente goteara al interior de la boca.

Kahlan no sabía si lo que había en el frasco era un antídoto. Era incoloro y a ella le parecía simple agua. Cuando Richard se relamió levemente los labios, tragando lo que le había vertido en la boca, Kahlan olió la botella. El líquido tenía el leve aroma de la canela.

Dejó caer más de él en la boca de Richard. Éste tosió, pero luego lo tragó. Cara, con un dedo, recogió una gota que le había descendido por la barbilla y la devolvió a su boca.

Kahlan, con el corazón martilleando de preocupación, vertió el resto del líquido por entre los labios. Sosteniendo la botella vacía entre el pulgar y el índice, usó la palma de la mano para empujar hacia arriba la mandíbula de su esposo, obligando a la cabeza a echarse hacia atrás, obligándolo a tragar.

Suspiró aliviada cuando tragó varias veces, tomando todo el remedio. Al menos había conseguido que se lo tragara.

Con cuidado, Kahlan y Cara volvieron a dejar a Richard sobre el suelo. Mientras Cara se ponía en pie, Owen corrió al frente.

—¿Se lo has dado todo? ¿Se lo ha bebido todo?

El agiel de Cara giró veloz a su puño y cuando Owen, en su euforia por llegar junto a Richard, se abalanzó hacia ellos. Cara le clavó el agiel en el hombro.

Owen retrocedió un paso, tambaleándose.

—Lo siento. —Se frotó el hombro en el que Cara había clavado el agiel—. Sólo quería ver cómo está. No era mi intención hacerle daño. Quiero que esté bien, lo juro.

Kahlan lo contempló atónita. Cara echó una veloz mirada a su agiel, luego a Owen.

El agiel no le había hecho efecto. Al joven no le afectaba la magia.

Incluso Jennsen miraba fijamente a Owen. Éste era igual que ella: un pilar de la Creación, nacido totalmente sin el don y al que no afectaba la magia. En tanto que Jennsen comprendía lo que eso significaba, no parecía que Owen lo hiciera. Este no tenía ni idea de que Cara hubiese hecho otra cosa que atizarle con fuerza para obligarlo a mantenerse atrás.

El agiel debería haberle hecho caer de rodillas.

—Richard se ha bebido todo el antídoto. Ahora éste tiene que hacer su trabajo. Entre tanto, creo que será mejor que durmamos un poco. —Kahlan indicó con un movimiento de cabeza—. ¿Ocupate de las guardias, quieres Cara? Yo me quedare con Richard.

Cara asintió. Dirigió una mirada a Tom que éste comprendió.

—Owen —dijo Tom—, ¿por qué no me acompañas y pasas la noche aquí, con este tipo?

Owen palideció ante la expresión del enorme d'haraniano, y comprendió que no le ofrecían una elección.

—Sí, claro. —Se volvió otra vez hacia Kahlan—. Rezaré para que haya tomado el antídoto a tiempo. Rezaré por él.

—Reza por ti —respondió ella.

Cuando todos se hubieron ido, Kahlan se tumbó junto a Richard. Ahora que estaba sola con él, lágrimas de preocupación empezaron a aflorar a sus ojos. Richard tiritaba de frío, a pesar de que era una noche cálida. Volvió a estirar la manta a su alrededor y luego posó la mano sobre su hombro mientras se acunaba pegada a él, sin saber si cuando llegara el nuevo día, él seguiría con ella.

22

Richard abrió los ojos, pero tuvo que entrecerrarlos inmediatamente debido a la luz, incluso a pesar de que no hacía precisamente sol. Por las franjas de color violeta que teñían el cielo gris, parecía ser justo el amanecer. Unas nubes espesas flotaban bajas. O podría tratarse del atardecer. No estaba seguro. Se sentía desorientado.

Notaba que el sordo dolor punzante de su cabeza le descendía por el cuello. El pecho le ardía con cada inhalación de aire. Tenía la garganta irritada. Le dolía cuando tragaba.

El fuerte dolor, no obstante, el dolor que lo había oprimido con tanta fuerza que lo había dejado sin aire y hecho que el mundo se tornara negro, parecía haber disminuido. La gélida tenaza del frío también se había marchado.

Richard se sentía como si hubiese perdido el contacto con el mundo durante un tiempo; no sabía cuánto. Parecía como si hubiese sido una eternidad, como si el mundo de la vida fuese un recuerdo lejano. También se sentía como si hubiese estado cerca de no volver a despertar jamás. Le provocó un repentino sudor el percibir que había estado a punto de perder la vida, darse cuenta de que podría no haber despertado nunca.

Los alrededores eran distintos de los que recordaba. A poca distancia, se alzaba una pared de roca de color pajizo, con afilados bordes agrietados. A un lado vio un bosquecillo de retorcidos pino. Madera pálida sobresalía en desnudo allí donde se habían desprendido secciones de la oscura corteza. Las imponentes montañas se elevaban a menor distancia de lo que recordaba, y había más árboles en las laderas de las colinas cercanas.

Jennsen yacía enroscada en una manca junto a *Betty*, con la espalda contra la rueda izquierda del carro. Tom dormía no muy lejos, justo al lado de sus caballos de tiro. Friedrich estaba sentado en una roca, montando guardia. Richard no tenía ni idea de quienes eran los dos hombres que yacían a los pies de Friedrich. Se dijo que

uno de ellos debía de ser el hombre a quien Kahlan había tocado con su poder. De otro, no obstante, no estaba seguro, aunque pensó que había algo familiar en él.

Kahlan estaba profundamente dormida apoyada contra él y la *Espada de la Verdad* la tenía al otro lado, cerca de la mano. Al otro lado de Kahlan estaba el arma de esta, envainada, pero lista para ser utilizada.

Todos los Buscadores que habían usado la *Espada de la Verdad* antes que Richard, los buenos y los malos, habían dejado dentro de la magia de la espada la esencia de su habilidad. Al convenirse en dueño de la espada, Richard había aprendido a aprovechar aquella capacidad y a hacerla suya, a recurrir a toda la habilidad y conocimientos de aquellos que la habían poseído antes que él. Se había convenido en un maestro de la espada, en más de un modo, y parte de ello había brotado de la misma arma.

A Kahlan le había enseñado a usar la espada su padre, el rey Wyborn Amnell, que había sido rey de Galea antes de que la madre de Kahlan lo hubiese tomado como su compañero. Richard había completado el adiestramiento de Kahlan, enseñándole a usar la espada en modos que jamás le habían mostrado, modos que hacían uso de su tamaño y velocidad de la manera más ventajosa para ella, en lugar de pelear como el enemigo y depender de la mera fuerza.

A pesar del martilleo que sentía en la cabeza, y el dolor cuando inspiraba, el cálido contacto de Kahlan contra su costado le provocó una sonrisa. Estaba muy hermosa, incluso con los cabellos enmarañados. A Richard él corazón le dolió de deseo. Siempre había adorado la larga melena oscura de su esposa. Adoraba contemplar cómo dormía casi tanto como adoraba clavar la mirada en el interior de sus deslumbrantes ojos verdes. Adoraba convertir sus cabellos en un revoltijo.

Se acordó de que en su primer encuentro con ella, la contempló dormir en el suelo de la casa de Adie, haber observado el lento latido de la vena de su cuello. Recordó que, mientras la observaba, se había sentido impresionado por la vida que había en ella. Estaba tan viva, tan apasionadamente, llena de vida. No podía dejar de sonreír mientras la contemplaba.

Suavemente, se inclinó y la besó en la cabeza. Ella se removió, acurrucándose más pegada a él.

De improviso, se irguió con una sacudida, sentándose sobre una cadera a la vez que lo miraba con ojos como platos.

—¡Richard!

Se arrojó al suelo junto a él, la cabeza sobre su hombro. Se aferró a él como si le fuera la vida en ello. Un único sollozo entrecortado que lo aterró por su acongojado sufrimiento escapó de la garganta de Kahlan.

—Estoy bien —la consoló él mientras le acariciaba el cabello.

Ella volvió a alzarse sobre los brazos, más despacio, contemplándole largamente como si no le hubiese visto en una eternidad. Su sonrisa especial, la que sólo le dedicaba a él, se extendió incandescente por su rostro.

—Richard... —Sólo parecía capaz de contemplarlo fijamente y sonreír.

Richard, todavía tumbado e intentado que se le aclarase la mente, alzó un brazo para señalar.

—¿Quién es ése?

Kahlan miró atrás, luego volvió la cabeza y tomó la mano de Richard.

—¿Recuerdas a aquel tipo de hace una semana más o menos? ¿Owen? Es él.

—Me pareció reconocerlo.

—¡Lord Rahl! —Cara se dejó caer al suelo en el lado opuesto al que ocupaba Kahlan—. Lord Rahl...

También ella parecía tener problemas para encontrar las palabras. En su lugar, le tomó la mano libre. Eso, en sí mismo, le dijo muchísimo.

Richard retiró la mano, se besó el índice y el mayor, y le tocó con ellos la mejilla.

—Gracias por cuidar de todos.

Jennsen se acercó renqueante, con la manta enredada aún a las piernas.

—¡Richard! ¡El antídoto ha funcionado! ¡Ha funcionado, queridos espíritus, funcionó!

Richard se incorporó sobre un codo.

—¿Antídoto? —Miró a las tres mujeres con el entrecejo fruncido—. ¿Antídoto para qué?

—Te envenenaron —le contó Kahlan, y apuntó con el pulgar atrás—. Owen. Cuando vino a nosotros la primera vez, le diste de beber. En agradecimiento, puso veneno en tu odre. Su intención era envenenarme también a mí con él, pero solo tú bebiste.

La mirada iracunda de Richard se posó en los hombres situados a los pies de Friedrich, observándolos con atención. Asintió, como para confirmar que era cierto, como si debieran elogiarlo por ello.

—Uno de esos pequeños errores —dijo Jennsen.

Richard la miró desconcertado.

—¿Qué?

—Dijiste que incluso tú cometías errores, y que incluso uno pequeño podía causar grandes problemas. ¿No lo recuerdas? Cara dijo que siempre estabas cometiendo errores, en especial de poca importancia, y que por eso la necesitas a tu lado. —Jennsen le lanzó una sonrisa socarrona—. Supongo que tenía razón.

Richard no rebatió sus palabras, pero dijo, mientras se ponía en pie:

—Eso simplemente demuestra que te puede coger desprevenido algo tan simple como ese tipo de ahí.

Kahlan observaba a Owen con atención.

—Tengo la sospecha de que no es tan simple.

Cara alargó el brazo para que Richard se agarrara y mantuviera el equilibrio.

—Cara —dijo él mientras se sentaba en un cajón procedente del carro—, tráelo aquí, ¿quieres?

—Con mucho gusto —repuso ella, y empezó a cruzar el campamento—. No olvidéis contarle de Owen —indicó a Kahlan.

—¿Contarme qué?

Kahlan se inclinó muy cerca de él mientras observaba cómo Cara ponía en pie a Owen.

—Owen está Inmaculadamente desprovisto del don... como Jennsen.

Richard se echó los cabellos atrás con los dedos. Intentando encontrarle algún sentido.

—¿Me estás diciendo que también es mi hermanastro?

Kahlan se encogió de hombro».

—Lo ignoramos. Sólo sabemos que carece totalmente del don. — Una arruga de perplejidad le tensó la frente—. A propósito, allá, en el campamento donde nos atacaron aquellos hombres, estabas a punto de decirme algo importante que se te había ocurrido cuando estábamos interrogando al hombre al que había tocado, pero no tuviste la oportunidad de hacerlo.

—Sí... —Richard entrecerró los ojos, intentando rememorar lo que el hombre les había contado—, era sobre el que dijo que dio las órdenes y lo envió a capturarnos... Nicholas... Nicholas algo.

—El Transponedor —le recordó ella—. Nicholas el Transponedor.

—Eso es. Nicholas le dijo dónde encontrarnos... en el borde oriental del páramo, dirigiéndonos al norte. ¿Cómo?

Kahlan reflexionó sobre la pregunta.

—Sí, ahora que lo pienso, ¿cómo podía saberlo? No hemos visto a nadie, al menos a nadie que nosotros hayamos advertido, que pudiese haber informado sobre dónde estábamos. Incluso si alguien nos hubiese visto, para cuando informaran de nuestra posición y Nicholas enviase a los hombres, habríamos estado muy lejos de aquí. A menos que Nicholas esté cerca.

—Las criaturas —dijo Richard—. Seguro que es él quien nos vigila a través de las criaturas. No hemos visto a nadie más. Es el único modo de que alguien pudiera saber dónde estábamos. Ese Nicholas el Transponedor tiene que habernos visto, o saber dónde estábamos, a través de esos pájaros que nos han estado siguiendo la pista. Así es como fue capaz de dar con nuestra posición.

Richard se levantó al acercarse el hombre.

—Lord Rahl —dijo Owen, con los brazos extendidos en un gesto de alivio mientras correteaba al frente, con Cara sujetándolo por el hombro para refrenarlo—. Me siento tan aliviado de que estéis mejor. Jamás fue mi intención que el veneno os hiciera tanto daño... y jamás lo habría hecho si hubieseis recibido el antídoto antes. Intenté llegar hasta vos... ésa era mi intención... juro que lo era, pero todos esos hombres que masacrasteis... no fue mi culpa. —Añadió una sonrisita a la expresión suplicante que dirigió a Kahlan—. La Madre Confesora lo sabe, ella lo comprende.

Kahlan cruzó los brazos mientras alzaba los ojos con el entrecejo fruncido.

—Es culpa nuestra, ¿sabes?, que Owen no consiguiera llegar antes hasta nosotros con el antídoto del veneno. Owen llegó a nuestro último campamento, con la intención de entregar el antídoto para curarte, encontrándose con que habíamos asesinado a todos aquellos hombres y luego alzado el campamento y marchado. Así pues, no es culpa suya..., sus intenciones eran buenas y lo intentó: Nosotros hicimos que sus esfuerzos se malgastaran. Fuimos de lo más desconsiderados.

Richard se la quedó mirando fijamente, no muy seguro de si Kahlan le estaba proporcionando un resumen sarcástico de lo que Owen le había contado, una descripción precisa de la excusa de Owen, o si era que su cabeza seguía sin pensar con claridad.

El estado de ánimo de Richard se tomó tan oscuro como las espesas nubes.

—Tú me envenenaste —dijo a Owen, queriendo estar seguro de que entendía correctamente la historia del hombre—, y luego llevaste un antídoto al lugar donde estábamos acampados, pero cuando llegaste a aquel campamento, te encontraste con los hombres que nos habían atacado y descubriste que nos habíamos ido.

—Sí. —Su alegría al ver que Richard lo entendía correctamente se desvaneció bruscamente—. Tal ferocidad por parte de los ignorantes es de esperar, desde luego, —los ojos azules de Owen se llenaron de lágrimas—. Pero con todo, fue tan... —Se abrazó y cerró los ojos al mismo tiempo que balanceaba todo su peso de lado a lado, de un pie a otro—. Nada es real. Nada es real. Nada es real.

Richard agarró al hombre por la camisa a la altura de la garganta y lo acercó a él de un violento tirón.

—¿Qué quieres decir con que nada es real?

Owen palideció ante la mirada colérica de Richard.

—Nada es real. No podemos saber si lo que vemos, si cualquier cosa, es real o no. ¿Cómo podríamos?

—Si lo ves, entonces, ¿cómo puedes pensar que no es real?

—Porque nuestros sentidos distorsionan todo el tiempo la verdad de la realidad y nos engañan. Nuestros sentidos sencillamente nos embaucan. No podemos ver de noche... nuestra visión nos dice que no hay nada en la noche, que está vacía..., pero un búho puede atrapar un ratón que con nuestros ojos no podríamos percibir. Nuestra realidad dice que el ratón no existía..., sin embargo, sabemos que debe existir, a pesar de lo que nuestra visión nos dice..., que otra realidad existe fuera de nuestra experiencia. Nuestra vista, más que revelarnos la verdad, nos oculta la verdad..., lo que es peor, nos da una falsa idea de realidad.

»Nuestros sentidos nos engañaban, los perros pueden oler un mundo de cosas que nosotros no podemos, porque nuestros sentidos son limitados. ¿Cómo puede un perro seguir la pista de algo que nosotros no podemos oler, si nuestros sentidos nos dicen qué es real y qué no lo es? Nuestra comprensión de la realidad, más que verse ampliada, se ve limitada por nuestros defectuosos sentidos.

»Nuestra visión parcial provoca que pensemos equivocadamente que sabemos lo que es incognoscible... ¿no lo ves? No estamos equipados con sentidos adecuados para saber la autentica naturaleza de la realidad, lo que es real y lo que no lo es. Sólo conocemos una muestra diminuta del mundo que nos rodea. Hay todo un mundo que se nos oculta, todo un mundo de misterios que no vemos; pero está ahí igualmente, tanto si lo vemos como si no, tanto si poseemos la sabiduría de admitir nuestra ineptitud para la tarea de conocer la realidad, como si no. Lo que creemos que sabemos es en realidad incognoscible. Nada es real.

Richard se inclinó sobre él.

—Viste aquellos cuerpos porque eran reales.

—Lo que vemos es sólo una realidad aparente, simples apariencias, una ilusión autoimpuesta, todo basado en nuestra defectuosa percepción. Nada es real.

—¿No te gustó lo que viste, así que decidiste que no era real?

—No puedo decir qué es real. Tampoco podéis vosotros. Decir lo contrario es arrogancia ignorante. Un hombre realmente ilustrado admite su deplorable incompetencia al enfrentarse a su existencia.

Richard tiró de Owen para acercarlo más a él.

—Tal extravagancia sólo puede proporcionarte una vida de sufrimiento y un miedo estremecedor, una vida desperdiciada. Será mejor que empieces a usar la mente para su auténtico propósito de conocer el mundo que te rodea, en lugar de dejarte llevar por ideas irracionales. Conmigo, te limitarás a los hechos del mundo en el que vivimos, no a ensoñaciones extravagantes inventadas por otros.

Jennsen tiró de la manga de Richard, haciéndole retroceder para quila oyera mientras susurraba:

—Richard, ¿y si Owen tiene razón... no necesariamente respecto a los cadáveres, pero respecto a la idea general?

—¿Estás diciendo que piensas que todas sus conclusiones están equivocadas, y sin embargo, de algún modo, la enrevesada idea que hay detrás de ellas correcta?

—Bueno, no... pero ¿y si lo que dice realmente es cierto? Al fin y al cabo, míranos a ti y a mí. Recuerda la conversación que mantuvimos, aquella en la que me explicabas que yo había nacido sin ojos para ver... —dirigió una breve ojeada a Owen y aparentemente abrevió lo que había tenido intención de decir— ciertas cosas. ¿Recuerdas que dijiste que, para mí, tales cosas no existían? ¿Qué la realidad es diferente para mí? ¿Que mi realidad es diferente de la tuya?

—Estás entendiendo mal lo que dije, Jennsen. A la mayoría de las personas, al rozar hiedra venenosa, les salen ampollas y tienen urticaria. A algunas personas excepcionales no les sucede. Eso no significa que la hiedra venenosa no exista, o, mejor dicho, que su existencia dependa de si pensamos o no que está allí.

Jennsen lo acercó más a ella.

—¿Tan seguro estás? Richard, tú no sabes lo que es ser distinto a todos los demás, no ver ni sentir lo que sienten ellos. Dices que existe la magia, pero yo no puedo verla, o sentirla. No entra en contacto conmigo. ¿Debo creerte en un acto de fe, cuando mis sentidos dicen que no existe? Quizá debido a eso puedo comprender un poco mejor lo que Owen quiere decir. A lo mejor no está equivocado en todo. Hace que una persona se pregunte qué es real y qué no lo es, y si, como él dice, se trata simplemente del propio punto de vista.

—La información que nuestros sentidos nos dan debe tomarse según el contexto. Si cierro los ojos, el sol no deja de brillar. Cuando me duermo, estoy conscientemente ajeno a cualquier cosa; eso no significa que el mundo deje de existir. Uno tiene que usar la información de los propios sentidos junto con lo que uno ha aprendido que es cierto sobre la naturaleza de las cosas. Las cosas no cambian debido al modo en que pensemos sobre ellas. Lo que es, es.

—Pero, como él dice, si no experimentamos algo con nuestros propios sentidos, entonces, ¿cómo sabemos que es real?

Richard cruzó los brazos.

—Yo no puedo quedar embarazado. Por lo tanto tú argüirías que para mí las mujeres no existen.

Jennsen retrocedió, adoptando una expresión un tanto avergonzada.

—Yo diría que no.

—Ahora —dijo Richard, volviéndose de nuevo hacia Owen—, tú me envenenaste; eso lo admites. —Se dio un golpecito en el pecho con el puño—. Aquí dentro siento dolor; eso es real. Tú lo provocaste.

»Quiero saber por qué, y quiero saber por qué trajiste el antídoto. No estoy interesado en lo que piensas del campamento donde los hombres que nos atacaron yacían muertos. Límitate al asunto en cuestión. Trajiste el antídoto del veneno que me diste. Eso no puede ser el final. ¿Qué más hay?

—Bueno —tartamudeó Owen—, no quería que murieseis, por eso os salve.

—Deja de contarme tus sentimientos sobre lo que hiciste y dime en su lugar qué hiciste y por qué. ¿Por qué envenenarme, y por qué salvarme después? Quiero la respuesta a eso, y quiero la verdad.

Owen pascó la mirada por los rostros adustos que lo observaban. Tomó aire como para hacer acopio de serenidad.

—Necesito vuestra ayuda. Tenía que convenceros de que me ayudaseis. Pedí vuestra ayuda y os negasteis, incluso a pesar de que mi pueblo está muy necesitado. Supliqué. Os dije lo importante que era para ellos el tener vuestra ayuda, pero seguisteis diciendo que no.

—Tengo mis propios problemas de los que debo ocuparme —respondió Richard—. Lamento que la Orden invadiera tu tierra natal... sé lo terrible que es... pero te lo dije, intento derrocarlos y el hecho de que hagamos

eso no hará más que ayudarte a ti y a tu pueblo. Pero no eres el único a quien esos brutos le han invadido su hogar. Nosotros también tenemos a hombres de la Orden asesinando a nuestros seres queridos.

—Debéis ayudarnos a nosotros, primero —insistió Owen—. Vos y aquellos que son como vos, los incultos, debéis liberar a mi pueblo. Nosotros no podemos hacerlo..., no somos salvajes. Oí todo lo que tenáis que decir sobre comer carne. Ese modo de hablar me enfermó. Nuestra gente no es así..., no podemos serlo, porque somos gente ilustrada. Vi cómo asesinasteis a todos aquellos hombres allí atrás. Necesito que le hagáis eso a la Orden.

—¿Pensaba que eso no era real?

Owen hizo caso omiso de la pregunta.

—Debéis dar la libertad a mi pueblo.

—Ya te lo dije, ¡no puedo!

—Ahora, debéis hacerlo. —Miro a Cara, a Jennsen, a Tom y a Friedrich, luego su mirada se posó en Kahlan—. Debéis encargáros de que lord Rahl lo haga... o morirá. Lo he envenenado.

Kahlan agarró a Owen por la camisa.

—Le trajiste el antídoto del veneno.

Owen asintió.

—Aquella primera noche, cuando os conté mi gran necesidad, le acababa de dar el veneno. —Devolvió la mirada a Richard— Oí lo acababais de beber. De haber accedido a dar a mi pueblo la libertad que necesitan, os habría dado el antídoto entonces, y habríais quedado libre del veneno. Os habría curado.

»Pero rehusasteis venir conmigo, ayudar a aquellos que no se pueden ayudar a sí mismos, como es vuestro deber para con los necesitados. Me dijisteis que me fuera. Así pues, no os ofrecí el antídoto. En el tiempo transcurrido desde entonces, el veneno se ha ido introduciendo en vuestro cuerpo. Si no hubieseis sido egoísta, habrías quedado curado entonces.

»En su lugar, el veneno ahora está estabilizado dentro de vos, haciendo su trabajo. Puesto que ha transcurrido tanto tiempo desde que bebisteis el veneno, el antídoto que llevaba conmigo ya no era suficiente para curaros, únicamente para haceros sentir mejor durante un tiempo.

—¿Y qué me curará? —preguntó Richard.

—Tendréis que tomar más del antídoto para deshaceros del resto del veneno.

—Y no creo que tengas más.

Owen negó con la cabeza.

—Deben liberar a mi gente. Únicamente entonces podréis obtener más del antídoto.

Richard deseó zarandear al hombre y sacarle las respuestas. En su lugar, tomó aire, intentando permanecer tranquilo para poder comprender la verdad de lo que Owen había hecho y luego pensar en la solución.

—¿Porqué sólo entonces? —preguntó.

—Porque —repuso Owen—, el antídoto está en el lugar ocupado por la Orden Imperial. Debéis libramos de los invasores si queréis llegar hasta el antídoto. Si queréis vivir, debéis darnos nuestra libertad. Si no lo hacéis, moriréis.

Kahlan alargó la mano para agarrar a Owen por la garganta. Quería estrangularlo, asfixiarlo, hacer que sintiera la desesperada, aterrada, necesidad de aire que Richard había soportado, hacerle padecer. Cara se abalanzó también sobre Owen, tal vez pensando lo mismo que Kahlan. Richard alargó el brazo, frenando el avance de ambas.

Sujetando la camisa de Owen en el otro puño, Richard zarandeó al hombre.

—¿Y cuánto tiempo tengo antes de volver a sentirme mal? ¿Cuánto me queda de vida antes de que tu veneno me mate?

La mirada aturdida de Owen pasó rauda de un rostro furioso a otro.

—Pero si hacéis lo que pido, como es vuestro deber, estaréis perfectamente. Lo prometo. Ya visteis que traje el antídoto. No os deseo mal. Ésa no es mi intención... lo juro.

Kahlan sólo podía pensar en Richard sintiendo un dolor lacerante, incapaz de respirar. Había sido espantoso. No podía pensaren nada más que no fuera volver a verle padecer aquel sufrimiento... sólo que en esa ocasión ya no despertaría.

—¿Cuánto tiempo? —repitió Richard.

—Si vos simplemente...

—¿Cuánto tiempo?

Owen se lamió los labios.

—Ni un mes. Cerca de uno, pero sin llegar al mes, creo.

Kahlan intentó apartar a Richard.

—Déjame a mí, Descubriré...

—No. —Cara tiró hacia atrás de Kahlan—. Madre Confesora —susurró, dejad que lord Rahl haga lo que deba. No sabéis lo que vuestro contacto podría hacerle a alguien como él.

—Podría no hacer nada —insistió Kahlan—, pero podría funcionar también, y entonen lo podríamos averiguar todo.

Cara la refrenó con un brazo alrededor de la cintura del que Kahlan no consiguió zafarse.

—¿Y si sólo funciona el lado de Resta y lo mata?

Kahlan dejó de forcejear a la vez que miraba a Cara con el entrecejo fruncido.

—¿Y desde cuándo has empezado a estudiar la magia?

—Desde que podría lastimar a lord Rahl. —Cara tiró hacia atrás de Kahlan, para alejarla más de Richard—. Yo también tengo un cerebro, ya sabéis, yo también soy capaz de considerar las cosas. ¿Estáis usando la cabeza? ¿Donde está esta ciudad? ¿En qué lugar de la ciudad está el antídoto? ¿Qué haréis si vuestro poder mata a este hombre y sois vos la que condena a lord Rahl a la muerte, cuando podríais haber obtenido la información que necesitamos de no haberlo tocado?

»Si queréis, le romperé los brazos. Le haré sangrar. Le haré chillar presa de terribles dolores. Pero no lo mataré; lo mantendré con vida para que pueda darnos la información que necesitamos para librar a lord Rahl de su sentencia de muerte.

»Preguntáoslo, ¿realmente queréis hacer eso porque creéis que obtendréis las respuestas que necesitamos, o porque queréis emprenderla con él? La vida de lord Rahl podría depender de que fueseis sincera con vos misma.

Kahlan jadeaba por el esfuerzo del forcejeo, pero más por la cólera que sentía. Deseaba atacarlo, emprenderla con él, tal y como Cara había dicho; hacer lo que pudiera para salvar a Richard y castigar a su atacante.

—Estoy harta de este juego —dijo Kahlan—. Quiero escuchar la historia... toda la historia.

—También yo —repuso Richard, y alzó al hombre por la camisa y lo dejó caer violentamente encima del cajón—. De acuerdo, Owen, no más excusas sobre por qué hiciste esto o aquello. Empieza por el principio y dinos lo que sucedió, y lo que tú y tu gente hicisteis al respecto.

Owen permaneció sentado temblando como una hoja. Jennsen instó a Richard a retroceder.

—Lo estás asustando —musitó a Richard—. Dale un respiro o jamás será capaz de explicarlo.

Richard inspiró profundamente a la vez que le daba la razón a Jennsen posando una mano sobre su hombro. Se apartó unos pasos, permaneciendo de pie con las manos cruzadas a la espalda mientras miraba a lo lejos, en dirección a la salida del sol, hacia las montañas que Kahlan le había visto estudiar tan a menudo. Había sido en el otro lado de la cadena de montañas, más pequeñas y próximas, pegadas a las sombras de aquellos picos enormes que se alzaban a través de las plomizas nubes, donde habían encontrado el faro de advertencia y se habían tropezado por primera vez con las criaturas de puntas negras.

Las nubes que cubrían el cielo hasta la barrera de aquellos picos distantes eran espesas y oscuras. Por primera vez desde que Kahlan podía recordarlo, daba la impresión de que una tormenta podría estar a punto de caerles encima. El olor a lluvia impregnaba el aire.

—¿De dónde eres? —preguntó Richard con voz sosegada.

Owen carraspeó a la vez que se estiraba la camisa y el ligero abrigo, como si se reajustara la dignidad. Permaneció sentado sobre el cajón.

—Yo vivía en un lugar de ilustración, en una civilización de una cultura avanzada... un gran imperio.

—¿Dónde está ese noble imperio? —preguntó Richard, con la vista todavía puesta a lo lejos.

Owen alargó el cuello, mirando al este. Indicó la lejana barrera de imponentes cimas en cuya dirección Richard miraba.

—Ahí. ¿Veis esa quebrada en las montañas altas? Yo vivía al otro lado, en el imperio situado tras esas montañas.

Kahlan recordó haber preguntado a Richard si pensaba que podrían pasar al otro lado de aquellas montañas. Richard se había mostrado dudoso al respecto.

Richard volvió la cabeza.

—¿Cómo se llama ese imperio?

—Bandakar —respondió Owen en un reverente murmullo, y se alisó los rubios cabellos a los lados, como para darse el aspecto de un digno representante de su país—. Yo era un ciudadano de Bandakar, del Imperio bandakariano.

Richard se había dado la vuelta y miraba fijamente a Owen de un modo de lo más peculiar.

—Bandakar. ¿Sabes lo que significa ese nombre, Bandakar?

Owen asintió.

—Sí. Bandakar es una palabra antigua de una época olvidada hace ya mucho. Significa «los elegidos»... como en... el imperio elegido.

Richard parecía haber perdido un poco de su color. Cuando sus ojos se encontraron con los de Kahlan, ésta pudo ver que él sabía muy bien lo que significaba la palabra, y que Owen la traducía mal.

Richard pareció volver a la realidad de repente. Se restregó la frente, pensativo.

—¿Conoce... conoce alguien de tu gente... el idioma del que procede esa antigua palabra, Bandakar!

Owen hizo un gesto displicente.

—No conocemos el idioma, cayó en el olvido hace mucho tiempo. Únicamente el significado de esa palabra se ha transmitido, porque es muy importante para nuestra gente conservar la herencia de su significado: el imperio elegido. Somos el pueblo elegido.

El semblante de Richard había cambiado. La ira parecía haberse desvanecido. Se acercó más a Owen y habló con suavidad.

—El Imperio bandakariano... ¿por qué no es conocido: ¿Por qué nadie sabe nada de tu gente?

Owen desvió los ojos, en dirección al este, mirando su lejana tierra natal a través de ojos llorosos.

—Se dice que los antiguos, los que nos dieron este nombre, quisieron protegernos... porque somos un pueblo especial. Nos llevaron a un lugar al que nadie podía ir, debido a las montañas que lo rodean. Montañas como sólo el Creador podía establecer para aislar el territorio situado al otro lado, de modo que estuviésemos protegidos.

—Excepto por ese lugar —Richard señaló al este—, esa quebrada en la cordillera, ese paso.

—Sí —admitió Owen, todavía con la vista perdida en dirección a su tierra—. Así es como entramos en la tierra situado al otro lado, en nuestra tierra, pero otros también podían entrar: era el único lugar donde éramos vulnerables. Somos un pueblo ilustrado que se ha alzado por encima de la violencia, pero en el mundo siguen habiendo razas salvajes. Así pues, aquellas gentes de épocas remotas, que querían que nuestra avanzada cultura sobreviviera, que prosperásemos sin la brutalidad del resto del mundo... sellaron el paso.

—Y tu pueblo ha estado aislado durante todo ese tiempo... durante miles de años.

—Sí. Tenemos una tierra perfecta, un lugar con una cultura avanzada que no se ve alterado por la violencia de las gentes que hay aquí fuera.

—¿Cómo se selló el paso, la quebrada en las montañas?

Owen miró a Richard, un tanto sobresaltado por la pregunta. Reflexionó sobre ella un instante.

—Bueno... el paso quedó sellado. Nadie podía pasar.

—Porque morirían si cruzaban este límite.

Con una gélida oleada de comprensión, Kahlan comprendió de improviso que componía el sello de ese imperio.

—Bueno si —tartamudeó Owen—. Pero tenía que ser así para impedir que gentes de lucra invadiesen nuestro imperio. Nosotros rechazamos la violencia. Es un comportamiento inculto. La violencia sólo invita a más violencia, disparándose en un ciclo sin fin. —Se removió inquieto por la preocupación de que tal trampa los

capturara en su perverso hechizo—. Somos una raza avanzada, que está por encima de la violencia de nuestros antepasados. La hemos dejado atrás. Pero sin el límite que sella ese paso y hasta que el resto del mundo rechace la violencia como hemos hecho nosotros, nuestro pueblo podría caer presa de salvajes ignorantes.

—Y ahora el sello está roto.

Owen clavó la mirada en el suelo, tragando saliva antes de decir:

—Sí.

—¿Cuánto hace que dejó de funcionar el límite?

—No estamos seguros. Es un lugar peligroso. Nadie vive cerca de él, así que no podemos estar seguros de modo concluyente, pero creemos que sucedió hará cerca de dos años.

Kahlan sintió la mareante carga de la confirmación de sus temores.

Cuando alzó los ojos, Owen era la viva imagen de la desdicha.

—Nuestro imperio está ahora indefenso ante los salvajes incultos.

—En algún momento después de que se viniera abajo el límite, la Orden Imperial entró a través del paso.

—Sí.

—Del territorio situado más allá de esas montañas coronadas de nieve, del Imperio bandakariano, es de donde proceden las criaturas de puntas negras, ¿no es cierto? —dijo Richard.

Owen alzó los ojos, sorprendido de que Richard lo supiera.

—Sí. Esas criaturas espantosas, a pesar de estar desprovistas de malicia, se alimentan de las personas de mi país. Debemos permanecer dentro de casa por la noche, que es cuando cazan. Incluso así, hay personas, en especial niños, que en ocasiones son cogidas por sorpresa y capturadas por esas criaturas terribles...

—¿Por qué no las matáis? —Inquirió Cara, indignada—, ¿Las echáis? ¿Les disparáis flechas? Queridos espíritus, ¿por qué no les partís la cabeza con una piedra si es necesario?

Owen parpadeó escandalizado por aquella sugerencia.

—Ya os lo dije, estamos por encima de la violencia. Sería aún más equivocado cometer un acto de violencia contra tales criaturas inocentes. Nuestro deber es protegerlas, puesto que somos nosotros los que penetramos en sus dominios. Somos nosotros los que tenemos la culpa, porque las tentamos a comportarse de un modo que es simplemente natural en ellas. Protegemos la virtud únicamente si abrazamos todos los aspectos del mundo sin el prejuicio de nuestros viciados puntos de vista humanos.

Richard dedicó a Cara un gesto furtivo para que permaneciera callada.

—¿Todo el mundo en tu imperio era pacífico? —preguntó, apartando la atención de Owen de Cara.

—Sí.

—¿No había algunos que, a veces... no sé, se portaban mal? Niños, por ejemplo. De donde yo vengo, los niños a veces pueden alborotar un poco, los niños de donde tú vienes también deben de alborotarse a veces.

Owen encogió levemente un hombro.

—Bueno, sí, supongo. Había veces en que los niños se comportaban mal y eran revoltosos.

—¿Y qué hacéis con tales niños?

Owen carraspeo, a todas luces incómodo.

—Bueno, se les... saca de su hogar durante un tiempo.

—Se les saca de su hogar durante un tiempo —repitió Richard, y encogió los hombros—. Los niños que conozco, por lo general, estarían encantados de que les permitieran estar fuera. Simplemente se pondrían a jugar.

Owen negó enfáticamente con la cabeza.

—Nosotros somos diferentes. Desde el momento en que nacemos, estamos en compañía de otras personas. Todos estamos muy unidos. Dependemos unos de otros. Nos estimamos unos a otros. Pasamos todas nuestras horas con otras personas. Cocinamos, lavamos y trabajamos juntos. Dormimos en una casa dormitorio, juncos. La nuestra es una vida progresista de contacto humano, de relación humana íntima. No existe nada más valorado que el estar juntos.

—Así pues —preguntó Richard, fingiendo una expresión perpleja—, cuando a uno de vosotros... a un niño... lo sacan fuera, ¿eso es una causa de desdicha?

Owen tragó saliva mientras una lágrima le corría por la mejilla.

—No podría existir nada peor. Que te dejen fuera, que te impidan estar con otros, es el peor horror que podemos soportar. Que te obliguen a salir a la fría crueldad del mundo es una pesadilla.

Tan sólo hablar sobre ese castigo, pensar en él, estaba haciendo que Owen empezara a temblar.

—Y es entonces cuando, a veces, las criaturas cogen a tales niños —apuntó Richard con tono compasivo—. Cuando están solos y son vulnerables.

Con el dorso de la mano, Owen se limpió la lágrima de la mejilla.

—Cuando es necesario sacar fuera a un niño para castigarlo, tomamos todas las precauciones posibles. Jamás los sacamos por la noche porque es entonces cuando las criaturas acostumbran a cazar. A los niños se les deja fuera como castigo sólo de día. Peto cuando estamos apartados de los demás, somos vulnerables a todos los temores y crueldades del mundo. Estar solo es una pesadilla.

»Haríamos cualquier cosa para evitar tal castigo. Cualquier niño que se porte mal y sea sacado al exterior durante un tiempo no es probable que vuelva a portarse mal en mucho tiempo. No hay mayor dicha que ser acogido finalmente de vuelta al seno de tus amigos y familia.

—Así pues, para tu gente, el destierro es el mayor castigo.

Owen clavó la mirada a lo lejos.

—Desde luego.

—De donde yo vengo, todos nos llevábamos muy bien, también. Disfrutábamos de la mutua compañía y nos divertíamos mucho cuando se reunían muchas personas. Valorábamos los momentos que pasábamos juntos. Cuando estamos lejos durante un tiempo, preguntamos por todas las personas que conocemos y llevamos tiempo sin ver.

Owen sonrió expectante.

—Entonces lo comprendéis.

Richard asintió, devolviéndole la sonrisa.

—Pero alguna que otra vez hay alguien que no se comporta bien. Incluso siendo un adulto. En ocasiones, alguien hace algo malo... algo que saben que es malo. Mentir o robar. Lo que es peor, a veces alguien hace daño a otra persona deliberadamente golpea a alguien al robarle, o viola a una mujer, o incluso asesina a alguien.

Owen se negó a alzar los ojos hacia Richard y los mantuvo fijos en el suelo.

Mientras hablaba, Richard paseó lentamente ante el hombre.

—Cuando alguien hace algo así allí de donde tú vienes. Owen, ¿qué hace tu gente? ¿Cómo se ocupa un pueblo ilustrado de tales crímenes horribles que algunos de los vuestras puedan cometer contra los demás?

—Atacamos el origen de tal comportamiento desde el principio —se apresuró a responder Owen—. Compartimos todo lo que tenemos para asegurarnos de que todo el mundo tiene lo que necesita de modo que no tengan que robar. La gente roba porque se siente dolida ante la actitud superior de otros. Nosotros mostramos a esas personas que no somos mejores que ellas y de ese modo no tienen por qué albergar tales temores con respecto a otros. Les enseñamos a ser gente ilustrada y a rechazar tales comportamientos.

Richard se encogió de hombros. Kahlan habría pensado que estaría dispuesto a extraerle las respuestas por la fuerza a Owen, pero, en su lugar, actuaba de un modo tranquilo y dialogante. Le había visto actuar de aquel modo antes. Él era el Buscador de la Verdad, y había recibido ese nombre con todo derecho del Primer Mago en persona, y Richard estaba haciendo lo que hacían los Buscadores: encontrar la verdad. A veces usaba la espada, a veces las palabras.

Y no sólo aquel era el modo en que Richard a menudo desarmaba a las personas cuando las interrogaba, en aquel caso, pensó Kahlan, tal modo de actuar era precisamente aquel al que Owen estaría más acostumbrado, con el que se sentiría más a gusto. Aquel comportamiento afable le estaba extrayendo respuestas al hombre y proporcionando una gran cantidad de información que a Kahlan jamás se le había ocurrido intentar obtener.

Ya había averiguado que ella era la causa de lo que le había sucedido a aquella gente.

—Ambos sabemos, Owen, que, por mucho que lo intentemos, tales esfuerzos para cambiar la forma de ser de la gente no siempre funcionan. Algunas personas no quieren cambiar. Hay veces en que la gente hace cosas malvadas. Incluso entre gente civilizada, existen los que se niegan a actuar de un modo cívico a pesar de todos nuestros esfuerzos. Lo que es peor: si se permite que continúe, estos pocos ponen en peligro a toda la comunidad.

»Al fin y al cabo, si tenéis a un violador entre vosotros, no podéis permitir que siga atacando a las mujeres. Si un hombre cometiera un asesinato, no podríais permitir que ese hombre amenazara al imperio con su modo de actuar, ¿podríais? A una cultura avanzada, precisamente, no se la puede culpar por querer impedir que tales peligros afecten a la gente ilustrada.

—Pero vosotros habéis rechazado todas las formas de violencia, así que no podéis castigar a un hombre así físicamente... no podríais ajusticiar a un asesino... pues habéis repudiado la violencia incondicionalmente. ¿Qué hacéis con tales hombres? ¿Cómo maneja un pueblo ilustrado problemas como el asesinato?

Owen sudaba. Parecía que no se le había ocurrido negar la existencia de asesinos; Richard lo había conducido más allá de eso, había establecido ya la existencia de tales hombres. Antes de que a Owen se le ocurriera oponer reparos, Richard estaba ya más allá, en el paso siguiente.

—Bueno —dijo Owen, tragando saliva—, como decís, somos un pueblo ilustrado. Si alguien hace algo para lastimar a otra persona, se les... da un reprobación.

—Una reprobación. Quieres decir que condenáis sus acciones, pero no al hombre. Le dais una segunda oportunidad.

—Sí, eso es. —Owen se secó el sudor de la frente mientras alzaba la mirada hacia Richard—. Trabajamos muy duro para reformar a las personas que cometen tales errores y reciben una denuncia. Reconocemos que sus acciones son una llamada pidiendo ayuda, así que les aconsejamos para que sean gente ilustrada y los ayudamos a que se den cuenta de que están lastimando a todo nuestro pueblo cuando lastiman a uno de sus miembros, y que, puesto que ellos son parte de nuestro amado pueblo, no hacen más que hacerse daño a sí mismos cuando le hacen daño a otra persona. Demostramos a esas personas compasión y comprensión.

Kahlan agarró el brazo de Cara, y con una mirada severa la convenció para que permaneciera callada.

Richard paseó lentamente por delante de Owen, asintiendo, como si pensara que eso sonaba razonable.

—Comprendo. Ponéis mucho esfuerzo en hacerles ver que no pueden volver a hacer tal cosa.

Owen asintió, aliviado al ver que Richard comprendía.

—Pero por otra parte hay ocasiones en que uno de esos que ha recibido una denuncia, y ha sido aconsejado lo mejor que habéis podido, va y vuelve a cometer el mismo crimen... o incluso uno de peor.

»Queda claro, entonces, que rehúsa reformarse y que es una amenaza para el orden público, la seguridad y la confianza. Si se le permite que actúe como quiera, tal persona, por si misma, traerá justo eso que rechazáis incondicionalmente, la violencia, y convencerá a otros para que sigan su ejemplo.

Había empezado a descender una neblina. Owen permaneció sentado sobre el cajón, temblando, asustado, solo. Apenas unos pocos momentos antes se había mostrado reacio a responder incluso a las preguntas más básicas de un modo que tuviera significado. En aquellos momentos Richard lo tenía hablando sin tapujos.

Friedrich acarició la quijada de uno de los caballos mientras observaba en silencio. Jennsen estaba sentada en una roca, con *Betty* tumbada a sus pies. Tom permanecía de pie detrás de Jennsen, con una mano descansando sobre el hombro de ésta, pero sin perder de vista al hombre a quien Kahlan había tocado con su poder. Aquel hombre estaba sentado a un lado, escuchando desapasionadamente mientras aguardaba a que le dictan órdenes. Cara seguía de pie junto a Kahlan, siempre vigilante por si surgían problemas, pero evidentemente muy interesada en la historia sobre la tierra natal de Owen que iba desplegándose ante ellos, incluso a pesar de que le estaba costando mantenerse callada.

Por su parte, Kahlan, si bien podía simpatizar con las dificultades que tenía la mord-sith para permanecer callada, estaba absorta en el relato de un imperio misterioso que Richard con toda tranquilidad, sin el menor esfuerzo, estaba arrancándole a aquel hombre que lo había envenenado. No conseguía imaginar adonde quería ir a parar Richard con sus prosaicas preguntas. ¿Qué tenían que ver las formas de castigar de aquel imperio con que a Richard lo hubiesen envenenado? No obstante, tenía muy claro que Richard sabía adónde iba.

Richard se detuvo delante de Owen.

—¿Qué hacéis en esos casos?... cuando no podéis reformar a alguien que se ha convenido en un peligro para todos. Qué hace un pueblo ilustrado con esa clase de persona?

Owen respondió con una voz queda que se escuchó con claridad en el neblinoso silencio de primeras horas de la mañana.

—Los desterramos.

—Los desterráis. ¿Quieres decir, que los enviáis al límite?

Owen asintió.

—Pero dijiste que entrar en el límite significa la muerte. No podéis sencillamente enviarlos al límite o los estarías ejecutando. Debéis tener un lugar por el que enviarlos al otro lado. Un lugar especial. Un lugar al que

podéis desterrarlos, sin matarlos, pero un lugar del que sabéis que nunca pueden regresar para hacer daño a vuestra gente.

Owen volvió a asentir.

—Sí, existe tal lugar. El paso que queda bloqueado por el límite es empinado y traicionero. Pero existe un camino que desciende al interior del límite. Aquellos antiguos que nos protegieron colocando ese límite colocaron asimismo el sendero. Se dice que el sendero permite pasar al exterior. Debido al modo en que la montaña desciende, es un sendero difícil, pero se puede seguir.

—¿Y no es posible volver a subir por él? ¿Para entrar en el Imperio bandakariano?

Owen se mordisqueó el labio inferior.

—Desciende por un lugar terrible, un corredor estrecho a través del límite, una tierra sin vida, donde se dice que la muerte se encuentra a cada lado. A la persona desterrada no se le da ni agua ni comida. Tiene que encontrarlas, en el otro lado, o perecer. Colocamos vigilantes en la entrada del sendero, donde aguardan para asegurarse de que el desterrado ha cruzado y no se ha quedado en el límite para luego regresar. Los vigilantes aguardan y vigilan durante varias semanas para asegurarse de que el desterrado ha pasado al otro lado en busca de agua y comida, en busca de su nueva vida lejos de su pueblo.

»Una vez al otro lado, el bosque es un lugar terrible, un lugar aterrador. El sendero te conduce entre aguas que fluyen y raíces enormes de árboles. Luego, aún más abajo, vas a parar a una tierra extraña donde los árboles están muy por encima, estirándose hacia la distante luz, pero tú ves solo sus raíces retorciéndose y descendiendo al interior de la oscuridad del suelo. Se dice que una vez que ves ese bosque de raíces alzándose imponente a tu alrededor, has conseguido cruzar el límite.

»Se dice que no hay modo de entrar en nuestro país desde ese otro lado; que no se puede usar el paso para regresar, a nuestra imperio.

—Una vez desterrado, ya no existe redención.

Richard avanzó para colocarse junto a Owen y posó una mano sobre su hombro.

—¿Qué hiciste para que te desterraran, Owen?

Owen se dobló al frente, hundiendo el rostro entre las manos mientras finalmente prorrumpía en sollozos.

24

Richard dejó la mano sobre el hombro de Owen mientras hablaba en tono compasivo.

—Cuéntame lo que sucedió, Owen. Cuéntamelo a tu modo.

Kahlan se sobresaltó al oír, tras todo lo que Owen había dicho, que éste se había convertido en uno de los desterrados. Vio que Jennsen se quedaba boquiabierta. Cara enarcó una ceja.

Kahlan se dio cuenta de que la mano de Richard sobre el hombro de Owen era un salvavidas emocional para el hombre. Éste finalmente se irguió en el asiento, sorbiendo las lágrimas. Se secó la nariz en la manga.

Alzó los ojos hacia Richard.

—¿Debería contaros toda la historia? ¿Toda ella?

—Sí, me gustaría oírlo todo, desde el principio.

A Kahlan le asombró lo mucho que Richard le recordaba, en aquel momento, a su abuelo, Zedd, el cual siempre quería escuchar toda la historia.

—Bueno, yo era feliz entre mi pueblo, con todos ellos a mi alrededor. Me apretaban contra sus pechos cuando era pequeño. Siempre estuve a salvo en sus acogedores brazos. Si bien sabía de otros niños que se mostraban rebeldes y a los que se dejaba fuera como castigo, yo jamás hice nada para que me dejaran en el exterior. Ansiaba aprender a ser como mi pueblo y ellos me enseñaron a ser ilustrado. Durante un tiempo serví a los míos como el Hombre Sabio.

»Más tarde, mi pueblo se sintió complacido con lo ilustrado que yo era, el modo en que los abrazaba a todos, y por lo tanto me nombraron el portavoz de nuestra ciudad. Viajaba a poblaciones cercanas para decir aquellas cosas que los habitantes de mi ciudad creían todos como una sola persona. Fui a nuestras grandes ciudades por el mismo motivo. Aunque siempre era más feliz cuando estaba en casa, con las personas que me eran más allegadas.

»Me enamoré de una mujer de mi ciudad. Se llama Marilee.

Owen dejó vagar la mirada por sus recuerdos. Richard no lo apremió, sino que aguardó pacientemente hasta que el volvió a empezar a su propio ritmo.

—Era primavera, hará un poco más de dos años, cuando nos enamoramos llenos de gozo. Marilee y yo pasábamos el tiempo charlando, cogiéndonos las manos, y, cuando podíamos, sentándonos juntos mientras estábamos en compañía de todos los demás. Aunque estuviéramos con todos los demás, yo sólo tenía ojos para Marilee. Y ella sólo tenía ojos para mí.

»Cuándo estábamos con otros, parecía como si estuviésemos solos en el mundo, Marilee y yo, y el mundo nos pertenecía sólo a nosotros, únicamente nosotros teníamos los ojos para ver toda su belleza oculta. Está mal sentir eso, estar tan solos en nuestros corazones es ser egoísta y pensar que nuestros ojos pueden ver con tanta claridad es orgullo pecaminoso, pero no podíamos evitarlo. Los árboles florecían únicamente para nosotros. El agua de los arroyos borboteaba su música únicamente para nosotros. La luna salía sólo para nosotros. —Owen sacudió la cabeza despacio—. No podríais comprender cómo era... cómo nos sentíamos.

—Comprendo muy bien cómo era —le aseguró Richard en voz baja.

Owen echó una ojeada a Richard; luego su mirada se trasladó a Kahlan. Ella asintió para confirmarle que así era. La frente del hombre se ensanchó por la sorpresa. Desvió la mirada entonces, quizás, pensó Kahlan, sintiéndose culpable.

—Bueno —dijo Owen, regresando a su relato—, yo era el portavoz de nuestra ciudad; el que dice en voz alta lo que todos deciden que debe decidirse. En ocasiones también ayudaba a otras personas a resolver cuestiones sobre lo que es correcto según los principios de una cultura avanzada. —Owen sacudió la mano de un modo tímido—. Como dije, en una ocasión había servido como el Hombre Sabio, de modo que la gente confiaba en mí.

Richard se limitó a asentir, sin interrumpirlo, incluso a pesar de que Kahlan sabía que no comprendía del todo el significado de muchos de los detalles de lo que Owen decía, como tampoco los comprendía ella. La esencia del relato, sin embargo, empezaba a quedar muy clara.

—Pregunte a Marilee si quería ser mi esposa, si se casaría conmigo y con nadie más. Dijo que, al pedírselo, convertía aquel día en el más feliz de su vida. Y fue el día más feliz de mi vida cuando ella dijo que me aceptaba como esposo.

»Todo el mundo estaba complacido. Todo el mundo nos quería a los dos, y nos mantuvo resguardados en sus brazos durante un largo rato para demostrar su dicha. Mientras estábamos sentados junto con todo el mundo,

todos charlamos sobre los planes para la boda y lo muy contentos que deberíamos estar todos de que Marilee y yo fuéramos a ser marido y mujer y trajésemos niños a vivir entre nuestra gente.

Owen miró a lo lejos, sumido en sus pensamientos. Pareció como si hubiese olvidado que había dejado de hablar.

—¿Así pues, fue una boda espléndida? —apuntó finalmente Richard.

Owen siguió mirando a lo lejos.

—Los hombres de la Orden llegaron. Fue cuando nos dimos cuenta por vez primera de que el sello, que había protegido a nuestra gente desde el principio de los tiempos, había dejado de funcionar. Ya no existía una barrera que nos protegiera.

»Nuestro imperio estaba ahora indefenso ante los salvajes.

Kahlan comprendió que lo que había hecho había provocado que el límite dejara de funcionar, lo que había dejado a aquellas personas sin protección. No había tenido otra elección, pero eso no hacía que resultase más fácil escucharlo.

—Vinieron a nuestra ciudad que como todas está rodeada de murallas. Aquellos que nos dieron nuestro nombre, Bandakar, promulgaron que las ciudades se debían construir de ese modo. Fue acertado. Las murallas nos protegen de las bestias de los bosques, nos mantienen a salvo, sin tener que dañar a ninguna criatura.

»Los hombres de la Orden acamparon fuera de nuestras murallas. En realidad no había lugar para que se alojaran en la ciudad: no tenemos alojamientos para albergar a tanta gente porque nunca tenemos gran número de visitantes. Lo que era peor, me daba miedo tener a hombres con aquel aspecto durmiendo bajo nuestro techo con nosotros. Era equivocado sentir tal miedo; mi flaqueza no tenía que ver con ellos, lo sabía, pero sentí miedo.

»Puesto que yo era el que hablaba por mi ciudad, fui a su campamento con comida y ofrendas. Me embargaba mi pecaminoso miedo. Eran fornidos, algunos con cabellos largos, oscuros, grasientos y enmarañados, algunos con las cabezas afeitadas, muchos con barbas mugrientas e hirsutas; ninguno de ellos tenía cabellos rubios dotados como el sol, como nuestra gente. Resultaba ofensivo verlos vestidos con pieles de animales, placas de cuero, cadenas y metal, y correas con tachuelas afiladas. Colgados de los cintos, todos llevaban utensilios de aspecto inmundos que nunca en la vida había imaginado que pudieran existir, pero que más tarde averigüé que eran armas.

»Dije a aquellos hombres extraños que teníamos mucho gusto en compartir lo que teníamos, que los honraríamos. Les dije que estaban invitados a sentarse con nosotros, a compartir sus palabras con nosotros.

Todo el mundo aguardó en silencio, no queriendo decir ni una palabra mientras las lágrimas corrían por el rostro de Owen y goteaban por su mandíbula.

—Los hombres de la Orden no se sentaron con nosotros. No compartieron sus palabras con nosotros. Aunque hablé con ellos, actuaron como si yo no fuese digno de su reconocimiento, aparte de sonreírme burlones, como si tuviesen intención de comerme.

»Busqué apaciguar sus temores, puesto que es el miedo a otros lo que provoca la hostilidad. Les aseguré que éramos pacíficos y que no les queríamos ningún mal. Les dije que haríamos todo lo posible por alojarlos entre nosotros.

»El hombre que era su portavoz, un comandante se llamaba a sí mismo, me habló entonces. Me dijo que se llamaba Luchan. Sus espaldas eran el doble de anchas que las mías, a pesar de que no era más alto que yo. Ese hombre, Luchan, dijo que no me creía. Me sentí horrorizado al oírlo. Dijo que pensaba que mi gente quería hacerle daño. Nos acusó de desear matar a sus hombres. Me afectó terriblemente que pudiera pensar tal cosa

de nosotros, en especial después de que yo le hubiera dado nuestra bienvenida sin reservas a sus hombres. Me afectó saber que había hecho algo para que creyeran que éramos una amenaza para él y sus hombres. Le aseguré nuestro deseo de mostrarnos pacíficos con ellos.

»Luchan me sonrió entonces, no fue una sonrisa de felicidad, esa sonrisa yo nunca la había visto antes. Dijo que iban a quemar la ciudad hasta los cimientos y a matar a toda la gente que había en ella para impedirnos atacar a sus hombres mientras dormían. Le suplique que creyera en nuestras costumbres pacíficas, que se sentara con nosotros y compartiera sus inquietudes, que nosotros haríamos lo que fuese necesario para disipar tales dudas y mostrarle nuestro amor hacia él por ser nuestro prójimo.

»Luchan dijo que no quemaría la ciudad ni nos mataría a todos, con una condición, como lo llamó él. Dijo que si yo le entregaba a mi mujer como prueba de mi sinceridad y buena voluntad entonces creería en nuestras palabras. Dijo que si, por el contrario, no se la enviaba, lo que sucediera sería culpa mía, descansaría sobre mi cabeza, por no cooperar con ellos, por no demostrar mi sinceridad y buena voluntad hacia ellos.

»Regresé para escuchar las palabras de mi gente. Todo el mando estuvo de acuerdo y dijo que debía hacerlo..., que debía enviar a Marilee a los hombres de la Orden para que no quemasen nuestra ciudad y asesinasen a todo el mundo. Les pedí que no fuesen tan rápidos en tomar su decisión, y ofrecí la idea de que podíamos cerrar las puertas de la muralla para impedir que esos hombres entraran y nos hicieran daño. Mi gente dijo que hombres como aquéllos encontrarían un modo de romper la muralla, y que entonces asesinarían a todo el mundo. Todas las personas dijeron bien claro que debía mostrar buena voluntad al hombre llamado Luchan y también nuestras intenciones pacíficas, que debía mitigar sus temores respecto a nosotros.

»Jamás me sentí tan solo entre mi gente. No podía ir en contra de la palabra de todo el mundo, pues nos enseñan que únicamente las voces de las personas unidas en una voz pueden ser lo bastante sabias como para conocer el camino verdadero. Ninguna persona sola puede saber lo que está bien. Únicamente el consenso puede hacer que una cosa sea correcta.

»Las rodillas me temblaban mientras estaba de pie ante Marilee. Me oí preguntarle si deseaba que hiciera lo que los hombres querían, lo que nuestra gente quería. Le dije que huiría con ella si lo deseaba. Lloró mientras decía que no quería oír palabras tan pecaminosas surgiendo de mí, pues ello significaría la muerte de todos los demás.

»Dijo que debía ir con los hombres de la Orden para apaciguarlos o habría violencia. Me dijo que les hablaría de nuestras costumbres pacíficas y de ese modo haría que se mostrasen amables hacia nosotros.

»Me sentí orgulloso de Marilee por defender los valores más importantes de nuestro pueblo... Quise morir por sentirme orgulloso de algo que me la arrebatara.

»Besé a Marilee una última vez, pero no podía parar de llorar, la abracé y lloramos juntos.

»Luego la llevé fuera, al hombre que era el comandante, Luchan. Éste tenía una espesa barba negra, la cabeza afeitada y un aro atravesado en una oreja y en una ventana de la nariz. Dijo que había hecho una elección sabia. Sus brazos oscurecidos por el sol eran casi tan anchos como la cintura de Marilee. Con una enorme mano mugrienta cogió a Marilee por el brazo y se la llevó con él al mismo tiempo que volvía la cabeza y me decía que «corriera a toda prisa de vuelta» a mi ciudad, a mi gente. Sus hombres se rieron de mí mientras contemplaban cómo volvía a ascender por la calzada.

»Los hombres de la Orden dejaron tranquila a mi ciudad y a mi gente. Tuvimos paz. Yo la había comprado con Marilee.

»Yo no tenía paz en mi corazón.

»Durante un tiempo, los hombres de Orden no aparecieron por nuestra ciudad. Luego regresaron, una tarde, y pidieron que yo saliera. Pregunte a Luchan por Marilee, si estaba bien, si era feliz. Luchan giró la cabeza y

escupió, luego dijo que no lo sabía, que nunca se lo preguntaba. Yo estaba preocupado, y pregunté si ella hablaba con él de nuestras pacíficas costumbres, si le aseguraba que nuestras intenciones hacia él eran inocentes. Dijo que cuando estaba con mujeres lo que menos le interesaba de ella era su conversación.

»Me guiñó un ojo. Aunque nunca había visto a nadie guiñar un ojo de ese modo, comprendí lo que quería decir.

»Estaba muy asustado por Marilee. Pero me recordé que nada es real, que en realidad no podía saber nada a partir de lo que oía. Oía sólo lo que aquel único hombre decía sobre cosas, tal y como él las veía, y yo sabía que sólo percibía parte del mundo. No podía conocer la realidad a través sólo de mis ojos y oídos.

»Luchan dijo, entonces, que deberá abrir las puertas de la ciudad para que ellos no pensarán que actuábamos de un modo hostil hacia ellos. Luchan dijo que si no hacíamos lo que pedía, ello iniciaría un ciclo de violencia.

»Regresé y conté sus palabras a todo el pueblo reunido a mi alrededor.

Mi gente habló toda con una sola voz, y dijo que debíamos abrir las puertas e invitarles a entrar para demostrar que no sentíamos hostilidad ni prejuicios hacia aquellos hombres.

»Los hombres de la Orden cruzaron las puertas, que dejamos totalmente abiertas para ellos, y cogieron a casi todas las mujeres, niñas, muchachas y abuelas. Yo permanecí junto a los otros hombres, suplicándoles que dejaran a nuestras mujeres en paz, que nos dejaran en paz. Les dije que habíamos aceptado sus peticiones para demostrarles que no queríamos hacerles ningún daño, pero no sirvió de nada. No quisieron escuchar.

»Dije a Luchar, entonces, que había enviado a Marilee con él por qué fue su condición para la paz. Lo dije que debían cumplir su acuerdo. Luchan y sus hombres rieron.

»No puedo decir si lo que vi entonces era real. La realidad se encuentra en el reino del destino, y nosotros no podemos conocer toda la verdad del mundo. Ese día, el destino descendió sobre mi pueblo; no tuvimos ni voz ni voto en ello. Sabemos que no debemos pelear contra el destino, puesto que este ha sido ya predestinado por la realidad auténtica que no podemos ver.

»Contemplé cómo arrastraban a nuestras mujeres lejos de allí. Vi, incapaz de hacer nada, que ellas chillaban nuestros nombres, mientras alargaban los brazos hacia nosotros, mientras aquellos hombres sujetaban a nuestras mujeres y se las llevaban de nuestro lado. Jamás había oído gritos como los que oí aquel día.

La capa de nubes daba la impresión de que no tardaría en rozar las copas de los árboles. En el espeso silencio, Kahlan oyó cantar un pájaro en los pinos. Owen estaba solo, lejos, en su solitario mundo de terribles recuerdos. Richard permanecía en pie, con los brazos cruzados, observando al hombre, sin decir nada.

—Fui a otras ciudades —dijo Owen por fin—. En un par de sitios, la Orden había estado allí antes de mi llegada. Los hombres de la Orden hicieron en aquellas ciudades más o menos lo mismo que habían hecho en la mía: se llevaron a las mujeres. En algunos lugares también se llevaron a unos cuantos hombres.

»En otros lugares a los que fui, la Orden no había llegado aún. Como portavoz de mi ciudad, lo conté lo acaecido en mi ciudad e insté a otros a hacer algo. Se enojaron conmigo y dijeron que estaba mal resistirse, que resistirse era ceder a la violencia, no ser mejores que salvajes. Me instaron a renunciar a esos métodos míos tan directos y hacer caso a la sabiduría de las voces unidas de nuestra gente, que habían traído ilustración y miles de años de paz. Me dijeron que me limitaba a contemplar los acontecimientos a través de mi limitada visión, y no a través de la opinión más sensata del grupo.

»Fui entonces a una de nuestras ciudades importantes y volví a contarles que el sello que cerraba el paso estaba roto y que teníamos encima a la Orden Imperial, y que debíamos hacer algo. Les exhorté a que me escucharan y a que se plantearan qué podíamos hacer para proteger a nuestra gente.

»Debido a que me mostré tan desconsideradamente firme y enérgico, la asamblea de portavoces me llevó ante el Hombre Sabio para que pudiera recibir su consejo. Es un gran honor recibir las palabras del Hombre Sabio. El

Hombre Sabio me dijo que debía perdonar a aquellos que habían hecho aquellas cosas contra mi pueblo si queríamos poner fin a la violencia.

»El Hombre Sabio dijo que la ira y hostilidad demostrada por los hombres de la Orden era una señal de su dolor interior, un grito pidiendo ayuda, y que se les debía mostrar compasión y comprensión. Una sabiduría tan patente como sólo podía surgir del Hombre Sabio debería haberme dado una lección de humildad, pero en su lugar declaré mi deseo de que Marilee y todas las demás personas nos fuesen restituidas por aquello, hombres, y que los portavoces me ayudaran en ello.

»El Hombre Sabio dijo que Marilee hallaría su propia felicidad sin mí y que yo era culpable de egoísmo por querer conservarla para mí. Dijo que el destino había venido a buscar a las otras personas y que yo no era quién para exigirle cosas al destino.

»Sostuve ante los portavoces y el Hombre Sabio que los hombres de la Orden no habían respetado el acuerdo establecido por Luchan. El Hombre Sabio dijo que Marilee había actuado correctamente al ir en paz a reunirse con los hombres para que el ciclo de violencia finalizase. Dijo que era egoísta y pecaminoso por mi parte colocar mis necesidades por encima la paz por la que ella trabajaba tan desinteresadamente, y que mi actitud hacia ellos era probablemente lo que había encolerizado a los hombres.

»Pregunté qué debía hacer, cuando yo había actuado honradamente pero ellos no. El Hombre Sabio dijo que me equivocaba al condenar a hombres que no conocía, hombres a los que no había perdonado primero, o a intentado abrazar, o comprender siquiera. Dijo que debía animarlos a seguir los caminos de la paz arrojándome ante ellos y suplicándoles que me perdonaran por actuar de un modo que inflamaba su dolor interior al recordarles agravios pasados que se les habían hecho.

»Dije al Hombre Sabio, entonces, delante de todos los otros portavoces, que no quería perdonar a aquellos hombres ni abrazar a aquellos hombres, sino que quería expulsarlos de nuestras vidas.

»Me dieron una reprobación.

Richard entregó a Owen un tazón con agua pero no dijo nada. Owen sorbió el agua sin verla.

—La reunión de portavoces me ordenó regresar a mi ciudad y buscar el consejo de aquellos entre los que vivía, ordenándome que pidiera a los míos que me guiaran de vuelta a nuestras costumbres. Regrese con la intención de reparar mi error, y me encontré con que las cosas estaban peor que antes.

»La Orden había regresado para coger todo lo que quisieron de la ciudad... comida y bienes. Nosotros les habríamos dado lo que hubiesen querido, pero ellas nunca pidieron, simplemente lo cogieron. También se habían llevado a más de nuestros hombres; algunos de los niños y algunos de aquellos que eran jóvenes y fuertes. A otros hombres, que de algún modo habían ofendido la dignidad de los hombres de la Orden, los habían asesinado.

»Personas que conocía miraban fijamente la sangre que marcaba el lugar en el que habían muerto nuestros amigos. En otros de tales lugares, la gente se reunía para amontonar recordatorios a modo de memorial. Esos lugares se habían convenido en santuarios y la gente se arrodillaba allí para rezar. Los niños no dejaban de llorar. Nadie me ofreció consejo.

»Todo el mundo en la ciudad temblaba tras las puercas, pero bajaban los ojos y abrían aquellas puertas cuando los hombres de la Orden llamaban, no fueran a ofenderlos.

»No podía soportar permanecer por más tiempo en mi ciudad. Huí al campo, incluso a pesar de que me aterraba pensar que estaría solo. Allí, en las colinas, encontré a otros hombres, egoístas como yo, que se ocultaban temiendo por sus vidas. Juntos, decidimos hacer algo, poner fin al sufrimiento. Decidimos restablecer la paz.

—Al principio, enviamos representantes a hablar con los hombres de la Orden, para hacerles saber que no queríamos causarles ningún daño, y que sólo buscábamos vivir en paz con ellos, y para preguntar que podíamos

hacer para darles satisfacción. Los hombres de la Orden colgaron a aquellos hombres por los tobillos de postes colocados en las afueras de nuestra ciudad y los despellejaron vivos.

—Conocía a esos hombres de toda la vida, hombres que me habían aconsejado, guiado, que me habían acogido en sus brazos con júbilo cuando les había contado que Marilee y yo queríamos casarnos. Los hombres de la Orden dejaron que aquellos hombres colgaran por los tobillos mientras aullaban de dolor bajo el ardiente sol del verano, y las criaturas de puntas negras vinieron y los encontraron.

»Me recordé a mí mismo que lo que lo que veía ese día no era real, y que no debía creer tales visiones, que posiblemente mis ojos me engañaban como castigo por tener pensamientos indebidos, y que mi mente no podía en modo alguno saber si esa visión era real o una ilusión.

»No todos los hombres que habían ido a hablar con los soldados de la Orden fueron asesinados. A unos cuantos los enviaron de vuelta a nosotros con un mensaje de la Orden. Dijeron que si no descendíamos de las colinas y volvíamos a estar bajo su control, en nuestra ciudad, para demostrar que no teníamos intención de atacarlos, empezarían a despellejar a una docena de personas cada día, y a colgarlas de postes para las criaturas, hasta que o bien nosotros regresáramos para demostrar nuestras intenciones pacíficas, o bien se hubiese despellejado vivo hasta el último habitante de la ciudad.

»Muchos de nuestros hombres lloraron, incapaces de soportar la idea de que serían la causa de un ciclo de violencia, de modo que regresaron a la ciudad para demostrar que no tenían intención de hacer daño a nadie.

»No todos regresamos. Unos cuantos permanecimos en las colinas. Puesto que la mayoría regresó, y la Orden no llevaba la cuenta de cuántos éramos, pensaron que todos habían acatado sus órdenes.

»Los pocos de nosotros que quedábamos en las colinas nos ocultamos, alimentándonos de frutos secos, frutas y hayas que podíamos encontrar o de la comida que conseguíamos robar. Poco a poco reunimos provisiones suficientes para seguir adelante. Dije a los otros hombres que estaban conmigo que deberíamos averiguar qué hacía la Orden con la gente que se llevaban. Puesto que los hombres de la Orden no nos conocían, en ocasiones podíamos mezclarnos con la gente que trabajaba en los campos o se ocupaba de los animales y volver a nuestro refugio sin que la Orden supiera quiénes éramos; sin que supiesen que éramos hombres de las colinas. Durante los meses siguientes, vigilamos a los hombres de la Orden.

»A los niños los habían enviado lejos, pero los hombres de la Orden habían llevado a todas las mujeres a un lugar que construyeron, un «campamento» lo llamaban, que habían fortificado para protegerlo de un ataque.

Owen volvió a hundir el rostro en las manos mientras hablaba entre sollozos.

—Usaban a nuestras mujeres como animales de cría. Buscaban que les dieran hijos, tantos niños como pudiesen alumbrar, hijos de sus soldados. Algunas mujeres ya estaban embarazadas. La mayoría de aquellas que no estaban aún embarazadas quedaron embarazadas. A lo largo del siguiente año y medio nacieron muchos niños. Se les amamantó durante un tiempo, y luego todos fueron enviados lejos, cuando sus madres volvieron a quedar embarazadas.

»No sé adónde se llevaron a esos niños..., a algún sitio más allá de nuestro imperio. A los hombres que habían sacado de nuestras ciudades también los llevaron más allá de nuestro imperio.

»Los hombres de la Orden no vigilaban bien a sus cautivos, ya que nuestra gente rehuía la violencia, así que un par de hombres escaparon y huyeron a las colinas, donde nos encontraron. Nos contaron que la Orden los había llevado a ver a las mujeres y les había dicho que si no hacían lo que se les decía, si no cumplían todas las órdenes que se les daban, todas las mujeres que tenían delante morirían: las despellejarían vivas. Estos hombres que escaparon no sabían adónde iban a llevarlos, ni qué era lo que tenían que hacer, sólo que, si no seguían las instrucciones que se les daban, serían la causa de que se cometiera violencia sobre nuestras mujeres.

»Tras un año y medio de ocultarnos, de encontrarnos con otras personas, averiguamos que la Orden se había extendido a otros lugares de nuestro imperio, que se había apoderado de otros pueblos y ciudades. El Hombre Sabio y los portavoces se ocultaron. Descubrimos que algunos pueblos y ciudades habían invitado a la Orden a entrar, a estar entre ellos, en un intento de apaciguarlos y evitar que hicieran daño.

»Pero por mucho que nuestra gente lo intentaba, sus concesiones no conseguían aplacar la beligerancia de los hombres de la Orden. No podíamos comprender por qué eso era así.

»No obstante, en algunas de las ciudades más grandes era distinto. La gente de allí había escuchado a los portavoces de la Orden y había llegado a creer que la causa de la Orden Imperial era la misma que la nuestra: poner fin al abuso y la injusticia. La Orden convenció a aquella gente de que ellos aborrecían la violencia, que habían recibido ilustración como nuestra gente, pero habían tenido que recurrir a la violencia para derrotar a aquellos que querían oprimirnos a todos. Dijeron que eran adalides de la causa por la ilustración de nuestra gente. Los habitantes de esos lugares se regocijaron al ver que por fin estaban en manos de salvadores que extenderían nuestras palabras de ilustración a los salvajes.

Richard, en cuyo interior crecía una tormenta, no pudo contenerse por mis tiempo.

—¿E incluso tras toda la brutalidad, esas gentes creyeron las palabras de la Orden Imperial?

Owen extendió las manos.

—Las gentes de esos lugares se vieron influenciadas por las palabras de la Orden... que decía que combatían por los mismos ideales en los que nosotros basábamos nuestras vidas. Dijeron a nuestra gente que únicamente habían actuado como lo habían hecho porque mi ciudad y otras habían puesto del lado de los salvajes del norte... del Imperio d'haraniano.

»Yo había oído antes este nombre: el Imperio d'haraniano. Durante el año y medio que había vivido en las colinas con los otros hombres, de vez en cuando había viajado fuera de nuestra tierra, marchando a lugares de los alrededores, para ver qué podía averiguar que pudiese ayudarnos a expulsar a la Orden Imperial de Bandakar. Mientras estaba fuera de mi tierra, fui a algunas de las ciudades del Viejo Mundo, como averigüé que se llamaba. En un lugar, Altur'Rang, oí rumores de un gran hombre del norte, procedente del Imperio d'haraniano, que traía la libertad.

»Otros de mis hombres también fueron a otros lugares. Cuando regresamos, nos contamos unos a otros lo que habíamos visto, lo que habíamos oído. Todos los que regresaron contaron lo mismo: un tal lord Rahl, y su esposa, la Madre Confesora, combatían a la Orden Imperial.

»Entonces, averiguamos dónde estaba el Hombre Sabio, como también a la mayoría de nuestros portavoces más importantes. Era en nuestra ciudad más grande, un lugar al que la Orden no había ido aún. La Orden estaba atareada en otros lugares y por lo tanto no tenían prisa. Mi gente no iba a ir a ninguna parte... no tenía adonde ir.

»Los hombres que me acompañaban querían que fuese su portador que fuese a hablar con esos importantes portavoces, que los convenciera de que debíamos hacer algo para detener a la Orden Imperial y expulsarla de Baudakar.

»Viajé a la gran ciudad, donde no había estado nunca, y me sentí estimulado al ver que una cultura tan magnífica como la nuestra había construido el lugar... Una cultura que estaba a punto de ser destruida, si no conseguía convencer a aquellos grandes portavoces y al Hombre Sabio que pensarán en algo para detener a la Orden.

»Hablé ante ellos con gran premura. Les conté todo lo que la Orden había hecho. Les hablé de los hombres que tenía escondidos, esperando que se les dijera qué debían hacer.

»Los grandes portavoces dijeron que yo no podía conocer la auténtica naturaleza de la Orden a partir de lo que yo y unos pocos hombres habíamos visto; que la Orden Imperial era un nación inmensa y nosotros veíamos sólo una parte diminuta de su gente. Dijeron que los hombres no pueden cometer actos tan crueles como los que describía porque ello provocaría que retrocedieran horrorizados antes de poder completarlos. Para demostrarlo, sugirieron que intentase despellejar a uno de ellos. Admití que no podría, pero les dije que había visto a hombres de la Orden hacerlo.

»Los portavoces desestimaron mi insistencia de que era real. Dijeron que siempre debía tener presente que nosotros no podemos conocer la realidad. Dijeron que los hombres de la Orden Imperial probablemente temían que fuésemos un pueblo violento, y simplemente querían poner a prueba nuestra determinación embaucándonos para que creyésemos que las cosas que describía eran reales a fin de que pudiesen ver cómo reaccionábamos; si la paz era realmente nuestro modo de ser, o si les atacaríamos.

»Los grandes portavoces dijeron, a continuación, que no podía saber si realmente vi todas las cosas que decía, y que incluso si las vi, no podía juzgar si eran para bien o para mal; que yo no era quién para juzgar las razones de hombres que no conocía, que hacer eso sería creer que estaba por encima de ellos, y ponerme por encima de ellos sería un acto de hostilidad producto de mis prejuicios.

»Yo sólo podía pensar en todas las cosas que había visto, en que mis hombres estaban todos de acuerdo en que debíamos convencer a los grandes portavoces para actuar a fin de preservar nuestro imperio. En mi mente no veía otra cosa que el rostro de Luchan, Y entonces, pensé en Marilee en las manos de este hombre. Pensé en el sacrificio que había hecho, y cómo su vida había sido arrojada a ese horror para nada.

»Me puse en pie ante los grandes portavoces y les chillé a voz en cuello que eran malvados.

Cara soltó una risotada.

—Parece que si puedes saber qué es real cuando te decides a hacerlo.

Richard le lanzó una mirada fulminante.

Owen elevó la mirada y pestañeó. Sus pensamientos habían estado tan lejos de allí mientras contaba su historia que en realidad no la había oído. Levantó los ojos hacia Richard.

—Y entonces me desterraron —dijo.

—Pero el sello del límite había dejado de funcionar —repuso Richard—. Tú ya habías ido y venido a través del paso. ¿Cómo podían imponer un destierro si el límite había desaparecido?

Owen hizo un gesto displicente con la mano.

—No necesitan el muro de la muerte. El destierro es en cierto modo una sentencia de muerte: la muerte de la persona como ciudadano de Bandakar. Mi nombre se conocería por todo el Imperio, al menos por lo que quedaba de él, y todas las personas me rehuirían. Se me negaría la entrada en todas partes. Yo era uno de los desterrados. Nadie querría tener el menor contacto conmigo. Era un proscrito. No importa que no pudieran colocarme al otro lado de la barrera; me apartaron de mi gente. Eso era peor.

»Regrese junto a mis hombres en las colinas para recoger mis cosas y confesarles que me habían desterrado. Iba a marchar más allá de nuestra tierra, como me había ordenado la voluntad de nuestro pueblo a través de sus grandes portavoces.

»Pero mis hombres, los que estaban en las colinas, no quisieron permitir que marchara. Dijeron que el destierro no estaba bien. Esos hombres habían visto las cosas que yo había visto. Todos tenían esposas, madres, hijas, hermanas que les habían arrebatado. Todos ellos habían visto asesinar a sus amigos, visto a los hombres despellejados vivos y abandonados allí para que murieran en medio de una terrible agonía, visto cómo las criaturas llegaban para describir círculos sobre ellos mientras colgaban de aquellos postes. Dijeron que, puesto

que los ojos de todos nosotros habían visto esas cosas, entonces esas cosas debían de ser ciertas, debían de ser reales.

»Todos dijeron que habíamos ido a las colinas porque amábamos nuestra tierra y queríamos restaurar la paz que habíamos tenido. Dijeron que los grandes portavoces eran los que tenían ojos que no veían y que estaban condenando a nuestro pueblo a ser asesinado a manos de salvajes y a animales de cría o esclavos.

»Me impresionó que esos hombres no me rechazaran por haber sido desterrado... que quisieran que permaneciera con ellos.

»Fue entonces cuando decidimos que seríamos nosotros los que haríamos algo, los que idearíamos el plan que queríamos que los portavoces trazaran. Cuando pregunte cuál sería nuestro plan, todo el mundo dijo lo mismo.

»Todos dijeron que debíamos conseguir que lord Rahl viniera y nos diera la libertad. Todos hablaron con una sola voz.

»Decidimos, entonces, lo que haríamos. Algunos hombres dijeron que alguien como el lord Rahl vendría para expulsar a la Orden cuando se lo pidiésemos. Otros pensaron que podríais no estar dispuestos a venir, ya que sois incultos y no tenéis nuestras costumbres, ni sois uno de nosotros. Cuando consideramos esa posibilidad, decidimos que debíamos asegurar que tuvieseis que venir, en el caso de que rehusaseis.

»Puesto que me habían desterrado, dije que me correspondía a mí hacerlo. Aparte de vivir en las colinas con mis hombres, yo no podía tener una vida entre nuestra gente a menos que expulsásemos a la Orden Imperial y se nos restituyeran nuestras costumbres. Dije a mis hombres que no sabía dónde podía encontrar al lord Raid, pero que no desistiría hasta hacerlo.

»Primero, un hombre de más edad que se había pasado la vida trabajando con hierbas y remedios, me preparó el veneno que puse en vuestro odre. Preparó también el antídoto. Me contó cómo funcionaba el veneno, y cómo se podía contrarrestar, ya que ninguno de nosotros deseaba llegar al asesinato, ni siquiera el de un hombre no ilustrado.

Por la mirada de soslayo que Richard dedicó a Kahlan, ésta comprendió que quería que se mantuviera callada, y que sabía que le estaba costando hacerlo. La Madre Confesora redobló sus esfuerzos.

—Me preocupaba cómo podría encontraros —explicó Owen a Richard—, pero sabía que tenía que hacerlo. No obstante, antes de poder marchar en vuestra búsqueda tuve que esconder el resto del antídoto, como era nuestro plan.

—Mientras estaba en una ciudad donde la Orden había conseguido poner de su parte a la gente, oí decir a unas personas en el mercado que era un gran honor que hubiera venido a su ciudad el hombre más impórtame entre todos los de la Orden Imperial que estaban en Bandakar. Se me ocurrió que ese hombre podría saber algo sobre el hombre a quien la Orden más odiaba: lord Rahl.

»Permanecí en la ciudad varios días, vigilando el lugar donde se decía que estaba aquel hombre. Observe a los soldados ir y venir. Vi que en ocasiones llevaban a gente dentro con ellos, y luego más tarde la gente volvía a salir.

»Un día vi a unas personas que salían y éstas no parecían haber recibido ningún daño, así que me acerqué a ellas para oír lo que pudieran decir. Les oí comentar que habían visto al gran hombre en persona. No pude oír gran cosa de lo que decían sobre su visita allí dentro, pero ninguno dijo que estuviese herido.

»Y entonces vi salir a los soldados, y sospeché que podrían ir en busca de más personas para llevarlas dentro a ver a aquel gran hombre, así que marche por delante de ellos, hasta llegar a una céntrica plaza. Aguarde, entonces, cerca de las zonas despejadas, entre los bancos. Los soldados entraron en tropel y reunieron una pequeña multitud de gente y a mí me incluyeron con los demás.

»Me aterraba lo que podría sucederme, pero pensé que podría ser mi única oportunidad de entrar en el edificio en el que estaba ese hombre importante, mi única oportunidad de ver qué aspecto tenía, de ver el lugar donde estaba, de modo que pudiera saber por dónde escabullirme de vuelta al interior y escuchar, como había aprendido a hacer cuando vivía en las colinas. Había resuelto hacer esto para ver si podía conseguir cualquier información sobre lord Rahl. Con todo, temblaba de inquietud cuando nos llevaron a todos al interior del edificio y nos hicieron recorrer pasillos y subir escaleras hasta el piso superior.

»Temía que me llevaran al matadero y quería huir, pero pensé, entonces, en mis hombres, allá en las colinas, que dependían de mí para que encontrara al lord Rahl y consiguiera que viniera a Bandakar y nos diera la libertad.

»Nos hicieron cruzar una pesada puerta y pasar al interior de una habitación poco iluminada, que nos llenó de miedo porque apestaba a sangre. Las ventanas de la austera habitación estaban cerradas con postigos. Vi que en el otro extremo de la habitación había una mesa con un cuenco ancho y, a poca distancia, una hilera de gruesas y afiladas estacas de madera que se alzaban casi hasta la altura de mi pecho. Tenían manchas oscuras de sangre y entrañas.

»Dos mujeres y un hombre que estaban con nosotros se desmayaron. Furiosos, los soldados los patearon en la cabeza. Cuando no se levantaron, los soldados los arrastraron fuera, por los brazos. Vi que dejaban raseros de sangre en el suelo tras ellos. No quería que la bota de uno de esos hombres horrendos me hundiera la cabeza, de modo que tomé la determinación de no desmayarme.

»Un hombre entró majestuosamente en la habitación, de repente, igual que un viento helado. Nunca había sentido miedo de ningún hombre ni siquiera de Luchan, que se pareciera al miedo que me hizo sentir ese hombre. Iba vestido con una capa tras otra de tiras de tela que ondeaban tras él cuando se movía. Sus cabellos, negros como el azabache, estaban peinados hacia atrás con aceites que los hacían brillar. Su nariz parecía sobresalir aún más de lo que lo habría hecho de no llevar los cabellos alisados. Sus ojos pequeños y negros estaban ribeteados de rojo. Cuando aquellos ojos redondos y brillantes como cuinas se clavaron en mí, tuve que recordarme que había jurado no desmayarme.

»Miró con suma atención a cada persona por turno mientras pasaba lentamente ante nosotros, como si estuviera eligiendo un nabo para la cena. Entonces, cuando sus dedos nudosos salieron de debajo de la extraña ropa para señalar con un gesto a una persona y luego a otra, hasta que hubo señalado a cinco, vi que tenía las uñas tan negras como el pelo.

»Agitó la mano, despidiendo al resto de nosotros. Los soldados fueron a colocarse entre las cinco personas que el hombre había señalado y el resto de nosotros. Empezaron a empujarnos hacia la puerta, pero justo entonces, antes de pudiéramos ser conducidos fuera, un oficial con una nariz aplastada a un lado, como si se la hubiera roto repetidamente, entró y dijo que el mensajero había llegado. El hombre del cabello negro se pasó las negras uñas por los cabellos negros y dijo al oficial que dijera al mensajero que aguardara, que por la mañana tendría la información más reciente.»Entonces me condujeron fuera y escaleras abajo junto con el resto de personas. Se nos sacó a la calle y se nos dijo que nos marchásemos, que no se necesitarían nuestros servicios. Los soldados rieron al decir esto. Marché junto con los demás, para que no se enojaran. Todos cuchicheaban sobre aquel gran hombre. Yo sólo podía pensar en cuál podría ser la información más reciente.

»Más tarde, después de oscurecer, regresé sin ser visto, y en la parte posterior del edificio descubrí, tras un portón en una valla alta de madera, un callejón. En la oscuridad, entré en el callejón y me oculte tras una puerta que conducía al vestíbulo posterior del edificio. Había pasillos más allá, y, a la luz de las velas, reconocí un pasillo como el lugar en el que había estado antes.

»Era tarde y no había nadie en los vestíbulos. Me adentré más. Habitaciones bordeaban cada lado del vestíbulo, pero al ser tan tarde no salió nadie. Me escabullí escaleras arriba y me acerqué sigilosamente a la enorme y gruesa puerta de la habitación a la que me habían llevado.

»Allí, en aquel vestíbulo oscuro, delante de la enorme puerta, oí los gritos más horripilantes que he oído nunca. Había gente que suplicaba y lloraba por sus vidas, pidiendo misericordia a gritos. Una mujer suplicaba incesantemente que la mataran para poner fin a su suplicio.

»Pensé que iba a vomitar, o a desmayarme, pero un pensamiento me mantuvo inmóvil y oculto, y me impidió salir huyendo tan deprisa como pudieran llevarme las piernas. Fue pensar que ése era el destino de todo mi pueblo si no los ayudaba trayendo a lord Rahl.

»Permanecí allí toda la noche, en un hueco oscuro de un vestíbulo situado al otro lado de la enorme puerta, escuchando a aquellas pobres gentes padeciendo un suplicio inimaginable. No sé lo que el hombre les hacía, pero pensé que iba a morir de pena ante su lento padecimiento. Los gemidos de dolor no cesaron ni un momento en toda la noche.

»Tirite en mi escondite, llorando, y me dije que no era real, que no debería asustarme de lo que no era real. Imaginaba el dolor de la gente, pero me decía a mí mismo que estaba colocando mi imaginación por encima de los sentidos; justo aquello que me habían enseñado que estaba mal. Me dediqué a pensar en Marilee, en los tiempos en que habíamos estado juntos, e hice caso omiso de aquellos sonidos, que no eran reales. No podía saber que era real, que eran realmente esos sonidos.

»Temprano, por la mañana, el oficial que había visto antes regresó. Me asomé con cuidado. El hombre del cabello negro acudió a la puerta. Supe que era el porqué, cuando su brazo asomó fuera de la habitación para entregar al hombre un papel enrollado, vi sus uñas negras.

»El hombre del cabello negro dijo al oficial de la nariz aplastada y torcida, lo llamó «Najari», que los había encontrado. Eso fue lo que dijo. Luego añadió: «Han conseguido llegar al borde oriental del páramo y ahora se dirigen al norte.» Indicó al hombre que transmitiera las órdenes al mensajero inmediatamente. Najari contestó: «Ya no debe faltar mucho tiempo, entonces, Nicholas, y tú los tendrás, y nosotros tendremos el poder para imponer nuestro precio.»

25

Richard giró en redondo.

—¿Nicholas? ¿Le oíste decir ese nombre?

Owen parpadeó sorprendido.

—Sí. Estoy seguro de ello. Dijo «Nicholas».

Kahlan sintió que una fatigada desesperanza se abatía sobre ella, como la fría y húmeda neblina.

Richard hizo un gesto apremiante.

—Sigue.

—Bueno, no estaba seguro de que estuviese hablando de vosotros... del lord Rahl y la Madre Confesora... cuando el oficial dijo «los», pero por la agitación que delataban sus palabras tuve la impresión de que así era. Sus voces me recordaron la primera vez que apareció la Orden, el modo en que Luchan me sonrió de una manera que no había visto nunca antes, como si fuera a comerme.

»Pensé que esa información era mi mejor posibilidad de encontrarlos. Así que me puse en marcha al instante.

A lomos de una leve ráfaga de aire, una llovizna reemplazó a la neblina. Kahlan reparó en que tiritaba de frío.

Richard señaló al hombre sentado en el suelo, no muy lejos, el hombre con la muesca en la oreja derecha, el hombre a quien Kahlan había tocado. Parte de la tormenta que rugía dentro de Richard entró en ebullición en la superficie.

—Ahí está el sujeto que recibió las órdenes de Nicholas. Trajo con él a esos hombres que viste en nuestro último campamento. De no habernos defendido, de haber colocado nuestro sincero odio a la violencia por encima de la naturaleza de la realidad, estaríamos tan perdidos como Marilee.

Owen clavó los ojos en el hombre.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé y no me importa. Peleaba para la Orden Imperial; peleaba para mantener la creencia de que la vida, incluida la suya, es algo carente de importancia, intercambiable, prescindible ante la persecución insensata de un ideal que considera las vidas individuales como carentes de valor en sí mismas; un principio que exige el sacrificio hacia otros hasta que tú ya no eres nada.

»Pelea por el sueño de que todo el mundo no sea nadie ni nada.

»Las creencias de la Orden mantienen que tú no tenías derecho a amar a Marilee, que todo el mundo es igual y por lo tanto tu deber debería ser casarte con aquella persona a quien mejor le pudiera servir tu ayuda. De ese modo, mediante el sacrificio desinteresado, servirías como corresponde a tu prójimo. A pesar de lo mucho que te esfuerzas para no ver lo que está delante de tus ojos, Owen, creo que en alguna parte debajo de todas tus doctrinas repetidas mecánicamente, sabes que ése es el mayor horror que ha traído la Orden; no su brutalidad, sino sus ideas. Son sus creencias las que sancionan la brutalidad, y las vuestras las que la invitan.

»Él no valoraba su propia vida, quien era; porque deberla importarme cuál es su nombre. Le di lo que era su mayor ambición: ser nada.

Al ver a Kahlan tiritando bajo la fría llovizna, Richard retiró la ardiente mirada colérica de Owen y fue a buscar la capa de su esposa al carro. Con la mayor delicadeza y cuidado, se la colocó alrededor de los hombros. Por la expresión de su rostro, parecía que ya no podía soportar seguir escuchando a Owen.

Kahlan le tomó la mano, sosteniéndola contra su mejilla por un momento. Un pequeño bien se había sacado del relato de Owen.

—Esto significa que el don no te está matando, Richard —dijo ella con tono confidencial—. Era el veneno.

Se sentía aliviada de que no se hubiesen quedado sin tiempo para conseguirle ayuda, como tanto había temido en aquel breve pero eterno viaje en carro, cuando él había estado inconsciente.

—Tenía los dolores de cabeza antes de tropezar con Owen. Todavía tengo los dolores de cabeza. La magia de la espada también titubeó antes de que me envenenaran.

—Pero al menos esto ahora nos da más tiempo para encontrar soluciones a esos problemas.

El se mesó los cabellos.

—Me temo que tenemos problemas peores, ahora.

—¿Problemas peores?

Richard asintió.

—¿Sabes el imperio del que procede Owen? ¿Bandakar? Adivina que significa «Bandakar».

Kahlan echó un vistazo a Oven encorvado sobre el cajón de madera y sintiéndose muy solo. Sacudió la cabeza a la vez que su mirada regresaba a los ojos grises de Richard, preocupada más por la cólera reprimida de su voz que por cualquier oír cosa.

—No lo sé, ¿qué?

—En d'haraniano culto es un nombre. Significa «los desterrados». ¿Recuerdas el libro, *Los Pilares de la Creación*, cómo decidieren enviar a todas las personas desprovistas totalmente del don muy lejos al Viejo Mundo... desterrarlas. ¿Recuerdas que dije que nadie supo nunca que fue de ellas?

—Acabamos de averiguarlo.

—El mundo está ahora indefenso ante los habitantes del Imperio bandakariano.

Kahlan frunció el entrecejo.

—¿Cómo puedes saber con seguridad que es un descendiente de esa gente?

—Míralo. Es rubio y se parece más a un d'haraniano de pura cepa que a la gente de aquí abajo, del Viejo Mundo. Aunque, lo que es más importante es que no le afecta la magia.

—Pero ¿no podría ser simplemente él?

Richard se inclinó más cerca.

—En un sitio cerrado como aquel del que previene, un lugar aislado del resto del mundo durante miles de años, incluso un solo Pilar de la Creación habría extendido la característica de carecer del don a toda la población a estas alturas.

»Pero no había uno solo; todos carecían del don. Por eso, los desterraron al Viejo Mundo, y en el Viejo Mundo, donde intentaron hacerse una nueva vida, volvieron a ser desterrados a ese lugar situado al otro lado de esas montañas; un lugar que les dijeron que era para los *Bandakar*, los desterrados.

—¿Cómo averiguó la gente del Viejo Mundo lo que eran? ¿Cómo los mantuvieron a todos juncos, sin que ni uno solo sobreviviera para extender esa característica de carecer del don a la población en general, y cómo consiguieron colocarlos a todos en ese lugar... desterrarlos?

—Buenas preguntas, todas, pero justo ahora no son las importantes.

—Owen —le dijo Richard—, quiero que te quedes justo ahí, por favor, mientras el resto de nosotros decide cuál será nuestra única voz sobre lo que debemos hacer.

Owen se animó ante tal método de hacer las cosas. No pareció detectar, como hizo Kahlan, el sarcasmo en la voz de Richard.

—Tú —dijo Richard al hombre al que Kahlan había tocado—, ve a sentarte junto a él y encárgale de que espere allí contigo.

Mientras el hombre marchaba a toda prisa a hacer lo que le decían, Richard ladeó la cabeza en un gesto dirigido a todos los demás, llamándolos a su lado.

—Tenemos que hablar.

Friedrich, Tom, Jennsen, Cara y Kahlan siguieron a Richard lejos de Owen y del otro hombre.

Richard se recostó contra la barandilla del carro y cruzó los brazos mientras todos se reunían a su alrededor. Dedicó unos instantes a evaluar cada uno de los rostros que lo contemplaban.

—Tenemos graves problemas —empezó a decir—, y no sólo debido al veneno que Owen me dio. Owen no tiene el don. Es como tú, Jennsen. La magia no le afecta. —Su mirada permaneció fija en la de Jennsen—. El resto de su pueblo es igual que él, como tú.

Jennsen se quedó boquiabierta. Pareció confusa, como si fuese incapaz de reconciliarlo todo en su mente. Friedrich y Tom se mostraron casi igual de sobresaltados. La frente de Cara se arrugó en una expresión sombría.

—Richard —dijo finalmente Jennsen—, eso sencillamente no puede ser. Son demasiados. No hay modo de que todos ellos puedan ser hermanastros y hermanastras nuestros.

—No son hermanastros ni hermanastras —replicó el—. Son una estirpe de personas que desciende de la Casa de Rahl; |personas como tú. No tengo tiempo ahora de explicártelo todo, pero ¿recuerdas que le conté que tendrías hijos que serían como tú, y que ellos transmitirían tu carencia del don a todas las futuras generaciones? Bien, en un pasado remoto, había perdonas así por D'Hara. La gente de aquella época reunió a todas estas personas sin el don y las envió al Viejo Mundo. Entonces la gente que había aquí abajo las encerró detrás de esas montañas de ahí. El nombre de su imperio, Bandakar, significa «los desterrados».

Los grandes ojos de Jennsen se llenaron de lágrimas. Ella era una de aquellas personas tan odiadas a las que habían desterrado de su propia tierra y enviado al exilio.

Kahlan le pasó un brazo por los hombros.

—¿Recuerdas que dijiste que te sentías sola en el mundo? —Kahlan le sonrió afectuosamente—. Ya no tienes que sentirte sola nunca más. Existe gente como tú.

A Kahlan no le pareció que sus palabras sirviesen de mucha ayuda, pero Jennsen agradeció el consuelo del abrazo.

La muchacha volvió la mirada hacia Richard.

—Eso no puede ser cierto. Tenían un límite que los mantenía encerrados en ese lugar. Si fuesen como yo, no les habría afectado un límite mágico. Podrían haber salido de allí en cualquier momento que hubiesen querido. A lo largo de todo este tiempo, al menos algunos habrían salido al resto del mundo..., la magia del límite no los habría retenido.

—No creo que eso sea cierto —repuso Richard—. ¿Recuerdas cuando viste la arena que fluía lateralmente en el faro de advertencia que Sabar nos trajo? Eso era magia, y tú lo viste.

—Es cierto —dijo Kahlan—. Si ella es un Pilar de la Creación, entonces ¿cómo es posible tal cosa?

—Es verdad —coincidió Jennsen—. ¿Cómo podría ser si realmente carezco por completo del don? —Enarcó las cejas—, Richard... a lo mejor no es cierto después de todo. Quizá poseo un poquitín de la chispa del don., a lo mejor no carezco por completo del don en realidad.

Richard sonrió.

—Jennsen, eres tan pura como un copo de nieve. Viste la magia por un motivo. Nicci nos escribió en su carta que el faro de advertencia estaba conectado al mago que lo creó; conectado a él en el inframundo. El inframundo es el mundo de los muertos. Eso significa que la estatua funcionaría en parte mediante Magia de Resta; magia que tiene que ver con el inframundo. Puede que tú seas inmune a la magia, pero no eres inmune a la muerte. Con el don o sin él, sigues estando conectada a la vida, y por lo tanto a la muerte.

»Por eso viste algo de la magia de la estatua.... la parte relacionada con el anticipo de la muerte.

»El límite era un lugar en este mundo donde la muerte misma existía. Penetrar en ese límite era penetrar en el mundo de los muertos. Nadie regresa de entre los muertos. Si alguna persona totalmente desprovista del don en Bandakar hubiese entrado en el límite, habría muerto. Así fue como los mantuvieron encerrados.

—Pero ellos podían desterrar personas a través del límite —insistió Jennsen—. Eso significa que el límite realmente no les afectaba.

Richard negaba ya con la cabeza mientras ella efectuaba su protesta.

—No. La muerte los afectaba igual que a cualquiera. Pero se había dejado un camino a través del límite..., de un modo muy parecido al que había en el que en el pasado dividía las tres tierras del Nuevo Mundo. Yo crucé ese límite, sin que me afectara. Había un paso a través de él, un lugar especial oculto para cruzar el límite. Este era lo mismo.

Jennsen arrugó la nariz.

—Eso no tiene sentido. Si fuese cierto, y no se les había ocultado, ya que todos conocían la existencia de ese corredor a través del límite, entonces ¿por qué no podían todos simplemente marchar si lo deseaban? ¿Cómo podía mantener encerrados al resto de ellos, si podían enviar a los desterrados a través de él?

Richard suspiró, pasándose una mano por el rostro. A Kahlan le pareció que deseaba que no le hubiese hecho esa pregunta.

—¿Sabes la zona que cruzamos no hace mucho? —preguntó Richard a Jennsen—. ¿Ese lugar en el que no crecía nada?

—Lo recuerdo —dijo ella, asintiendo.

—Bien, Sabar dijo que había cruzado otra, un poco al norte de aquí.

—Es cierto —indicó Kahlan—. Y discurría hacia el centro del páramo, en dirección a los Pilares de la Creación... justo como la que vimos nosotros. Tenían que ser más o menos paralelos.

Richard asentía ya a lo que ella empezaba a sospechar.

—Y se encontraban a cada lado de la quebrada que conduce al interior de Bandakar. No estaban muy separadas. Nos encontramos en ese lugar justo ahora, entre esos dos límites.

Friedrich se inclinó hacia delante.

—Pero lord Rahl, eso significaría que si alguien era desterrado del Imperio bandakariano, cuando saliera de aquel límite se encontraría atrapado entre los muros de estos dos límites de aquí fuera. Una persona no tendría ningún sitio al que ir excepto...

Friedrich se tapó la boca al mismo tiempo que se volvía hacia el oeste, mirando a lo lejos en la penumbra.

—Los Pilares de la Creación —finalizó Richard con queda irrevocabilidad.

—Pero, pero —tartamudeó Jennsen—, ¿estás diciendo que alguien lo hizo de ese modo? ¿Que creó estos dos límites deliberadamente para obligar a cualquiera que fuese expulsado del Imperio bandakariano a ir a ese lugar... a los Pilares de la Creación? ¿Por qué?

Richard la miró a los ojos durante un largo raro.

—Para matarlos.

Jennsen tragó saliva.

—¿Quieres decir que quien fuera que desterró a estas gentes quiso que cualquiera a quien ellos a su vez expulsaran muriese?

—Si — respondió Richard.

Kahlan se envolvió mejor en la capa. Había hecho calor durante tanto tiempo que apenas podía creer que el tiempo se hubiese vuelto frío de un modo tan repentino.

Richard se apartó de un manotazo un mechón de cabellos húmedos de la frente mientras proseguía:

—Por lo que Adié me contó en una ocasión, los límites han de tener un paso para crear un equilibrio en ambos lados, para equiparar la vida en ambos lados. Sospecho que aquellos que vivían aquí, en el Viejo Mundo, que desterraron a esta gente, quisieron darles un modo de deshacerse de los criminales y por lo tanto les hablaron de la existencia del paso. Pero no querían que tales personas anduviesen sueltas por el resto del mundo. Criminales o no, carecían del don. No se les podía permitir que se movieran libremente.

Kahlan vio inmediatamente el problema que tenía su teoría.

—Pero los tres límites debían de tener un paso —dijo—. Incluso aunque los otros dos pasos, en los dos límites restantes, fuesen secretos, eso todavía dejaba la posibilidad de que cualquiera a quien se exiliase y enviase a través de la quebrada pudiera encontrar uno de ellos y por lo tanto no intentase escapar a través de los Pilares de la Creación, donde moriría. Eso dejaba la posibilidad de que todavía pudiesen escapar al Viejo Mundo.

—Si realmente existían tres límites, ese podría ser el caso —repuso Richard—. Pero no creo que hubiese tres. Creo que en realidad sólo existía uno.

—Ahora sí que no entiendo nada de lo que decís —se quejó Cara. Habéis dicho que había un límite que iba del norte al sur, cerrando el paso, y luego había estos dos paralelos aquí fuera, al este y al oeste, para canalizar a cualquiera que saliera del imperio a través de ese primer límite hacia los Pilares de la Creación, donde morirían.

Kahlan tuvo que darle la razón. Existía una posibilidad de que alguien escapara a través de uno de los otros dos.

—No creo que hubiese tres límites —repitió Richard—. Creo que sólo había uno. Ese único límite no iba en línea recta... estaba doblado por la mitad. —Alzó dos dedos, contiguos—. La parte baja de la curva pasaba a través del paso. —Señaló la membrana interdigital entre los dos dedos—. Los dos segmentos se extendían por aquí, paralelos, discurriendo hasta finalizaren los Pilares.

Jennsen sólo pudo preguntar.

—¿Porqué?

—Me da la impresión, por lo intrincado que era todo el diseño, que los que encerraron a esas personas querían darles un modo de deshacerse de la gente peligrosa, posiblemente sabiendo, por lo que habían averiguado de sus creencias, que se opondrían a ejecutar a nadie. Cuando a esas personas las desterraron aquí, al Viejo Mundo, puede que poseyeran ya al menos el núcleo de las mismas creencias que mantienen ahora. Esas creencias les hacen totalmente vulnerables a aquellos que son malvados. Proteger su forma de vida, sin ejecutar criminales, significaba que tenían que expulsar a tales personas de su comunidad o ser destruidos por ellos.

»El destierro lejos de D'Hara y del Nuevo Mundo, a través de la barrera que conducía al Viejo Mundo, debió haberles aterrado. Se mantuvieron unidos como un modo de supervivencia, un vínculo común.

»Aquellos, aquí, en el Viejo Mundo, que les pusieron tras ese límite debieron usar el temor de esas gentes a ser perseguidas para convencerlas de que el límite estaba pensado para protegerlos, para impedir que otros les hicieran daño. Debieron convencerlos de que, puesto que eran especiales, necesitaban tal protección. Eso, junto con su arraigada necesidad de mantenerse unidos, tiene que haber reforzado en ellos un miedo terrible a ser echados de su lugar de residencia. El destierro provocaba un terror especial a esta gente.

»Deben haber experimentado la angustia de ser rechazados del mundo debido a que carecían del don, pero, juntos también se sentían a salvo tras el límite.

—Ahora que el sello ya no está, tenemos grandes problemas.

Jennsen cruzó los brazos.

—Ahora que hay más de uno como yo, más de un copo de nieve, ¿te empieza a preocupar la posibilidad de una ventisca?

Richard clavó en ella una mirada de reproche.

—¿Por qué crees que la Orden apareció y se llevó a algunos de los suyos?

—Aparentemente —respondió Jennsen—, para criar más niños como ellos. Para eliminar la valiosísima magia de la raza humana.

Richard hizo caso omiso de la vehemencia de sus palabras.

—No, ¿me refiero a por qué cogieron hombres?

—Por la misma razón —dijo ella—, para aparearlos con mujeres y darles hijos sin el don.

Richard inspiró aire y lo soltó poco a poco.

—¿Qué dijo Owen? A los hombres los llevaron a ver a las mujeres y les dijeron que si no cumplían las órdenes, aquellas mujeres serían despellejadas vivas.

Jennsen vaciló.

—¿Qué órdenes?

Richard se inclinó hacia ella.

—Que órdenes, precisamente. Pensad en ello —dijo, paseando la mirada por el resto de ellos—, ¿Qué órdenes? ¿Qué podrían querer de hombres sin el don? ¿Qué es lo que querrían que hombres sin el don hicieran?

—¡El Alcázar! —exclamó Kahlan con un grito abogado.

—Exactamente. —La mirada de Richard se encontró con la de cada uno de ellos—. Como dije, tenemos graves problemas. Zedd está protegiendo el Alcázar. Con su habilidad y la magia de ese lugar puede contener él sólo a todo el ejército de Jagang.

»Pero ¿cómo va a resistirse ese anciano flacucho a un solo joven que no se ve afectado por la magia que se acerque a él y le agarre por la garganta?

La mano de Jennsen se apartó de la boca de ésta.

»Tienes razón, Richard. También Jagang tiene ese libro: *Los Pilares de la Creación*. Sabe que aquellos que son como yo no se ven afectados por la magia. Intentó usarme precisamente de ese modo. Por eso se esforzó tanto para convencerme de que intentabas matarme; para que pensara que mi única posibilidad era matarte yo primero. Sabía que yo no poseía el don y que no se me podía detener con magia.

—Y Jagang procede del Viejo Mundo —añadió Richard—. Con toda probabilidad sabría algo sobre el imperio situado tras ese límite. Por todo lo que ya sabemos, en el Viejo Mundo. Bandakar puede ser legendario, mientras que aquellos que estaban en el Nuevo Mundo, tras la gran barrera durante tres mil años, jamás debieron de saber que les había sucedido a aquellas personas.

»Ahora, la Orden ha estado cogiendo hombres de ahí y amenazándolos con el brutal asesinato de sus mujeres, mujeres que les son queridas, si esos hombres no siguen las órdenes. Creo que esas órdenes son atacar el Alcázar del Hechicero y capturarlo para la Orden Imperial.

A Kahlan le temblaron las piernas. Si el Alcázar caía, perderían la única ventaja real, por limitada que fuera, que poseían. Con el Alcázar en las manos de la Orden, Jagang tendría acceso a todos aquellos antiguos y mortíferos objetos mágicos. A saber lo que podría desencadenar. Había cosas en el Alcázar que podían matarlos a todos, Jagang incluido. Ya había demostrado con la plaga que había liberado que estaba dispuesto a matar cualquier número de personas con tal de salirse con la suya, que estaba dispuesto a usar cualquier arma, incluso si tales armas diezmaban también a su propia gente.

Aunque Jagang no hiciese nada con el Alcázar, el simple hecho de que lo controlara le negaba al Imperio d'haraniano la posibilidad de encontrar algo allí que pudiese ayudarles. Eso era, además de proteger el Alcázar, lo que Zedd hacía mientras estaba allí: algo que pudiera ayudarlos a ganar la guerra, o al menos hallar un modo de volver a colocar a la Orden Imperial detrás de alguna especie de barrera y confinarlos en el Viejo Mundo.

Sin el Alcázar, probablemente su causa estaría perdida. La resistencia sólo pospondría lo inevitable. Sin el Alcázar de su lado, toda oposición a Jagang acabaría siendo aplastada. Sus tropas entrarían en tropel en todo el Nuevo Mundo. No habría modo de pararlos.

Con dedos temblorosos, Kahlan aferró la capa para abrigarse. Sabía lo que aguardaba a su gente, qué sucedía cuando la Orden Imperial invadía y subyugaba un territorio. Había estado con el ejército durante casi un año, combatiendo contra ellos. Eran como una jauría de perros salvajes. No había paz con animales así. Sólo se darían por satisfechos cuando pudieran hacerte pedazos.

Kahlan había estado en ciudades, como Ebinissia, que habían sido invadidas por los soldados de la Orden Imperial. En una enloquecida orgía de barbarie que duró días, habían torturado, violado y asesinado a cada una de las personas atrapadas en la ciudad, dejando finalmente un erial de cadáveres. A nadie, sin importar su edad, se le perdonó la vida.

Aquello era lo que podían esperar las gentes del Nuevo Mundo.

Con las tropas enemigas invadiendo todo el Nuevo Mundo, cualquier comercio que no se hubiese visto afectado ya quedaría paralizado. Casi todos los negocios se arruinarían. Los medios de subsistencia de innumerables personas se perderían. La comida escasearía, y luego sencillamente no se podría conseguir, se pagara lo que se pagase. Las personas no tendrían medios para sustentarse a sí mismas y a sus familias, y perderían todo aquello por lo que habían trabajado durante sus vidas.

Las ciudades, incluso antes de la llegada de las tropas, se hallarían sumidas en un pánico destructivo. Cuando las tropas enemigas llegaran, a la mayoría de personas les quemarían las casas para echarlas, se las expulsaría de sus ciudades y su tierra. Jagang robaría todos los víveres para sus tropas y entregaría la tierra conquistada a su élite preferida. Los propietarios auténticos de las tierras perecerían, o se convertirían en esclavos que trabajarían en sus propias granjas. Aquellos que escaparan ante la borda invasora se aferrarían desesperadamente a la vida, viviendo como animales en zonas agrestes.

La mayor parte de la población escaparía, huyendo para salvar la vida. Cientos de miles quedarían a la intemperie, a merced de los elementos, sin un lugar donde cobijarse. Habría poca comida, y ninguna capacidad para poderse preparar para el invierno. Cuando el clima se tornara riguroso, perecerían a montones.

A medida que la civilización se desmoronase y la inanición se convirtiese en la norma, las enfermedades asolarían el territorio. Muchos serían víctimas de muertes donosísimas y sumamente lentas, y los que se quedasen se verían acosados y serían cazados como fuente de alimento.

Kahlan sabía cómo era una enfermedad que se extendía de aquel modo. Sabía lo que era ver morir a la gente a millares, lo había visto en Aydindril, cuando la plaga estuvo allí. Vio a decenas de personas caer víctimas de ella

sin previo aviso. Había contemplado cómo los ancianos, los jóvenes... gente tan buena... contraían algo contra lo que no podían luchar, los había visto padecer un suplicio durante días antes de morir.

Richard había sido afectado por aquella plaga, pero a diferencia de todos los demás, la había contraído a sabiendas. Contraer la plaga deliberadamente había sido el precio para regresar junto a ella. Había intercambiado su vida sólo para volver a estar con ella antes de morir.

Aquéel había sido un tiempo que había estado más allá del honor.

Kahlan conocía, de primera mano, lo que era una desesperación salvaje. Fue entonces cuando se arriesgó a hacer lo único que estaba en su mano para salvar la vida de Richard. Fue entonces cuando liberó los repiques. Aquella acción había salvado la vida de Richard, pero en aquel momento ella no había sabido que sería también un catalizador que podría en marcha acontecimientos imprevistos.

Debido a su desesperado acto, el límite de ese imperio había perdido su poder y dejado de funcionar. Debido a ella, toda la magia podría dejar de funcionar con el tiempo.

En aquellos momentos, debido a que aquel límite ya no funcionaba, el Alcázar del Hechicero, su último bastión para vencer a la Orden, corría un terrible peligro.

Kahlan se sentía como si todo fuese culpa suya.

El mundo estaba al borde de la destrucción. La civilización se encontraba en el umbral de la extinción. La Orden exigía sacrificio a un bien mayor; lo que estaban decididos a sacrificar era la razón, y, por lo tanto, la civilización misma. La locura había proyectado su sombra sobre el mundo y los arraparía a todos.

En aquellos momentos se encontraban en el borde de una edad de las tinieblas. Estaban en la víspera del fin de los tiempos.

Sin embargo, Kahlan no podía decir eso. No podía decirles cómo se sentía. No se atrevía a revelar su desesperación.

—Richard, no podemos permitir que la Orden capture el Alcázar. —Kahlan apenas podía creer lo tranquila y decidida que sonaba su voz, y se preguntó si alguien más creería que todavía tenían una posibilidad—. Tenemos que detenerlos.

—Estoy de acuerdo —respondió él.

También sonaba decidido. Kahlan se preguntó si veía en sus ojos la auténtica dimensión de la desesperación que sentía.

—Primero —dijo él—, la parte fácil: Nicci y Víctor. Tenemos que decirles que no podemos ir ahora. Víctor necesita saber que estamos de acuerdo con sus planes... que debe seguir adelante y que no puede esperar. Hemos hablado con él. Sabe qué hacer. Ahora debe hacerlo, y Priska tiene que saber que es preciso que ayude.

»Nicci necesita saber adónde vamos. Necesita saber que creemos que hemos descubierto la causa del foro de advertencia. Tiene que saber dónde estamos.

Dejó sin decir que ella tenía que venir a ayudarlo, si él no podía llegar hasta ella, porque su don lo estaba matando.

—También necesita saber —siguió Richard— que sólo tuvimos ocasión de leer una parte de su advertencia sobre lo que Jagang estaba haciendo con las Hermanas de las Tinieblas al convertir a gente en armas.

Los ojos de los demás se abrieron de par en par. Ellos no habían leído la carta.

—Bueno —dijo Kahlan—, con todos los otros problemas que tenemos, al menos no tenemos que vérnoslas con ése por ahora.

—Sí, es una ventaja —coincidió Richard, y señaló al hombre que vigilaba, al hombre que aguardaba a que Kahlan le diese órdenes—. Lo enviaremos a ver a Víctor y a Nicci para que lo sepan todo.

—¿Y luego qué? —preguntó Cara.

—Quiero que Kahlan le ordene que, cuando haya cumplido esa parte de sus órdenes, entonces tiene que marchar al norte y localizar la Orden Imperial. Quiero que finja ser uno de ellos para que se acerque lo suficiente y asesine al emperador Jagang.

Kahlan sabía lo inverosímil que era tal plan. Por el modo en que todos abrieron los ojos, también ellos eran conscientes.

—Jagang cuenta con muchos hombres para impedir que lo asesinen —dijo Jennsen—, Siempre está rodeado de guardias especiales. Los soldados corrientes ni siquiera pueden acercarse a él.

—¿Realmente crees que tiene alguna probabilidad de conseguir tal cosa?—preguntó Kahlan.

—No —admitió Richard—. Lo más probable es que la Orden lo mate antes de que pueda llegar hasta Jagang. Pero lo impulsará la necesidad de cumplir tus órdenes. Estará resuelto a ello. Supongo que lo matarán en el intento, pero también sospecho que será un buen intento. Quiero que Jagang pierda un poco el sueño sabiendo que cualquiera de sus hombres podría ser su asesino. Quiero que le preocupe no poder saber nunca quien podría estar intentando matarlo. No quiero que pueda dormir profundamente jamás. Quiero que se vea perseguido por pesadillas en las que cualquiera de sus hombres alza el cuchillo contra él.

Kahlan asintió para mostrar su acuerdo. Richard evaluó los rostros lúgubres que aguardaban el resto de lo que tenía que decir.

—Ahora ocupémonos de la parte más importante. Es vital que vayamos al Alcázar y advirtamos a Zedd. No podemos perder tiempo. Jagang va por delante de nosotros en todo esto; ha estado planeando y actuando, y en ningún momento hemos advertido lo que tramaba. No sabemos cuándo podrían enviarse al norte a esos hombres sin el don. No tenemos un momento que perder.

—Lord Rahl —le recordó Cara— tenéis que llegar hasta el antídoto antes de que se acabe el tiempo. No podéis salir corriendo bacía el Alcázar para... Ah, no. Aguardad un momento vais a volverme a enviar al Alcázar. No voy a dejaros en un momento como éste, en un momento en el que estáis casi indefensos. No quiero ni oír hablar de ello y no pienso ir.

Richard le posó una mano en el hombro.

—Cara, no te estoy enviando, pero gracias por el ofrecimiento.

Cara cruzó los brazos y le dirigió una mirada iracunda.

—No podemos subir el carro hasta Bandakar... no hay carretera...

—Lord Rahl —interrumpió Tom—, sin magia, necesitareis todo el acero de que dispongáis. —Sonó sólo ligeramente menos enfático de lo que había sonado Cara.

—Lo sé, Tom —dijo Richard, sonriendo—, y estoy de acuerdo. Es Friedrich quien creo que debe ir. —Se volvió hacia Friedrich—. Puedes coger el carro. Un hombre mayor, solo, levantará menos sospechas que cualquiera de nosotros. No te verán como una amenaza. Podrás ir más deprisa con el carro, y sin tener que preocuparte de que la Orden pueda agarrarte y meterte en el ejército. ¿Lo harás, Friedrich?

Friedrich se rascó la barba de varios días. Una sonrisa apareció en su rostro curtido por los elementos.

—Supongo que por fin se me está pidiendo que sea una especie de guardián del límite.

Richard le sonrió.

—Friedrich, el límite ya no existe. Como el lord Rahl, te nombro para el puesto de guardián del límite y te pido que te encargues de advertir a otros del peligro que ha surgido de ese límite.

La sonrisa de Friedrich desapareció mientras se llevaba un puño al corazón a modo de saludo y solemne juramento.

26

En algún lugar allá, en la lejano habitación donde su cuerpo aguardaba, Nicholas oyó un ruido insistente. Estaba absorto en la tarea que tenía entre manos, así que hizo caso omiso del sonido. La luz se desvanecía, pero, la oscuridad no sería un estorbo para los ojos con los que él veía.

De nuevo, oyó el ruido. Indignado porque el sonido no dejaba de molestarlo, no dejaba de exigir su atención, regresó a su cuerpo.

Alguien golpeaba con un puño la puerta.

Nicholas se levantó del suelo, donde su cuerpo estaba sentado con las piernas cruzadas. Al principio siempre le desorientaba tener que volver a estar en su cuerpo, estar un limitado, estar en un espacio tan cerrado. Resultaba incómodo tener que moverlo, usar los propios músculos, respirar, ver, escuchar con sus propios sentidos.

La llamada volvió a sonar. Encolerizado ante la interrupción. Nicholas fue no a la puerta sino a las ventanas, y cerró los postigos. Alargó violentamente una mano, encendiendo la antorcha, y finalmente marchó muy digno hacia la puerta. Las tiras de tela que le cubrían la túnica ondularon tras él, como un grueso manto de plumas negras.

—¿Qué sucede? —Abrió la puerta de par en par y miró fuera.

Najari estaba justo al otro lado, en el vestíbulo, con el peso puesto sobre un pie, los pulgares tras el cinturón. Sus musculosos hombros casi tocaban las paredes de cada lado.

Nicholas vio entonces el grupo de personas que había detrás del hombre. La nariz torcida de Najari, aplastada a la izquierda en alguna de las innumerables reyertas en las que lo metía su mal genio, proyectaba una curiosa sombra sobre su mejilla. Cualquiera que tuviera la desgracia de meterse en una reyerta con Najari por lo general salía con lesiones mucho más graves que una simple nariz rota.

Najari agitó un pulgar por encima del hombro.

—Pediste unos cuantos invitados. Nicholas.

Nicholas se pasó las uñas por los cabellos, sintiendo el sedoso y suave placer de los aceites para el pelo resbalándose por la palma de la mano. Movié la cabeza, para alejar su enfado.

Estaba tan absorto en lo que había estado haciendo que había olvidado su petición de que Najari le trajera unos cuantos cuerpos.

—Muy bien, Najari. Hazlos entrar. Echémosles una mirada.

Nicholas observó mientras el comandante conducía al conjunto de personas a la zona iluminada por la parpadeante luz de la antorcha. Los soldados situados en la retaguardia arrearon a los rezagados al interior de la enorme habitación. Los apresados giraron sus cabezas de un lado a otro, contemplando el extraño y austero entorno, las paredes de madera, las antorchas en los soportes, el suelo de tablas, la falta de mobiliario aparte de la sólida mesa. Las narices se arrugaron ante el fuerte olor a sangre.

Nicholas observó cómo aquellas pobres criaturas descubrían la presentía de las afiladas estacas alineadas a lo largo de la pared que tenían a la derecha, estacas tan gruesas como las muñecas de Najari.

Nicholas los estudió, buscando los reveladores signos de temor mientras se desplegaban. Sus ojos se movían veloces por todas partes, inquietos, y al mismo tiempo ansiosos por absorberlo todo, de modo que pudieran referir a los amigos con todo detalle que habían estado allí. Nicholas sabía que era objeto de gran curiosidad.

Un ser excepcional.

Un Transponedor.

Nadie sabía lo que significaba su nombre. Ese día, algunos lo averiguarían.

Nicholas pasó entre el grupo de presos. Eran una gente curiosa, aquellas criaturas carentes del don, como sinsontes, pero ni con mucho tan atrevidas. Debido a que carecían de la más mínima chispa del don, Nicholas tenía que tratarlas de un modo especial para que pudieran serle de utilidad. Era una molestia, pero tenía sus compensaciones.

Algunos cuellos se alargaron a su paso, intentando ver mejor al singular hombre. Él se pasó las uñas por el pelo otra vez simplemente para sentir como los aceites resbalaban sobre su mano. Mientras se inclinaba cerca de algunas de las personas ante las que pasaba, observando a sujetos, una de las mujeres que tenía delante cerró los ojos, volviendo la cabeza, Nicholas alzó una mano hacia ella, haciendo un veloz movimiento con un dedo. Echó una ojeada a Najari para asegurarse de que veía a cuál había seleccionado.

La mirada de Najari pasó de la mujer a Nicholas. Había tomado nota de la selección.

Un hombre que estaba atrás, contra la pared, permanecía totalmente rígido, con los ojos muy abiertos. Nicholas lo señaló con un dedo. Otro hombre torció los labios de un modo curioso. Nicholas bajó la mirada y vio que el hombre, en un estado de pánico total, se había orinado encima. El dedo de Nicholas volvió a aletear. Tres seleccionados. Nicholas siguió andando.

Un débil gemido escapó de la garganta de una mujer situada al frente, justo delante de él. Nicholas le sonrió. Ella levantó la vista, temblando, incapaz de apartar la desorbitada mirada de él, de sus ojos negros bordeados de rojo, incapaz de detener el gimoteo que escapaba de su garganta. La mujer jamás había visto a alguien que fuera humano... y a la vez no lo fuera.

Nicholas le dio un golpecito en el hombro con un dedo terminado en una larga uña. Su repugnancia no expresada se vería recompensada con un servicio a un bien mejor. El suyo.

Jagang había buscado crear algo... inusual, para sí. Una fruslería de carne y hueso. Una chuchería mágica. Un perrito faldero... con dientes.

Su Excelencia había obtenido lo que quería, y más. Mucho más.

Nicholas disfrutaría viendo que le parecía al emperador tener una marioneta sin hilos, una creación con una mente propia, y talentos para satisfacer sus deseos.

Un hombre situado atrás, contra la pared, parecía impaciente por que finalizara la exhibición, de modo que pudiera regresar a sus propios asuntos. Si bien no podía decirse que ninguna de aquellas personas se

considerara importante para el imperio, unos cuantos, de vez en cuando se movían por un interés personal en medrar.

Nicholas agitó el dedo por quinta vez. El hombre pronto tendría motivos para sentirse sumamente interesado, y descubriría que no era mejor que ninguna otra persona. Y que no iba a ir a ninguna parte... al menos corporalmente.

Todo el mundo miró de hito en hito cuando Nicholas rió por lo bajo ante su propio chiste.

Su diversión finalizó. Nicholas inclinó la cabeza hacia la puerta, efectuando un único gesto. Los soldados entraron en acción al instante.

—De acuerdo —gruñó Najari—, moveos. ¡Vamos! Poneos en marcha. ¡Fuera, fuera, fuera!

Los pies de los otros presos se arrastraron con urgencia a través de la puerta como se les ordenaba. Algunas personas lanzaron veloces miradas preocupadas por encima de los hombros a los cinco que Najari había aislado del rebaño. Aquellos cinco fueron empujados hacia atrás cuando intentaron irse con el resto. Un dedo rígido en el pecho les hizo retroceder con la misma eficiencia que lo habría hecho un garrote o una espada.

—No causéis problemas —les advirtió Najari— o les crearéis problemas a los otros.

Los cinco que se quedaban se apiñaron unos contra otros, balanceándose nerviosamente, como una nidada de codornices ante un perro de caza.

Cuando los soldados hubieron echado fuera al resto de la gente. Najari cerró la puerta y se quedó ante ella, con las manos cruzadas a la espalda.

Nicholas regresó a las ventanas y abrió los postigos de la pared occidental. El sol se había puesto, dejando una roja cuchillada atravesando el ciclo.

Pronto estarían en vuelo, de caza.

Nicholas estaría con ellas.

Echando el brazo atrás, sin mirar, apago la antorcha. La parpadeante luz era una distracción durante aquel momento crucial, el efímero crepúsculo, tan frágil, tan breve. Necesitaría la luz, pero, por el momento, únicamente quería ver el cielo, el glorioso cielo sin límites.

—¿Podremos marcharnos pronto? —preguntó una de las personas con un tímido siseo,

Nicholas se volvió y los miró con atención. Los ojos de Najari revelaron cuál de ellas había hablado. Nicholas siguió la dirección de la mirada del oficial. Era uno de los hombres. El impaciente.

—¿Marchar? —preguntó Nicholas mientras se le acercaba majestuosamente—. ¿Deseas marcharte?

El hombre se echó hacia atrás ante Nicholas.

—Bueno, señor, sólo me preguntaba cuándo nos marcharíamos.

Nicholas se encorvó aún más, mirando profundamente en los ojos del hombre.

—Hazte las preguntas en silencio.

Regresando a la ventana, Nicholas posó las manos en el alféizar, poniendo todo su peso en los brazos, mientras inspiraba profundamente la noche que caía a la vez que abarcaba con la mirada la curva de cielo carmesí.

Pronto, él estaría allí, sería libre.

Pronto, volaría alto, como nadie más excepto él podía.

Impulsivamente, las buscó.

Con los ojos sobresaliendo por el esfuerzo, proyectó los sentidos allí donde ninguno excepto los suyos podían ir.

—¡Allí! —gritó, estirando el brazo para apuntar con una larga uña negra a lo que nadie excepto él podía ver—. ¡Allí! Una ha alzado el vuelo.

Nicholas giró en redondo, con las tiras de tela alzándose, flotando. Jadeando en medio de un torrente de agitado entusiasmo, contempló los ojos que lo miraban fijamente.

Ellos no podían saberlo. Ellos no podían comprender a alguien como él, comprender lo que sentía, lo que necesitaba. Ansiaba estar de cacería, estar con ellas, desde el mismo instante en que había imaginado aquel uso para su habilidad.

Se había deleitado con la experiencia, consagrándose a ella a medida que aprendía a dominar sus nuevas habilidades. Había marchado con aquellas gloriosas criaturas siempre que disponía de tiempo para ello, desde el momento en que había llegado allí y las había descubierto.

Que irónico parecía ahora que se hubiese resistido. Qué curioso que en una ocasión hubiese temido lo que aquellas mujeres horrendas, aquellas Hermanas de las Tinieblas, habían decidido hacerle... lo que le habían hecho.

El deber de Nicholas, lo habían llamado.

Su repugnante magia lo había atravesado igual que un cuchillo al rojo vivo. Había pensado que los ojos le iban a salir disparados de la cabeza debido al dolor que le había recorrido el cuerpo como una llama. Atado,

con los brazos y las piernas extendidos, a estacas clavadas en el suelo, en el centro del perverso círculo de mujeres, había temido lo que Iban a hacerle.

Lo había temido.

Nicholas sonrió.

Odiado, incluso.

Había sentido miedo debido al dolor, el dolor de lo que le estaban haciendo, y el dolor aún mayor de no saber qué más tenían intención de hacerle. El deber de Nicholas, lo habían llamado, para un bien mayor. Su habilidad conllevaba responsabilidades, habían insistido.

Observó con ojos vidriosos cómo Najari ataba las de las cinco personas a la espalda.

—Gracias, Najari —dijo cuando hubo terminado.

Najari se aproximó.

—Nuestros soldados ya los tendrán a estas horas, Nicholas. Dije que se enviaran suficientes hombres para asegurarse de que no escaparían. —Najari sonrió ante la perspectiva—. No hay necesidad de preocuparse. Sin duda han iniciado ya el camino de regreso.

Nicholas entrecerró los ojos.

—Ya veremos. Ya veremos.

Quería verlo él mismo... aunque su mirada viera a través de los ojos de otro.

Najari bostezó de camino a la puerta.

—Te veré mañana, entonces. Nicholas.

Nicholas abrió la boca de par en par, imitando el bostezo, a pesar de que él no bostezó. Era una sensación agradable distender las mandíbulas. A veces se sentía atrapado dentro de sí mismo y deseaba salir.

Cerró la puerta detrás de Najari y pasó el cerrojo. En una acción rutinaria, hecha más para añadir una aureola de peligro que por necesidad. Incluso con las manos atadas a la espalda, aquellas personas probablemente podían, juntas, dominarlo; derribarlo y patearle la cabeza. Pero para hacer eso, tendrían que pensar, decidir lo que debían hacer y por qué, llevar a cabo una acción. Era más fácil no pensar. Era más fácil no actuar. Era más fácil hacer lo que te decían.

Era más fácil morir que vivir.

Vivir conllevaba esfuerzo. Lucha. Dolor.

Nicholas lo odiaba.

—Odio vivir, vivo para odiar —dijo a los rostros silenciosos y lívidos que lo observaban.

Fuera de la ventana, las franjas de nubes se habían vuelto de un color gris oscuro a medida que el sol se iba y la noche se abría paso lentamente para abrazarlas. Pronto, el estaría entre ellas.

Dio la espalda a la ventana, observando los rostros que lo miraban. Pronto, todos ellos estarían allí fuera, entre ellas.

27

Nicholas agarró a uno de aquellos hombres* sin nombre. Gracias a sus músculos modelados por el siniestro arte de las Hermanas, alzó al hombre en el aire. Éste lanzó un grito de sorpresa al verse izado con tanta facilidad. Forcejeó contra un vigor al que no podría resistirse. Aquellas personas eran inmunes a la magia, o de lo contrario Nicholas habría usado su poder para alzarlas del suelo. Ausente la chispa necesaria del don, había que moverlos a pulso.

A Nicholas le daba lo mismo. Como llegaban a las estacas carecía de importancia. Lo que les sucedía una vez allí era todo lo que importaba.

Mientras el hombre que tenía en los brazos gritaba aterrado, Nicholas lo llevó al otro lado de la habitación. Las demás personas retrocedieron a la esquina más alejada. Siempre iban a la esquina más alejada, como pollos a punto de convertirse en la cena.

Nicholas, con los brazos alrededor del pecho del hombre, alzó a éste bien alto, calculando la distancia y el ángulo.

Los ojos del pobre desgraciado se abrieron de par en par, su boca hizo otro tanto, jadeó por la impresión, luego gruñó cuando Nicholas lo ensartó en la estaca.

La respiración del pobre desgraciado surgió en cortos jadeos agudos mientras la afilada estaca le atravesaba las entrañas. Se quedó inmóvil en los poderosos brazos de Nicholas, temiendo moverse, temiendo creer lo que le estaba sucediendo, temiendo saber que era verdad... intentando negarse a sí mismo que pudiera ser verdad.

Nicholas se alzó en toda su estatura delante de él. Empalado en la afilada estaca, el hombre tenía la espalda tan recta y rígida como una tabla. Sus cejas empujaron su frente, bañada en sudor, hacia arriba, formando surcos, mientras él se retorció en lenta agonía, con las piernas intentando tocar el suelo, que estaba demasiado lejos.

Nicholas proyectó su mente al interior de aquella confusión de sensaciones, al mismo tiempo que convertía las manos en garras, debido al esfuerzo de introducir su propio ser, su propio espíritu, en el núcleo de aquel ser

vivo, de deslizarse al interior de la mente del hombre, al interior de las cavernosas grietas entre sus abruptos e inconexos pensamientos, para estar allí y sentir su agonía y terror. Para estar allí y hacerse con el control. Una vez que hubo insertado en él su mente, que se hubo infiltrado en su conciencia. Nicholas le extrajo la esencia y la introdujo en sí mismo.

Con una asombrosa fusión de poder destructor y creador, lanzado por aquellas mujeres aquel día. Nicholas había renacido en un nuevo ser, en parte él y, sin embargo, más que eso. Se había convertido en lo que ningún hombre había sido antes... en lo que otros deseaban hacer de él, en lo que otros deseaban que fuese.

Le instilaron lo que habían liberado en él, por obra de unos poderes que jamás podrían haber pulsado ellas solas y que jamás deberían haber invocado. Así engendraron en él unos poderes que pocos podrían haber imaginado nunca: el poder de adueñarse de los, pensamientos de otra persona, y arrebatarse su espíritu.

Echó hacia atrás los puños, lo que delataba el esfuerzo de arrastrar con él el espíritu que le suponía aquel hombre que estaba en el vértice de la vida y la muerte, arrastrar hacia sí el alma del hombre. Nicholas percibió como el resbaladizo calor de aquel otro espíritu se introducía en el suyo, el ardiente flujo de sensaciones al sentirse ocupado por otro espíritu.

Abandonó el cuerpo allí, empalado en la primera estaca, mientras la ventana, con la cabeza dándole vueltas con la primera oleada embriagadora de emoción ante el viaje que acababa de iniciarse justo en aquel momento, ante lo que se avecinaba, ante la clase de poder que controlaría.

Volvió a abrir la boca de par en par en un bostezo que no era un bostezo, sino una llamada que transportaba algo más que sólo su silenciosa voz.

En sus ojos bailaron imágenes. Inhaló una bocanada del primer aroma de los bosques situados más allá, a donde había lanzado su designio.

Regresó corriendo al interior y agarró a una mujer. Ésta suplicó entre lloros, suplicó que le perdonase la vida mientras él la conducía a la estaca.

—Esto no es nada —dijo a la mujer—. Nada comparado con lo que yo he soportado. Ah, no puedes imaginar lo que he soportado.

A él lo habían atado a estacas, desnudo sobre el suelo, en el centro de un círculo de aquellas mujeres pagadas de sí mismas. Él no había sido nada para ellas. No había sido un hombre, un mago. No había sido nada, salvo el material en bruto, carne y sangre tocadas por el don que ellas necesitaban para lo que querían, para defórmalo todo en sus manejos para crear algo.

Él poseía la capacidad, y debía sacrificada.

Nicholas había sido el primero que había conseguido pasar sus pruebas, no porque ellas tuvieran cuidado —no porque les importase tenerlo—, sino porque habían aprendido lo que no funcionaba, y por lo tanto evitaron errores pasados.

—Chilla, querida. Chilla todo lo que quieras. Te ayudará tan poco como me ayudó a mí.

—¿Por qué? —chilló ella—. ¿Por qué?

—Debo hacerlo si he de tener tu espíritu para volar bien alto, en las alas de mis lejanas amigas. Efectuaras un viaje glorioso, tú y yo lo efectuaremos.

—¡Por favor! —gimió ella—. ¡Querido Creador, no!

—Ah, sí, querido Creador —te mofó él—. Ven y sálvala.... igual que viniste y me salvaste a mí.

A la mujer los llantos no le sirvieron de nada. A él, los suyos tampoco le habían servido. Ella no tenía ni idea de lo infinitamente peor que había sido su agonía de lo que sería la de ella. A él lo habían condenado a vivir.

—Odio vivir, vivo para odiar —murmuró en un susurro reconfortante—. Tú tendrás la gloria y la recompensa que a la muerte.

La clavó en la estaca. Calculó que no estaba lo suficientemente hundida en la estaca, y la empujó hacia abajo otros quince centímetros, hasta que juzgó que estaba suficientemente ensartada, lo bastante como para producir el dolor y el terror necesarios, pero no lo suficiente como para matarla de golpe. Ella se revolvió, intentando desesperadamente, con las manos impotentes a la espalda, salir de algún modo de allí.

Él era sólo vagamente consciente de sus gritos, de sus despreciables palabras. Ella creía que podrían servir de algo.

El dolor era su objetivo. Las quejas de dolor únicamente confirmaban que estaba consiguiendo su objetivo.

Nicholas se paró ante la mujer, con las manos engarfiadas, mientras deslizaba su espíritu a través de los pensamientos de su víctima y penetraba en lo más profundo de su ser. Con una fuerza mental superior a su fuerza física, la echó hacia arras y jadeó al sentir cómo el espíritu de la mujer se introducía en el suyo.

Por el momento, extraía aquellos espíritus de cuerpos torturados y moribundos mientras tales espíritus existían entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos que los llamaba ya a él desde el otro lado. La vida ya no habitaba en ellos, pero la muerte todavía no los había hecho suyos. En aquel momento de transición espiritual, le pertenecían a él, y podía usar aquellos espíritus para cosas que sólo él podía imaginar.

Y ni siquiera había empezado aún a imaginar posibilidades.

Una habilidad como la que poseía no era algo que podía enseñar a otra persona: no existía nadie más, excepto él. Todavía seguía aprendiendo a ampliar sus poderes, las cosas que podía hacer con el espíritu de otro. Sólo había arañado la superficie.

EL emperador Jagang había buscado crear algo parecido a sí mismo, un Caminante de los Sueños, una especie de hermano. Alguien que pudiera entrar en la mente de otro. El emperador había conseguido mucho más de lo que había imaginado. Nicholas no se introducía simplemente en los pensamientos de otra persona, como hacía Jagang. Podía introducirse en su propia alma, y trasladar su espíritu al interior de sí mismo.

Las Hermanas no habían contado con que la habilidad de Nicholas provocara aquella aberración.

Corriendo hacia a la ventana, su boca se abrió tanto como le era posible en un bostezo que no era un bostezo. La habitación dio vueltas a su alrededor. Ésta estaba sólo en parte allí, en aquellos momentos. Ahora empezaba a ver otros lugares. Lugares gloriosos, los veía con una visión nueva, con espíritus que ya no estaban ligados a sus míseros cuerpos.

Se precipitó hacia la tercera persona, sin ser consciente ya de si era mujer u hombre. El alma de aquellas personas era todo lo que importaba... su espíritu.

Los clavaba en una estaca con apremiante esfuerzo, se metía en ellos e introducía sus espíritus dentro del suyo, estremeciéndose al sentir el espíritu del otro entrando en su persona.

Volvió a correr a la ventana, abriendo de par en par la boca otra vez, retorciendo de nuevo la cabeza de un lado a otro con la excitación de todo ello, con el sedoso éxtasis deslizándose por él... sintiendo la pérdida de la orientación física, la exaltación de bailarse por encima de su existencia corporal, de los antiguos lazos de su simple forma corporal: transportado por los aires no tan sólo por sus propios esfuerzos, sino por los espíritus de otros, que él había liberado de sus cuerpos.

Era algo glorioso.

Era casi como la dicha que imaginaba que sería la muerte.

Agarró a la cuarta persona, que lloraba y chillaba, y con delirante expectación corrió con ella por la habitación, hacia las estacas, a la cuarta estaca, y la clavó en ella.

Mientras se apartaba tambaleante, se arrojó al interior de sus pensamientos delirantes, confusos y arremolinados, y tomó lo que había allí. Introdujo su espíritu dentro de él.

Cuando controlaba el espíritu de una persona controlaba su existencia. Se convertía en la vida y la muerte para ellos. Era su salvador, su destructor.

En muchos aspectos era como aquellos espíritus que cogía, atrapado en una forma terrenal, odiando vivir, tener que soportar el dolor y la agonía que era la vida, temiendo, sin embargo, morir incluso a pesar de anhelar la promesa de su dulce abrazo.

Con cuatro espíritus girando a su alrededor. Nicholas se acercó tambaleante a la quinta persona, encogida de miedo en la esquina.

—¡Por favor! —lloriqueó el hombre, intentando evitar lo inevitable—. ¡Por favor, no!

A Nicholas se le pasó por la cabeza que las estacas eran en realidad un estorbo: usarlas requería llevar a la gente como ovejas a las que había que esquilar. Sí, todavía estaba aprendiendo lo que podía hacer y cómo controlar lo que hacía, pero tener que usar las estacas resultaba un engorro. Cuando lo pensaba, lo cierto es que era insultante que un mago con su habilidad tuviera que usar un artilugio tan tosco.

Lo que realmente quería hacer era transponerse dentro del espíritu de otro sin más; sin tener que llevar a las personas hasta las estacas y clavarlas en ellas.

Cuando fuese capaz de ello —de simplemente acercarse a otro, decir «buenos días», e introducirse como la puñalada de una daga en el centro de su espíritu, para arrastrarlo desde allí al suyo—, entonces sería invencible. Cuando fuese capaz de hacer eso, entonces nadie podría desafiarlo. Nadie podría negarle nada.

Mientras el hombre se encogía ante él, Nicholas, antes de darse cuenta realmente de qué era lo que hacía. Impelido por una necesidad furiosa, por el odio, lanzó al frente una mano a la vez que lanzaba su propia mente al interior del hombre, al núcleo de los pensamientos de su víctima.

El hombro se quedó rígido, al igual que los demás clavados en las estacas.

Retiró el puño apretado mientras absorbía el espíritu del hombre. Jadeó al sentir su calor, al sentir la sedosa sensación de éste deslizándose a su interior.

Los dos se miraron fijamente, cada uno atónito, cada uno considerando qué significaba aquello para el otro,

El hombre se desplumó hacia atrás, contra la pared, resbalando, en una muda, silenciosa y terrible agonía.

Nicholas comprendió que acababa de hacer lo que no había hecho nunca antes. Acababa de apoderarse de un alma simplemente mediante la voluntad.

Había conseguido ser libre de tomar lo que quisiera, cuando quisiera, donde quisiera.

Los cinco eran suyos, ya.

Esta vez, al abrir de par en par la boca, un grito surgió por fin, un grito de los cinco espíritus uniéndose al suyo mientras los reunía en una única fuerza guiada sólo por su voluntad. Su agonía terrenal era una preocupación lejana para ellos. Cinco espíritus miraron por la ventana junto con él, cinco espíritus que aguardaban para planear por la noche con él, a donde él digiera enviarlos.

Aquellas Hermanas no habían sabido lo que habían desatado aquella noche. No podían haber sabido el poder que acumulaban en él, la habilidad que le habían inculcado.

Habían conseguido lo que nadie había logrado en miles de años: alterar un mago para convertirlo en algo más, perfeccionándolo hasta convertirlo en un arma con un propósito específico. Lo habían imbuido de un poder que superaba el de cualquier hombre vivo. Le habían otorgado el dominio sobre los espíritus de los demás.

La mayoría había escapado, pero había matado a cinco de ellas, las cinco fueron suficientes. Después de transponerse al interior de sus almas y extraerles los espíritus para introducirlos en el suyo aquella noche, se había apropiado de su han, su fuerza vital, su poder.

Resultaba totalmente apropiado, ya que él han que poseían no era innato en ellas, sino un han masculino que habían robado a magos jóvenes; una herencia que habían absorbido de aquellos a quienes pertenecían... para proporcionarse a sí mismas habilidades con las que no habían nacido. Es decir, hubo más gente anónima que aquellas hermanas decidieron sacrificar en su ciego egoísmo.

Nicholas lo había recuperado todo de sus cuerpos estremecidos, se lo había extraído mientras les desgarraba las palpitantes entrañas. Habían lamentado haber seguido las órdenes de Jagang, haberlo convertido en algo que la Creación jamás había querido que existiese.

No tan sólo lo habían convertido en un Transponedor, le habían entregado su han y lo habían convertido en mucho más poderoso.

Tras la muerte de cada una de aquellas cinco mujeres, el mundo se había tornado más oscuro que la misma oscuridad por un instante, cuando el Custodio hizo acto de presencia para llevárselas a su reino.

Las Hermanas lo habían destruido aquel día, y lo habían creado.

Disponía de toda una vida para descubrir lo que podía hacer con sus nuevas habilidades.

Y, por supuesto, podía contar con el pago de Jagang. Jagang pagarla, pero lo haría de buena gana, pues Nicholas le daría algo que nadie, excepto *Nicholas el Transponedor*, podía darle.

Nicholas sería recompensado con cosas suficientes como para compensarle por lo que se le había hecho... No había decidido, todavía, cuál sería la recompensa, pero sería digna de él.

Utilizaría su habilidad para dominar vidas... vidas importantes. Ya no necesitaba clavar a gente en las estacas. Ahora sabía cómo tomar lo que quería.

Ahora sabía cómo introducirse en sus mentes en el momento que eligiera y hacerse con sus almas.

Intercambiaría aquellas vidas por lo que deseara, poder, riqueza, esplendor. Tendría que ser algo apropiado...

Sería un emperador.

Tendría que ser más que aquel insignificante imperio de corderos. Disfrutaría gobernando. Haría que se cumplieran todos sus antojos, una vez que se le diera el dominio sobre... sobre algo importante. Aún no había decidido exactamente qué. Era una decisión impórtame. No habla por qué tomar decisiones precipitadas. Ya se le ocurriría.

Dio la espalda a la ventana, con los cinco espíritus girando dentro de él, planeando a través de él.

Era hora de usar lo que había reunido.

Hora de ponerse a trabajar, si quería tener lo que quería.

Sé acercaría más en esta ocasión. Lo contrariaba no estar más cerca, no ver mejor. Ahora estaba oscuro. Se acercaría más esta vez, al amparo de la oscuridad.

Tomó el amplio cuenco de la mesa y lo colocó en el suelo, ante los cinco cuerpos de sus víctimas. Éstos se retorcían en una agonía de otro mundo, incluso el hombre que no estaba clavado en una estaca, una agonía tanto del cuerpo como del alma.

Nicholas se sentó en el suelo, cruzando las piernas, delante del cuenco. Con las manos sobre las rodillas, echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, mientras reunía su poder interior, el poder creado por aquellas mujeres perversas, aquellas maravillosas mujeres perversas.

Ellas lo habían considerado un mago patético, de poca valía, salvo como carne, huesos y un don con que jugar: sería sacrificado en aras de una necesidad mayor.

Cuando tuviera tiempo, iría tras el resto de ellas.

Como ahora tenía una tarea más importante entre manos, Nicholas descartó a aquellas Hermanas de su mente.

Esa noche no se limitaría a observar desde otros ojos. Esa noche volvería a ir con los espíritus.

Abrió la boca tanto como pudo, balanceando la cabeza de lado a lado. Los espíritus reunidos en su interior liberaron una parte de sí mismos en el interior del cuenco, girando en un remolino plateado iluminado por el suave resplandor de su vínculo con la vida que había tras él. Serían los custodios del lugar durante el viaje, un hilo en el mundo que sujetaba la trama de sus viajes.

También su espíritu dejó escapar una pequeña porción para florar en el cuenco con los demás.

Fragmentos de los cinco espíritus daban vueltas con el fragmento del suyo, la luz de sus vidas brillando suavemente en ese lugar seguro mientras él se preparaba para viajar. Arrojó lejos su propio espíritu, entonces, dejando atrás el cascarón de un cuerpo sentado en el suelo, mientras emprendía el vuelo hacia el cielo oscuro, transportado por las alas del poder que se le había conferido.

No había existido ningún mago antes que él capaz de hacer eso, abandonar su cuerpo y hacer que su espíritu volara hasta donde su mente quisiera enviado. Corrió a través de la noche, veloz como el pensamiento, para encontrar lo que perseguía.

Sintió las ráfagas de aire fluyendo sobre plumas. A toda velocidad, había corrido a través de la noche y estaba ya con ellas, arrastrando a los cinco espíritus con él.

Convocó a las oscuras figuras en un círculo con él, y, cuando se reunieron a su alrededor, lanzó a los cinco espíritus dentro de ellas. En aquella lejana habitación seguía teniendo la boca abierta aún en un bostezo que no era un bostezo y profirió un grito que igualaba a los otros cinco.

A medida que describían círculos, sintió correr el aire entre las alas de las criaturas, sintió que sus plumas actuaban sobre el viento con la misma facilidad con que su propio pensamiento dirigía no sólo su espíritu, también los otros cinco.

Envío a aquellas cinco a volar raudas por la noche, al lugar al que había enviado a los hombres. Corrieron sobre colinas, girando para escudriñar el terreno, a buscar sobre el territorio yermo. El manto de la oscuridad producía una sensación de frescor, revistiéndolo de oscura noche negra, de oscuras plumas negras.

Delectó el rastro de carroña, pungente, empalagoso, seductor, mientras las cinco descendían en espiral hacía el suelo. A través de sus ojos, Nicholas vio entonces la escena situada a sus pies: un lugar plagado de cadáveres. Otras de su especie se habían reunido allí para alimentarse, desgarrando y engullendo con frenética voracidad.

No. Aquello no iba bien. No los veía.

Tenía que encontrarlos.

Mentalmente, obligó a sus pupilos a elevarse fuera del sangriento festín, para buscar. Nicholas sintió una punzada apremiante. Su futuro acababa de escapársele; su tesoro se le estaba escapando de las manos. Tenía que encontrarlos. Tenía que hacerlo.

Espoleó a sus pupilos a seguir adelante.

Por aquí, por allí, por allá. Buscad, buscad, buscad. Encontradlos, encontradlos. Buscad. Debéis encontrarlos. Buscad.

Se suponía que aquello no podía ser. Había habido hombres suficientes. Nadie podía escapar a tantos hombres experimentados que sabían atacar por sorpresa. Habían sido escogidos por sus aptitudes. Conocían su trabajo.

Los cadáveres de aquellos hombres yacían por todas partes. Picos y zarpas los desgarraban. Chillidos excitados. Hambre.

No. Debía encontrarlos.

»Arriba, arriba, arriba. Encontradlos.. Tenía que encontrarlos.

Había padecido la agonía de un nuevo nacimiento en aquellos bosques siniestros, aquellos bosques terribles, con aquellas mujeres terribles. Pero obtendría su recompensa. No se quedaría sin ella. Ahora no. No después de todo aquello.

»Encontradlos. Buscad, buscad, buscad. Encontradlos.»

Montado en alas poderosas, planeó en la noche. Con ojos que veían en la oscuridad, buscó. Con criaturas rapaces de captar el olor de la presa a gran distancia. Intentó localizar al menos su olor.

Siguieron adelante a través de la noche, persiguiendo a su presa.

Allí, distinguió el carro allí. Reconoció su carro. Los enormes caballos. Los había visto antes; los había visto con él. Sus esbirros se acercaron describiendo círculos con alas casi silenciosas, descendiendo más cerca para ver lo que Nicholas buscaba.

No estaban allí. Un truco. Tenía que ser un truco. Una distracción. Allí no estaban. Habían hecho marchar el carro para engañarlo, para hacerle perder el rastro.

Con alas impulsadas por la cólera, se elevó por los aires, arriba, arriba para registrar el territorio. «Id tras ellos, id tras ellos. Encontrarlos». Voló con sus cinco criaturas ampliando cada vez más la zona de búsqueda. Siguieron volando, sin dejar de buscar. Su ansia era el ansia de las criaturas. «Id tras ellos. Buscad.»

Sus alas se fueron cansando a medida que las empujaba a seguir adelante fracaso. Busco en franjas de terreno cada vez más extensas, yendo tras ellos, persiguiendo a su presa.

Allí, entre los árboles, vio movimiento.

Acababa de oscurecer. Ellos no verían a sus perseguidores, pero él podía verles. Obligó a las cinco criaturas a descender, describiendo círculos y mis círculos, las obligó a descender más cerca. En esa ocasión no fracasaría en su intento de verlos, de acercarse lo suficiente. Describieron círculos y lo mantuvieron allí, describiendo círculos, observando, y efectuando más giros, sin dejar de observar, contemplándolos allí abajo.

¡Era ella! ¡La Madre Confesora! Vio a otros. La chica de los cabellos rojos y su mascota de cuatro patas. También había otros. Él debía de estar allí, también. Tenía que estar allí. Estarla allí, también, mientras el pequeño grupo marchaba hacia el oeste.

El oeste. Marchaban hacia el oeste Nicholas rió. Iban en dirección oeste. Los hombres que había enviado a capturarlos estaban todos muertos, pero ahí iban ellos de todos modos. Iban hacia el oeste.

Hacia donde él aguardaba.

Los tendría.

Tendría a lord Rahl y a la Madre Confesora.

Jagang los tendría.

Entonces se le ocurrió... su recompensa. Lo que tendría a cambio de los trofeos que entregaría.

D'Hara.

Tendría el gobierno de D'Hara a cambio de aquellas personas despreciables. Jagang lo tendría que recompensar con el gobierno de D'Hara si quería a aquellos dos. No se atrevería a negarle a Nicholas *el Transponedor* lo que este deseaba. No cuando él tenía lo que Jagang más deseaba. Jagang pagaría cualquier precio por aquellos dos.

Dolor. Un chillido. Conmoción, terror y confusión rugieron a través de él. Sintió que el viento que lo transportaba sin esfuerzo, le desgarraba igual que si alguien agarrara las plumas mientras caía pesadamente, presa de impotente dolor. Una de las cinco aves, cayendo a una velocidad vertiginosa, chocó contra el suelo.

Nicholas gritó. Uno de los cinco espíritus había desaparecido junto con su anfitrión. Allá atrás, en algún lugar distante, en una habitación muy lejana con paredes de madera y postigos y estacas ensangrentadas, allá atrás, muy atrás, en otro lugar que casi había olvidado que existía, allá atrás, muy atrás, muy lejos, un espíritu le fue arrebatado de su control.

Una de las cinco personas había muerto en el mismo instante en que la criatura se había estrellado contra el suelo.

Un alarido de dolor abrasador. Otra cayó en picado, fuera de control. Otro espíritu escapó de sus garras para ir a parar a los brazos de la muerte, que estaban esperándolo.

Nicholas luchó por ver en medio de la confusión, obligando a las tres que quedaban a mantener su visión en aquel lugar. «Cazad, cazad, cazad.» ¿Estaba él allí? ¿Dónde estaba? Vio a los demás. ¿Dónde estaba lord Rahl?

Sonó un tercer alarido.

¿Dónde estaba él? Nicholas luchó por mantener la visión a pesar de su abrasadora agonía, del desconcertante descenso en picado.

El dolor desgarró una cuarta criatura.

Antes de concentrar los sentidos, de mantenerlos unidos, de obligarlos con el poder de su voluntad a obedecer sus órdenes, otros dos espíritus más le fueron arrebatados al interior del vacío del inframundo.

¿Dónde estaba él?

Con las zarpas listas, Nicholas buscó.

¡Allí! ¡Allí!

Con un violento esfuerzo, obligó a la criatura a ir hacia allí en un descenso en picado. ¡Allí estaba! ¡Allí estaba! Más arriba. En un punto más alto que el resto. Mucho más arriba. Subido a una repisa de roca. No estaba allí abajo con ellos. Estaba más arriba.

«Lánzate a por él. Desciende en picado a por él.»

Allí estaba él, con el arco tensado.

Un dolor lacerante se abrió paso a través de la última criatura. El suelo corrió a su encuentro a toda velocidad. Nicholas chilló. Intentó frenéticamente detener la caída en barrena. Sintió cómo su criatura chocaba contra la roca a una velocidad aterradora. Pero sólo por un instante.

Con una exclamación ahogada, Nicholas tomó aire con desesperación. La cabeza le daba vueltas con la desquiciante tortura del brusco regreso, un regreso incontrolado.

Pestañeó, la boca totalmente abierta en un intento de lanzar un grito, pero no surgió ningún sonido. Sus ojos parecieron a punto de saltar de las órbitas por el esfuerzo, pero no profirió ningún grito. Estaba de vuelta. Tenía si quería como si no quería, estaba de vuelta.

Paseó la mirada por la habitación. Había regresado, ése era el motivo de que no surgiese ningún grito. Ningún chillido de criatura se unió al suyo. Estaban muertas. Las cinco.

Nicholas se volvió hacia los cuatro empalados en las estacas. Los cuatro estaban desplomados. El quinto hombre yacía desgarradamente en el rincón del otro extremo de la habitación. Los cinco flácidos e inmóviles. Los cinco muertos. Sus espíritus desaparecidos.

La habitación estaba can silenciosa como una cripta. El cuenco que tenía ante él brillaba sólo con el fragmento de su propio espíritu. Volvió a absorberlo.

Permaneció sentado en quietud durante un buen rato, aguardando que su cabeza dejara de darle vueltas. Había significado una impresión terrible estar dentro de una criatura en el momento en que la mataban... tener en su interior el espíritu de una persona mientras morían. Mientras morían las cinco. Había sido una sorpresa.

Lord Rahl era un hombre sorprendente. Nicholas no había creído, cuando cayó la primera, que éste pudiera acabar con las cinco. Había pensado que se trataba de suerte. Una segunda vez ya no era suerte. Lord Rahl era un hombre sorprendente.

Nicholas podía volver a proyectar su espíritu si lo deseaba, buscar ojos nuevos, pero la cabeza le dolía y no se sentía con ganas; además, no importaba. Lord Rahl venía al oeste. Venía al gran imperio de Bandakar.

Nicholas era dueño de Bandakar.

Los habitantes del lugar lo veneraban.

Sonrió. Lord Rahl se dirigía hacia allí. Se sorprendería ante la clase de hombre que encontraría cuando llegase. Probablemente, lord Rahl pensaba que conocía a toda clase de hombres.

No conocía a Nicholas *el Transponedor*.

Nicholas *el Transponedor*, que sería emperador de D'Hara cuando entregara a Jagang los trofeos que más deseaba: el cuerpo sin vida de lord Rahl y el cuerpo con vida de la Madre Confesora.

Jagang los tendría a ambos.

Y, a cambio, Nicholas tendría su imperio.

Ann oyó el lejano eco de unas pisadas que avanzaban por el largo, vacío y oscuro corredor situado al otro lado de la puerta de su olvidada cripta bajo el Palacio del Pueblo, la sede del poder en D'Hara. Ya no estaba segura de si era de día o de noche. Había perdido la noción del tiempo mientras permanecía sentada en la silenciosa oscuridad. Se limitaba a usar el farol en las ocasiones en que le traían comida, o cuando escribía a Verna en el libro de viaje. O en los momentos en que se sentía tan sola que necesitaba la compañía de una pequeña llama.

En aquel lugar, en el interior de aquel hechizo en forma de palacio para los que nacían del linaje de los Rahl, el poder de Ann quedaba tan reducido que apenas si podía encender aquel farol.

Temía usar el pequeño quinqué demasiado a menudo y quedarse sin aceite. No sabía si le darían más. No quería quedarse sin aceite y encontrarse entonces con que no querían darle más. Deseaba tener al menos aquella pequeña llama, aquel pequeño regalo de luz.

En la oscuridad no podía hacer otra cosa que reflexionar sobre su vida y todos sus esfuerzos. Durante siglos había conducido a las Hermanas de la Luz en sus esfuerzos por ver triunfar la luz del Creador en el mundo, y ver al Custodio del Inframundo retenido allí donde pertenecía, en su propio reino, el mundo de los muertos.

Durante siglos había aguardado temiendo el momento que la profecía indicaba.

Durante quinientos años había aguardado el nacimiento de aquel que podía conducirlos en la lucha por conseguir que el don del Creador, la magia, sobreviviera ante aquellos que querían expulsarla del mundo. Durante quinientos años había trabajado para asegurar que él tendría una posibilidad de detener a las fuerzas que querían extinguir la magia.

La profecía indicaba que únicamente Richard tenía la posibilidad de impedir que el enemigo tuviese éxito en su intención de arrojar un sudario gris sobre la humanidad, que era el único con una posibilidad de evitar que el don se extinguiera. La profecía no decía que él fuese a tener éxito: la profecía decía tan sólo que Richard era el único que tenía una posibilidad de traerles la victoria. Sin Richard, toda esperanza estaba perdida... eso era seguro. Por esa razón, Ann había estado consagrada a él mucho antes de que naciera, antes de que se alzara para convertirse en su líder.

Kahlan consideraba todos los esfuerzos de Ann una chapucera intromisión en las vidas de otros. Kahlan creía que los esfuerzos de Ann eran, de hecho, la causa de aquello que la mujer más temía, lo que más odiaba Ann era que a veces pensaba que Kahlan tenía razón. Tal vez el destino quería que Richard naciera y sólo por su propia voluntad eligiera llevar a cabo aquellas cosas que los conducirían a la victoria en su batalla para mantener el don entre los hombres. Zedd creía que Richard sólo podía liberarlos únicamente por decisión propia, por su intención consciente, por su libre albedrío.

Quizás era cierto, y Ann, al intentar dirigir aquellas cosas que no podían ser y no deberían ser dirigidas, los había conducido a todos al borde del abismo.

Las pisadas se acercaban más. A lo mejor era hora de comer y le traían la cena. No tenía hambre.

Cuando le traían comida, la ponían en el extremo de un largo palo y luego hacían pasar el palo a través de la pequeña abertura de la puerta exterior, recorriendo toda la habitación exterior protegida por los escudos, hasta pasar por la abertura de la segunda puerta, situada dentro y finalmente llegara Ann. Nathan no quería arriesgarse a darle una posibilidad de escapar haciendo que sus guardias tuviesen que abrir la puerta de la celda.

Éstos le hacían llegar toda una variedad de panes, carnes y verduras junto con un odre de agua. Aunque la comida era buena, Ann no hallaba satisfacción en ella. Ni siquiera la comida más exquisita podía resultar satisfactoria consumida en una mazmorra.

A veces, como Prelada, se había sentido como si fuese prisionera de su cargo. Raras veces habla acudido al refectorio donde las Hermanas de la Luz comían... en especial en los últimos años. Las ponía a todas nerviosas tener a la Prelada entre ellas a la hora de la cena. Además, si se hacía con demasiada frecuencia, eso eliminaba el estímulo de la ansiedad, la turbación de las Hermanas, la autoridad.

Ann creía que cierta distancia, cierto respeto preocupado, era necesario para mantener la disciplina. En un lugar que había sido hechizado de modo que el tiempo transcurriese muy despacio para los que vivían allí, era importante mantener la disciplina. Ann parecía haber cumplida ya los setenta, pero con el proceso de envejecimiento ralentizado de modo espectacular por obra del hechizo que envolvía el Palacio de los Profetas, había vivido casi mil años.

Claro que... no podía decirse que su disciplina le hubiese servido de mucho. Bajo su mando las Hermanas de las Tinieblas habían infestado su rebaño. Había cientos de Hermanas, y no había modo de saber exacta mente cuántas de ellas habían efectuado siniestros juramentos en honor del Custodio. El señuelo de sus promesas era muy efectivo. Tales promesas eran una ilusión, pero intenta contárselo a alguien que ha efectuado tal juramento. La inmortalidad era seductora para mujeres que contemplaban cómo todas las personas que conocían fuera del palacio envejecían y morían mientras ellas permanecían jóvenes.

Las Hermanas que tenían hijos veían que aquellos niños eran enviados fuera del palacio, para ser criados donde pudiesen tener una vida normal, veían a aquellos niños envejecer y morir, veían a sus nietos envejecer y morir. Para una persona que veía tales cosas, que veía el constante marchitante y morir de las personas que conocía mientras ella misma parecía permanecer joven, atractiva y deseable, el ofrecimiento de la inmortalidad se volvía cada vez más tentador cuando sus propios pétalos empezaban a ajarse.

Envejecer era una etapa final, el fin de una vida. Envejecer en el Palacio de los Profetas era una experiencia terrible y muy larga. Ann había sido vieja durante siglos. Ser joven durante un periodo muy largo de tiempo era una experiencia maravillosa, pero ser vieja durante un periodo muy largo de tiempo no lo era; al menos para algunas. Para Ann. era la vida misma lo que era maravilloso, no tanto su edad, y todo lo que había aprendido. Pero no todo el mundo pensaba lo mismo.

Ahora que el palacio había sitio destruido, envejecerían al mismo ritmo que todo el mundo. Lo que hacía sólo poco tiempo había sido un futuro de tal vez otros cien años de vida para Ann, de improviso no era más que un pestañeo de una década..., no mucho más.

Pero ella dudaba que pudiese vivir todo ese tiempo en un agujero frío y húmedo como aquél, lejos de la luz y la vida.

En cierto modo, no parecía como si Nathan y ella tuvieran casi mil años. Ella no sabía que se experimentaba al envejecer a un ritmo normal, pero creía que no se sentía muy distinta a aquellos que vivían fuera del palacio cuando envejecían. Creía que el hechizo que ralentizaba el envejecimiento de todos ellos también alteraba su percepción del tiempo... hasta cierto punto, al menos.

Las pisadas estaban cada vez más cerca. Aun no sentía ganas de recibir otra comida en aquel lugar. Empezaba a desear que la dejaran morir de hambre y acabar con ello. Que la dejaran morir.

¿De qué había servido su vida? Cuando realmente pensaba en ello, ¿qué bien había conseguido ella en realidad? El Creador sabía cómo había internado guiar a Richard en lo que era necesario hacer, pero al final parecía que las elecciones de Richard, opuestas en ocasiones a lo que ella pensaba que era necesario hacer, eran lo más acertado. De no haber ella intentado conducir los acontecimientos, llevarlo al Palacio de los Profetas, en el Viejo Mundo, tal vez nada habría cambiado, y ése habría sido el modo en que él iba a salvarlos a todos: no teniendo que actuar y dejando que Jagang y la Orden Imperial acabaran por decaer y morir en el Viejo Mundo, incapaces de extender más sus virulentas creencias. A lo mejor ella lo había estropeado todo precisamente con sus esfuerzos.

Oyó cómo la puerta del final del corredor que conducía a su celda se abría con un chirrido. Decidió que no comería. No volvería a comer hasta que Nathan viniera a hablar con ella, como había solicitado.

A veces, con la comida, le daban vino. Nathan lo enviaba para irritarla, estaba segura. Desde su encierro en el Palacio de los Profetas, Nathan había solicitado vino a veces. Ann siempre veía el informe cuando se efectuaba una petición así; siempre denegó tales peticiones.

Los magos eran muy peligrosos, los profetas —que eran magos con el talento para la profecía— eran potencialmente infinitamente más peligrosos, y los profetas borrachos eran los más peligrosos de todos.

La profecía dada a conocer de cualquier manera era una invitación a la calamidad. Incluso profecías sencillas que habían escapado de los confines de los muros de piedra del Palacio de los Profetas habían iniciado guerras.

Nathan había solicitado a veces la compañía de mujeres. Ann odiaba sobre todo tales peticiones, porque en ocasiones las concedía. Sentía que tenía que hacerlo. Nathan apenas tenía una vida, confinado como estaba en sus aposentos, siendo su único crimen real la naturaleza de su nacimiento, sus habilidades. El palacio podía permitirse el precio de una mujer para que lo visitara de vez en cuando.

Él lo convertía en una burla, bastante a menudo: dando a conocer profecías que hacían que la mujer saliera huyendo antes de que pudiesen hablar con ella, antes de que pudieran silenciarla.

Aquellos que carecían de la preparación adecuada no debían conocer profecías. La profecía era fácilmente malinterpretada por aquellos que carecían de una comprensión de sus complejidades. Divulgar profecías a los no iniciados era como prender fuego a hierba seca. La profecía no estaba hecha para los no ilustrados. Sólo de pensar que el profeta anduviese suelto, a Ann se le hacía un nudo en el estómago. Aun así, a veces había sacado a Nathan en secreto ella misma, para que la acompañara en viajes importantes; en su mayoría viajes relacionados con guiar algún aspecto de la vida de Richard, o, lo que era más exacto, asegurar que Richard nacería y tendría una vida. Además de ser una fuente de problemas andante. Nathan era también un profeta extraordinario que tenía un sincero interés en ver que su bando triunfaba. Al fin y al cabo, él veía en la profecía la alternativa, y cuando Nathan veía una profecía, la veía en toda su terrible verdad.

Nathan siempre llevaba puesto un rada'han —un collar— que permitía a Ann, o a cualquier Hermana, controlarlo, así que llevado de viaje no significaba exponer al mundo a ningún peligro. Nathan tenía que hacer todo lo que ella decía, ir a donde ella decía.

Ahora no llevaba un rada'han. Era realmente libre. Ann no quería cenar. Decidió rechazar la comida cuando se la pasaran con el palo. Qué Nathan se inquietara pensando que ella podría rechazar toda comida y morir estando bajo su caprichoso control. Cruzó los brazos. Qué tuviera eso en su conciencia. Eso haría que bajase a verla.

Ann oyó detenerse las pisadas ante la puerta del pasillo. Voces apagadas llegaron hasta ella. De haber tenido acceso sin problemas a su han, habría podido concentrar el oído y escuchar lo que decían. Suspiró. En aquella habilidad su han le era inútil, bajo el poder invocado por el hechizo que formaba el trazado del palacio. No tendría ningún sentido crear unos planos tan elaborados para restringir la magia de otros y luego permitirles que oyeran secretos susurrados entre los muros.

La puerta exterior protestó con un chirrido mientras tiraban de ella. Eso era nuevo. Nadie había abierto la puerta exterior desde el día en qué la encerraron allí.

Ann corrió a la puerta de su pequeña habitación, al tenue cuadrado de luz que era la abertura en la puerta de hierro. Agarró los barrotes y alzó el rostro para acercarlo todo lo que pudo, intentando ver quién estaba allí fuera, que hacían.

Una luz la cegó. Retrocedió unos pasos, tambaleante, frotándose los ojos. Estaba tan acostumbrada a la oscuridad que pareció como si la cruda luz del farol le hubiese quemado la vista.

Retrocedió lejos de la puerta al oír el repiqueteo de una llave en la cerradura. El cerrojo se descorrió con un resonante sonido metálico. Aire fresco, más puro que el aire viciado que estaba acostumbrada a respirar, entró a raudales. Una luz amarilla inundó la habitación cuando farol entero en la estancia sostenido por un brazo recubierto de cuero rojo.

Una mord-sith.

30

Ann bizqueó bajo el intento resplandor mientras la mord-sith cruzaba el umbral y agachaba la cabeza. Deslumbrada por la luz del farol. Ann sólo pudo distinguir al principio el conjunto de cuero rojo y la trenza rubia. No le hizo ninguna gracia que un miembro del cuerpo de torturadoras de élite del lord Rahl bajara a su mazmorra a verla. Ella conocía a Richard. No concebía que pudiese permitir que continuara tal práctica. Pero Richard no estaba allí. Nathan parecía estar al mando.

Entrecerrando los ojos, Ann advirtió por fin que era la mujer que había visto antes: Nyda.

Nyda, evaluando a Ann con una mirada impasible, no dijo nada mientras se hacía a un lado. Otra persona la seguía. Una pierna larga cubierta con unos pantalones marrones pasó por el umbral, seguida por un torso inclinado. Al alzarse en toda su estatura, Ann vio con repentina sorpresa de quien se trataba.

—¡Ann! —Nathan extendió los brazos bien abiertos, como si esperase un abrazo—, ¿Cómo estás? Nyda me dio tu mensaje. ¿Te están tratando bien?

Ann se mantuvo firme y miró con el entrecejo fruncido el rostro sonriente.

—Sigo viva, no gracias a ti, Nathan.

Desde luego recordaba lo alto que era Nathan, lo anchas que eran sus espaldas. En aquel momento, de pie ante ella, la parte superior de su cabeza, provista de una canosa cabellera, abundante y larga casi tocando las marcas de cincel de la piedra del techo, parecía aún más alto de lo que ella recordaba. Sus hombros, ocupando tanto espacio de la pequeña habitación, parecían aún más anchos. Llevaba botas altas sobre los pantalones y una camisa con volantes bajo un chaleco abierto. Una elegante esclavina verde estaba sujeta a su hombro derecho. Junto a la cadera izquierda una espada en una elegante funda centelleó a la luz del farol.

El rostro, su apuesto rostro, tan expresivo, tan distinto de cualquier otro, hizo que el corazón de Ann se llenara de optimismo.

Nathan sonrió como nadie excepto un Rahl podía sonreír, una sonrisa que era júbilo, ansia y poder, todo unido. Parecía como si necesitara tomar a una damisela en sus poderosos brazos y besarla sin su permiso.

Movió una mano con indiferencia de un lado a otro para indicar su alojamiento.

—Pero aquí estas a salvo, querida. Nadie puede hacerte daño mientras estés bajo nuestro cuidado. Nadie puede importunarte. Tienes buena comida... incluso vino de vez en cuando. ¿Qué más podrías querer?

Con los puños en alto, Ann se abalanzó hacia delante, a una velocidad que hizo que el agiel de la mord-sith saltara de su puño, incluso a pesar de que permaneció donde estaba. Nathan no cedió un milímetro y mantuvo la sonrisa mientras la contemplaba acercarse.

—¿Qué más podría querer! —chilló Ann—. ¿Qué más podría querer? ¡Quiero que me dejen salir! ¡Eso es lo que querría!

La sonrisa de Nathan la hirió en lo más íntimo.

—Claro —dijo, una única palabra de sosegada acusación.

De pie en el sepulcral silencio de la mazmorra, ella no pudo hacer otra cosa que mirarlo fijamente, incapaz de sacar un argumento que él no pudiese arrojarle a la cara.

Ann dirigió una mirada furiosa a la mord-sith.

—¿Qué mensaje le diste?

—Nyda dijo que querías verme —respondió Nathan en lugar de la mujer, y extendió los brazos—. Aquí estoy, como pediste. ¿Para qué me querías ver, querida?

—No me trates con condescendencia, Nathan. Sabes muy bien para qué quería verte. Sabes por qué estoy aquí, en D'Hara, por qué he venido al Palacio del Pueblo.

Nathan cruzó las manos a la espalda. Su sonrisa ya no tenía sentido.

—Nyda —dijo, volviendo la cabeza hacia la mujer, ¿podrías dejarnos a solas por ahora?

Nyda evaluó a Ann con una ojeada. No hacía falta nada más. Aun no era ninguna amenaza para Nathan. Él era un mago —sin duda le había dicho que era el mago más grande de todos los tiempos— y se encontraba dentro del hogar ancestral de la Casa de Rahl. No hacía falta que temiera a aquella anciana hechicera. Ya no.

Nyda dedicó a Nathan un mirada que venía a decir «si me necesitas, estaré justo ahí fuera» antes de mover sus perfectas extremidades para cruzar la entrada con grácil elegancia, del modo en que un gato cruza sin esfuerzo un seto.

Nathan permaneció de pie en el centro de la celda, con las manos cruzadas aún a la erguida espalda, aguardando a que Ann dijese algo.

Ann fue hasta su mochila, depositada en el extremo opuesto del banco de piedra que hacía las veces de cama, mesa, y silla. Echó hacia atrás la solapa e introdujo la mano dentro, rebuscando en el interior. Los dedos encontraron el frío metal del objeto que buscaba. Lo sacó y se inclinó sobre él, ocultándolo con su sombra.

Finalmente, se dio la vuelta.

—Nathan, tengo algo para ti.

Alzó un rada'han que tenía intención de colocarle alrededor del cuello. Justo en aquel momento, Ann no sabía exactamente cómo se le había ocurrido que iba a poder llevar a cabo tal hazaña. Lo habría hecho, no obstante, de habérselo propuesto; ella era Annalina Aldurren, Prelada de las Hermanas de la Luz. O, al menos, lo había sido una vez. Había dado ese puesto a Verna antes de fingir su muerte y la de Nathan.

—¿Quieres que me ponga ese collar en el cuello? —preguntó Nathan con voz tranquila—. ¿Es lo que esperas?

Ann negó con la cabeza.

—No, Nathan. Quiero darte esto. He estado pensando mucho mientras he estado aquí abajo. Pensando en que probablemente jamás abandonaré mi lugar de confinamiento.

—Vaya coincidencia —dijo Nathan—. Yo pasaba mucho tiempo pensando eso mismo.

—Sí —repuso Ann, asintiendo—, imagino que lo hacías. —Le entregó el rada'han—. Toma. Cógelo. No quiero volver a ver estas cosas. Si bien hice lo que pensaba que era mejor, odié cada minuto de ello. Nathan. Odié hacértelo a ti, en especial. He llegado a pensar que mi vida ha sido una insensatez. Lamento haberte colocado tras aquellos escudos y haberte mantenido prisionero. Si pudiera volverá vivir mi vida, no haría lo mismo.

»No espero indulgencia. Yo no te mostré ninguna.

—No —dijo Nathan—. No lo hiciste.

Sus ojos azul celeste parecían estar mirando justo al interior de ella. Tenía un modo especial de hacer eso. Richard había heredado aquella misma mirada penetrante de los Rahl.

—Así que lamentas haberme tenido prisionero toda mi vida. ¿Sabes por qué estuvo mal, Ann? ¿Eres consciente siquiera de la ironía?

Casi sabiendo que era un error hacerlo, se oyó a sí misma preguntan.

—¿Qué ironía?

—Bueno —repuso él a la vez que se encogía de hombros—, ¿por qué estamos luchando?

—Nathan, sabes muy bien por qué estamos luchando.

—Sí, lo sé. Pero ¿lo sabes tú? Dime, entonces, ¿qué es lo que nos estamos esforzando por proteger, por conservar, por asegurar que siga vivo?

—El don de la magia del Creador, por supuesto. Peleamos para asegurarnos de que siga existiendo en el mundo. Ludíamos para que aquellos que nacen con él vivan, para que aprendan a usar su habilidad al máximo. Luchamos para que cada uno posea y disfrute de su extraordinaria habilidad.

—Creo que eso es más bien irónico, ¿no crees? Justo aquello por lo que piensas que vale la pena luchar es lo que temías. La Orden imperial proclama que no es lo más conveniente para la humanidad que un individuo que posee el don posea magia, así que se les debe despojar de esa habilidad extraordinaria. Afirman que, puesto que no todos poseen esa habilidad en idéntica e igual medida, es peligroso que algunos la tengan. Que a aquellos que nacieron con magia se les debe por lo tanto erradicar del mundo para hacer que el mundo sea un lugar mejor para aquellos que no poseen tan habilidad.

—Y sin embargo, ni trabajaste bajo esa premisa, actuaste según esas mismas creencias perversas. Me encerraste debido a mi habilidad. Viste lo que puedo hacer, que otros no pueden, como una herencia perversa a la que no se le podía permitir que se mezclara con la humanidad.

»Y con todo, trabajas para preservar en otros esa misma cosa que temes en mí, mi extraordinaria habilidad. Trabajas para permitir que todos los que nazcan con magia tengan el derecho inalienable a su propia vida, a ser lo mejor que puedan ser con su propia habilidad... y, sin embargo, me encerraste para negarme ese mismo derecho.

—Sólo porque quiera que los lobos del Creado, corran libres para cazar, que es para lo que se crearon, eso no significa que quiera ser su cena.

Nathan se inclinó más cerca de ella.

—No soy un lobo. Soy un ser humano. Me juzgaste, declaraste culpable y sentenciaste a cadena perpetua en tu prisión por nacer como soy, por nacer como soy, por lo que temías que podría hacer, simplemente porque yo tenía una habilidad. Luego aplacaste tu conflicto interior haciendo que la prisión fuese lujosa en un intento de convencerte de que eras comprensiva..., manifestando creer todo el tiempo que debíamos pelear para permitir a futuras personas ser lo que son..

»Clasificaste tu prisión como correcta porque era fastuosa, para así ocultarte a ti misma la naturaleza de lo que propugnabas. Mira a tu alrededor, Ann. —Movi6 el brazo en un amplio círculo indicando la piedra—. Esto es lo que propugnabas para aquellos que tú decidías que no tenían derecho a su propia vida. Decidiste lo mismo que la Orden, basándote en una habilidad que no te gustaba. Decidiste que algunos, debido a su mayor potencial,

debían ser sacrificados por el bien de los que eran menos que ellos. No importa cómo decore una mazmorra, este es el aspecto que tiene desde el interior.

Ann ordenó sus pensamientos, a la vez que hacía acopio de voz, antes de decir:

—Pensaba que había llegado a comprender algo así mientras estuve sentada sola aquí abajo, pero ahora me doy cuenta de que no fue así, en realidad. Todos esos años me sentí mal por tenerte encerrado, pero jamás examine realmente en qué me basaba para hacerlo.

»Tienes razón, Nathan. Creí que contenías el potencial para hacer mucho daño. Debería haberte ayudado a comprender lo que era correcto de modo que pudieses actuar de una forma racional, en lugar de esperar lo peor de ti y encerrarte. Lo siento, Nathan.

Él se puso en jarras.

—¿Realmente lo piensas, Ann?

Ann asintió, incapaz de alzar los ojos hacia él, mientras los ojos se le llenaban de lagrimas. Siempre esperó honestidad por parte de los demás, pero ella no había sido honesta consigo misma.

—Sí, Nathan, realmente lo pienso.

Finalizada la confesión, fue a su banco y se dejó caer sobre él.

—Gracias por venir, Nathan. No te molestare para que vuelvas a bajar aquí. Aceptaré mi justo castigo sin quejas. Si no te importa, creo que me gustaría estar sola ahora para rezar y considerar el peso que siento en el corazón.

—Puedes hacer eso más tarde. Ahora levanta el trasero, ponte de pie y recoge tus cosas. Tenemos cosas de las que ocuparnos y debemos ponernos en marcha.

Ann alzó los ojos con el entrecejo fruncido.

—¿Qué?

—Tenemos cosas importantes que hacer. Vamos, mujer. Estamos perdiendo el tiempo. Hemos de ponernos en marcha. Estamos en el mismo bando en esta confrontación, Ann. Tenemos que trabajar juntos para proteger nuestras causas. —Se inclinó hacia ella—. A menos que hayas decidido retirarte para permanecer sentada sin hacer nada el resto de tu vida. Si no es así, entonces pongámonos en marcha. Tenemos problemas.

Aun saltó del banco de piedra.

—¿Problemas? ¿Qué clase de problemas?

—Problemas relacionados con la profecía.

—¿Profecía? ¿Hay problemas con la profecía? ¿Qué problemas? ¿Qué profecía?

Con los brazos en jarras, Nathan la miró fijamente con cara de pocos amigos.

—No puedo hablarte de tales cosas. La profecía no está pensada para los no ilustrados.

Ann frunció los labios, a punto de ponerse a reconvenirle sin tapujos y con toda severidad, cuando distinguió la sonrisa que le asomaba por las comisuras de los labios. Eso la hizo sonreír.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con el tono de voz que usan los amigos una vez que han decidido reconocer errores pasados y las cosas han regresado a su cauce normal.

—Ann, no lo creerás cuando te lo diga —se quejó Nathan—. Es ese muchacho, otra vez.

—¿Richard?

—¿Qué otro muchacho conoces que pueda meterse en la clase de problemas en los que sólo puede meterse Richard?

—Bueno, yo ya no pienso en Richard como un muchacho.

Nathan suspiró.

—Supongo que no, pero es duro cuando uno tiene mi edad pensar en alguien tan joven como en un hombre.

—Es un hombre —le aseguró ella.

—Sí, supongo que lo es. —Nathan sonrió burlón—. Y es un Rahl.

—¿En qué clase de problema se ha metido Richard esta vez?

El buen humor de Nathan se evaporó.

—Ha abandonado la orilla de la profecía.

Ann hizo una mueca.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué ha hecho?

—Te lo estoy diciendo, Ann, ese muchacho ha abandonado por las buenas la orilla de la profecía misma: se ha ido y se ha metido en un lugar donde la profecía misma no existe.

Ann reconoció que Nathan estaba sinceramente inquieto, pero lo que decía no tenía sentido. En parte, por eso algunas personas le tenían miedo. A menudo daba a la gente la impresión de que decía sandeces cuando hablaba sobre cosas que nadie excepto él podía comprender. A veces nadie salvo un profeta podía entender realmente por completo lo que él captaba. Con sus ojos, los ojos de un profeta, podía ver cosas que nadie más podía.

Ella había pasado toda una vida trabajando con la profecía, no obstante, y por lo tanto podía comprender, quizá mejor que la mayoría, al menos una parte de lo que había en su mente, algo de lo que él podía captar.

—¿Cómo puedes conocer la existencia de una profecía así, Nathan, si no existe? No comprendo. Explícamelo.

—Hay bibliotecas aquí, en el Palacio del Pueblo, que contienen algunos libros valiosos sobre la profecía que nunca había tenido una oportunidad de ver con anterioridad. Si bien tenía motivos para sospechar que tales profecías podían existir, nunca tuve la certeza de que así era, o lo que podrían decir. La he estado estudiando desde que estoy aquí y me he tropezado con conexiones con otras profecías conocidas que teníamos allí abajo, en las criptas del Palacio de los Profetas. Estas profecías, de aquí, llenan algunas lagunas importantes en aquéllas.

»Lo que es más importante, encontré una ramificación totalmente nueva de la profecía que nunca antes había visto que explica por qué y cómo es que he estado ciego a algunas cosas que han estado sucediendo.

A partir del estudio de las bifurcaciones que salen de la ramificación, he descubierto que Richard ha tomado una serie de conexiones que avanzan por un sendero concreto de la profecía que conduce al olvido, a algo que, por lo que puedo saber, ni siquiera existe.

Con una mano en la cadera, la otra trazando líneas invisibles en el aire, Nathan paseaba por la pequeña habitación mientras hablaba.

—Esta conexión nueva alude a cosas que nunca antes he visto, ramificaciones que siempre he sabido que tenían que estar ahí, pero que fallaban. Esas ramificaciones son profecías sumamente peligrosas que se han guardado

aquí, en secreto. Puedo comprender el motivo. Incluso yo, de haberlas visto hace años, podría haberlas malinterpretado. Esas ramificaciones nuevas se refieren a vacíos de alguna clase. Puesto que son vacíos, no puede saberse su naturaleza. Una contradicción así no puede existir.

»Richard ha entrado en esa zona de vacío, donde la profecía no puede verlo, no puede ayudarlo, y lo que es peor, no puede ayudarnos. Pero más que no poder verlo con la profecía, es como si el lugar en el que está y lo que está haciendo no existiera.

—Richard está tratando con algo que es capaz de poner fin a todo lo que conocemos.

Ann sabía que Nathan no exageraría sobre algo de aquella naturaleza. Si bien estaba a oscuras sobre de qué estaba el hablando, la esencia de ello le producía sudores fríos.

—¿Que podemos hacer?

Nathan alzó los brazos.

—Tenemos que entrar allí y cogerlo. Tenemos que llevarlo de vuelta al mundo que existe.

—Quieres decir, el mundo que la profecía dice que existe.

Nathan volvía a tener el entrecejo fruncido.

—Eso es lo he dicho, ¿no? Tenemos que volver a colocarlo sobre el hilo de la profecía en el que él aparece.

Ann carraspeó.

—¿O?

Nathan agarró el farol y luego la mochila de la mujer.

—O dejará de ser parte de las viables de la profecía, para no volver a verse involucrado nunca más con cuestiones de este mundo.

—¿Quieres decir, que si no lo hacemos volver de donde sea que este, morirá?

Nathan le dirigió una mirada extraña.

—¿Es que he estado hablando a las paredes? ¡Claro que morirá! Si ese muchacho no está en la profecía, si rompe todas las conexiones con la profecía en la que representa un papel, entonces invalida todas esas líneas de la profecía en las que el existe. Si hace eso, entonces ellas se convierten en profecías falsas y aquellas ramificaciones que lo mencionan jamás sucederán. Ninguna de las demás conexiones contiene la menor referencia a él... porque en el origen de esas conexiones, él muere.

—¿Y qué sucede con esas conexiones en las que él no está?

Nathan le tomó la mano mientras tiraba de ella hacia la puerta.

—En esas conexiones, una sombra cae sobre todo el mundo. Todo el mundo que esté vivo, al menos. Será una época muy larga y muy oscura.

—Aguarda —dijo Ann deteniéndolo.

Regresó al banco de piedra y depositó el rada'han en el centro.

—No tengo el poder para destruir esto. Creo que quizá debería estar bajo llave.

Nathan asintió dando su aprobación.

—Cerrarémos con llave las puertas y daremos instrucciones a los guardias de que debe permanecer aquí dentro, tras los escudos, para toda la eternidad.

Ann alzó un dedo admonitorio.

—Que no se te ocurra que, sólo porque no llevas puesto el collar, voy a tolerar un mal comportamiento.

La sonrisa burlona de Nathan regresó. No se limitó a darle la razón. Antes de atravesar la puerta, se volvió hacia ella.

—A propósito, ¿has estado hablando con Verna mediante vuestro libro de viaje?

—Sí, un poco. Está con el ejército y muy ocupada, justo ahora. Están defendiendo los pasos que conducen a D'Hara. Jagang ha iniciado el asedio.

—Bueno, por lo que he conseguido averiguar de los oficiales que hay aquí, los pasos son formidables y resistirán durante un tiempo. —Se inclinó hacia ella—. Tienes que enviarle un mensaje, sin embargo. Dile que cuando un carro vacío cruce sus líneas, lo dejen pasar.

Ann puso mala cara.

—¿Qué significa eso?

—La profecía no es para los no ilustrados. Simplemente díselo.

—De acuerdo —repuso con jadeante dificultad cuando Nathan tiró de ella a través de la angosta entrada—. Pero será mejor que no le diga que fuiste tú quien lo dijo, o es probable que haga caso omiso. Cree que estas chalado, ya sabes...

—Simplemente nunca tuvo una oportunidad de llegar a conocerme muy bien, eso es todo. —Echó una ojeada atrás—. Al haber estado yo encerrado, y todo eso.

Ann quiso decir que tal vez Verna lo conocía demasiado bien, pero decidió guardárselo. Mientras Nathan empezaba a volverse hacia la puerta exterior, Ann lo agarró de la manga.

—Nathan, ¿qué más sobre esa profecía que encontraste no me estás contando? Esa profecía en la que Richard desaparece en el olvido.

Conocía lo bastante bien a Nathan para saber por su agitación que no se lo había contado todo, que pensaba que se mostraba galante al ahorrarle la preocupación. Con una expresión más grave, él la miró a los ojos durante un tiempo antes de hablar.

—Hay un *Transponedor* en esa bifurcación de la profecía.

Ann frunció el entrecejo y luego abrió los ojos desmesuradamente.

—Un Transponedor. Un *Transponedor* —respiró para sí, intentando recordar el nombre. Un *Transponedor*...

—Chasqueó los dedos—. Un Transponedor. —Los ojos se le abrieron ahora incluso más—. Querido Creador...

—No creo que el Creador tenga nada que ver con esto.

Aun agitó una mano con impaciencia a modo de protesta.

—Eso no puede ser. Tiene que haber algo mal en esa profecía que encomiaste. Tiene que ser defectuosa. A los Transponedores los crearon en la gran guerra. No podría haber un Transponedor en esa conexión de a profecía... ¿no te das cuenta? La profecía debe de estar desfasada y haber expirado hace tiempo. —Se mordisqueó el labio inferior mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—No está desfasada. ¿No crees que eso fue también lo primero que pensé? ¿Piensas que soy un aficionado? Recorrí la cronología un centenar de veces. Usé cada una de las tablas y cálculos que conozco... incluso algunos inventados para la tarea. Todos dieron la misma raíz. Cada conexión salió por orden. La profecía está sincronizada, cronológicamente, y todos sus aspectos están alineados.

—Entonces es una conexión falsa —insistió Ann—. Los Transponedores eran criaturas conjuradas. Eran estériles. No se podían reproducir.

—Te estoy diciendo —refunfuñó Nathan— que hay un Transponedor en esa bifurcación y que es una conexión profética viable.

—No podrían haber sobrevivido.

Ann estaba segura de lo que decía. Nathan sabía más sobre esa profecía que ella, de eso no había duda, pero esa era un área en la que ella sabía exactamente de qué hablaba: era una experta.

—Los Transponedores no podían engendrar hijos.

Él le estaba dedicando una de aquellas miradas que a ella no le gustaban.

—Te lo estoy diciendo, un Transponedor vuelve a deambular por el mundo.

Ann chasqueó la lengua.

—Nathan, los ladrones de almas no se pueden reproducir.

—La profecía dice que no nació, sino que renació como un *Transponedor*.

Ann sintió que la piel empezaba hormiguearle. Lo miró fijamente un rato antes de recuperar la voz.

—Durante tres mil años no han nacido magos con ambos lados del don a excepción de Richard. No hay ningún modo de que alguien...

Ann calló. Él observó cómo finalmente comprendía Jo que tenía que ser.

—Querido Creador... —musitó.

—Te lo dije, el Creador no tuvo nada que ver con esto, las Hermanas de las Tinieblas lo trajeron al mundo.

Estremecida hasta lo más profundo de su ser, a Ann no se le ocurrió nada que decir.

No podía haber una noticia peor.

No existía defensa contra un *Transponedor*.

Todas las almas estaban indefensas ante el ataque de un *Transponedor*.

Fuera de la segunda puerta, Nyda aguardaba en el corredor, con el rostro tan sombrío como siempre, pero no tanto como el de Aun. El pasillo estaba oscuro salvo por la tenue luz procedente de las llamas de unas pocas velas. Ni un soplo de aire penetraba jamás tan profundamente en el palacio. El único color entre la oscura roca que absorbía aquel pequeño atisbo de luz era el rojo sangre del cuero rojo que vestía Nyda.

Arrastrada de la mano, sintiendo una mezclanza de emociones. Ann se inclinó hacia la mujer y se desahogó dirigiéndole una reprimida mueca enfurecida.

—Le dijiste lo que te dije que le dijeras, ¿verdad?

—Desde luego —respondió Nyda mientras empezaba a andar detrás de ellos.

Volviéndose a medias, Ann agitó un dedo ante la mord-sith.

—Haré que lamentos habérselo dicho.

—Ah, no lo creo —respondió ella con una sonrisa.

Ann puso los ojos en blanco y volvió a mirar a Nathan.

—Por cierto, ¿qué haces llevando una espada? Tú, precisamente... un mago. ¿Por qué llevas una espada?

Nathan se mostró herido.

—Vaya, pues Nyda cree que tengo un aspecto de lo más gallardo con una espada.

Ann clavó la mirada en el oscuro pasillo que tenía delante.

—Apuesto a que sí.

31

De pie, en el extremo de un estrecho borde de roca, Richard bajó la mirada hacia los irregulares jirones de nubes grises que había abajo. A campo abierto, el fresco aire húmedo que soplabla sobre él transportaba los aromas de balsaminas, musgo, hojas húmedas y tierra empapada. Inhaló profundamente los fragantes recordatorios del hogar. Las rocas, en su mayor parte granito, agrietadas y desgastadas por las inclemencias del tiempo, se parecían mucho a las que había en su bosque del Corzo. No obstante, las montañas eran mucho más grandes. La ladera que se alzaba detrás de él producía vértigo.

Al oeste, ante él, muy abajo, se extendía un trecho inmenso de terreno agrietado y colinas escarpadas, cada vez más altas, alfombradas de bosques. A su Izquierda y derecha, porque sabía qué era lo que buscaba, apenas podía distinguir la franja de terreno, desprovista de árboles, donde había estado el límite. Más lejos, en dirección oeste, se alzaban montañas menores, en su mayoría yermas, que bordeaban el páramo. Aquel páramo, y el lugar llamado los Pilares de la Creación, ya no eran visibles. A Richard le alegró haberlo dejado muy atrás.

En el cielo no se veían criaturas de puntas negras... por el momento, lo más probable era que las enormes aves supieran que Richard, Kahlan, Cara, Jennsen, Tom y Owen se dirigían al oeste. Richard había matado a las últimas cinco criaturas cuando éstas habían empezado a reunirse describiendo círculos, cogiéndolas por sorpresa al estar en una posición elevada. Tras matarlas, Richard había conducido a su pequeña compañía al interior de bosques más espesos. No creía que las criaturas que habían estado viendo los hubiesen divisado desde entonces. Ahora que viajaban por bosques de árboles altísimos, Richard se dijo que, si tenía cuidado, podría perder a sus vigilantes.

Si aquel hombre, Nicholas, los había visto a través de los ojos de aquellas cinco criaturas, entonces sabía que se dirigía al oeste. Pero, ahora que estaban ocultos, no podía estar seguro. Si Richard no era visible donde los pájaros lo buscaban, Nicholas podría cambiar de opinión. Podría pensar que podían haber cambiado de dirección y marchado al norte, o al sur. Nicholas podría entonces sospechar que habían usado aquel período de confusión para huir a otra parte, para escapar de él.

Era posible que Richard consiguiera mantenerlos ocultos al amparo de los árboles y, al hacerlo, impedir que Nicholas los descubriera. No quería que aquel hombre supiese adónde iban. Por supuesto no era seguro que pudiera engañar a Nicholas de aquel modo, pero Richard pensaba intentarlo.

Protegiéndose los ojos con la palma de la mano. Richard escudriñó la elevación de espeso bosque que tenían delante para grabar la configuración del terreno en su mente antes de desandar el camino de vuelta, bajo la espesa vegetación, hasta donde aguardaban los demás. Los jirones de nubes a sus pies no eran más que los andrajos desechados por el arremolinado manto de penumbra situado sobre sus cabezas. La ladera ascendía abruptamente hacia aquel húmedo cielo encapotado.

Mientras evaluaba la roca, la ladera y los árboles. Richard encontró por fin lo que buscaba. Estudió la ascensión de la montaña una última vez antes de volver a otear el cielo para asegurarse de que estaba despejado. No viendo criaturas —ni tampoco otras aves, de hecho— se dirigió a donde lo esperaban los demás. Sabía que el que no viera ningún pájaro no significaba que no hubiese ninguno vigilando. Podía haber unas cuantas docenas de criaturas posadas en árboles, donde era probable que jamás las descubriera. Pero, por el momento, él todavía estaba donde esperarían que estuviese, de modo que no le inquietaba sobremanera.

Estaba a punto de hacer lo que ellas no esperarían.

Volvió a trepar por el resbaladizo terraplén de musgo, hojas y raíces húmedas. Si caía, sólo dispondría de una posibilidad de agarrarse a la pequeña repisa en la que había estado de pie antes de precipitarse a través del aire y a caer varios cientos de metros. Pensar en tal caída le hizo aferrarse con más fuerza a las raíces para ayudarse a ascender, y le hizo comprobar con sumo cuidado cada incisión en la roca en la que colocaba la bota antes de confiarle su peso.

En la parte superior del terraplén se agachó para pasar bajo las ramas colgantes de unos arces escuálidos que crecían en el monte bajo. Hojas de fresno y abedul alzándose por encima de los arces recogían la llovizna hasta que las hojas tenían toda la que podían retener y la soltaban para que descendiera con un tamborileo de gruesas gotas que golpeteaban las hojas inferiores, situadas por encima de la cabeza de Richard. Cuando una ligera brisa atrapaba aquellas hojas superiores, éstas soltaban su carga para que se derramara en repentinos pero breves torrentes.

Encorvándose bajo extendidas ramas bajas de abetos. Richard siguió sus huellas de vuelta, a través de arbustos de arándanos, hasta penetrar en el terreno más despejado de los silenciosos bosques que había debajo del grueso dosel de ancianos árboles de hojas perenne. El viento había tejido las agujas de los pinos en forma de extensas esteras que amortiguaban sus pasos. Telarañas vertiginosas colgadas por arañas para atrapar los insectos pequeños que zigzagueaban por todas partes habían atrapado en su lugar la neblina y en aquellos momentos aparecían salpicadas de relucientes gotas de agua, igual que una exhibición de collares de piedras preciosas.

De vuelta en el protector escondrijo que proporcionaban la roca y los espesos brotes de piceas jóvenes. Kahlan se levantó al ver acercarse a Richard. Cuando ella se levantó, todos los demás lo vieron, y se pusieron en pie. Richard agachó la cabeza para pasar por debajo de esas ralas ramas verdes.

—¿Visteis criaturas, lord Rahl? —preguntó Owen, a todas luces nervioso.

—No —le respondió Richard mientras levantaba su mochila del suelo y se la echaba al hombro. Introdujo el otro brazo bajo la segunda correa a la vez que izaba la mochila a su espalda—. Eso no significa que ellas no me hayan visto a mí, no obstante.

Richard se colgó el arco atrás, sobre el hombro izquierdo, junto con un odre de agua.

—Bueno —dijo Owen, frotándose las manos—, todavía nos queda la esperanza de que no sepan dónde estamos.

Richard se detuvo para mirarlo.

—La esperanza no es una estrategia.

Mientras el resto de ellos empezaba a recoger sus cosas, enganchando utensilios a sus cinturones y echándose las mochilas a la espalda. Richard cogió a Cara del brazo, sacándola de la protección de los pequeños árboles.

—¿Ves esa elevación de ahí? —preguntó mientras la mantenía cerca de él para que pudiera ver adónde señalaba—. ¿Con la franja de terreno despejado que pasa por delante del joven roble con la rama rota y seca?

Cata asintió.

—¿Justo después del lugar donde el terreno asciende y pasa por encima de ese hilillo de agua que desciende por la pared de la roca, manchándola de verde?

—Ése es el lugar. Quiero que sigas hasta esa zona, luego vayas a la derecha, ascendiendo por aquella hendidura... la que está allí, más allá de la grieta en la roca... y veas si puedes localizar un sendero que ascienda hasta la siguiente repisa, situada arriba, por encima de estos árboles de aquí.

Cara asintió.

—¿Dónde estaréis vos?

—Voy a llevar a los demás arriba, al primer claro de la ladera. Estaremos allí. Regresa y dinos si encontraste un camino para pasar al otro lado del saliente.

Cara se echó la mochila a la espalda y luego tomó el sólido bastón que Richard había cortado para ella.

—No sabía que las mord-sith pudiesen abrir sendas —dijo Tom.

—Las mord-sith no pueden —respondió Cara—. Yo puedo. Lord Rahl me enseñó.

Mientras desaparecía entre los árboles. Richard la observó andar. Se movía con gracia, alterando pocas cosas mientras se abría paso por el bosque inexplorado. No siempre había sido así; había aprendido bien las lecciones que él le había dado. Richard se sintió complacido al ver que sus esfuerzos no habían sido en vano.

Owen fue hacia él, con aspecto agitado.

—Pero lord Rahl, no podemos ir por allí. —Agitó un pulgar por encima del hombro—. El sendero va por allí. Ese es el único camino para subir y atravesar el paso. Allí está el camino que desciende, y con él el camino de vuelta arriba, ahora que el límite ha desaparecido. No es fácil, pero es el único camino.

—Es el único camino que tú conoces. Por las abundantes señales de uso que tiene ese sendero, creo que es el único camino que Nicholas conoce también. Da la impresión de ser el camino que usan las tropas de la Orden para entrar y salir de Bandakar.

»Si vamos en esa dirección, las criaturas estarán vigilando. Si, por otra parte, no aparecemos, entonces el no sabrá adónde hemos ido. Quiero que sea así a partir de ahora. Estoy cansado de hacer de ratoncito para su «búho».

Richard dejó que Kahlan los condujera arriba, a través del bosque, siguiendo la ruta natural del terreno cuando el camino resultaba razonablemente claro. Cuando ésta tenía dudas echaba una ojeada atrás, a él, en busca de indicaciones. Richard miraba entonces al lugar al que ella tenía que ir, o indicaba con la cabeza la dirección que quería que tomase.

Por la configuración del terreno, Richard estaba bastante seguro de que había un sendero antiguo que ascendía a través del paso montañoso. Aquel paso, que desde lejos parecía una quebrada en la pared montañosa, era en realidad una zona amplia que serpenteaba entre las montañas. Richard no creía que el sendero que los habitantes de Bandakar usaban para desterrar a la gente a través del límite fuese el único camino para cruzar aquel paso. Con el límite colocado muy bien podría haberlo sido, pero el límite ya no estaba allí.

Por lo que había visto hasta el momento, Richard sospechaba que allí había existido una ruta que en la antigüedad había sido el camino principal de entrada y salida. Aquí y allí conseguía distinguir depresiones que creía eran restos de aquella antigua ruta abandonada.

Si bien siempre era posible que el antiguo acceso hubiese sido abandonado por un buen motivo, como podría ser un desprendimiento de tierras, quería saber si aquel camino usado en el pasado seguía siendo practicable. Los llevaría, al menos —puesto que estaba en una parte distinta de las montañas de aquella en la que estaba el camino conocido— lejos de donde era probable que las criaturas los buscasen.

Jennsen avanzaba para colocarse junto a Richard cuando el camino a través de pinos altísimos resultaba lo bastante despejado. Llevaba a *Betty* a rastras de la cuerda, impidiéndole detenerse para degustar las plantas que habían a lo largo del camino.

—Más tarde o más temprano las criaturas nos encontrarán, ¿no crees? —Preguntó Jennsen—. Quiero decir, si no aparecemos donde esperan encontrarnos, ¿no crees que nos buscarán? Fuiste tú quien dijo que desde el ciclo podían cubrir grandes distancias y localizarnos.

—Quizá —dijo él—. Pero será difícil descubrirnos en el bosque si usamos la cabeza y nos mantenemos ocultos. En los bosques no pueden registrar tanta superficie como podrían hacerlo en la misma cantidad de tiempo fuera en el páramo. En campo abierto pueden distinguarnos a kilómetros de distancia, Aquí, lo tendrán mucho más difícil a menos que estén realmente cerca y nosotros seamos descuidados.

»Cuando no aparezcamos donde el sendero conocido penetra en Bandakar, se encontrarán de improviso con una zona inmensa en la que tendrán que buscar y sin tener ni idea de en qué dirección mirar. Eso acrecentará la dificultad que tendrán para encontrarnos.

»No creo que la visión que Nicholas obtiene a través de los ojos de esas aves pueda ser muy buena, o no necesitaría hacer que las criaturas se pusieran a dar vueltas en círculo de vez en cuando. Si podemos mantenernos fuera de su vista el tiempo suficiente, conseguiremos llegar hasta la gente de Bandakar y entonces Nicholas, a través de los ojos de las criaturas, lo tendrá muy difícil, por no decir imposible, para distinguarnos entre los demás.

Jennsen reflexionó sobre ello mientras entraban en un bosquecillo de abedules. *Betty* tomó por el lado contrario de un árbol y Jennsen tuvo que detenerse y desenredar su cuerda. Todos encogieron los hombros para protegerse de la humedad cuando una brisa descargó sobre ellos una cortina de agua que los empapó.

—Richard —preguntó Jennsen con una voz que apenas era más que un susurro mientras volvía a alcanzarlo—, ¿qué vas a hacer cuando lleguemos allí?

—Voy a conseguir el antídoto para no morir.

—Eso lo sé. —Jennsen se apartó un empapado rizo de cabellos rojos del rostro—. Lo que quiero decir es, ¿qué vas a hacer respecto a la gente de Owen?

Cada bocanada de aire que tomaba provocaba a Richard una leve punzada de dolor en lo más profundo de los pulmones.

—No estoy seguro, aún, de exactamente qué puedo hacer.

Jennsen anduvo en silencio durante un rato.

—Pero intentarás ayudarlos, ¿verdad?

Richard echó una ojeada a su hermana.

—Jennsen, amenazan con matarme. Han demostrado que no es una amenaza vana.

Ella se encogió de hombros, incómoda.

—Lo sé, pero están desesperados. —Echó una mirada al frente para asegurarse de que Owen no la oiría—. No sabían que otra cosa hacer para salvarse. No son como tú. Nunca antes han combatido a nadie.

Richard inspiró profundamente, y el dolor le oprimió con fuerza el pecho al hacerlo.

—Tú tampoco habías peleado contra nadie antes. Cuando pensaste que intentaba matarte, como hizo nuestro padre, y me creíste responsable de la muerte de tu madre, ¿qué hiciste? No quiero decir que tuvieras razón, pero ¿qué hiciste en respuesta a lo que creías que estaba sucediendo?

—Decidí que si quería vivir, tendría que matarle antes de que tú me matases a mí.

—Exactamente. No envenenaste a nadie y le dijiste que lo hiciese o moriría. Decidiste que tu vida valía la pena vivirla y que nadie tenía derecho a arrebatártela.

»Cuando estás dispuesto a sacrificar el valor supremo, la vida, la única que tendrás jamás, a cualquier matón al que se le antoje quitártela, entonces no se te puede ayudar. Tal vez se te pueda rescatar durante un día, pero al día siguiente otro aparecerá y te postrarás voluntariamente ante él otra vez. Has colocado el valor de la vida de tu asesino por encima de la tuya.

—Cuando le concedes a cualquiera que lo exija el derecho a la vida o la muerte sobre ti, ya te has convenido en un esclavo voluntario en busca de cualquier carnicero que quiera acabar contigo.

La muchacha anduvo en silencio durante un rato, pensando en lo que él había dicho. Richard advirtió que se movía a través del bosque como él había enseñado a Cara a hacerlo. La joven se encontraba casi tan a gusto en el bosque como él.

—Richard —Jennsen tragó saliva—, no quiero que a esas personas les hagan más daño. Ya han sufrido suficiente.

—Dile eso a Kahlan si su veneno me mata.

Cuando alcanzaron el punto de reunión, Cara no estaba allí todavía. A todos les vino bien tomarse un breve descanso. El lugar, una grieta en la ladera que se hundía en la pared de granito que se alzaba vertiginosamente hasta el próximo saliente de la montaña, quedaba protegido en lo alto por pinos enormes y más abajo por maleza. Tras haber estado tanto tiempo bajo el calor del desierto, ninguno de ellos se había acostumbrado aún a aquel frío húmedo. Mientras se desperdigaban para encontrar rocas que sirviesen de asientos, *Betty* se dedicó a saborear alegremente las sabrosas hierbas. Owen se sentó en el extremo más alejado, lejos de *Betty*.

Kahlan se acomodó junto a Richard en una pequeña protuberancia rocosa.

—¿Cómo te encuentras? Parece como si tuvieras dolor de cabeza.

—No se puede hacer nada al respecto por ahora —repuso él.

Kahlan se inclinó más cerca. El calor que emanaba de ella resultaba agradable.

—Richard —susurró—, ¿recuerdas la carta de Nicci?

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, asumimos que el hecho de que ese límite que conduce al interior de Bandakar hubiese desaparecido era la razón de ser del primer faro de advertencia. A lo mejor estamos equivocados.

—¿Que te hace pensar eso?

—No hay un segundo faro. —Señaló con la barbilla a lo lejos, al noroeste—. Vimos el primero muy atrás, ahí abajo. Estamos mucho más cerca del lugar donde estaba el límite y no hemos visto un segundo faro.

—Da lo mismo —dijo él—. Ahí donde las criaturas nos estaban esperando.

Recordaba bien cuándo encontraron la pequeña estatua, las criaturas estaban posadas en árboles por todas partes. Richard no había sabido lo que eran en aquel momento, aparte de que eran aves enormes que no había visto nunca antes. En cuanto Cara cogió la estatua, las criaturas de puntas negras habían alzado el vuelo de improviso. Había habido cientos.

—Si —repuso Kahlan—, pero sin el segundo faro, a lo mejor ese no es el problema que pensábamos que provocó el primero.

—Das por supuesto que el segundo faro será para mí; que estará pensado para mí y por lo tanto deberíamos haberlo visto. Nicci dijo que el segundo faro es para aquel que posee el poder de arreglar la brecha en el sello. A lo mejor ése no soy yo.

Mostrándose en un principio sobresaltada por la idea, Kahlan reflexionó sobre ello.

—No estoy segura de si eso me complacería o no. —Se inclinó más pegada a él y le pasó un brazo alrededor del muslo—. Pero no importa quién se supone que sea aquel que puede volver a sellar la brecha, aquél que se supone que volverá a colocar el límite, no creo que vaya a poder hacerlo.

Richard se pasó los dedos por los húmedos cabellos.

—Bueno, si soy yo la persona que ese mago muerto creía que podía restituir el límite, estaba equivocado. No sé cómo hacer tal cosa.

—Pero ¿no te das cuenta, Richard? Incluso aunque supieras cómo, no creo que pudieras.

Richard la miró por el rabillo del ojo.

—¿Sacando conclusiones precipitadas y dejando que tu imaginación se desboque otra vez?

—Richard, enfréntate a ello, el límite dejó de funcionar debido a lo que hice. Por eso el faro de advertencia era para mí; porque yo provoqué que el sello se rompiera. No vas a negar eso, ¿verdad?

—No, pero tenemos muchas cosas que averiguar antes de saber qué está pasando en realidad.

—Yo libere los repiques —dijo ella—. No va a hacer ningún bien intentar ocultar ese hecho.

Kahlan había usado magia antigua para salvarle la vida. Había soltado los repiques para curarlo. No había tenido tiempo que perder; él había muerto en unos instantes de no haber actuado ella.

Además, ella no había tenido ni idea de que los repiques desatarían la destrucción del mundo. No había sabido que los habían creado hacía tres mil años a partir de poderes del inframundo como un arma diseñada para consumir magia. Únicamente se le había dicho que debía usarlos para salvar a Richard.

Richard sabía lo que era estar convencido de los hechos que había tras los acontecimientos y que nadie te creyera. Sabía que en aquellos momentos ella sentía la misma frustración.

—Tienes razón en que no podemos esconderlo... si es un hecho. Pero justo ahora no sabemos que lo sea. Al fin y al cabo, los repiques han vuelto a ser desterrados al inframundo.

—¿Y qué hay de lo que Zedd nos contó, sobre que una vez que la cascada destructiva de la magia empieza, cosa que hizo, ya no hay forma de saber si se la puede detener incluso aunque los repiques hayan sido expulsados. No existe experiencia sobre un acontecimiento tal sobre la que basar predicciones.

Richard no tenía una respuesta para ella, y se hallaba en desventaja porque no había estudiado magia. Le evitó tener que especular que Cara llegase a través de un apretado montón de balsaminas. La mord-sith se quitó la mochila de los hombros y la dejó resbalar hasta el suelo mientras se sentaba en una roca, de cara a Richard.

—Tenáis razón. Podemos pasar por allí. Me parece como si pudiera ser un camino para seguir subiendo desde la repisa.

—Estupendo —dijo Richard a la vez que se ponía en pie—. Pongámonos en marcha. Las nubes son cada vez más oscuras. Creo que necesitamos encontrar un lugar en el que detenernos a pasar la noche.

—Localice un lugar debajo de la repisa, lord Rahl. Creo que podría ser un lugar seco en el que quedarse.

—Estupendo. —Richard cogió la mochila de la mord-sith—. Te llevaré esto durante un rato, dejaré que te tomes un descanso.

Cara asintió en señal de reconocimiento, uniéndose a la fila mientras pasaban por entre los apretados árboles e iniciaban inmediatamente la ascensión por el empinado terreno. Las rocas y raíces que había al descubierto eran suficientes para proporcionar buenos peldaños y asideros. Cuando algunos de aquellos peldaños eran altos. Richard alargaba el brazo para echarle una mano a Kahlan.

Tom ayudó a Jennsen y subió a *Betty* unas cuantas veces, incluso a pesar de que la cabra sabía trepar por rocas mejor que ellos. Richard se dijo que lo hacía más por la tranquilidad mental de Jennsen que por *Betty*, Jennsen finalmente dijo a Tom que *Betty* podía subir sola.

Betty le dio la razón, lanzando un balido a Tom tras trepar sin esfuerzo por un punto especialmente arduo.

—¿Por qué no me ayudas tú a subir, entonces? —dijo Tom a la cabra.

Jennsen sonrió junto con Richard y Kahlan. Owen se limitó a observar mientras bordeaba la roca por el otro lado. Le daba miedo *Betty*. Cara finalmente pidió a Richard que le devolviera la mochila, tras considerar un rato la posibilidad de que se la considerara una endeble.

Poco después de que empezara a llover, encontraron la abertura bajo una repisa prominente, tal y como Cara había dicho. No era una cueva, sino un lugar donde una losa de la pared de la montaña situada más arriba se había desprendido y caído hasta allí. Peñascos del suelo sostenían la losa en alto lo suficiente como para crear una cavidad. No era grande, pero Richard se dijo que todos cabrían debajo para pasar la noche.

El suelo estaba sucio, con acumulaciones de hojas secas y desperdicios del bosque, y una gran cantidad de insectos. Tom y Richard usaron ramas que cortaron para barrer rápidamente el lugar. A continuación colocaron un lecho limpio de ramas de hoja perenne para que los aislara del agua que había conseguido penetrar en el interior.

La lluvia empezaba a caer con más fuerza, así que se agacharon y corrieron a introducirse bajo la roca. No era un lugar cómodo, al ser demasiado bajo para que pudieran estar de pie, pero estaba bastante seco.

Richard no se atrevió a permitirles encender un fuego, no fuera a ser que las criaturas voladoras descubrieran el humo. Tomaron una cena fría de fiambres, salazones y restos de pan de maíz. Todos estaban agotados tras todo un día de trepar, y mientras comían conversaron sólo un poco sobre temas triviales. *Betty* era la única que tenía espacio suficiente para estar de pie y se dedicó a dar empujoncitos a Richard hasta conseguir captar su atención y recibir una caricia.

Mientras la oscuridad envolvía lentamente los bosques, contemplaron cómo la lluvia caía fuera de su acogedor refugio, escuchando el quedo sonido, todos ellos preguntándose qué les aguardaba en un imperio desconocido que había estado aislado del exterior durante tres mil años. Allí también habría tropas de la Orden Imperial.

Mientras Richard permanecía sentado, contemplando la oscura lluvia, escuchando los sonidos de algún que otro animal. Kahlan se acurrucó junto a él, y puso la cabeza sobre su regazo. *Betty* se adentró más en el refugio y se tumbó al lado de Jennsen.

Kahlan, bajo el reconfortante contacto de la mano de Richard descansando con ternura sobre su hombro, se quedó dormida en un instante. Pese a estar cansado del día de duro viaje, Richard no tenía sueño.

Le dolía la cabeza y el veneno que tenía en el interior le hacía respirar entrecortadamente. Se preguntó qué acabaría con el primero, el poder de su don o el veneno de Owen.

Se preguntó, también, exactamente cómo iba a satisfacer las exigencias de Owen y sus hombres para que liberara su imperio de modo que pudiera obtener el antídoto. Ellos cinco, él, Kahlan. Cara, Jennsen y Tom no parecían precitadamente el ejército que era necesario para expulsar a la Orden de Bandakar.

Si no lo hacía, y si no conseguía el antídoto, su vida se acercaría a su fin. Éste podría muy bien ser su último viaje.

Parecía como si acabara de regresar al lado de Kahlan después de haber estado separado de ella durante la mitad de su vida. Quería estar con ella. Quería que ellos dos pudieran estar a solas.

Si no se le ocurría algo, todo lo que tenían el uno en el otro, todo lo que tenían por delante, estaba a punto de acabar. Y eso sin tener en cuenta los dolores de cabeza del don.

O que la Orden Imperial capturara el Alcázar del Hechicero. Richard aferró el borde de la roca en la pared de la abertura para izarse hasta arriba, fuera del oscuro agujero. Una vez allí, se sacudió las esquirlas de roca de las manos a la vez que se volvía hacia los demás.

—Llega al otro lado. No es fácil, pero llega al otro lado.

Vio una mirada dubitativa en el rostro de Tom, y una expresión consternada en el de Owen. Betty, tenía las orejas caídas. Richard pensó que ese gesto venía a ser el modo de fruncir el entrecejo de una cabra y luego miró atentamente abajo, a la estrecha sima y lanzó un balido.

—Pero no creo que podamos —se quejó Owen—. Y si...

—¿Quedamos atrapados? —preguntó Richard.

Owen asintió.

—Bueno, tú tienes una ventaja sobre Tom y sobre mi —respondió Richard mientras recogía su mochila de donde la había dejado—. No eres tan grande. Si yo conseguí pasar y regresar, entonces puedes hacerlo. Owen.

Owen indicó con un ademán la empinada ascensión situada a su derecha.

—Pero ¿qué hay de ese camino? ¿No podríamos rodearlo?

—A mí tampoco me gusta entrar en lugares oscuros y estrechos como éste —dijo Richard—. Pero si damos la vuelta por allí, tendremos que pasar por los salientes. Ya oíste lo que Cata dijo: es estrecho y peligroso. Si fuese el único camino, sería otra cosa, pero no lo es.

>>Las criaturas podrían descubrirnos allí fuera. Peor aún, si quisieran, podrían atacarnos y podríamos caer con facilidad o ser arrojados por el borde. No me gusta entrar en lugares como éste, pero no creo que fuese a gustarme estar allí fuera en un saliente barrido por el viento no más ancho que la suela de mi bota, con una caída a plomo de cientos de metros, si doy un solo resbalón, y luego encontrarme con que una de esas criaturas aparece de improviso para atacarme con sus garras o esos afilados picos suyos. ¿Preferirías eso?

Owen se lamió los labios mientras se doblaba por la cintura y miraba al interior del angosto pasadizo.

—Bueno, supongo que tenéis razón.

—Richard —preguntó Kahlan en un susurro mientras los demás empezaban a quitarse las mochilas para poder pasar a través con más facilidad—, si esto era un sendero, como sospechas, ¿por qué no hay un modo mejor de pasar?

—Creo que en algún momento, hará unos cientos de años, esta sección enorme de la montaña se desprendió y resbaló, yendo a descansar en este ángulo y dejando un pasillo estrecho debajo. —Señaló arriba—. ¿Ves ahí arriba? Creo que toda esta parte de aquí abajo estaba ahí arriba. Creo que ahora está descansando justo donde había estado el sendero.

—¿Y no hay otro camino que no sea esta cueva o los salientes?

—No estoy diciendo eso. Creo que hay otras viejas rutas, pero tendríamos que retroceder durante casi todo un día para tomar la última bifurcación que vi, y eso tampoco nos garantiza que haya un camino viable. Si realmente quieres, no obstante, podemos retroceder y probar.

Kahlan negó con la cabeza.

—No podemos perder tiempo. Necesitamos llegar hasta el antídoto.

Richard asintió. No sabía cómo se suponía que iba a librar a todo un imperio de la Orden Imperial de modo que pudiera conseguir el antídoto, pero tenía unas cuantas ideas. Necesitaba conseguir el antídoto. No veía motivo para actuar según las normas de Owen... ni las de la Orden.

Kahlan dedicó al estrecho y oscuro túnel otra mirada.

—¿Estás seguro de que no hay serpientes ahí dentro?

—No vi ninguna.

Tom entregó a Richard su espada.

—Yo iré el último —dijo—. Si vos pasáis, yo puedo.

Richard asintió mientras se pasaba el tahalí por encima del hombro. Giró la vaina hacia la cadera para poder pasar entre las rocas y luego se puso en marcha. Abrazó la mochila contra el abdomen mientras se agachaba para introducirse en el pequeño espacio. La losa de roca sobre su cabeza estaba dispuesta en ángulo, de modo que podía permanecer derecho, pero tuvo que contorsionarse lateralmente y hacia atrás a medida que se adentraba en la oscuridad. Cuando más al Interior penetraba, más oscuro estaba todo. A medida que los demás lo seguían al interior del angosto pasadizo, sus cuerpos cerraban el paso a gran parte de la luz, haciendo que la oscuridad fuese aún mayor.

Las lluvias de los últimos días habían acabado por fin, pero riachuelos de agua seguían fluyendo desde la montaña. Su avance vadeando el agua, que les llegaba a la altura de los tobillos, enviaba ecos a través de aquellos estrechos confines. Las undulaciones en el agua proyectaban una luz lúgubre en las paredes húmedas, proporcionando al menos un poco de iluminación.

Se le ocurrió que si él fuese una serpiente, aquél sería un buen hogar. También se le ocurrió que si Kahlan, justo detrás de él, tropezaba con una serpiente en un lugar tan angosta, se enfadaría con él por meterla allí.

Cosas que ya eran aterradoras en el exterior lo eran más cuando uno no podía maniobrar, no podía correr. El pánico siempre parecía acechar en lugares angostos.

A medida que todo se volvía más oscuro. Richard tuvo que avanzar palpando la fría piedra. En ciertos lugares donde el agua se filtraba en la roca, las paredes resultaban viscosas. En algunos puntos había lodo, en otros lugares roca seca sobre la que andar. La mayor parte de ello, no obstante, era porquería húmeda. Había hojas esponjosas acumuladas en algunas de las irregulares zonas bajas.

Por el olor, era evidente que algún animal había muerto y se descomponía en algún punto de la empapada gruta. Oyó gemidos y quejas detrás de él cuando el resto del grupo se tropezó con el hedor. *Betty* mostró su descontento con balidos. El resonante susurro de *Jennsen* indicó a la cabra que permaneciera callada.

Incluso el desagrado por el olor quedó olvidado mientras se abrían paso bajo la inmensa cortina de rocas caídas sobre el lugar donde había estado el sendero. No se trataba de una auténtica cueva, como las cuevas subterráneas que *Richard* había encontrado en ocasiones anteriores. No era más que una grieta estrecha bajo lo que era, en esencia, una roca enorme. No había estancias ni rutas distintas de las que preocuparse; solo había un único vacío estrecho bajo la roca, de modo que iluminar el camino no era fundamental. También sabía que no era tan largo. Sólo lo parecía en la oscuridad.

Richard llegó al lugar donde el camino ante él ascendía en un empinado ángulo. Palpando las paredes a su alrededor para encomiar lugares a los que sujetarse, inició la difícil ascensión. En algunos lugares tenía que encajar la espalda contra una pared y usar las piernas contra la pared opuesta para apuntalarse mientras trataba de asir cualquier saliente o grieta en la roca. Tenía que equilibrar la mochila que llevaba sobre el regazo mientras avanzaba, e impedir que la espada se quedara atascada. El avance era muy lento.

Finalmente alcanzó la meseta elevada, donde la roca situada más arriba había caído primero. El hueco dejado bajo la montaña de roca era básicamente horizontal, en lugar de vertical, como había sido. Descansaban rocas a lo largo del borde de la mayor parte del saliente, pero había un lugar con espacio suficiente para que pudieran pasar, por encima del borde y luego al interior, bajo la losa situada sobre ellos. Una vez arriba, sobre el terreno llano, se inclinó hacia delante todo lo que pudo, alargando una mano para ayudar a *Kahlan*.

Oyó los esforzados gruñidos procedentes de debajo de *Kahlan* mientras el resto del pequeño grupo se abría paso por el empinado pasadizo.

Desde su puesto en lo alto de la meseta, *Richard* pudo distinguir luz al frente y arriba. Había explotado la ruta y sabía que estaban cerca del otro lado, pero primero tenían que cruzar el saliente de roca, donde la losa dejaba poco espacio por encima de ellos. Era una brecha incómodamente limitada.

A *Richard* no le gustaban aquellas brechas. No obstante, sabía que no había otro modo de pasar. Aquel era el lugar que más le preocupaba. Angosto como era, estaba por suerte muy cerca del final.

—Tenemos que arrastrarnos sobre el estómago a partir de aquí —dijo a *Kahlan*—. Agarra mi tobillo. Haz que todo el mundo haga lo mismo.

Kahlan atisbo al frente, en dirección a la luz procedente de la abertura. El resplandor de aquella luz hacía difícil ver los lados.

—*Richard*, no parece lo bastante grande. Es simplemente una grieta.

Richard empujó su mochila fuera, sobre la roca.

—Hay un camino. Usaremos fuera pronto.

Kahlan soltó un profundo suspiro.

—De acuerdo. Cuanto antes mejor.

—Escuchadme —gritó el atrás, a la oscuridad—. Casi estamos fuera.

—Si nos haces andar por entre más animales en descomposición, te daré una paliza —le gritó *Jennsen*, y todo el mundo rió.

—Eso se acabó —dijo *Richard*—. Pero hay una zona complicada delante. Yo la he cruzado, así que sé que todos podemos lograrlo. Pero tenéis que escucharme y hacer lo que diga. Arrastraos sobre el estómago, empujando la

mochila por delante de vosotros. Sujetad el tobillo de la persona situada delante de vosotros. De ese modo mantendréis el camino.

»Veréis la luz que hay delante de vosotros. No podéis ir en dirección a la luz. Ése no es el camino de salida. El techo descende demasiado y la ladera de roca empieza a precipitarse hacia abajo, a la izquierda. Si resbaláis ahí dentro, el lugar se estrecha aún más; no podréis salir. Tenemos que rodear la zona baja del lecho. Tenemos que rodearla por la derecha, donde está oscuro, pero el techo no es tan bajo. ¿Lo comprendéis?

El asentimiento resonó en la oscuridad.

—Richard —lo llamó Jennsen con un hilo de voz—, no me gusta estar aquí dentro. Quiero salir.

Su voz tenía un dejo de pánico.

—A mí tampoco —le dijo él—. Pero he cruzado y salido por el otro lado. Conseguí pasar y regresar. Estarás perfectamente. Simplemente sígueme y no tendrás problemas.

La voz de la muchacha flotó hasta él desde la oscuridad.

—Quiero regresar.

Richard no podía dejarla regresar. Los salientes, donde quedaban expuestos a las criaturas, eran demasiado peligrosos.

—Ven —dijo Kahlan a la joven—, colócate delante de mí. Agarra el tobillo de Richard y estarás fuera antes que el resto de nosotros.

—Yo me ocuparé de que *Betty* vea cómo pasas y te siga —ofreció Tom.

Aquello pareció disipar los temores de Jennsen, que ascendió hasta la repisa e hizo pasar su mochila arriba. Richard, nimbado sobre el estomago en la hendidura baja de la repisa, le cogió la mano para ayudarla a subir.

Cuando vio, gracias a la luz, lo bajo y angosto que era, que Richard tenía que yacer sobre el estómago, empezó a temblar. Cuando Richard la ayudó a izarse, y el rostro de la muchacha se alzó cerca del suyo, él pudo ver sus lágrimas pese a la tenue iluminación.

Los enormes ojos azules de Jennsen evaluaron el camino que tenían delante, lo bajo que era.

—Por favor, Richard, tengo miedo. No quiero pasar por ahí debajo.

—Lo sé —repuso él, asintiendo—, pero no es mucho trozo. No dejaré que te quedes aquí dentro. Me ocuparé de que salgas. —Posó una mano en un lado de su rostro, sosteniéndolo—. Lo prometo.

—¿Cómo sé que mantendrás tu promesa?

Richard sonrió.

—Los magos siempre mantienen sus promesas.

—Dijiste que no sabías gran cosa sobre lo de ser un mago.

—Pero sé mantener promesas.

Ella finalmente accedió a que la ayudara a subir el resto del trecho. Cuando él la izó del todo hasta depositarla sobre la repisa de la ladera, y ella vio realmente que el techo de roca no le concedía el menor espacio para levantarse y que tenía que permanecer totalmente tumbada, y lo que era peor, que el techo de roca estaba sólo a escasos centímetros por encima de su espalda, empezó a tiritar de terror.

—Sé cómo te sientes —le dijo él—. Lo sé, Jennsen. A mí también me desagrada esto, pero no tenemos elección. No es peligroso si me sigues a través de la zona donde hay espacio. Sólo sígneme y estaremos fuera antes de que te des cuenta.

—¿Qué pasa si se viene abajo y nos aplasta? ¿O qué pasa si desciende justo lo suficiente para inmovilizarnos, de modo que no podamos movernos ni respirar?

—No lo hará —insistió él—. Lleva aquí siglos. No va a venirse abajo. No lo hará.

Ella asintió pero él no supo si realmente lo oyó. Empezó a lloriquear mientras él se daba la vuelta de modo que pudiera conducirla fuera.

—Sujeta mi tobillo —le dijo, volviendo la cabeza—. Vamos, empuja tu mochila hacia mí y yo me ocuparé de ella por ti. Entonces sólo tendrás que preocuparte de sujetarte a mi tobillo y marchar detrás de mí.

—¿Qué pasa si se estrecha demasiado y no puedo respirar? Richard ¿y si no puedo respirar?

Richard mantuvo la voz tranquila y segura.

—Yo soy más grande que tú, así que si yo paso, tú pasarás.

Ella se limitó a asentir mientras tiritaba. Él extendió la mano atrás y tuvo que volver a decirle que le pasara la mochila antes de que ella hiciera lo que le indicaba. Una vez que tuvo la mochila de Jennsen, ató las correas a la suya y empujó ambas al frente. Ella le agarró el tobillo como si fuese la única cosa que le impedía caer en los brazos del Custodio del inframundo. Richard no se quejó, sin embargo, de lo fuerte que lo sujetaba. Sabía el miedo que sentía.

Empujó las mochilas al frente y empezó a avanzar lentamente hacia adelante. Intentó no pensar en el áspero techo de toca que corría a un palmo por encima de su espalda. Sabía que se estrecharía más antes de que salieran. La repisa de roca se inclinaba hacia arriba, a la derecha, ligeramente, penetrando en la oscuridad. La luz estaba a la izquierda, y abajo.

Parecía como si el modo más fácil de salir fuera ir directamente hacia la abertura. No estaba lejos. En su lugar, tenían que ir hacia arriba, a la oscuridad, y alrededor de la zona donde la hendidura se estrechaba, para llegar a un lugar por el que pudieran pasar. Obligarse a ascender, al interior de la oscuridad donde daba la impresión de ser más angosta y opresivo, en lugar de hacia la luz de la abertura, parecía ser un error; pero él ya había explorado la ruta y sabía que esa sensación era errónea.

Mientras se introducía más en la oscuridad, rodeando la zona infranqueable del centro de la estancia, alcanzó el punto donde la roca sobre su cabeza descendía más. Al avanzar, ésta descendió hasta presionar contra su espalda. Sabía que no era un gran trecho, no más de cuatro metros, pero, al no poder respirar profundamente, el angosto pasaje resultaba intimidante.

Richard empujó las mochilas al frente a la vez que avanzaba contoneándose y arrastrándose. Tenía que empujar con las puntas de las botas y, localizando con los dedos cualquier punto de apoyo disponible, impelerse hacia delante, obligarse a avanzar en la oscuridad, lejos de la luz.

Los dedos de Jennsen le sujetaban el tobillo con mano de hierro. Eso le convenía a Richard, porque entonces podía arrastrarla con él. Quería ayudarla a pasar cuando alcanzara el punto que le oprimiría el pecho.

Y entonces, de improviso, ella le soltó el tobillo.

A lo lejos, detrás de él. Richard oyó que Jennsen se alejaba gateando.

—¿Jennsen? ¿Qué sucede? ¿Qué haces?

La joven gritaba, gimiendo aterrorizada, mientras marchaba disparada en dirección a la luz de la abertura.

—Jennsen! —le chilló Richard—. ¡No vayas por ahí! ¡Quédate conmigo!

Tal como estaba, no podía girar fácilmente para ver. Se obligó a seguir adelante. Jennsen trepaba hacia la luz, haciendo caso omiso de sus llamadas.

Kahlan se arrastró hasta él.

—¿Qué hace?

—Intenta salir. Ve la abertura, la luz, y no atiende a razones.

Richard empujó las mochilas y se abrió paso frenéticamente hacia adelante, pasando a la zona situada más allá de la zona angosta, donde había espacio suficiente para que pudiera por fin tomar aire profundamente y casi ponerse a cuatro patas.

Jennsen chilló. Richard pudo verla intentando agarrarse desesperadamente a la roca, pero sin conseguir nada. En un arrebato, ella intentó impelerse al frente, pero, en su lugar, resbaló lateralmente, descendiendo más por la pendiente, encajándose con más fuerza.

Cada inhalación jadeante, mientras forcejeaba y se estiraba, la incrustaba más profundamente.

Richard la llamó, intentando conseguir que escuchara, que hiciera lo que le decía. En su desesperación, la muchacha no respondía a ninguna de sus instrucciones. Veía la abertura, quería salir, y no escuchaba.

Tan rápido como pudo, Richard gateó por la oscuridad y giró en dirección a la abertura, guiando a Kahlan, Owen, Cara y Tom a través del único camino por el que sabía que podían lograrlo. Kahlan se sujetó con fuerza a su tobillo y él pudo oír por lo fuertes jadeos que los demás lo seguían todos en fila detrás de ella.

Jennsen chilló aterrada. Forcejeó violentamente, pero no pudo moverse. Encajada como estaba, con roca comprimiéndole la caja torácica arriba y abajo, empezaba a resultarle difícil respirar.

—Jennsen! ¡Respira poco a poco! ¡Espacio! —le gritó Richard mientras correteaba en dirección a la abertura—. ¡Respira espacio! ¡Respira!

Richard alcanzó por fin la abertura. Emergió de la oscura fisura, bizqueando ante la repentina luz. De rodillas, se inclinó hacia dentro y ayudó a Kahlan a salir. *Betty* gateó al exterior, adelantándose al resto. Mientras Owen y luego Cara trepaban fuera de la abertura, Richard se pasó el tahalí por encima de la cabeza y le entregó la espada a Kahlan.

Tom gritó que retrocedía para intentar llegar hasta Jennsen.

En cuanto el resto estuvo fuera y a salvo, Richard volvió a introducirse en la fisura. Con la cabeza por delante, sobre manos y rodillas, avanzó por la oscuridad. Podía ver que Tom, desde su ángulo de aproximación, no tenía la menor posibilidad de llegar hasta la muchacha.

—Tom, yo llegaré hasta ella.

—Yo puedo alcanzarla —dijo él, a pesar de que también se iba quedando encajado.

—No, no puedes —dijo Richard con tono severo—. Desearlo no hará que sea así. No harás más que quedar atrapado también tú. Escúchame. Retrocede, ahora, o tu peso ayudará a empujarte colina abajo y quedarás atrapado de tal modo que no podremos sacarte, vuelve a subir, ahora, mientras todavía puedes. Vete. Deja que yo la coja.

Tom contempló cómo Richard se movía por detrás de él, y luego, poniendo cara de disgusto, empezó a retroceder hacia arriba, a la oscuridad, donde había unos pocos y valiosos centímetros más de espacio que le permitirían salir de allí.

Richard se abrió paso a través de la zona angosta y luego descendió por la ladera, de modo que no estuviera mirando colina abajo mientras intentaba ayudar a Jennsen y posiblemente acabara encajándose más. Si no tenía cuidado, haría lo mismo que Tom había estado a punto de hacer. Abajo en la oscuridad, Jennsen chilló, presa del pánico.

Richard, echado sobre el vientre, se contoneó y culebreó descendiendo más, todo el tiempo dirigiéndose a su izquierda, descendiendo por la pendiente de la repisa rocosa.

—Jennsen, respira. Ya voy. Todo va bien.

—¡Richard! ¡Por favor no me dejes aquí! ¡Richard!

Richard hablaba con voz tranquila y queda mientras se movía para colocarse detrás de ella, que estaba abajo, en la zona más angosta de la cueva.

—No voy a dejarte. Estarás perfectamente. Espérame.

—¡Richard! ¡No me puedo mover! —Gruñó por el esfuerzo—. ¡No puedo respirar! ¡El techo se está desplomando! Se está moviendo..., siento cómo desciende. ¡Me está aplastando! ¡Por favor ayúdame! ¡Richard..., por favor no me abandones!

—Estás perfectamente. Jennsen. El techo no se mueve. Simplemente estás atrapada. Te sacaré en un minuto.

Al mismo tiempo que el avanzaba lucía la zona baja. Intentando acercarse por detrás de ella. Jennsen seguía luchando por avanzar, empeorando las cosas: no había modo de que pudiera avanzar y salir. Mientras seguía debatiéndose, sin embargo, iba resbalando más por la pendiente y con cada frenética inhalación de aire se encajaba aún más. Richard podía oír lo desesperadamente que intentaba respirar, introducir un poco de aire en sus pulmones a pesar de la compresión de la roca.

Recorrido finalmente todo el trecho hasta llegar detrás de ella, Richard empezó a introducirse por donde ella había pasado. Había ido a parar a un canal estrecho que se cerraba en el lado de la joven, de modo que no se la podía mover pendiente arriba; tenía que conseguir que retrocediera por donde había entrado, tenía que conseguir que se alejara de la luz, y retrocediera al interior de lo que la asustaba.

El techo de roca arañó la espalda de Richard, dificultándole respirar profundamente. Tuvo que respirar de un modo superficial mientras avanzaba más al interior. Al adentrarse más, ya ni siquiera pudo respirar así.

La necesidad de aire, de llenarse los pulmones, hizo que el dolor del veneno fuera como el de unos cuchillos que se retorciera en las costillas. Con los brazos extendidos al frente, Richard usó las botas para obligarse a descender más, intentando hacer caso omiso de su creciente sensación de pánico. Razonó consigo mismo que había otras personas que sabían dónde se encontraba, que no estaba solo. Con la abrumadora sensación de que la montaña de roca lo estaba aplastando, razonar consigo mismo era difícil, en especial cuando la somera hendidura en la roca en cuyo interior estaba introducido apenas le dejaba tomar aire y él se estaba introduciendo desesperadamente más al interior, intentando llegar hasta Jennsen. Sabía que tenía que sacarla de donde estaba atrapada o moriría allí.

—Richard —gritó ella—, duele. No puedo respirar. Estoy atascada. Queridos espíritus, no puedo respirar. Por favor, Richard, estoy asustada.

Richard se estiró, intentando alcanzar el tobillo de la joven, Estaba demasiado lejos. Tuvo que girar la cabeza de lado para avanzar y sus orejas rasparon contra la toca. Se retorció, introduciéndose un poquitín más adentro a pesar de que su sentido común le decía que ya tenía problemas.

—Jennsen, por favor, necesito que me ayudes. Necesito que empujes hacia atrás. Empuja hacia atrás con las manos. Empuja hacia atrás en dirección a mí.

—¡No! ¡Tengo que salir! ¡Estoy casi ahí!

—No, no estás casi ahí. No puedes salir por ese camino. Tienes que confiar en mí, Jennsen, tienes que empujar hacia atrás para que pueda alcanzarte.

—¡No! ¡Por favor! ¡Quiero salir! ¡Quiero salir!

—Yo te sacaré, lo prometo. Sólo empuja hacia atrás para que pueda alcanzarte.

Con ella bloqueando la luz no podía saber si la muchacha hacía lo que le indicaba o no. Se retorció hacia dentro otros dos centímetros, luego otros dos. Tenía la cabeza casi atorada. No podía ni imaginar cómo había conseguido ella introducirse tan adentro.

—Jennsen, empuja hacia atrás.

Su voz delataba tensión. No conseguía inhalar aire suficiente para hablar y respirar. Alargó los dedos hacia delante, intentando alcanzarla, estirando. Los pulmones le ardían por falta de aire. Sólo quería tomar una buena bocanada de aire. Necesitaba desesperadamente una bocanada de aire. No ser capaz de tomar aire era no sólo doloroso sino aterrador. Los latidos del corazón le martilleaban en los oídos.

Al estar tan arriba en las montañas, el aire estaba ya enrarecido y era difícil conseguir aire suficiente ya de por sí. Verse limitado a respirar de forma superficial hacía que se sintiera mareado. Si no regresaba pronto a donde pudiera respirar, los dos iban a quedarse para siempre en aquel terrible lugar.

Las yemas de los dedos de Richard alcanzaron el borde de la suela de la bota de Jennsen. Sin embargo, no consiguió sujetar bien el pie.

—Empuja hacia atrás —susurró él en la oscuridad, pues era todo lo que podía hacer para mantener bajo control su pánico—. Jennsen, haz lo que digo. Empuja hacia atrás. Hazlo.

La bota de Jennsen se movió hacia atrás, en su mano. La sujetó con más fuerza e inmediatamente empezó a moverse hacia atrás unos pocos centímetros. Tirando con todas sus fuerzas, se esforzó por arrastrarla hacia atrás. Por mucho que lo intentaba, ella no se movía un ápice. O bien estaba firmemente encajada, o intentaba ir adelante.

—Empuja hacia atrás —volvió a susurrar el—. Usa las manos, Jennsen. Empuja hacia atrás en dirección a mí. Empuja.

Ella sollozaba y gritaba algo que él no conseguía comprender. Richard encajó las botas, en la angosta hendidura y luego tiró con todas sus fuerzas. El brazo le tembló por el esfuerzo, pero consiguió arrastrarla hacia atrás unos pocos centímetros.

Retrocedió serpenteando una distancia igual y volvió a tirar. Haciendo un angustioso esfuerzo, empezó, poco a poco, concienzudamente, a extraerla del callejón sin salida al que había huido en su aterrorizado intento de salir al exterior.

En ocasiones, ella intentaba retorcerse de vuelta hacia la luz. Richard, con la roca comprimiéndole con fuerza, mantenía bien sujeta la bota y tiraba de ella hacia atrás, a pulso, un poco más, sin permitirle recuperar nada de la distancia que él había ganado.

No conseguía enderezar la cabeza y eso dificultaba aún más el uso de sus músculos para moverlos a los dos. Con la cabeza descansando sobre el lado derecho. Richard alargó el brazo izquierdo atrás y sujetó un pequeño borde de roca del techo, usándolo para que ambos retrocedieran. Con el brazo derecho, estirado al frente y sujetándola por la bota, tiró de ella hacia atrás centímetro a centímetro.

Cuando volvía a alargar el brazo atrás para buscar otro asidero. Richard vio algo no muy lejos a su izquierda, pendiente abajo, incrustado allí donde la roca se estrechaba. Al principio pensó que era una roca. Mientras luchaba por arrastrar a Jennsen hacia atrás, contempló fijamente la cosa también atascada en la roca. Alargó el brazo al lado y la tocó. Era lisa y no tenía en absoluto el tacto del granito.

Mientras empezaba a efectuar auténticos progresos hacia atrás se estiró lateralmente y consiguió pasar los dedos alrededor del objeto. Tiró de él colocándose a su costado y continuó retorciéndose hacia atrás.

Con gran alivio, finalmente consiguió retroceder lo bastante para llegar a un lugar donde pudo conseguir aire suficiente. Permaneció inmóvil unos instantes, recuperando el aliento. No obstante, casi tanto como deseaba el aire deseaba salir de allí.

Mientras hablaba con Jennsen, distrayéndola con instrucciones que ella sólo seguía intermitentemente, empezó a obligarla a retroceder y a ir a la derecha, donde había más espacio. Finalmente, consiguió colocarse junto a ella y sujetarle la muñeca. Una vez que la tuvo cogida, empezó a moverla hacia atrás, pendiente arriba, al interior de la oscuridad, al interior de la zona angosta que él sabía que era el único camino de salida.

Con él allí, junto a ella, la joven se mostró un poco más cooperativa. Él no dejó de tranquilizarla durante todo el tiempo.

—Este es el camino, Jennsen. Este es el camino. No te abandonaré. Te sacare. Este es el camino. Sólo ven conmigo y estaremos fuera en unos minutos.

Cuando se abrieron paso hacia arriba, al interior del lugar oscuro y angosto, ella empezó a forcejear otra vez, intentando de nuevo gatear hacia la luz de la abertura, pero él le cerraba el paso. Permaneció pegado a su lado mientras ambos avanzaban hacia delante. La muchacha parecía hallar fuerzas en sus constantes promesas de que saldrían y en el modo en que él le sujetaba la muñeca. Richard no estaba dispuesto a permitir que volviera a escapársele.

Cuando se abrieron paso hasta el lugar donde el techo se elevaba un poco, ella empezó a llorar de expectante alegría. Él conocía la sensación. Una vez que el techo se elevó treinta o sesenta centímetros, se apresuró a conducirla, tan rápido como pudo, a la abertura, a la luz.

Los demás aguardaban justo en la entrada para ayudarlos a salir. Richard sujetó el objeto que llevaba bajo el brazo izquierdo mientras ayudaba a empujar a Jennsen fuera, por delante de él. Ella se precipitó a los brazos abiertos de Tom, pero sólo hasta que Richard trepó fuera y se puso ni pie. Entonces, llorando de alivio, Jennsen corrió a sus brazos, abrazándose a él como si le fuera la vida en ello.

—Lo siento tanto —dijo una y otra vez mientras lloraba—. Lo siento tanto, Richard. Tenía tanto miedo.

—Lo sé —la consoló mientras la abrazaba.

Él se había encontrado en una situación similar en el pasado, y pensó que tal vez no conseguiría jamás salir de un lugar tan aterrador, de modo que lo comprendía. En circunstancias tan estresantes, en las que uno creía que estaba a punto de morir, era fácil verse dominado por la ciega necesidad de escapar... de vivir.

—Me siento tan desconcertada...

—A mí tampoco me gustan los lugares angostos —dijo el—. Lo comprendo.

—Pero es que yo no lo comprendo. Jamás he sentido miedo de lugares como ese. Desde que era muy pequeña me he escondido en lugares pequeños y angostos. Tales lugares siempre me hacían sentir a salvo porque nadie podía encontrarme o llegar hasta mí. Cuando te pasas la vida huyendo y ocultándote de alguien como Rahl el Oscuro, llegar a apreciar los lugares pequeños, oscuros y ocultos.

»No se que se apoderó de mí. Fue de lo más extraño. Todas esas ideas de que no saldría, dé que no podía respirar, de que moriría, simplemente empezaron a acudir a mi mente. Sensaciones que nunca antes había sentido empezaron a penetrar en mi interior. Simplemente parecían dominarme. Nunca antes he hecho nada parecido.

—¿Todavía tienes esas extrañas sensaciones?

—Sí —respondió ella mientras lloraba—, pero empiezan a desvanecerse, ahora que estoy fuera, ahora que ha acabado.

Todos los demás se habían alejado un poco para darle el tiempo que necesitaba para poner en orden sus sentimientos. Se sentaron no muy lejos, aguardando sobre un viejo tronco que las inclemencias del tiempo habían vuelto plateado.

Richard decidió no acuciarla. Se limitó a abrazarla y a hacerle saber que estaba a salvo.

—Lo siento, Richard. Me siento tan estúpida...

—No hay necesidad de ello. Se acabó.

—Mantuviste tu promesa —dijo ella a través de su llanto.

Richard sonrió, feliz por haberlo hecho.

Owen, con el rostro tenso por la preocupación, pareció no poder evitar hacerle una pregunta.

—Pero ¿Jennsen? —Inquirió a la vez que iba hacia ella—. ¿Por qué no hiciste magia para ayudarte?

—Yo, como tú, tampoco puedo hacer magia.

Él se frotó las palmas sobre las caderas.

—Podrías si te atrevieras. Tú puedes tocar la magia.

—Otras personas puede que sean capaces de hacer magia, pero yo no puedo. No tengo ninguna habilidad para ello.

—Lo que otros creen que es magia no es más que ellos mismos engañando a sus sentidos, y ello les impide ver la magia real. Nuestros ojos nos ciegan, nuestros sentidos nos engañan... como expliqué antes. Únicamente aquellos que nunca han visto la magia, únicamente aquellos que nunca la han usado o percibido, únicamente aquellos que no tienen ninguna habilidad o facultad para ella, pueden realmente comprenderla y por lo tanto únicamente ellos pueden ser auténticos practicantes de la magia real. La magia debe basarse por completo en la fe, si se quiere que sea real. Debes creer, y entonces puedes ver realmente. Tú puedes hacer magia.

Richard y Jennsen miraron de hito en hito al hombre.

—Richard —dijo Kahlan en un curioso tono de voz antes de que él pudiera decir nada a Owen—. ¿Qué es eso?

Richard la miró pestañeando.

—¿Qué?

—Eso, ahí, bajo tu brazo. —Kahlan señaló con el dedo—. ¿Qué es?

—Ah —respondió él—. Algo que encontré encajado en la roca, cerca de Jennsen, allá atrás, donde ella estaba atrapada. En la oscuridad no pude saber qué podía ser aparte de que no era una roca.

Lo sacó y le echó una mirada.

Era una estatua.

Una estatua con su efigie, que vestía su traje de mago guerrero. Llevaba puesta la capa, que se arremolinaba a un lado de las piernas, haciendo que la base fuese más ancha que la sección central.

La parte inferior de la figura era de un translúcido color ambarino, y a través de ella se podía ver un hilillo de arena que casi había llenado la mitad inferior.

La estatua no era toda de ámbar, no obstante, como lo había sido la de Kahlan. Cerca del centro, oscureciendo la parte estrecha por la que discurría la arena, el ámbar translúcido de la parte inferior empezaba a oscurecerse. Cuanto más arriba en la figura, más oscuro se volvía.

La parte superior —los hombros y la cabeza— estaba tan negra como una piedra en la noche.

Una piedra noche era un objeto del inframundo, y Richard recordaba muy bien el aspecto que había tenido aquel objeto perverso. La parte superior de la estatua parecía hecha del mismo material siniestro, satinado y suave, y tan negro que parecía como si pudiese absorber la luz del día.

A Richard se le cayó el alma a los pies al verse representado de tal modo, como un talismán tocado por la muerte.

—Ella lo hizo —dijo Owen, agitando un dedo acusador en dirección a Jennsen, que seguía bajo el brazo derecho de Richard—. Lo hizo ella con magia. Os dije que podía. Lo tejió con magia diabólica allí dentro, en esa cueva, cuando no pensaba. La magia tomó el control y surgió de ella, entonces, cuando no pensaba en que no podía hacer magia.

Owen no tenía ni idea de sobre que estaba hablando. Aquello no era una estatua que Jennsen hubiese creado.

Se trataba del segundo faro de advertencia, pensado para advertir a aquel que podía sellar la brecha.

—Lord Rahl...

Richard alzó los ojos. Era la voz de Cara.

Estaba de pie un poco más alejada, de espaldas a ellos, mirando arriba, a un pequeño trozo de cielo que se veía a través de los árboles. Jennsen giró en los brazos de Richard para ver qué había provocado aquel tono curioso en la voz de Cara. Apretando contra sí a su hermana, Richard fue a colocarse detrás de Cara y atisbo a lo alto, por entre los árboles, a donde ella miraba.

A través de una zona poco densa en el dosel de pinos, distinguió el borde del paso montañoso por encima de ellos. Recortándose contra nubes gris plomo que pasaban veloces había algo hecho por el hombre.

Parecía una estatua enorme colocada en lo alto del paso.

FIN